

VIAJE POR COLOMBIA

1825 Y 1826

Por

CARL AUGUST GOSSELMAN

Teniente de la Armada de su Real Majestad

Versión castellana de Ann Christien Pereira

(TITULO DEL ORIGINAL: "RESA I COLOMBIA, ÅREN 1825 OCH 1826")

PUBLICACIONES DEL BANCO DE LA REPUBLICA
ARCHIVO DE LA ECONOMIA NACIONAL

Impreso en P. E. WINGE
MDCCCXXVII

718.6
667v
Cof

VIAJE POR COLOMBIA

1825 Y 1826

Por

CARL AUGUST GOSSELMAN

Teniente de la Armada de su Real Majestad

Versión castellana de Ann Christien Pereira

II-8-82 ASM
ESTANTERIA - BIBLIOTECA

(TITULO DEL ORIGINAL: "RESA I COLOMBIA, ÅREN 1825 OCH 1826")

PUBLICACIONES DEL BANCO DE LA REPUBLICA
ARCHIVO DE LA ECONOMIA NACIONAL

104261

Impreso en P. E. WINGE
MDCCCXXVII

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

Gosselman, Karl August, 1800-1843.

Viaje por Colombia: 1825-1826 / por Karl August Gosselman; traducción de Ann Christien Pereira. Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1981.
326 p. : il. (Archivo de la Economía Nacional; N° 41).

Traducción del original: "Resa i Colombia, åren 1825 och 1826". Stockholm: Tryct hos Johan Hörberg, 1830.

1. COLOMBIA - DESCRIPCIONES Y VIAJES.

I. Pereira, Ann Christien, tr. II. Título. III. Serie.
C.D.D. 918.61.

Queda hecho el depósito que ordena la Ley.

INDICE

	Página
Introducción	7
PRIMERA PARTE	13
<i>Capítulo I</i>	
El embarque	15
<i>Capítulo II</i>	
Cartagena	29
<i>Capítulo III</i>	
Santa Marta	47
<i>Capítulo IV</i>	
Viaje de Santa Marta a Cartagena	63
<i>Capítulo V</i>	
Cartagena	79
<i>Capítulo VI</i>	
Viaje de Cartagena a Mompós	95
<i>Capítulo VII</i>	
Mompós	107
<i>Capítulo VIII</i>	
Viaje por el Magdalena	121
<i>Capítulo IX</i>	
Viaje por el Alto Magdalena	139
<i>Capítulo X</i>	
Viaje por el Alto Magdalena y el río Nare	153

	Página
SEGUNDA PARTE	177
<i>Capítulo XI</i>	
Viaje por Los Andes	179
<i>Capítulo XII</i>	
Viaje a través de la Provincia de Antioquia	203
<i>Capítulo XIII</i>	
Medellín	227
<i>Capítulo XIV</i>	
Viaje desde Medellín a Bogotá	249
<i>Capítulo XV</i>	
Bogotá	271
<i>Capítulo XVI</i>	
Colombia antes de su emancipación	293
<i>Capítulo XVII</i>	
La República de Colombia	313
<i>Capítulo XVIII</i>	
Los habitantes y la población de Colombia	331
<i>Capítulo XIX</i>	
Visitando el Salto de Tequendama	345
<i>Capítulo XX</i>	
Viaje de vuelta a la Costa	355

INTRODUCCION

En nuestra época —en Colombia como en Suecia— pocas personas están enteradas de que, inmediatamente después de la guerra de independencia de los Estados Grancolombianos, los contactos políticos y comerciales entre los dos países fueron asombrosamente más intensos de lo que tal vez pueda figurarse.

Los suecos, aliados con Gran Bretaña en los últimos años del vasto conflicto napoleónico y como este poder fuera de la Sacra Alianza, compartían con los ingleses la esperanza de hallar en Colombia un mercado para sus artículos de exportación, reemplazando en parte la anterior preponderancia económica del dominio español. Al mismo tiempo un entendimiento con las nuevas repúblicas hispanoamericanas estuvo conforme con la orientación de la política exterior del Rey de Suecia (por la unión personal de ambas coronas, también de Noruega) Carlos XIV Juan, antiguo Mariscal Bernadotte de Francia y ayudante del Emperador Napoleón.

La pequeña isla de San Bartolomé, en aquel tiempo bajo soberanía sueca, fue una de las bases del apoyo sueco a la República Grancolombiana. Sin embargo, muchos de los contactos y negociaciones tuvieron lugar en Londres entre los agentes diplomáticos de Colombia y Suecia.

Poder europeo de segundo orden, el Reino Unido de Suecia y Noruega no logró realizar una política adversa a los intereses de los miembros de la Sacra Alianza, notablemente los de Rusia como aliado de España.

Negociaciones secretas para vender a Colombia unos buques de guerra de Suecia resultaron en 1825, después de la entrega de la fragata *af Chapman* y el buque de línea *Tapperheten*, en un escándalo político, que implicó indirectamente al Rey mismo. Reveladas por el Ministro español en Estocolmo, las negociaciones fueron criticadas por el representante de Rusia ante la Corte Sueca, y futuras ventas tuvieron que ser anuladas ante la actitud amenazadora del gran poder zarista.

En el mismo año de 1825 un grupo familiar de suecos se había instalado en Antioquia, principalmente tomando parte en la explotación de las minas en esta parte de Colombia.

Precursores fueron Carlos Ulrich von Hauswolff (1791-1843) y Pedro Nisser (1799-1878), más tarde seguidos por Carlos Segismundo von Greiff (de Greiff; 1793-1870) y otros. (Véase Dr. Gabriel Giraldo Jaramillo: *Colombia y Suecia, Relaciones Culturales*, Madrid, 1960).

Ya había visitado a Bogotá, en 1823, un agente del Gobierno Sueco, Severin Lorich, Cónsul de Suecia en Filadelfia, EE. UU. Sin embargo, en vista de las posibilidades de un intercambio comercial, von Hauswolff y Nisser ensayaron interesar aún más al Ministro de Relaciones Exteriores en Estocolmo para enviar otros representantes a Colombia.

Fue asignado el Teniente de Marina Carl August Gosselman, quien en los años 1836-1839 hizo una gira por Sudamérica en misión oficial.

Nacido en Ystad —al sur de Suecia— el 17 de Junio de 1799 y fallecido en Nyköping —cerca de Estocolmo— el 4 de abril de 1843, Gosselman ya había visitado a Colombia en los años 1825-1826. Llegando como sobrecargo del buque “Cristóbal Colón”, cuyo armador fue el mencionado von Hauswolff, logró recorrer varias partes de este país. Rindió cuenta de sus aventuras en 1827 con su libro “Resa i Colombia aren 1825 och 1826” que aquí se presenta al público colombiano en traducción al español por la señora Ann-Christin Flink de Pereira.

Es la segunda vez que se ha traducido al español una obra de Gosselman, habiendo sido la primera el "Informe sobre los Estados Sudamericanos en los años 1837 y 1838" — (Estocolmo, 1962).

"Viaje por Colombia" alcanzó gran éxito no solo en Suecia sino también en una versión alemana. Es considerado como un clásico de la literatura de viajes en Colombia.

Tiene el autor gran talento narrativo, especialmente en la descripción del paisaje y los retratos de las personas que encuentra en sus correrías. La frescura y la individualidad que caracterizan sus observaciones, sin las frases estereotípicas de su época, hacen fácil al lector de hoy saborear una obra de hace 150 años, con los ojos de un reportero más bien que de un oficial burocrático.

Gosselman llegó a Colombia saturado de prejuicios que ni siquiera hace esfuerzos para disimular. Con gran largueza y muchas veces con tendencias racistas critica este forastero de las afueras de Europa septentrional, condiciones y comportamientos que no le parecen conforme a su fondo de realismo nórdico y luteranismo frío.

Sin embargo, bajo la influencia de un ambiente que aprende más y más a apreciar, gradualmente se nota un cambio que a veces parece desconcertar al oficial sueco, básicamente honesto y abierto en sus impresiones.

Comparaciones y paralelos entre la inmediata realidad y su patria lejana no resultan siempre como en la primera parte de su libro, a favor de su país nativo.

Aun sin agradecerle nunca el litoral Caribe, es con articulado sentimiento de nostalgia y pérdida como Gosselman sale de Cartagena el 8 de octubre de 1826, despidiéndose de sus compatriotas von Hauswolff y el Conde Federico Tomás de Adlercreutz (1793-1852), antiguo edecán de Bolívar y Gobernador de Mompox.

Las vagas cumbres de la Sierra Nevada de Santa Marta se sumergen por la popa del bergantín inglés "The Countess of Chichester" en último saludo de "detta sa sköna land hvars fysiska natur är sa otroligt rik och omväxlande": Ese país tan bello, con una naturaleza tan increíblemente rica y variada.

Este país grandioso y maravilloso que se llama Colombia.

Bogotá, 6 de enero de 1979.

HANS E. SKOLD
Embajador de Suecia

*"I am neither Your Minotaure, nor Your Centaure,
nor Your Satyr, nor Your Hyaena, nor Your Baboon,
but Your mere Traveller - believe me!"*

JONSON

*"No soy tu Minotauro, ni tu Centauro, ni tu Hiena,
ni tu mandril..., solo soy tu humilde viajero...
Créeme".*

(Nota del Traductor: en inglés en el original).



CARL AUGUST GOSSELMAN

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

EL EMBARQUE

Temprano en la mañana del 16 de febrero de 1825 el bergantín "Cristóbal Colón" estuvo con las gavias arrizadas, aproximadamente noventa y cuatro millas al sur del Faro Seilly, en la costa inglesa. El viento del noroeste silbaba violento por entre los aparejos, llenando de potencia las velas fuertemente braceadas, y mientras dispersaba las nubes que habían oscurecido y hecho llover por la noche, nos permitió extender la vista hacia el faro, claramente encendido.

Tan pronto como este sondeo estuvo asegurado, el bergantín enfiló proa y con una velocidad constante avanzó por la abertura del canal hacia el océano Atlántico.

Poco a poco fue perdiéndose de vista el faro, que, durante un tiempo, alumbraba desde una u otra ola inclinando amablemente su cabeza como última despedida de la tierra firme, hasta desaparecer totalmente y con él el último punto visible de Europa.

Fue un sentimiento agradable. Y por él en este mes, y los meses próximos cambiaríamos el angosto paraje entre Inglaterra y Francia, por la amplitud interpuesta entre el Nuevo y el Viejo Mundo. La misma navegación tomaba una naturaleza menos peligrosa; este acercamiento a latitudes más sureñas ejerce una buena influencia en quienes llegamos del norte. En especial para nosotros que hemos dividido nuestro invierno entre Cattegat y el Mar del Norte.

Ya el 22 de febrero empezamos a sentir calor, por lo menos nosotros, que hasta ahora nos sofocábamos en nuestros trajes nórdicos. También era extraño ver el efecto del sol a bordo.

Nosotros, las ropas, el barco, las velas y los aparejos pasaron como por un proceso químico. Las pesadas y densas nubes de vapor se deshicieron y la fría y salada humedad adquirió un aspecto más liviano y seco. Pronto ese contraste en los cambios de temperatura tomaron de nuevo, tanto en el bergantín como en la tripulación, su real fisonomía.

El primero cambió sus pesados mastelerillos de juanete de invierno por unos mastelerillos de verano más livianos y lució ahora orgulloso su nuevo atuendo, en reemplazo de las anteriores gavias arrizadas. Del mismo modo los marineros cambiaron, con placer, sus pesados sacos por ropas ligeras. En seguida se forzaron las tomas de las anclas, dejándolas en la cubierta.

Un viaje en barco siempre supone, o por lo menos así se espera, no necesitar, en mucho tiempo estas tan importantes piezas del inventario de la nave.

Tal trabajo puede estimarse como un retorno glorioso hacia Neptuno, donde el marinero realmente ingresa a lo superior, a la etapa más hermosa de su profesión, encontrándose orgulloso en su ambiente.

Con el cielo claro y la suave brisa del oeste, la que a medida que avanzábamos fue más hacia el sur, seguimos el curso hasta Madera.

Nuestro solitario viaje fue interrumpido tan solo un par de veces; con el encuentro y puesta al habla con dos barcos, uno americano en camino hacia las Indias Orientales, y otro inglés, el "Madera Paquetten".

El 2 de marzo arribamos al clima húmedo de Madera. Al día siguiente en la mañana deberíamos tener a la vista la isla, pero a las seis de la tarde cayó un violento aguacero desde el este, que al continuar toda la noche no solo nos impidió el reco-

nocimiento de ella sino que nos obligó a desaguar con un viento oeste-sudeste y una velocidad de 6.2 millas.

Este viento se mantuvo durante toda la noche. Entre el ocho y el nueve de marzo cortamos el Trópico Norte en 28°35' al oeste del meridiano de Greenwich. Ya habíamos tomado de nuevo el carácter parejo del viento alisio entre Africa y América.

Por fin llegamos al tan deseado paisaje, ese Canaán de nuestros largos paseos en el desierto y consuelo durante los viajes por el Mar del Norte que siempre mirábamos como un premio por todo lo difícil y azaroso que resultó lograr alcanzarlo.

Respondió y hasta sobrepasó nuestras esperanzas. Es imposible contarlo a alguien que no haya hecho este viaje, porque hasta la más elocuente descripción de esto siempre sería pobre.

Realmente conviene que todos los mares no se parezcan a los del Trópico, pues entonces demasiados desearían ser marineros.

Mientras la velada ofrece todo lo grato, agradable y delicioso de un viaje en barco, sin ninguno de sus pesares y tristezas, la temperatura es agradable y fresca, con un cielo alto, nítido, un viento parejo y constante y una profundidad inconmensurable en la que no existe casi ningún oleaje, esto es todo lo que se puede exigir de la naturaleza en el mar. Es lo máximo a que podría aspirar un marinero.

Desde el 4 de marzo, fecha en que pasamos por Madera, hasta el 22, cuando facheábamos para tocar las Indias Orientales, el viento siempre mantuvo la misma dirección, casi con igual velocidad; jamás hicimos menos de seis a ocho millas por hora.

Durante todo ese tiempo no se movió un cabo a bordo, se usaron todas las velas posibles y los remos estuvieron como clavados, atravesados sobre la cubierta del barco. En ésta no se necesitaba más que un hombre, a cargo del timón, el cual parecía

más un ser inmóvil que un timonel, porque estaba prácticamente quieto, sin necesidad de moverse.

Si alguna vez omitir el cuidado de bajar las velas durante la noche puede ser perdonado, ocurrió acá, ya que el viento, tiempo, velocidad y curso permanecieron invariables. El diario de a bordo que en ocasiones tenía un estilo muy variado, era solo rutina, pues con las excepciones de día, fecha y longitud, todos los días eran iguales; como los timoneles lacónicamente expresaban: "Lo mismo".

Tiempo y lugar cambiaban, pero lo hacían de modo tan parecido y lineal, que es realmente difícil distinguir y acordarse de los días anteriores. La naturaleza exterior que nos rodeaba no ofrecía ninguna ayuda para la memoria.

El sol se alzaba en un cielo lo mismo de limpio que cuando marchaba al ocaso; y la vista buscaba, sin éxito, algún objeto donde descansar en el extenso horizonte vacío, aunque la real interpretación de la palabra sería: "Caelum undique et undique pontus" *.

Por lo tanto, solamente podíamos emplear el tiempo en ocupaciones y entretenciones que ofrecía la vida a bordo; y fueron variadas, ni muchas, ni pocas. Esto puede sonar raro y, reconozco, el caso no es corriente en barcos comunes, pero no podía ser diferente en el nuestro, ya que cuatro jóvenes compañeros, casi de la misma edad, y tres buenos y alegres pasajeros aportaron todos, en su medida, lo necesario para hacer este —a la larga uniforme paisaje— lo más alegre posible.

Permítanme en este momento evocar la memoria de uno de ellos, para quien fue su último viaje: como siempre y especialmente cuando contribuyó a la entretención y alegría de sus compañeros de viaje, uno no necesita haberse contado entre sus mejores amigos para que lo conmueva la tristeza al pensar en su tan temprano fallecimiento. A sus padres, hermanos y amigos, a cada uno de los que conocían a este muchacho de prometedor futuro, sinceramente les compadezco en su duelo.

* Cielo por todas partes y por todas partes mar. (N. del t.).

August Palander me parecía, en muchos sentidos, el ideal de un joven, aun sin experiencia como oficial de mar, lo que —de haber seguido con vida— hubiera justificado la extraordinaria confianza y amistad que ya se había ganado por parte del Capitán y sus compañeros. Pido me perdonen estas digresiones, que tal vez nada tienen en común con el título: “Viaje por Colombia”.

Pero volveré a bordo y a las ocupaciones que allí teníamos. Una biblioteca bien elegida, perteneciente al señor Hausvolff y a disposición, durante el viaje, de los ocupantes de los camarotes, era la mayor garantía para pasar el tiempo agradablemente. Aunque también era posible que se presentaran otros pasatiempos menos serios en ese lugar donde se reunían tantos jóvenes.

Al pasar la línea de los Trópicos la farsa de la peluquería dio, a los que nunca antes la cruzaron, la pauta inicial para una serie de travesuras que solo acabaron con nuestra llegada a la América del Sur. Muchas de esas bromas, tanto en su plan como en la ejecución, eran geniales. Esta es la verdadera expresión que corresponde emplear.

Si a todo se agrega el excelente tiempo que tuvimos, un grupo musical extraordinariamente bueno, algunas magníficas voces y un dibujante de felices caricaturas, no parece extraño que los pasajeros olvidaran que flotaban por encima del Océano sin fondo, aislados del resto del mundo, y admitieran que esta manera de viajar era la más cómoda que se podía desear.

Una carpa para el sol sobre la mitad de la cubierta y uno de los botecitos siempre lleno de agua para bañarse, protegían y refrescaban contra el calor, que no era exagerado. En los Trópicos el termómetro marcaba a la cena 25°C, pero aumentaba a medida que disminuían los centígrados de la latitud, y a la altura de 15° marcaba 32°C. La temperatura del agua del mar era dos o tres grados más fría que la atmósfera a la cena y en la sombra, pero obviamente más caliente que a medianoche. La salinidad del agua aumentaba de igual modo que su nitidez. No es posible imaginar algo más bello que el color que tiene acá el agua.

Esta refleja de modo tan fuerte el cielo azul y es tan increíblemente clara y transparente que cuando por la popa uno se inclina a observar el barco bajo el agua, no puede distinguir ambos elementos; la vista se confunde y parece que todo el cuerpo del barco estuviera colgando en el aire. Al detenerse sobre la proa, acompañando la constante velocidad del viento alisio, la visión es verdaderamente agradable.

Las olas rompiendo contra la proa como una acumulación de nieve blanca, que es cortada en dos por la quilla a ambos costados del barco, forman un maravilloso contraste contra el agua del color azul del cielo. Esto es a la luz del día, pero mucho más brillante es en la oscura noche tropical, cuando las olas parecen masas de plata cubiertas con una cantidad impresionante de doradas lentejuelas brillantes.

Muchas especies se reúnen en este bello paisaje. Durante todo el día hay una vanguardia de delfines que van dirigiendo con su ritmo los brazos del galeón; sus constantes corcovos sobre el agua y su brillante colorido mantienen la vista ocupada. Por el lado de la quilla raras veces se está libre del hambriento tiburón que, como un corsario que cruza los puertos, con cortos y silenciosos golpes sella los parajes, acechando lo que desde el barco se arroje al mar, para hacerlo su presa. Tampoco nos faltan los flanqueadores.

Livianas divisiones de peces voladores daban vueltas a ambos lados de la nave en una larga fila de saltos curvilíneos, realizados muy encima del agua, lo que llevaba a quienes en ese momento ingresaban a la cubierta a preguntar extrañados: ¿pájaro o pez?

No pocas veces se ven flotar también los más lindos mejillones, lo que se hace más notorio con la navegación del velero, con su vela inclinada dirigiendo su recto rumbo por sobre la superficie de un mar ligeramente rizado. Así pueden ser saludados por la nave solitaria como camaradas en el desierto oceánico.

Como contrapartida, se acerca una tortuga, poco ágil, que movida por sus cuatro remos se asemeja a una vieja chalupa en lo que respecta a peso, fuerza y movilidad.

Una escolta de grandes bandas de marsopas parecen galantear al barco con sus picadas y volteretas; el galanteo llega hasta tal punto que se zambullen cerca de la quilla, pasan por debajo de ella en todas las direcciones y con una velocidad impresionante vuelven a realizar el mismo recorrido.

A su vez, los pájaros tropicales hacían el mismo papel que le asigna un pintor de paisajes a la figura de un caminante solitario en el centro de un paraje abandonado..., dar vida a la pintura muerta.

Facheamos la noche anterior y la posterior al 22 de marzo, ya que deberíamos estar, en ese momento, en el vecindario de las islas de Las Antillas. Apenas por la tarde del 23 resonaba desde el puesto del vigía la añorada palabra "tierra", que si bien no despertó en nosotros los mismos sentimientos que en Colón cuando por primera vez vio estas islas, conformaba de todas maneras una naturaleza interesante, si no por otras cosas por el simple hecho de que hacía poco tiempo para nosotros solo era posible mencionar todo esto como tema de conversaciones.

Por la tarde se levantaban, cada vez más, dos abultados terrones en el azul del horizonte oeste; cuando el sol lanzó sus últimos rayos sobre ellos se mostraron sorpresivamente para la vista los contornos de Martinica y Santa Lucía, por entre las cuales habíamos decidido atravesar la cadena de las islas Antillas.

Es difícil decir cuál experiencia es más agradable de vivir, si el haber estado durante mucho tiempo circunscritos a mirar los objetos que nos rodeaban y poder luego hacer una expedición visual por un extenso panorama; o bien, después de una larga y aburridora inactividad por falta de objetos, tragarse lo primero que se ofrece a estos errantes ojos que como un pájaro sacudido por la tempestad andan codiciosos en busca del único punto de descanso, tan anhelado en la inmensidad del mar y que ahora reposaban con avidez en los dos objetos ubicados hacia la proa.

A buena velocidad navegamos cerca de un día antes de adentrarnos en medio de estas islas, que eran una muestra de la altura y la claridad del horizonte. A la segunda mañana las pasamos, notando al momento las otras islas a barlovento, las cuales, como una cadena, constituían un puesto avanzado para la Gran América, altas y orgullosas en medio del inconmensurable océano cuyas impotentes olas eran rechazadas por los acantilados de la playa.

¡Cuán distintas reflexiones despertaba la visión y contemplación de estas por muchos aspectos curiosas islas!

¡Cuánto entra en el solo nombre Antillas!; ¡Qué papel tan extraordinario ha jugado en el escenario mundial, tanto en el aspecto moral como en el mercantil!; cuánta riqueza ha sido extraída de sus tierras tropicales, tan ricas y fértiles, regadas por el sudor y las lágrimas de la explotada raza negra traída forzosamente de Africa, entre la cual y el codicioso hombre europeo se ha establecido una antinatural relación en esta para ambos desconocida parte del continente americano. Así, en el santuario de la esclavitud, las Antillas, uno de los dos está más abajo en la escala de la humanidad: uno es el Señor y el otro es el Siervo.

Pero aun en otros aspectos menos serios esto es interesante. Los marineros, por ejemplo, consideran a las Antillas del mismo modo que el burgués contempla a París. Ambos, con igual orgullo, cuentan que estuvieron en uno u otro lugar, y en cierta medida se puede decir que forma parte de la educación superior de ellos el haber estado allí durante un tiempo.

Finalizando el concepto, qué excelente fuente de recursos ha sido, en múltiples ocasiones, para algunos escritores de piezas de teatro o de novelas; cuántas veces han buscado en ella un tío viejo tan rico como quemado por el sol, o no han logrado obtener dote alguna para sus pobres y enamorados héroes.

El 27 de marzo pasamos por Curaçao y Aruba; y en la mañana del segundo día tuvimos la primera vista de tierra firme de Suramérica, Punta Gallina, que está ubicada arriba del Cabo de la Vela, en la cual estuvimos a eso de las seis de la tarde.

La jornada adquiriría ahora una fisonomía más variada. El viento llegaba en forma irregular y circular, desde distintas direcciones, lo que era una consecuencia de la cercanía de la tierra. Esto hizo que hasta antes del día 30 no pudieran verse las montañas nevadas al lado de Santa Marta. Es al mismo tiempo una vista extraña y hermosa la de esos espantosos gigantes con el pie en el agua que levantan sus cabezas cubiertas de nieve por encima de las nubes. Al comienzo no quería yo creer que fueran parte de la tierra, ya que se veían tan arriba, casi tocando el cielo. Se llega a desconfiar de la vista y temeroso, se asegura de esto mientras las escarpadas montañas parecen caer sobre las cabezas.

Estas montañas nos dan el gusto anticipado de lo que es verdaderamente América del Sur, donde toda la naturaleza parece más abundante que en el resto del mundo. Al verlas unidas a la visión en conjunto, por toda la costa, parecen extrañas al que no ha estado en el Nuevo Mundo. Es como estar sentado esperando el comienzo de un gran drama del cual se ha oído comentar mucho pero que aún no se ha visto: el telón está levantado y se observan las decoraciones; todo promete algo excelente, pero todavía no ha empezado la obra; aún no ha entrado ningún actor en escena.

El 1º de abril nos asustó un fenómeno extraño; la naturaleza quería, al parecer, hacernos la broma propia de esa fecha *.

Tan lejos de la costa que esta no se veía, entramos sorpresivamente en un agua tan rara como alarmante. En lugar del agua, tradicionalmente de un azul claro, nos rodeaba por todos lados un espeso color gris-amarillo, no diferente al de los bancos de arena de Holanda o del Mar del Sur cuando está agitado luego de una tormenta. Al comienzo parecía verdaderamente peligroso y decidimos regresar por el mismo lugar que habíamos ingresado; cuando lo hicimos tuvimos una vista peculiar que en el acto nos quitó el temor y nos explicó el caso. Al dar la vuelta para salir, el agua de la quilla era un surco claro y uno azul oscuro, en la espesa materia que la rodeaba, todo lo cual no era otra

* En el norte de Europa el 1º de Abril es el día de las bromas. (N. del t.).

cosa que una prolongación de las aguas del río Magdalena, cuya boca acabábamos de pasar y que, en un clima tranquilo, las expulsa mezcladas con barro hasta cuarenta millas en el lago. Esto es también una buena observación para quienes deseen hacer escala en los puertos de Sabanilla y Cartagena, ya que la costa acá es tan baja que no se ve si uno está un poco fuera del agua.

Por la tarde se puso al habla con nosotros un buque de guerra colombiano. Como era el único de su clase que habíamos encontrado durante el viaje y, además, el primero con la bandera de la República, nos causó mucho interés, afrontando la crítica severa de los ingenieros de a bordo, ya que en todas sus partes concordaba con la idea que uno puede hacerse de un verdadero corsario de las Antillas.

Completamente pintado de negro; bajito, acostado en el agua; un casco que cortaba esta como una flecha, con un fondo verde amarillento, producto del cobre presente en el líquido; con su forma de sable parecía contentarse con partir las olas y lanzar su espuma más arriba de la borda, dispuesta a lavar las figuras marrones y negras de su numerosa tripulación que con sus oscuros cuerpos semidesnudos presentaban un singular juego de sombras en unión con blancas y bien cortadas velas de cangrejo que cubrían la cubierta hasta la popa, descendiendo desde los mástiles sobre las delgadas varas. Tras de las puntudas gavias se prolongaba esta grande y hermosa masa de velas y desde la más alta flameaba un largo y angosto gallardete con curvatura hacia la popa que mostraba al extraño toda la hermosura de la máquina empujada hacia adelante, casi directamente en contra del viento.

Al día siguiente por la tarde logramos ver "La Popa", una montaña alta, cerca de Cartagena, que se parecía mucho a la popa de un barco y hacía un efecto excelente sobre el resto de la tierra, pareja y baja, además de constituir una de las mejores referencias orientadoras del mar para los barcos que llegaban desde el sur o del norte.

Poco después se veía Cartagena, la cual con sus murallas altas, las innumerables iglesias y las palmeras de coco repre-

sentaba el emblema de la ciudad antigua y fortificada de las Indias Católicas.

Con todo, el aspecto era de una hermosura mayor, a pesar de que había languidecido, a lo que posiblemente algo habían contribuido los terribles dos años de sequía que habían dejado marchito el paisaje y exterminado todo el verdor, con la sola excepción de las palmeras que hacían virar sus largas y débiles ramas sobre las casas entre blancas y grises, dándoles una leve protección contra los rayos del sol que caían perpendiculares y ardientes.

La uniforme y suave brisa del noroeste hizo que nos acercáramos a la ciudad y a eso de las cuatro de la tarde empezamos a conversar —para hacernos entender con los desconocidos— al modo mariner.

Esto se inició con el izar de la bandera sueca en el peñol y en la proa, y para ayudar a la memoria, todo el ritual fue seguido inmediatamente de un disparo.

Para aquellos que no entienden esta manera de comunicarse, se les puede explicar del siguiente modo: “Somos de Suecia y les rogamos enviarnos un práctico lo más pronto posible”. Esta es una señal conocida en todos los mares y al instante fue comprendida.

Poco después vimos partir desde la costa una canoa pequeña en la que cuatro negros remaban rápida y directamente hacia nuestro bergantín. Luego estuvieron junto a nosotros. El costado del velero estaba adornado de espectadores boquiabiertos que contemplaban con curiosidad a los primeros visitantes de otros países, o mejor dicho de otro continente.

Estaban sentados en su piragua pequeñita de tres pies de ancho, hecha de un árbol ahuecado, tan distinta de su hermano transoceánico; nos miraban y se reían burlonamente con sus blancos dientes y sus negras caras.

En un mal español, más bien incomprensible por su mezcla con malas glosas del mar en inglés, exigieron conocer el

nombre del velero, carga, etc., y después de dejar a uno de los compañeros y, en su lugar, haber recibido una botella de aguardiente, se retiraron del barco, remando lo mismo de rápido de vuelta a la costa.

Estábamos frente a la ciudad pero tuvimos que hacer un largo rodeo en torno a Tierra Bomba, una isla que protege o, mejor dicho, forma el puerto de Cartagena. La verdadera entrada estaba antes en este lugar, en el lado noroeste llamado Boca Grande, que durante la guerra fue inutilizado por los constantes bombardeos a que fue sometida.

La brisa del mar se murió por la tarde y no logramos llegar al otro lado, la entrada sureste, sino hasta cerca de las ocho de la noche.

Estas aguas, las únicas que ahora se usaban, se llamaban Boca Chica y estaban bastante fortificadas con baterías bajas que a flor de agua confirmaban la estrechez de la entrada.

La recompensa que tuvimos por los insoportables días de calor fue una de las más bellas noches tropicales. La luna llena, ya muy arriba del horizonte, reflejaba su agradable y fuerte luz sobre ambos flancos de la fortaleza, la cual parecía totalmente concentrada en la angosta superficie de agua existente entre ellos.

El velero se deslizó lentamente en esta vista maravillosa y deslumbrante. Ni un soplo cruzó el agua ni se sintió en la cubierta, solo el juanete mayor logró captar un lento y débil soplo por el lado de la popa para que el bergantín avanzara... , más por costumbre y deseos de llegar a su destino que por el empuje del viento.

Un profundo silencio reinaba en todas direcciones, el que solamente se interrumpía, a veces, por las palabras del práctico: "Babor"; "así"; "estribor". Al fin estuvimos entre las fortalezas, bastante cerca de la situada a la derecha, de donde resonó un: "Hola, bergantín, ¿de dónde viene el velero?", dirigido hacia

nosotros. Así en seguida empezamos a colocarnos al habla en nuestra primera conversación con el continente.

No bien terminó esta charla cuando el reloj indicó las ocho, luego de lo cual, desde el interior de la fortaleza, un coro de trompetas, en largos toques, llamó a retirada de la guarnición. Los agudos pero armónicos sonidos saltaban en ecos que se multiplicaban por encima del lago en calma; logrando un bello efecto en la silente noche solo alumbrada por la luna.

Todo parecía acompañarnos, como dando la bienvenida, un tanto más arriba al lugar del anclaje, precisamente donde el último eco había fenecido.

El largo y prolongado descanso del ancla terminó y esta corrió con violenta velocidad abajo de la proa llevando consigo la ruidosa cadena de hierro, que después de un gran chirrido se detuvo al fin, afirmando al velero en el fondo y a nosotros en las tierras de Suramérica.

CAPITULO II

CARTAGENA

La quietud de la noche prosiguió hasta el día siguiente, cuando el suave viento del lago —que no es más que el viento alisio— empezó a soplar e inmediatamente llenó las velas, llevándonos al puerto ubicado 2.4 millas hacia adentro. El puerto estaba en la misma dirección del viento, por lo que tuvimos que bordear durante todo el trayecto, lo cual no resultaba del agrado de nuestro práctico negro, ya que habría preferido esperar la brisa que llegaba desde la tierra. Pese a todo nos sirvió como guía, aunque tenía —como casi todos ellos— poco conocimiento de las aguas.

El práctico tenía la costumbre, un tanto extraña, de subirse al puesto de vigía de la proa y, desde allí gritar con todas sus fuerzas las órdenes. Esto lo hacía semidescubierto y como lo consideramos inconveniente le pedimos que se viniera a la popa y permaneciera en su puesto. Esta solicitud posiblemente le pareció que rompía las reglas de la República, pues bajó, tomó su pequeño maletín, una calabaza grande —que había llevado bajo el brazo con el mismo celo con que las mujeres llevan sus adornos— corrió hasta la parte posterior del velero y en un instante volvió totalmente cambiado de ropas, o sea con una buena y limpia camisa y pantalones, en remplazo de los gruesos y sucios de lino que antes usaba.

En un comienzo se hizo difícil entender la relación existente entre esta verdadera metamorfosis y la orden de venirse a la popa, pero pronto nos aclaró todo cuando con aire arrogante y

andar orgulloso nos dijo: "Soy hombre libre y caballero, como ustedes"; e inmediatamente se fue, con aire de vencedor, a ocupar su sitio anterior, en el puesto de vigía de proa. El consideraba que nosotros nos habíamos equivocado sobre su real valor, pareciéndole indiscutible ahora, con su cambio de vestimentas.

Menciono esta anecdótica disputa, no por lo que significa en sí, sino por lo general y característico de la situación, pues posteriormente he comprobado que es aplicable a todas las gentes de color en este país, ya que con el solo uso de ropas nuevas se sienten personas mejores y distinguidas, o como dirían los ingleses con una expresión tan difícil de traducir: como un "gentleman".

No obstante lo dicho, con cortos y seguidos golpes llegamos al hermoso y amplio puerto, del que con mucha razón podemos decir que es uno de los más bellos del mundo y, para ser justos, puede competir con el de Nápoles, como he oído decir a muchos.

Con la sola excepción de "La Popa", todas estas playas son bajas. La prolongada sequía no consiguió empeorar su fisonomía; por el contrario, se encontraba en pleno verdor, el que avanzando en la inmensidad del campo decaía poco a poco en un gris, hasta desaparecer en la sierra azul que, hacia este lado, limitaba la vista.

En el extremo opuesto estaba la larga isla "Tierra Bomba" que presentaba un aspecto agradable, desde Boca Chica, con sus planos en declive poblados por todos lados, con pequeños arbus-tos y bosques, donde se encontraban aquí y allá diseminadas pequeñas chozas indígenas que recreaban la visión hasta Boca Grande.

Hacia el otro lado, los grandes muros blanquigrises de la fortaleza separaban la ciudad del gran número de barcos de guerra y mercantes que se encontraban anclados en el puerto, celebrando con sus señas y banderas de distintas naciones el día de Pascua, dando mayor vida al cuadro general. Al centro de este panorama la fortaleza de San Lázaro se alzaba por encima de pequeñas casas de campo y poblados indígenas, distri-

buidos al pie de "La Popa" majestuosa, que, allá en el fondo, se erguía sobre todo el conjunto, con su antiguo convento de frailes ubicado en el pico más alto, cual toque final de un maestro de la pintura.

En las primeras horas de la tarde pudimos echar anclas y pronto estuvieron junto a nosotros en la Aduana, el Capitán de Puerto, los oficiales de aduana y un intérprete. Eran amables y se entretuvieron contemplando la nave y, en especial, su tripulación, que con sus grandes y desnudos cuerpos y su tez sana hacían fuerte contraste con sus propias figuras delgadas y sus caras pálidas y amarillas. Nuestro emblema les llamó la atención y estuvieron de acuerdo en que "la bandera de Suecia es muy bonita".

La similitud con que los latinos pronuncian los nombres de Suecia y Suiza llevó a que uno de ellos quisiera dar a entender que proveníamos de Suiza, y como la única referencia que tenían era que Suecia queda muy al norte se originó una entretenida discusión que acabó con el grito de uno de ellos: "Son de la patria de Carlos XII"; definición que, aunque parezca sorprendente, entendieron todos en el acto.

La verdad es que no solo en la costa colombiana sino también en las alturas andinas se encuentra gente que pese a no saber que existe Suecia habla fervorosamente de Carlos XII como "el más valiente en todo el mundo", conociendo a lo menos algunas "hazañas del Gran Rey" que se "leen en cientos de escritos", ya que, como el gran poeta canta, "lejos voló esta águila".

Cerca de las cuatro de la tarde, cuando el sol perdió fuerza en la intensidad de sus rayos, nos alistamos para nuestra bajada a tierra firme, hacia el lugar común de reunión, la sabana entre la ciudad y el suburbio Ximani, entre una gran colección de figuras de todas las razas, edades y sexo.

Es difícil describir la impresión del desembarque. La llegada a una gran ciudad desconocida, por regla general, está acompañada de gran alegría, aunque el viaje se haya efectuado por tierra; con mayor razón si se hizo por mar, donde la sensación

es diferente y los paisajes son otros. Las distinciones llevan a que difícilmente puedan compararse las rutas seguidas.

Es verdad que por tierra es posible trasladarse hasta los sitios más apartados de los centros urbanos, a diferentes climas, gentes, parajes, etc. Además comparados con el lugar de partida, todos estos detalles llaman bastante la atención. Pero al punto de arriba se llega después de visitar varios países, no tan diferentes entre sí, donde cada detención es un eslabón de la extensa cadena que une los lugares separados. Estos eslabones son, en cuanto a los extremos, muy diferentes, aunque en los ubicados uno al lado del otro la disparidad casi no se nota; son como la sombra en un matiz bien logrado, en el que no puede decirse dónde está el detalle; tal es la dificultad para ubicar las diferencias entre dos países vecinos.

No ocurre lo mismo al viajar en barco, pues de un solo golpe es trasladado uno a lugares sin relación entre sí. Como por fuerza mágica se coloca en otro mundo y el tiempo gastado en el viaje se asemeja a un sueño, que comienza con el embarque, y el despertar llega con el arribo del barco al puerto de destino.

Las impresiones del lugar de partida todavía están frescas, latentes en la memoria, así como los recuerdos, que no pueden haber sido borrados por el paisaje presente, aun cuando nos parezca —al comparar ambos países— que sea una especie de sueño nocturno entre las aventuras de dos días o el intermedio entre los actos de una obra de teatro.

El barco no es más que un hogar en movimiento, un girón arrancado de la patria que se ha dejado, una casa flotante que con sus habitantes y comodidades lo abandona todo y se traslada a otros continentes, dispuestos a hacer "visitas a los vecinos de enfrente". Considerado desde este ángulo el velero y la tripulación no varían por lo prolongado del viaje, tan solo cambian en un sentido relativo al relacionarse con otros lugares. Como dice Horacio: "Coelum non animum mutant qui transmare currunt".

Por ello el viajar en barco devora las distancias y hasta sus mínimas diferencias se nos hacen visibles, y así las impre-

siones para nosotros, que veníamos del norte, eran muy grandes pues no eran tan solo las diferencias entre dos países distintos en algunos aspectos; ¡no!, eran dos continentes ubicados a diversos lados del océano que ofrecían comparaciones debido a lo opuesto del paisaje, gente, idioma, y en muchos otros aspectos.

La fiesta de Semana Santa con todas sus diversiones aumentaba la impresión del espectáculo ofrecido. La llanura entre las puertas de la ciudad y el suburbio eran un verdadero bulevar en Cartagena, colmada de un multicolor hormiguero humano. La mayor parte eran negros, acompañados de otros colores que configuraban un muestrario de tonos que iban desde el negro africano, pasaban por el amarillo-marrón americano y terminaban en el blanco europeo.

Vestían delgadas telas blancas y multicolores y el contraste con sus propios colores resultaba grato de mirar. Debido a la rapidez con que vimos estas imágenes, ya que nuestra dirección era la ciudad, se nos hizo difícil captar algo especial en esa multitud. A nuestro regreso tendríamos ocasión de comprobarlo.

Dos enormes portones constituían la entrada de la fortaleza, una dirigida hacia una plaza triangular y la otra que nacía desde allí; sus viejas y ruinosas casas dan una mala, tal vez falsa, idea sobre esta ciudad que apenas se empieza a conocer.

A campo abierto, pese a que el termómetro a bordo marcaba 33°C, no habíamos notado el calor; pero acá, a causa de las altas casas que impedían el paso de la brisa refrescante, arreciaba. Al instante de transponer el portón se ingresaba a un horno caliente. Esto no era efecto del sol, sino una pesada y agobiante masa de aire que rodeaba una multitud de gente que se atropellaba, lo cual hacía todo mucho más desagradable. Quien no está acostumbrado, se asusta, ya que la atmósfera solo huele a peste.

Allá abajo, en la plaza, se alza un pasillo que se estrecha a medida que aumenta la compacta masa de gente, a cuyo final se llegaba prácticamente ahogado; en este recorrido es necesario

esforzarse para avanzar en medio de la muchedumbre que se empuja mutuamente entre las negras vendedoras de la plaza, que ubican sus puestos cubiertos por una vieja vela de bote, una alfombra o un paraguas roto, bajo los cuales y como preocupación fundamental debe espantar las legiones de mosquitos que, en toda la amplitud de la palabra, cubren las frutas, dulces, puros y quesos que expenden.

En este punto comienza la callecita corta que llega hasta la Plaza Mayor, la cual con sus altas casas ofrece un poco de sombra. Ahora empezábamos a conocer y contemplar la desconocida ciudad.

Si fuera la primera impresión la que guiase la descripción de un lugar, Cartagena no sería uno de los más atractivos. Su rostro es distinto al de las ciudades de Europa, pero la diferencia no cuenta a su favor. Las casas de piedra blanca pero sucias, con sus tres pisos de altura, hacen las calles más angostas y oscuras, debido a los macizos balcones de madera, tan cercanos entre sí que parece se estuvieran empujando, dando lugar a quien los observe a comparar cuáles son más feos, si los pintados de rojo o los pintados de negro, y como ambos colores se cubren por igual de polvo y suciedad hacen muy difícil la elección.

No se conocen las ventanas de vidrio en el inventario de la casa; en su reemplazo se encuentran grandes agujeros provistos de rejas de madera, que conforman una total armonía con los balcones; entonces no sorprende la incertidumbre de pensar si en lugar de casas se está en presencia de cárceles o depósitos.

La mayoría de las calles no están empedradas sino llenas de arena, y en distintos lugares pueden verse grupos de negritos desnudos dando volteretas, muchas veces en compañía de un mico, el que solamente se distingue de ellos por sus saltos más altos y sus movimientos más ágiles. Todo el espectáculo se acompaña de una música que para quien no está acostumbrado a oír, resulta una variante del parloteo de los papagayos sentados en las puertas y en los balcones; es decir, el idioma del pueblo inferior. Aunque el español es tan bello si está bien hablado, cuando

proviene de la boca del negro o del indígena, resulta para el extranjero de una naturaleza inentendible, así como los gritos de los pájaros.

Si unimos todos estos cabos tenemos una impresión regular de las imágenes que acompañaron nuestros primeros pasos por las calles de Cartagena.

Antes de llegar a la Plaza Mayor la calle se ensanchaba bastante, quedando hacia el lado derecho la catedral y hacia el izquierdo el palacio que de antigua residencia del Arzobispo se había transformado en sede del oficio de mayor abolengo en Cartagena, la Intendencia del Departamento de la Magdalena.

En medio de estos edificios, ocupando todo un frente de la Plaza Mayor, se alzaba el Palacio de la Inquisición, un edificio grande e irregular, que ni por sus actuales exteriores ni interiores puede relacionarse con ese horrible nombre.

Las rejas de hierro y las ventanillas habían cedido su lugar a las rejas de madera y los balcones; de los calabozos habíanse hecho depósitos, y de los acueductos, subterráneos donde las mercancías de los comerciantes y los vinos para añejamiento habían reemplazado a los lánguidos prisioneros.

En lugar de un sanguinario Inquisidor Mayor mandaba ahora, posiblemente con la sola sed del dinero, un comerciante, quien compró este edificio a la actual gobernación, ya que la Inquisición había sido abolida al llegar la independencia.

El otro costado de la plaza estaba ocupado por una serie de casas, de las cuales el segundo piso sobresale tanto que con sus gruesas columnas forman un corredor ancho y largo que ofrece sombra constante y hace del lugar el más fresco de Cartagena.

Como no teníamos guía y nuestra comprensión del idioma era poca o nula, con excepción de algunas preguntas que por precaución habíamos aprendido para la ocasión, las que con toda seguridad eran difíciles de entender así como las respuestas que recibíamos, nos vimos en la necesidad de recurrir a nuestro Comisionario señor Martín Vivía antes de lo que teníamos planeado.

Por fin nos mostraron una casona enorme, a la que ingresamos por la puerta ubicada en la calle grande; entramos a un vestíbulo alto, espacioso y fresco, cuyas paredes estaban revestidas con piedras del cuaternario. En ambos costados se veían puertas que conducían hacia el piso inferior, usado normalmente —en las grandes casas— como depósito. Una ancha escalera de piedra llegaba desde el interior, pasando por el entrepiso, que consistía en piezas pequeñas, oficinas, etc.

Arriba se encuentra el tercer piso, el más importante de la casa. Era muy alto y —como nuestras casas campesinas— no tenía cielo raso, solamente el techo de la casa; el piso era de baldosas de piedra.

Por estar las ventanas y puertas ubicadas frente a frente se formaba una corriente de aire que hacía de este lugar de la casa el más fresco y agradable y más amena la estada en este clima tan ardiente.

Desde una especie de vestíbulo que permanece abierto hacia el patio se ingresa por dos grandes puertas batientes a una sala amplia, a través de la cual se llega al balcón ubicado al otro lado, hacia la calle. A su costado dos dormitorios formaban parte de las habitaciones de este piso, cuyas paredes interiores llegaban hasta el borde del techo dejando una abertura entre ambos lados de la techumbre.

Los muebles eran tan sencillos y escasos que resulta fácil hacer un inventario. En el centro del vestíbulo, que también es comedor, había una mesa grande, maciza y mal hecha, de madera de cedro, cuyo único mérito era que combinaba con una media docena de sillas de la misma madera. Estas, con sus espaldares y asientos de grueso cuero, colocados entre sus iguales y abultadas patas, evidenciaban que fueron hechas por el mismo artista de la mesa. Encima de los muebles, una visión que no podría definirse con lo expresado por Ovidio: "*Materiam superabat opus*" *, dos o tres cántaros de agua hechos de greda quemada constituían el resto del adorno de esta pieza. Mi opinión

* La obra superaba a la materia. (N. del t.).

es que no deberían haberse incluido, con mayor razón en una sala tan pobre en muebles, ya que parecían aprisionados entre ambos muros, recordándome las estufas de azulejos con que, en nuestra patria, calentamos dos habitaciones. Pero de todas maneras pertenecían a este lugar, en el cual se encontraban también diseminadas algunas sillas, idénticas a las ya mencionadas, lo cual hacía pensar que se trataba de un solo mobiliario compuesto de un juego de doce.

Es raro encontrar en esta casa otros muebles. Si bien es cierto que se podrían incluir en este inventario dos lindas hamacas de tela de algodón blanco y azul que cuelgan de una pared a la otra como largos festones bajo una lámpara de vidrio que pende en el centro del techo, donde alguna vez tuvieron su lugar las velas. El último detalle lo constituye una mesa de centro, que permite el libre movimiento de las hamacas.

En los dormitorios, por supuesto, el mueble "sine qua non", es la cama. Era soberbia, totalmente del gusto francés, aunque solo fuese una muestra para definir la pieza, más que para dormir en ella, ya que para este clima las mejores camas serán siempre las hamacas y los catres de campaña, que se ubican en el lugar más fresco, ya sea el salón, la sala o el dormitorio. También se veía en la habitación descrita un armario grande, suficiente para guardar los vestidos necesarios para este clima.

El resto del mobiliario de la pieza se hace difícil de detallar, máxime si acá solo encontrábamos lo necesario y la abundancia no parecía pertenecer a los males de la nación. Para terminar, se encuentra un espejo, considerado por nosotros como un indispensable artículo de tocador.

Este cuadro de una casona en Cartagena es, en sus líneas generales, constante, aunque puede estar sometido a algunas variaciones menores, para lo cual contribuye la mayor riqueza que se tenga, o bien la introducción de artículos de lujo extranjeros, esto último ayudado por la posición de un distinguido funcionario o un comerciante rico a quien le agrada ver cuadros franceses adornando las paredes blanqueadas con cal y las finas sillas inglesas de tubos trenzados y reforzados, en reemplazo de

las de cuero y patas gruesas hechas por los indígenas. También prefieren una mesa mejor trabajada y adornada con dos grandes guardabrisas donde se colocan las velas para protegerlas de las corrientes de aire. Pero esto solo puede ser considerado una excepción dentro de la clase media y como para uso exclusivo de una selecta minoría.

Aquí fuimos amablemente tratados por el dueño de casa, que hablaba francés, y por su cuñado el Conde Adelcreutz, que se encontraba en casa en esa ocasión.

Transcurrido cierto tiempo retornamos a la calle, que había cobrado mucha vida, aprovechando que el calor no era tan sofocante como cuando habíamos llegado. Mujeres de todas las clases y tipos paseaban por las afueras de la ciudad, a las que nosotros seguimos, y deambulando por el suburbio llegamos a la entrada que daba al campo.

Al otro lado de esta última, un muro bajo ofrecía lugar de descanso y reposo. Como estábamos algo cansados luego de tanta caminata y a la vez acalorados, nos sentamos, observando con detención a las distintas personas que por acá paseaban.

Veíamos, por ejemplo, venir algunas damas criollas de clase alta que con verdadero y orgulloso andar español avanzaban en vueltas en sus ligeros vestidos blancos de manga corta y delgada, como queriendo decir: "Si no admiran nuestra tez pálida, observen a lo menos nuestros hermosos pies". Al lado de estas damas vimos un sacerdote envuelto en su capa negra, sudando bajo el sombrero de alas anchas, las que de tan inclinadas le impedían mirar hacia el cielo, aunque no a los lados, si no por otro motivo, al menos para responder los múltiples saludos y muestras de profundo respeto con que el pueblo le acogía.

También se hizo presente el pueblo inferior. Entre este podían contarse algunos negros montados en pequeños burros que regresaban de vender sus verduras en la ciudad y ocupaban su asiento en el cuello resistente del animal, balanceando las piernas. Su uniforme de caballería consistía en un enorme sombrero de paja, una camisa y un palo doblado que servía para

animar al burro a caminar con palabras como: "¡Anda burro!" etc. Así ocurría cuando no dejaban pasar los pesados carros de alquiler que, junto a algunos que transitan por Bogotá, son los únicos vehículos de toda Colombia y, posiblemente por su "exclusividad", los solos de ese tipo en todo el mundo, ya que de haber existido en un país civilizado tendría que haber sido hace cientos de años.

Estos verdaderos monstruos con forma de carros son difíciles de describir, ya que no puede imaginarse un viejo armatoste cubierto por siete vidrios cortados verticalmente por el centro, de modo que las tres ventanas posteriores y sus grandes ruedas quedan unidas y son arrastradas por dos gruesas y largas varas que empuja un caballo, sobre el cual va sentado un alto y pesado negro que chasquea su látigo de cuero o usa la espuela que se coloca en su pie desnudo, tratando de aumentar la velocidad del pesado equipaje.

Como no existen ventanas (las que casi no se conocen en el idioma cotidiano), las aberturas del coche brindan la ocasión a la pareja que en su interior viaja de mirar hacia el exterior, y a los peatones la posibilidad de mirarles boquiabiertos.

Entre los últimos podríamos contar a un grupo de negras jóvenes, con sus vestidos franceses y sus blancos bordados, que hacían resaltar sus largos guantes negros y sus medias y zapatos del mismo color. Al principio lo creía un capricho raro de la moda, pero pese a que la naturaleza les había dado esa figura, habrían sido preferibles formas más ajustadas y esbeltas para hacer juego con esos lindos vestidos. No era este el caso, pues no solamente los brazos estaban descubiertos sino también los pies; muchos anillos adornaban los dedos; pulseras, las muñecas; piedras el cuello, y las flores decoraban el cabello; todo el cuadro era una verdadera protesta contra el buen gusto.

Algo más atrás se distinguían unos petimetres colombianos con livianos sombreros de raíces, sacos rayados y pantalones blancos, estos últimos tan anchos que en cada uno podrían caber dos piernas de mujeres, y sumado a todo esto unas botas con

tacones altos que acompañaban el liviano y pomposo caminar que estos señoritos mostraban al pasar, moviéndose bajo su constante conversación, o mejor dicho, griterío, que ni sus cigarrillos encendidos podían interrumpir.

A lo lejos se veía un fuerte nativo, sumiso, de color amarillo sucio, cuyos cabellos negros y lisos caían bajo el amplio sombrero de paja que daba sombra a la figura. Ancho de hombros, vestido pobremente, con una camisa de cuadros azules que colgaba suelta y cubría por sectores la ropa interior del mismo color y tela. Se encontraba a punto de encender un puro, bajo sus labios decorados con una barba poco abundante, y de dárselo al compañero, un mulato de color castaño descendiente de la mezcla entre europeos y africanos, con una figura tan bien formada que serviría como modelo a un escultor y —con excepción de la herencia de su madre, un cabello rizado y corto— podría considerársele un hombre hermoso.

Después de haber encendido su propio cigarro debieron ambos quitarse del camino para dar paso a un grupo de jinetes que con espuelas, látigo y las riendas tensas forzaban sus cabalgaduras al más rápido galope, para lo cual les habían enseñado a estas un paso que resultaba grato para el jinete pero forzado para la bestia.

Al cambiar la vista de lugar se veía una pareja de oficiales de la guarnición con sus grandes bigotes negros, barba de perilla y patillas, que apenas dejaban espacio para la cara pálida y amarilla y enmarcaban unos relucientes ojos negros que demostraban, si no por sus dueños sí por sus antepasados, su origen castellano. El emblema tricolor de la república lucía sobre sus grandes sombreros triangulares en lindos penachos. En los botones de sus relucientes casacas el escudo de armas de Colombia mostraba que defendían ahora la libertad de la colonia independiente contra la opresión de la Madre Patria.

Finalmente se veía uno que otro inglés, cuyo delgado rostro certificaba que desde hacía tiempo había decidido cambiar el aire húmedo de su querida isla por el seco y quemante calor de este continente.

Podía vérselos transpirando en las vestimentas de su patria : el frac azul, que parecía incorporado a su existencia nacional, de la cual es tan inseparable como un turco de sus mamelucos. Lo característico de esto es que puede vérselos vestidos de igual forma en el círculo polar ártico y en el Ecuador, o sea en las zonas árticas frías y en calor tropical; con muy poca variación, no abandonan sus queridas prendas de vestir.

Al lado de ellos se encontraba un francés agraciado, que con su vestido liviano mostraba que adquiría la costumbre del lugar donde estuviera. Así, con su bufanda, el alfiler de la corbata y las joyas, recordaba que "hay que ser hábiles en todo lugar", tanto en un paseo de Cartagena como en un "boulevard" de París.

Regresamos a la ciudad junto con el grupo. Siguiendo tras este nos encontramos, un tanto sorprendidos, en el centro del café más distinguido de Cartagena, en el que durante las tardes se colocaban las sillas afuera hasta ocupar la mitad de la acera de enfrente. Al aire libre era el lugar favorito para situarse ya que se evitaba el calor de las piezas en el interior. Servían limonadas, leche de almendras, café, etc.

Las nacionalidades eran fáciles de distinguir por sus gustos. El inglés, por ejemplo, pide su brandy con agua; el francés su taza de café, y el colombiano chocolate, siempre que antes no haya pedido a gritos: "Ponche de huevos", que los jóvenes especialmente, toman gustosos. La unión se da en un artículo, el cigarro, porque acá lo fuman desde los ricos hasta los pobres; los señores y los comunes, sin exclusión de las mujerzuelas. Esta generalidad ha provocado un verdadero rito. Encender un puro se considera un acto tan sagrado que nadie puede negar su fuego del tabaco a quien se lo solicite. Así, el soldado se lo pide al oficial y el señor más distinguido lo cede inmediatamente al obrero.

Esta verdadera costumbre republicana resulta en ocasiones incómoda, ya que si una persona va de prisa pero se encuentra en la calle a un negro, indio o a cualquiera, éste puede detenerlo con un: "Me hace el favor, señor", el sujeto se queda detenido

hasta que el impertinente haya encendido su puro; o en caso contrario, se ve obligado a dejarle el fuego y el tabaco para evitar el molesto contratiempo.

Los portones, lo mismo que las entradas al puerto interior, los cierran a las ocho de la noche y como ninguno de nosotros tenía todavía alojamiento, terminó en ese instante nuestra primera visita a la ciudad y retornamos a bordo.

Los días festivos que seguían a la Semana Santa, sumados a la pereza y curiosa lentitud de los habitantes, evitaron que lográramos realizar muchas cosas en ese tiempo. Puedo decir con razón que los colombianos durante la mitad del año tienen días de fiesta y el otro medio año no hacen nada.

No se necesita ser muy exaltado para perder la paciencia cuando después de haber corrido durante largos días detrás de un tal señor, éste, moviéndose en su hamaca, pronuncie su palabra favorita: "Vuelva mañana"; y al insistir en un nuevo retorno recibe la categórica respuesta: "Hoy es día de fiesta", pronunciada con alegre seguridad, como si hubiera estado esperando todo ese tiempo para decirla, ya que en este día nada puede decirse acerca de su inactividad.

Quizás el clima ayude a que así sea. Por eso es especialmente peligroso para el europeo estar en excesivo ajeteo los primeros días después de su llegada. La demasiada exposición al sol, en especial durante el mediodía, causa dolor de cabeza acompañado de una fiebre ligera.

Los nativos prefieren su hamaca a exponerse a los rayos del sol. Con el cigarro en la boca y uno de los pies dando impulsos para alcanzar y aumentar al máximo la corriente de aire, gozan de la deliciosa frescura que puede dar una temperatura de 35°C. Es muy raro observar a alguien por las calles a la hora del mediodía; tanto estas como las plazas están vacías. Si casualmente un urgido caminante las cruza, lo hace en la más completa soledad, y la, en otras horas, inseparable sombra de su cuerpo también parece haberlo abandonado; ella sigue al cuerpo en la mañana y por la tarde, pero, semejando a las sirvientas, no se la puede obligar a salir al mediodía.

Es difícil hacerse a la idea de un día de este estilo. Es como estar rodeado de una gran masa de gas que ilumina y llena todo con su deslumbrante luminosidad. De allí que como producto de tal situación sea frecuente contemplar gente ciega o con la vista herida.

El primer día diferente que pasamos y el primero de lluvia que Cartagena tuvo en dos años, llegó por fin el 15 de abril. Pero también fue una lluvia de estilo tropical, que quería, si era posible, reponer de una sola vez los dos años de sequía. Las gotas caían tan grandes y seguidas unas de otras que daban la impresión de una sola masa de agua que junto a terribles estampidos de truenos descendía sobre casas y calles.

Las calles se transformaron en canales y las casas necesitaron de toda la resistencia de sus techos de ladrillos dobles para proteger a los seres humanos y a los animales que amparaban. Producto de tal situación fue que el termómetro bajó bastante pero subió al momento de cesar la lluvia y dar paso al sol que con renovadas fuerzas vino a secar todo, hasta las calles.

La importancia mayor del aguacero caído consistió en repletar los estanques de la mayoría de las casas, que durante mucho tiempo, por falta del elemental líquido, no habían logrado cumplir con su función, cual era surtir a la ciudad de agua potable.

El 19 de abril se celebró el día del año que dio comienzo a la Revolución, por lo cual desfilaron los batallones de las dos guarniciones.

Una era la de "Tiradores de la Guardia" que se veían mejor con maniobras más seguras de lo que se podía suponer, aunque los sacos de lana y las pesadas charreteras debían de molestar a los negros e indígenas que la componían, los cuales se notaban no estar acostumbrados a la situación.

La música no era buena sino estridente; a más sonido de trompetas y mayor ruido, tanto mejor les parecía. Eran bastantes y, en lo posible, soberbios; lo mismo de engalanados que nosotros; además no necesitan pintarse la cara para parecer negros.

La otra unidad era un escuadrón llamado "Húsares", al que tan solo le quedaban el nombre y el sable, porque los caballos escaseaban hacía mucho en este Cuerpo Monsterulla.

Los barcos de guerra anclados en la bahía, embanderados, saludaban. La fecha solemne terminó con un gran baile en la Casa de la Gobernación.

Gracias a la invitación generosa del conde Adelcreutz conseguimos asistir a este maravilloso regocijo, raro para un extranjero. De las múltiples habitaciones iluminadas de la gran casa, las dos más grandes e inmediatas estaban dedicadas al baile, para lo cual se ajustaban a la perfección, y como no existía entre ellas separación, permitían a la cadena del vals pasar de una a otra por el piso de piedra.

El conjunto total era tan numeroso como brillante, no solo por el lustre de los uniformes multicolores sino por las vestimentas de las damas, envueltas en sedas y telas finas, adornadas con perlas y joyas, las que mejor se ven a la luz artificial y aparentan mayor valor que el que tienen a la luz plena del día.

Entre los uniformados sobresalían los Generales Soublette y Montilla, con sus fracs bordados de escarlata dorada.

El primero era uno de los generales más brillantes, inteligentes y queridos de Colombia, que posteriormente desempeñó el cargo de Ministro del Departamento de Guerra. El segundo, más guapo y cortés, es actualmente Jefe del Departamento de Cartagena.

Todos los caballeros estaban vestidos de frac, ya fueran civiles o militares, y los pantalones, sin distinción, eran de lino blanco. Muchos se distinguían por su apostura y la elegancia de su baile. Entre las mujeres no había ninguna que se caracterizara por una belleza extraordinaria. Su hermosura solo era posible verla a la luz del día, cuando se ayudaban con el maquillaje o, mejor dicho, este le daba al cutis un color que no tenía, ya que no hay mujer en Cartagena que tenga un color diferente al gris-pálido. La mayoría poseía una dentadura feísima, por lo que más difícil resultaba al cabello y los ojos hacerlas parecer bellas.

De no ser por el corto talle que las deformaba, sería posible considerarlas dueñas de un cuerpo bonito, lo cual se confirmaba por el no uso del corpiño, ya que el calor no se los permitía. Lo que más autoapreciaban y en realidad constituía lo lindo de ellas, eran sus pies; que después de los delicados de la mujer oriental deben de ser los más lindos que pueden verse.

Su danza era de mucha gracilidad, aunque no usaban ninguno de los pasos que acostumbrábamos nosotros, los que de todas formas habrían sido imposibles de efectuar en el piso de piedra y al compás de la lenta y pomposa música con que se acompañaban sus valeses y contradanzas, que en definitiva resultaban ser un compás inglés con una serie de variantes que les habían introducido.

No es posible bailar en este clima tan caluroso con la rapidez y vivacidad con que lo hacemos en nuestros bailes de invierno, pero es grato observar lo hermoso y original que resulta el orgullo y galanura de sus vueltas en el vals, además de la gracia y elegancia con que se mantienen en el aire en un baile como el minué.

Cerca de la medianoche las salas de baile fueron momentáneamente abandonadas. Se pasó a las habitaciones donde largas mesas se doblaban bajo el peso del ágape que, con muy pocas excepciones, consistía en productos iguales a los nuestros. La diferencia mayor se notó en los postres, consistentes en las mejores frutas tropicales: piña, mango, melones en diversidad de tipos, limones, naranjas, etc., todo en una cantidad tan abundante como variada.

La comida acabó pasadas las dos de la madrugada, prosiguiendo luego el baile hasta las cuatro, hora en que todo acabó.

Algún tiempo más tarde, el Cónsul inglés ofreció en su casa un baile parecido, al cual fuimos invitados. Muchos bailes vinieron después. En general, podemos decir que estos les agradan bastante. Después de los juegos de salón son su única entretenición.

El 13 de mayo nos despedimos de Cartagena. En muchos aspectos es una ciudad interesante; tal vez en una segunda visita entregue una descripción más acabada y detallada de ella. La impresión que en el europeo recién llegado deja su modo de vida, es triste y desagradable, aun cuando esta ciudad es considerada por los colombianos y foráneos como un pequeño París.

Es posible también que nos hayamos dejado influir por la opinión de un viajero inglés que regresaba en nuestra travesía desde Europa, el que ahora pensaba que, en muchos sentidos, no era como él la había conocido dos años atrás. Cuando al embarcarnos me preguntó qué pensaba de Cartagena, acordándome de sus descripciones anteriores no pude dejar de contestarle con el pensamiento de uno de sus escritores: "Un lugar de paz, eso decía en los días pasados; pero algo lo arruinó, ahora el lugar es distinto".

CAPITULO III

SANTA MARTA

En la madrugada del 14 de mayo, una vez quedado en tierra el práctico, dejamos a Boca Chica y nos hicimos a la mar, nuestro destino, siguiendo un poco el mismo camino ya realizado para llegar acá, Santa Marta, una ciudad ubicada hacia el noreste.

La distancia es aproximadamente de unas seiscientas veinticinco millas, las que normalmente se cubren —con buen viento alisio— en un par de jornadas. En caso contrario, el viaje resultaba mucho más largo y puede llegar a durar mucho tiempo, especialmente si se es sorprendido por fuertes vientos.

El alisio de las Indias Orientales hace muy fácil el trayecto; pero si este se realiza con el viento en contra, es necesario mucho trabajo y tiempo.

Ahora, con el comienzo de las temporadas de lluvia, el clima había tenido un cambio notable. En lugar del parejo viento del noroeste nos recibían el cielo nublado y el mar con turbulencias. Ninguna noche la tuvimos sin tormentas y copiosos aguaceros, acompañados de fuertes y estrepitosos truenos y relámpagos, que se tornaban peligrosos a medida que de improviso e inesperadamente nos encontrábamos en contra del viento. Por la descripción reseñada, esta jornada de viaje resultó ser una de las más desagradables.

El 17 en la mañana distinguimos las conocidas montañas nevadas. Al día siguiente, por la tarde, ya estábamos amarrados

en el puerto abierto de Santa Marta, tan solo protegido de los vientos del norte y oeste.

La ciudad ubicada allá abajo se distingue muy bien desde aquí. Un pequeño bosque la rodea en tres de sus costados; un tanto más allá, descendiendo de las altas montañas y protegido por bosques, se ve un estrecho río que desemboca en el mar por el cuarto costado de la ciudad.

La poca protección de este puerto es obra de la naturaleza, ya que el arte humano no ha aportado nada a ello, ni una sola piedra, ni un tronco de árbol; no hay un solo dique de protección. En este puerto no se encuentra ni un muelle donde puedan atracar los barcos; estos deben ser anclados por la popa y la proa; es su única ligazón con tierra firme.

La operación de cargue y descargue debe hacerse por cuenta del propio barco, tratando —por medio de remos— de llevarlo lo más cerca posible de la playa y después realizarla a fuerza bruta, a espalda limpia, por los marineros que deben transportar la carga a través de la pendiente de la playa.

Vadeando la arena suelta que llega hasta un castillo en construcción el Santa Bárbara, en la segunda mañana llegamos a tierra. El castillo, unido a una fortificación rocosa llamada El Morro, se usa para la defensa de la ciudad y como entrada a ella.

Un tanto más arriba está la ciudad, con calles más anchas y de mejor circulación que las de Cartagena, pero el calor aquí es insoportable.

Las bajas casas nada podían hacer para menguarlo, no protegían con su único piso, y como no existían los balcones nada daba sombra.

La población blanca era muy poca, en las calles se notaba más gente de piel negra y oscura. La provincia de Santa Marta tiene mala fama en todo el país a causa de su población de color, que resulta ser peor y más mala que la de Cartagena. Incluso los blancos son considerados peores republicanos que los de otros lugares. Muchas veces es posible oír decir "Los Royalistas o Amigos de la Patria Vieja".

Los mismos naturales de Santa Marta afirman ser menos valerosos que los de Cartagena, lugar donde dicen lo contrario. El extranjero, por otro lado, piensa que el más valiente es aquel que pertenece al lugar donde él se encuentra, por lo que es muy difícil llegar a decidir sobre el asunto.

Por su ubicación y por las montañas boscosas que la protegen, Santa Marta debiera ser menos calurosa que Cartagena, donde uno se protege del calor en sus frescas y grandes casas de piedra. No ocurre igual acá.

La temporada de lluvias hacía que, por lo menos en las tardes, con la aparición de relámpagos y truenos seguidos de lluvias y aguaceros que podían durar durante toda la noche, se sintiera un aire más suave.

Con sus aguas frescas y claras el río cercano ofrecía el lugar de mayor refrigerio, el agua pura para beber y el lugar de baño más agradable.

Todos los días, muy temprano, se puede ver cómo traen el agua desde ese lugar hasta la ciudad, en grandes tinajas de greda encima de las cabezas negras y rizadas, o en barriles de madera transportados sobre las espaldas peludas de los burros de carga.

Por las mañanas y las tardes es posible encontrar también grupos de bañistas, hombres y mujeres. Según me han contado, antaño era de buen gusto que caballeros y damas se bañaran juntos, por supuesto que no sin cierto pudor. Pese a los trayectos del río dedicados al baño, ya no es posible ver aquello. Al medio día un grupo de lavanderas se encargan de expulsar a todos los bañistas, enturbiando el agua con jabón, espuma, etc.

El pequeño bosque ubicado entre el río y la ciudad, con su gran cantidad de animales y de senderos, ofrece la posibilidad de un agradable paseo matinal y otro vespertino. Un conjunto de cucarachas ubicadas en todos los arbustos entona una música extraña, la que cansa por lo monótona, ya que no consiste sino en un prolongado chirrido semejante al que hacen nuestras langostas, solo que el de las cucarachas es más durable y estridente.

La vista está permanentemente ocupada en observar un grupo de lagartijas corriendo por el camino. De dicha especie es posible encontrar pequeñas, del tamaño de un dedo, hasta una de cuatro pies de largo: lagarto de Juana. Todas tienen unos colores brillantísimos, en azul, amarillo, negro y diversos tonos de verde. Se las ve corriendo inofensivas y asustadas respecto del que llega a interrumpir su paz.

Un tanto más complicado y difícil resulta encontrarse con una serpiente; aunque existen, especialmente una raza pequeña de color marrón llamada Culebra de Bejuco. Con sus tres pies de largo, delgada como un tallo, se la considera extraordinariamente venenosa.

En las tardes oscuras, especialmente después de las lluvias, el paseo se ilumina por una enorme cantidad de luciérnagas que, como un faro alumbrando sobre el mar, con sus luces van y vienen por entre los árboles.

Como los habitantes prefieren tomar el fresco en las puertas de sus casas, al llegar el anochecer el paseo no es muy frecuentado.

Es entonces cuando se ve a la familia reunida en las afueras de la casa, hasta donde llevan sus sillas, con lo que transforman ese sector, entre la puerta y la calle, en una sala donde incluso reciben sus visitas. Sería poco decir que permanecen sentados en las sillas, más correcto sería decir que están acostados en ellas, ya que jamás vi alguno sentado recto en la silla. La perspectiva era mejor si la silla podía ser afirmada en la pared pues así podían echarse hacia atrás a todo gusto.

Por el uso que le daban a sus asientos estos eran más cortos atrás que adelante. Los más adinerados tienen unos sillones bajitos, con un largo respaldar que les permite, sin necesidad de afirmarlo en la pared, tomar una posición cómoda y descansada.

Al entrar a una casa el dueño tiene por costumbre colocar una silla junto a la pared, al tiempo que consulta: "¿Quiere usted sentarse?", por lo que en un principio se llega a creer que

sentarse está relacionado con acostarse. De este modo, sentados en largas filas se quedan conversando hasta altas horas de la noche.

Nunca se les ve leer, así es que colman este vacío con la conversación, ya que encuentran en esta la mayor parte de sus conceptos y conocimientos sobre las cosas. Les agrada participar en la conversación y para ellos es una buena forma de ayudarse en el idioma, a pesar de lo cual nunca se les ve reírse por los errores que uno pueda cometer. Por la constante práctica, la mayoría de los colombianos hablan bien. Así resulta placentero tener conocimiento sobre esto y escuchar lo rico del idioma y su buen sonido.

En el transcurso de estas tertulias frecuentemente se sirven chocolate o dulces, tras lo cual beben en grandes tazas de greda agua fresca y cristalina. Pero la atracción mayor sigue siendo el puro, que lo fuman incluso muchas de las mejores damas de la ciudad.

Lo que constituye una magnífica prueba de la amabilidad de estas mujeres es el hecho de que una vez encendido, lo toman de su propia boca y lo entregan al extraño.

Se cuenta, aunque no puedo garantizarlo, que hace un tiempo se veía entrar a las damas a los bailes con un adorno en el cabello en forma de puro que, a modo de diadema, ataviaba con gusto exquisito sus cabezas. Si lo consideraban necesario lo retiraban y se lo fumaban. Pienso que lo último es poco probable, solo lo comparo con el gesto del escritor que coloca su lápiz atrás de la oreja cuando no lo usa. Aunque la última posibilidad no puedo descartarla, máxime si la acción cumple dos finalidades: adorno y uso.

De cualquier manera, no es fácil sostener cuál método resulta menos estético: una hoja de tabaco limpio seco y enrollado, o lo que nosotros usamos, una pomada sucia y grasosa, acompañada de un montón de polvo seco volando por los alrededores.

Al igual que en Cartagena, les gusta mucho el baile. A la vez es frecuente escuchar a las mujeres tocar una especie de

pequeña arpa. Ellas no saben distinguir las notas, pero poseen buen oído, así es que tocan con una precisión y ritmo admirables. Ayudadas por la forma en que se recortan las uñas, chasquean con mucha fuerza, cortándose en poco tiempo las cuerdas. En un depósito ubicado en el mismo instrumento mantienen las cuerdas finas y tienen gran habilidad para arreglar una cuerda cortada o colocar una nueva.

De ese modo no tiene mucha significación el hecho de que la música sea interrumpida y acompañada de un "caramba, se reventó la cuerda", porque rápidamente la pieza vuelve a seguir el mismo ritmo, como si este breve intermedio tan solo fuese una pausa larga.

Raras veces se las oye cantar y después de haberlo comprobado uno desea que lo hagan más espaciadamente, ya que les suena muy mal la voz; resulta extraño esto considerando su hermoso lenguaje musical y su gran oído. El error, con probable seguridad, se encuentra —si no en su totalidad al menos en gran parte— en el poco entrenamiento del elemento indispensable para el canto: la voz.

Durante la fiesta de Pentecostés estuve en un pueblito campesino llamado Gaira, distante treinta kilómetros de la ciudad, en casa del señor Sandreschi, donde invitó a algunos amigos.

Una carta del señor Hausvolff me había dado a conocer a este extraordinariamente amable y culto hombre, a quien di las gracias por los agradables y alegres días vividos durante mi estada en Santa Marta.

Curso de nacimiento, acompañó a Napoleón durante la campaña en Rusia como Comisario del Ejército, habiéndose trasladado hasta estos rincones americanos luego de la caída del Gran Hombre (como siempre subrayaba al nombrarle). Además resultaba entretenido escucharle, en este clima, describir la retirada de Moscú; las llegadas al hielo y las montañas de nieve de Rusia y exclamar "¡ah, qué frío terrible!", mientras que el narrador y los oyentes se secaban las gotas de sudor.

No deben imaginarse una casa de campo grande o bien construida como el lugar en que este caballero residía, ya que no existen en Colombia. Solamente era una casa de bambú y greda, que no sobresalía de las vecinas que estaban cubiertas de hojas de palmera. La distinción se encontraba en los mejores y hermosos muebles.

Era sorprendente encontrar en una choza indígena cuadros en las paredes con la figura de Napoleón y de sus más distinguidos generales, todos en uniforme completo, con la pequeña capa y en la inconfundible posición de los brazos cruzados.

Sería posible aseverar que en este lugar se volvieron a encontrar, en un nuevo mundo, tras haber concluido su papel en el viejo.

El pequeño lugar resultaba agradable por sus alrededores, que no eran tan calurosos, y la molestia de los mosquitos era menor a la de Santa Marta debido a la cercanía de los cerros.

Gaira es un pueblo extraño debido al pequeño río que lo bordea, cuyas aguas claras y frescas ofrecen un baño saludable, como que arriba en la montaña existían aguas termales. Los médicos las recomendaban tanto para agua potable de pozo como para baños. Como las usaban sanos y enfermos, podríamos considerar el pueblo como Medevi, o por lo menos como Uddevalla, ciudad del norte de Suecia.

La razón de por qué estos terribles insectos no fueron nombrados antes es que no eran conocidos por nosotros. Nuestro conocimiento comienza con la llegada al país y acabará cuando nos marchemos. Estos, verdadero tormento para el hombre, merecen si no un capítulo a lo menos un artículo propio, así nos exoneraremos de culpabilidad antes de llegar al lugar de su verdadero imperio, el río Magdalena.

Volviendo al tema diré que el clima de Gaira es mucho más sano y fresco. Especialmente las damas abandonan la ciudad por un tiempo para gozar de las delicias de aquel y del baño en el río, donde pueden hacerlo con mayor comodidad que en Santa Marta.

Las complicaciones de la ceremonia del baño son menores; con excepción de las medias y zapatos, generalmente entran al río con todo el vestuario, que consiste en una delgadita bata o traje ligero, del cual traen otro juego, por lo que tan pronto como salen se cambian el vestuario del día y su correspondiente arreglo. Una peinetilla y algunas flores de los arbustos cercanos completan el toque femenino. En ocasiones traen un pequeño puro que es encendido en la casa, como el fuego de Vesta, no permitiendo que se apague durante la excursión. Para eso se lo van turnando hasta que llegan a la casa y a la hamaca, donde continúan con la entretención.

Cerca de las tres de la tarde del día de Pentecostés, mientras nos encontrábamos sentados bajo un techo de palmeras que había en la plaza, se sintió un ruido seco que se acercaba bajo tierra hasta que las calles empezaron a moverse poco a poco, las casas y muebles a vibrar y nosotros a ser agitados en las sillas. Era cómico observar cómo todos los indígenas rápidamente se arrodillaron y empezaron a rezar, a la vez que se persignaban aceleradamente, pese a estar acostumbrados a la situación. Al otro día tuvimos dos movimientos de tierra menores.

En Santa Marta los temblores habían causado mayor agitación y preocupación, sin que se tuviera que lamentar ningún accidente en especial. Tal como se presentaron, resultaron algo interesante.

El sentimiento propio durante el temblor es posible de comparar con lo que se siente a bordo de un barco grande cuando inesperadamente toca fondo. Todo adquiere un movimiento rápido, la gente por momentos se siente como en posición invertida y la dificultad de conservar el equilibrio depende del mayor o menor grado que tenga la fuerza del golpe.

El temblor que un año más tarde se sintió por la totalidad de las provincias montañosas de Colombia, cuya mayor intensidad se registró en Bogotá, era de una naturaleza más potente y seria. Lo veremos en otro momento.

Por la tarde del segundo día se preparaba un gran baile indígena en el pueblo. La pista era la calle, limitada por un estrecho círculo de espectadores que rodeaba a la orquesta y los bailarines.

La orquesta es realmente nativa y consiste en un tipo que toca un clarinete de bambú de unos cuatro pies de largo, semejante a una gaita, con cinco huecos, por donde escapa el sonido; otro que toca un instrumento parecido, provisto de cuatro huecos, para los que solo usa la mano derecha pues en la izquierda tiene una calabaza pequeña llena de piedrecillas, o sea una maraca, con la que marca el ritmo. Este último se señala aún más con un tambor grande hecho en un tronco ahuecado con fuego, encima del cual tiene un cuero estirado, donde el tercer virtuoso golpea con el lado plano de sus dedos.

A los sonidos constantes y monótonos que he descrito se unen los observadores, quienes con sus cantos y palmoteos forman uno de los coros más horribles que se puedan escuchar. En seguida todos se emparejan y comienza el baile.

Este era una imitación del fandango español, aunque daba la impresión de asemejarse más a una parodia. Tenía todo lo sensual de él pero sin nada de los hermosos pasos y movimientos de la danza española, que la hacen tan famosa y popular.

Mezclados a las canciones un negro indígena, acompañándose con una pequeña guitarra, recitaba versos. Su uso era frecuente y el sonido bonito, pues la música lleva siempre una armonía, que se complementa con sus voces puras y profundas que tanto tienen de melancolía y tan bien se ajustan al clima de su patria y a la orgullosa grandeza que los cobija.

Era una canción sobre la toma de Santa Marta durante la guerra de la Independencia, que declamaba con emoción, teniendo en cuenta que él participó en ella. Los indios de los alrededores de Gaira tuvieron una actuación activa y decisiva. Por ese entonces combatieron al lado de los españoles y aún hoy son considerados la tribu más gallarda y rebelde entre los indígenas civilizados de la República.

Dos caminos existen entre Gaira y Santa Marta. Uno de ellos hace un rodeo en torno a las montañas, atravesando un bosque lleno de plantíos que lo dividen en pequeñas plantaciones, donde los nativos construyen sus chozas, parecidas a las casas de campo de los pequeños propietarios de nuestro país. Siembran maíz, plátano, caña de azúcar, hortalizas, etc. Cerca de la ciudad uno de estos plantíos sobresalía por su extensión y la gran cantidad de mangos.

El otro pasaba por una montaña alta, desde la que se tiene una vista magnífica de la ciudad ubicada a sus pies. Para llegar a la cima debía vadearse el río, pues no existía ningún puente, pero el agua no sobrepasa la montura del caballo que lo cruce.

Atravesando por una plaza que en las mañanas se convierte en mercado de frutas y verduras, llegamos a la ciudad. Mercados parecidos se encuentran en todas las ciudades y son necesarios debido a que con las altas temperaturas es imposible guardar algo en casa.

No se pueden formar despensas, por lo que, en el real sentido de la palabra, las compras se realizan para el día.

Por eso la plaza ofrece un paseo interesante, tanto para el habitante cotidiano de acá, como para los forasteros. Es posible notar en este pueblo un gran respeto por el prójimo.

En el mercado lo primero que salta a la vista es la carne. Su aspecto y sabor son los peores. Se la cuelga en varas, cortada en largas tiras que se secan al sol, por lo cual es perdonable dudar si está colgada para asustar a los pájaros o para atraer mosquitos. Un tanto más abajo, presentando un aspecto mucho más asqueroso se ven enormes cubos de manteca como desagradable sustituto de la mantequilla, con la que preparan la comida. La cantidad que usan es tan grande que es corriente verla en grandes cantidades flotar en el plato.

Continuando con el recorrido siguen los pescados, gallinas, pollos y palomas; resulta grato verlos en el mercado, pero no probarlos en la mesa. Seguramente la razón es la mala preparación o el resecamiento en la carne de los animales.

La naturaleza entregaba una recompensa a través de los vegetales (verduras, frutas y hortalizas). Por cualquier lado se veían los frutos que, con justicia, deben ser nombrados en primer lugar, de incomparable sabor y más nutritivos y alimenticios que los nuestros. El plátano de aquí se encuentra en todos los tamaños, desde el amarillo de un pie de largo hasta el pequeño de color verde.

En seguida los excelentes frutos de raíces, como la yuca y la arracacha, muy superiores a nuestros nabos, espinacas, etc. Luego están el coco, maíz y arroz, en cantidad acorde con su buen sabor. En otro sitio todo tipo de frijoles, rojos, negros, blancos, marrones y amarillos, y las frutas maduras que con sus carnes sueltas se asemejan a la mantequilla. También hay un tipo de cebolla parecida al ajo que, acompañada de ají, es usada en grandes cantidades por los cocineros.

A la vez se ofrecen al público semillas de cocoa y bolitas de chocolate ya preparado, al igual que un pan hecho de maíz molido (arepas) y unos bollos en forma de huevo grande. Los mencionados son los alimentos más corrientes.

¡Qué gran cantidad la que se ve de frutas deliciosas! Hay una enorme variedad de frutas de postre, que con el solo hecho de nombrarlas es suficiente: piñas, mangos, guayabas, melones, guineos, granadillas, papayas, limones, naranjas, guayabitas, etc.

Al acabar la descripción encontramos huevos, quesos y algo de leche. Este último producto se hallaba en poca cantidad, pues no separaban nunca a los terneros, dejando a estos toda la leche de la madre. La leche la consideraban poco saludable y la usaban muy raras veces. Por supuesto, no falta el artículo corriente: tabaco.

El mercado funcionaba entre las cinco de la mañana y las nueve. A esta hora el sol se encargaba de expulsar a los vendedores, compradores y mercaderías. Desde ese instante reinaba el solitario vacío por las plazas y las calles, prolongándose hasta un poco antes de la caída del sol, en que todo se reanimaba.

Es a esta hora cuando los señores más nobles frecuentan en sus paseos la playa ubicada fuera de la ciudad, donde por lo general sopla una brisa agradable. Se cuentan entre ellos los prósperos comerciantes que —sin incluir a los criollos— son algunos franceses, norteamericanos e ingleses. Se reúnen habitualmente en una casita del guardia de la aduana, sentados sobre un gran tronco volcado en sus afueras, a fumar y a conversar acerca de sus negocios, el comercio, la navegación, etc. Por eso con justa razón se denomina al lugar “La Bolsa de Santa Marta”, que se confirma por el hecho de que los capitanes de los barcos mercantes se paran a lo largo de la playa y en ocasiones aumentan la cantidad de los contertulios del tranquilo tronco.

Los negocios no son muchos ni rápidos. Raras veces se ven más de cuatro barcos y es normal no encontrar ninguno. Los que arriban son generalmente franceses, que traen grandes cargas de telas finas, ropas, vinos y joyas de fantasía llenas de colorido que ayudan a las damas en su galanteo. Son transportadas desde Burdeos y Marsella, aquí queda una parte y la otra se carga de nuevo en embarcaciones que la transportan por el río Magdalena a Mompós, situada a mil ochocientos kilómetros de distancia. Otra parte queda allá y el resto es embarcada hacia el interior del país. En ocasiones los barcos permanecen a la espera de una carga de retorno, que consiste habitualmente en árboles, pieles y algodón. Tuve ocasión de ver un barco francés al séptimo mes de varado, esperando acá, y cuando abandoné el lugar continuaba su espera.

La razón de que así ocurra es debida a la enorme lentitud y dificultades con que se realizan los negocios, pero fundamentalmente a los pésimos medios de comunicaciones y transportes. Con la excepción del lomo del burro, todo se reduce a las embarcaciones mencionadas. No es posible decir si la miseria que mostraban los botes se debía a su construcción y uso o a la inexperiencia de la tripulación en sus maniobras.

Con mis propios ojos vi a uno de estos verdaderos fantasmas del mar darse vuelta de campana tan pronto como llegó al puerto. Estaba cargado de algodón, el que prontamente se fue al mar

pues nadie pudo hacer nada por salvarlo. En el nuevo viaje que estaban emprendiendo se veían mejor y más seguros que cuando se hallaban empacados en el barco.

El dueño de la carga, un comerciante inglés que desde tierra presencié la escena, furioso maldecía: "¿Quién es el culpable de esto?". Manifestaba que no conocía modo alguno de enseñar "a estas bestias a ser mejores marineros"; al escucharlo no pude abstenerme de comentarle que para una próxima vez cargara el barco con hierro e hiciera amarrar si no a toda por lo menos a una parte de la tripulación. Entonces como no tendrían más cuidado en el manejo de las velas y el timón, al menos se salvarían de su ira al verlos llegar a tierra y reírse de toda la aventura.

Estos marineros formaban parte, con un grupo de pescadores, de la población de Santa Marta, cuyo resto estaba constituida por algunos pequeños comerciantes, artesanos y obreros. Se incluía a la guarnición consistente en dos compañías, la de Artillería y la de Infantería, integrando un total de unos cinco mil habitantes.

La clase inferior, compuesta en su mayoría por negros y descendientes de negros-indígenas, constituye lo peor que es posible imaginarse. Flojos, orgullosos e indomables, solo saben fumar tabaco y jugar a las cartas, ya que no necesitan trabajar demasiado para satisfacer sus necesidades..., de un estilo tan fácil y fructífero.

Si fuesen menos apuestos y más harapientos serían unos verdaderos Lázaros. El modo de demostrar sus aptitudes es robando, para lo cual tienen una habilidad natural y una aptitud increíble. Constantemente se escucha a la gente más pudiente reclamar que ha perdido algo. Por esto es una fortuna no ser dueño de demasiadas cosas pequeñas en las habitaciones, al contrario de nuestra costumbre, ya que un par de visitas de estos señores pronto acaban con ellas.

Me tocó vivir la experiencia dos veces. Una tarde llamé a uno de estos negros a mi habitación para pagar un favor que me había hecho. Cuando le di su dinero, me expresó las gracias

en forma efusiva, agregando el complemento usual: "Viva usted mil años". Al poco tiempo comprobé que me faltaba el reloj que tenía encima de la mesa; con seguridad se lo llevó como recuerdo del "buen señor", el que ahora se ahorra la molestia de contar las horas de sus futuros "mil años". La segunda ocasión fue peor. Generalmente viajaba a Gaira los sábados por la tarde, para gozar a lo menos de dos noches frescas por semana. En esta ocasión se aprovecharon de mi ausencia.

Por la noche ingresaron a mi cuarto y confiscaron todo lo que, desde su punto de vista, constituía contrabando. Como en la casa nadie más vivía pudieron realizar el trabajo muy fácilmente y con absoluta seguridad. Para entrar les bastó romper la vieja reja de madera con la cual estaba protegida la ventana.

Afortunadamente no tuvieron éxito total, ya que el tesoro que buscaban —dinero— no lograron conseguirlo, pues no lo había. A mi regreso todo estaba revuelto y disperso por el suelo, todo lo rompieron, y la papelería y sus trozos de papel y madera llenaban el piso. El cuadro no era diferente al que deja el gavilán después de haber cogido un pájaro: plumas y huesos desparramados.

Lo único que faltaba eran algunas medallas, que debieron creer que era dinero y seguramente no fueron cedidas para aumentar el erario de la república. Me habría gustado saber el papel que jugaron entre su colección; una moneda de una corona y una medalla de agradecimiento otorgada por la Academia de Guerra.

Al no encontrar más oro ni plata trataron de componer el asunto llevándose cosas menores, como una caja de espejos, un par de pistolas y algo de ropa blanca y de color. Nunca tuve ocasión de ver algunas de estas especies, lo cual, debido a lo pequeño de la ciudad, no habla en favor de la policía.

Francamente nunca se preocuparon tampoco del problema sino que se limitaron a felicitarme efusivamente porque no tenía "onzas en la barriga".

Estos acontecimientos y otros, no los menciono solo como aventuras propias, poco interesantes para algún viajero, sino por la aplicación general que se puede hacer, ya que representan el carácter de la gente, sus costumbres, temperamento, etc.

Santa Marta es la capital de la provincia de igual nombre y la residencia de un Gobernador Militar, cargo que ejercía un Coronel de apellido Sardá, excelente persona y uno de los mejores oficiales de Bolívar. Este, pese a haber nacido español, era uno de sus más peligrosos adversarios, su aporte en la salida de los hispanos del país había sido admirable.

Se encontraban igualmente muchos sacerdotes, pero ni un solo monje. La iglesia principal era grande y muy hermosa en su interior, con su constante, aburrido e insoportable tañer de las campanas, las que se odian mientras no se logra acostumbrar el oído al eterno y monótono martillear.

En lo que antaño fueron palacios del Arzobispo funcionaban un Colegio y una Escuela de Lancaster. Los dignatarios eclesiásticos siempre se preocuparon de vivir cómodos y de elegir bien sus residencias, pero es indignante verlos instalados en esta forma.

Pese a que la iluminación iba en aumento, en general no era tan extensa como en Cartagena, donde el sector social elevado es más culto y está acostumbrado a la vida nocturna que le permite al visitante tener mejores recursos para la diversión y el trato. Acá el tiempo se hace largo y tedioso, ya que los nativos se quedan todo el día en la hamaca, soñando acerca del mañana. Con excepción de mis excursiones a Gaira, el tiempo que pasé en Santa Marta resultó ser el más aburrido de toda mi estada en Colombia.

CAPITULO IV

VIAJE DE SANTA MARTA A CARTAGENA

Cansado de esperar una posibilidad para viajar a Cartagena por barco, hube de someterme a hacerlo por tierra.

El recorrido terrestre tiene diferencias con el marítimo en cuanto a tiempo, precio y dificultades, las cuales son de tal envergadura que muchas veces es preferible esperar semanas y semanas la llegada de un barco antes que hacer el recorrido por tierra. Esta posición personal hace que la casi envejecida máxima de "No viajes por mar, tan pronto puedas hazlo por tierra", para el caso no sea cierta.

Este viaje era, en todo sentido, diferente de los nuestros y aunque muy corto, nos otorgaba una idea global del modo de viajar en las provincias bajas de Colombia, y por ello me detendré un tanto para describir tal experiencia.

El 1º de agosto todo estaba dispuesto para la partida, la que debió ser aplazada debido a una fuerte lluvia que retrasó nuestras intenciones. El viaje no se realiza en carruaje ni en los carros del correo, por lo que uno se liberaba del pago, que podía significar una larga espera o la pérdida del pasaje por incumplimiento.

Mucho más práctico resulta solicitar los caballos unos días antes. Estos se pueden encargar para todo el trayecto o hasta alguna de las estaciones que sirven como paraderos.

Normalmente el viaje se hace sin sirviente, pero como se aspira a no tener que prepararse uno mismo su comida, hay que

tener esa necesaria compañía; lo cual implica que deban alquilarse tres cabalgaduras.

En la primera viaja el guía, generalmente un campesino, que es quien lleva el ritmo del viaje. En ocasiones se le ve sentado encima de dos pequeños baúles que cuelgan a cada costado de las ancas del animal y que contienen el equipaje del viajero. En la segunda viaja el sirviente con sus cosas y los utensilios pertinentes para las labores de la cocina. En el último animal monta el pasajero, el viajero propiamente tal, con su hamaca y una maletita sujeta a la montura.

Para la larga jornada es imprescindible traer todo lo necesario para el camino, lo que hace aparecer al grupo como una pequeña expedición o caravana; ya que, en la mayoría de las ocasiones solo se cuenta con agua para beber, leña para cocinar y un lugar donde colgar la hamaca.

Por la lluvia del primer día nos vimos obligados a guarecernos en Gaira, en la casa de un comerciante holandés de apellido Hamburger, por mucho tiempo residente en el lugar. A la una de la madrugada reanudamos la partida por el sendero que iluminaba la bella luz de la luna.

La caravana, al principio, debió atravesar por un bosque alto y de espeso follaje, tejido con lianas, por entre las cuales la luna se atrevía a mostrar el sendero y evitarnos que las piedras, ramas secas y troncos caídos pusieran en peligro nuestro físico.

Más tarde cruzamos por una extensa sabana de arena que se prolongaba hasta el mar, donde nos vimos obligados a zigzaguar para cruzar entre rocas y piedras. El sendero era peligroso; por un lado tenía las montañas altas y por el otro el mar Caribe que frecuentemente lanzaba su espuma sobre hombres y cabalgaduras, como enojado por lo que debería considerar una profanación del camino que él deseaba fuese solamente para uso exclusivo de peces y gaviotas.

En este sitio se encontraba un viejo puesto de atrinchero que durante la guerra constituyó un lugar importante, pues cortaba el camino desde y hacia Santa Marta.

Observar alguna casa o síntoma de vida y habitantes resulta imposible. Por el lado derecho se tiene el mar, por el izquierdo bosques impenetrables, y hacia la altura un techo de montañas nevadas donde habitan tribus de indios salvajes y bravíos, llamados Guajiros, independientes tanto de la república como de los españoles.

Los guajiros no permiten a ningún extraño pasar por sus tierras. Cuando así sucede, reciben a los intrusos con flechas envenenadas. Muy raras veces bajan a Santa Marta por sus asuntos comerciales pues prefieren comprar en los barcos que Jamaica hace anclar en la costa, entre Santa Marta y Riohacha; intercambian cueros, maderas de color y animales, mezcla de burros con mulas, recibiendo en cambio ron, aguardiente, telas y juguetes. La situación no le agrada al gobierno colombiano, pero no puede impedir el comercio directo de extranjeros con este verdadero "estado dentro del estado".

En una ocasión vi a dos de estos salvajes en Santa Marta; tenían un gran parecido a los indígenas civilizados y sus mismas características, aunque algo más marcadas. La boca y la nariz un tanto más anchas y planas, el cuerpo muy bien formado y robusto, sobre el cual reinaban cierta timidez y bravura.

Ahora nuevamente el camino se enlazaba entre la montaña y el bosque. Se veía cortado por una corriente de poca importancia, pero a medida que avanzábamos se hacía más poderosa. En ambos tramos no existía puente, por lo que resultaba bastante peligroso el cruce, más aún teniendo en cuenta que el sendero se encontraba inundado y el río aumentado en su caudal por las recientes lluvias, lo cual hacía que las aguas llegaran hasta la montura. La fuerte corriente causaba enormes tropiezos al paso del caballo, que no podía, con facilidad ni normalidad, mantener el equilibrio ni avanzar.

Cuando no se ha realizado anteriormente este viaje y, por lo tanto, no se está acostumbrado a todas estas peripecias, se piensa que son extrañas, alocadas, pero con la práctica uno acaba acostumbrándose.

Un descanso prolongado y un desayuno abundante nos fortalecieron lo suficiente para reiniciar el viaje. Cerca de las ocho de la mañana llegamos a un pueblo grande llamado Ciénaga.

El tramo recorrido era levemente superior a los ciento sesenta kilómetros y a pesar de forzar la cabalgadura en los espacios que se podía, nos demoramos bastante. Todo esto da una idea de lo malos y difíciles de los caminos.

En Ciénaga o, mejor dicho, en el pequeño centro pesquero de Pueblo Viejo, situado a cinco kilómetros de allí, donde termina el camino, el viaje debe ser reiniciado por vía fluvial hasta la ciudad de Barranquilla, ubicada a uno de los lados del río Magdalena.

El embarque quedó dispuesto para la tarde, por lo cual nos aprestamos a utilizar el tiempo que faltaba del mejor modo posible; por ello planeamos tomar un baño en el río y después dormir en nuestras hamacas que ya habían sido colgadas.

Ambos proyectos fracasaron. El baño, debido a que casi no tenía agua el riachuelo que se pensaba usar, y el plan del sueño reparador, por la enorme cantidad de mosquitos.

Nos vimos obligados a soportar este pueblo y sus inconvenientes hasta las tres de la tarde. A esa hora el señor Hamburger, que nos acompañó, regresó a Santa Marta y yo tomé una pequeña embarcación de veinte pies de largo y tres y medio de ancho, que fabrican de un árbol completo, pero que no es tan pulido como el de las canoas y piraguas que recorren el río Magdalena.

Como protección provisional contra el sol tenía una alfombra levantada por algunos palos, bajo la cual era posible recostarse o sentarse, pero no permitía estar de pie o moverse.

La embarcación se empujaba hacia adelante en el agua con largas varas maniobradas con gran maestría por dos negros situados en la proa, y marcando el compás iba el patrón sentado en la popa, con una especie de remo muy similar a los usados por los timoneles de la época de griegos y romanos.

La ruta que seguíamos nos conducía por entre un archipiélago que une al río Magdalena con el mar, denominado Las Cuatro Bocas.

Primero se llegaba a un lugar llamado la Ciénaga de Santa Marta, que habitualmente cruzaban barcos de vela; era grande y por sus aguas estrechas y sucias recibía el apelativo de Caño Sucio. El archipiélago en su conjunto y el Caño Sucio, en especial, eran famosos por sus mosquitos.

Estaba feliz con la lluvia y viento, que duraron toda la noche; con gusto me mojé, pasé frío y todo lo demás, pero así me salvaba de sentir, escuchar y ver a esos atormentadores insectos. Avanzando avistamos la Ciénaga Redonda, verdadero círculo que se unía al Magdalena por un canal menor que era el Clarino.

Cerca del amanecer llegamos a este río majestuoso, con sus diez kilómetros de ancho, extendido en línea recta de sur a norte, que lentamente transporta su masa de agua gris-amarilla hacia el mar ubicado ciento cincuenta kilómetros más abajo; pasa por bajas playas adornadas con árboles inmensos y plantas impenetrables, luciendo en sus orillas una exuberante vegetación tropical y adornado por una cantidad infinita de distintas y coloreadas flores.

El caudal es parejo, con poca pendiente y parece más que nada un lago, donde se pueden observar los equilibrados movimientos causados por las ramas de los árboles que caen a la playa o la constante velocidad de los troncos secos flotando en medio del río. Sobre las aguas un perpetuo grupo de avejillas juegan a los marineros y con sus inquietos movimientos dan a conocer su extrañeza por esta manera de transportarse por el río y sus orillas.

Tuvimos que hacer uso de los pequeños y anchos remos parecidos a los timones para remar hasta la ciudad de Barranquilla, a la que llegamos por un largo canal a las ocho de la mañana.

Un comerciante inglés allí residente, de nombre Glen, que conocí en Santa Marta, me invitó a descansar en su casa. Las invitaciones de este tipo siempre son bien recibidas, máxime si, con la excepción de Cartagena y Bogotá, no he encontrado en Colombia hospederías ni hosterías, por lo cual necesariamente siempre se viaja con cartas de recomendación de un punto a otro. Muchas veces sobran, pues la hospitalidad de la nación permite al viajero acomodarse en la primera casa que encuentra.

Sinceramente creo que por el clima imperante, la hospitalidad que se brinda no reviste mayor sacrificio ni solidaridad, como ocurriría en nuestro país.

No tienen la necesidad, ante la llegada de una visita o la petición de algún forastero, de asear la cámara azul ni la amarilla, cambiar sábanas, ropas de cama o preocuparse con qué atender a la hora de la cena, debido a que el viajero lleva consigo todo lo indispensable para sus necesidades.

Lo imprescindible para la atención son dos puntos fijos, con el correspondiente espacio entre ellos, en alguna habitación, para colgar la hamaca; al tiempo que su peón busca un lugar en la cocina para preparar el chocolate, los huevos y demás.

El descanso fue largo, lo que se acrecentó con el placer de que Barranquilla es uno de los pocos lugares a orillas del Magdalena que no sufren las consecuencias y molestias de los mosquitos y el exagerado calor (ambos en calidad de tormentos nacionales); por el contrario, tanto este como aquellos se encontraban dispersados por la brisa del mar que todo lo temperaba, a niveles tales que apenas era perceptible hasta Mompós.

El viaje a Cartagena, desde este sitio, se hace por tierra; la distancia se calcula en cerca de doscientos kilómetros (cuarenta leguas españolas; veinte suecas o ciento veinte millas inglesas).

Hacia el sur el camino está sembrado de bosques y es muy parejo, pero avanzando hacia el oeste, lo recoge el nivel más bajo de la Cordillera, formando la playa oeste del río Cauca,

que nace en el centro de los Andes y acaba junto a las montañas del lado de Turbaco, un poco cerca de Cartagena.

Gracias a la colaboración de mi anfitrión, los caballos estaban solicitados y dispuestos por la tarde a fin de trasladarnos a Cartagena. El viaje se reanudó a las seis y la pequeña caravana continuó su marcha, bañada por la luz de la luna que en todas direcciones se reflejaba en el quieto Magdalena. De vez en cuando encontrábamos alguna rosa que mezclada en el bosque salvaje representaba aislado islote de belleza pura en el inmenso océano que la rodeaba.

Atravesando un pequeño poblado, Soledad, nos detuvimos en uno denominado Malambo, a noventa kilómetros de Barranquilla, lugar en que pernoctamos.

A la madrugada del día siguiente reanudamos la marcha de otros ochenta kilómetros, hasta un caserío llamado Pueblo Nuevo, donde nos detuvimos hasta que el calor aminoró su intensidad. A esas horas de la tarde estábamos en el camino nuevamente. El sendero ascendía y bajaba, permitiéndonos contemplar un bosque abundante en el que se veía un ganado grande y hermoso; esta perspectiva era muy casual, ya que normalmente en estos parajes no se ven más que lianas, arbustos y plantas parásitas, que ocupan todo el espacio entre los árboles y forman una capa impermeable para el sol, que no logra atravesar la húmeda tierra, cubierta de hojas descompuestas.

Los árboles, por lo general, en estos bosques son de un tamaño poco común, sobresaliendo la corpulencia del Cedro Imperial que, con su alto y grueso tronco, sirve para la construcción de canoas y embarcaciones grandes, las que se verán favorecidas según el espesor del árbol elegido. Su mayor anchura está en el medio de la corona, de las ramas y la raíz, de donde salen dos gruesos puntales que suben muy alto por el tronco, en el que desaparecen, sirviendo, además, como un tercer pie de apoyo al gigantesco árbol.

Le sigue en tamaño la frondosa Ceiba, cuya inmensa y espesa corona de hojas otorga una excelente sombra. El resto de su aspecto no es muy diferente del de los castaños.

Otras especies que se encuentran son: la Acacia, con sus vainas largas como de guisantes colgando graciosamente; el Mahagua, cuyo fruto contiene una materia semejante al algodón con la que los nativos rellenan sus almohadas. En cantidades mayores están el Palo del Brasil, que es un buen producto para la exportación; gran cantidad de Palmeras, con su enorme tronco al descubierto y sus elásticas y estilizadas ramas que una vez secas y colocadas unas sobre otras forman segura protección contra el sol y la lluvia en casas y barcos. Es posible distinguir las delgadas y angostas plantas de Caña Brava, que distribuyen sus ramas a ambos costados o hacia un solo plano, resultando tan hermosamente contradictorias su altura extraordinaria y la grácil finura de su tallo recto hacia el cielo, cual cuerda de seda que coquetamente se cimbra por la acción del viento.

Tres especies que los indígenas denominaban Hobo, Cotorro y Guacamayo también llamaron mi atención.

El Hobo resultaba pintoresco y extraño. Desde su cima delgadísima colgaban cantidades de nidos de pájaros que parecían tejidos a "crochet" y se unían a las ramas a través de una cadena de seis pies de extensión formada por las finas raíces. Ahí las Oropéndolas se protegen de monos, lagartos y de todos sus enemigos.

El Cotorro se caracteriza por los diversos tipos de papagayos que habitan y penden de sus ramas y follaje. Estos se encontraban en enormes cantidades, formando hermosos contrastes con su variado colorido, pero merecen mención aparte dos de estos representantes que se disputan el lugar de honor en cuanto a la hermosura.

Son ellos el Guacamayo Bermejo, especie grande y colorada, y el Guacamayo Azuliamarillo, tan grande como el anterior. Estos son los auténticos amos del colorido y el tamaño; son verdaderamente bellos.

El arco de colores no termina allí. Se ve al Loro Colorado, mezclado con los pequeños Cotorras de un verde claro, muy comunes entre sus demás semejantes. Entre una nube de otros

papagayos y aves cabe mencionar al Turpial, de tonos negro-amarillo, y el rojinegro Colorín, además del pequeño y simpático Colibrí que con todos sus colores brillantes lleva su vuelo a todas partes.

La enorme gama de aves, colores y formas demuestra porqué América Latina ocupa las hojas más brillantes en el álbum de la ornitología. Pero su encanto no lo llenan solamente los pájaros. La naturaleza ha sido pródiga con esta tierra y la inmensa cantidad de mariposas que deambula de lado a lado nos ayuda a confirmarlo.

Entre todas estas sobresale la Mariposa Celeste, tan grande que sus alas extendidas pueden cubrir un plato.

Es increíble la cantidad de mariposas, insectos y aves que se encuentran en estos lugares. ¡Qué campo para la excursión de un coleccionista!

La vista se recreaba contemplando las variedades de serpientes. Pese a la distancia, pude observar las de pieles grises-oscuras como las Cascabeles, aunque debido a los pasos del caballo no logré escuchar su cascabeleo; en otra ocasión encontré una Coral extremadamente hermosa. Tenía su piel lisa y brillante y si bien no hacía competencia al traje de un arlequín, estaba llena de cuadros rojos, amarillos y negros; su longitud, medida a ojo, mientras se arrastraba, era igual al tamaño de un hombre, y su espesor el de la muñeca de la mano. Al seguir avanzando me encontré con una de ellas muerta.

El camino del bosque empezaba a abrirse, y hacia la tarde, ya bien entrada la noche, llegamos al pueblo de Sabana Larga, donde nos hospedamos en una de las mejores casas. El anfitrión era uno de los indígenas más ricos. El quería a toda costa que "el blanco" (yo) se acostara en una cama, especie de ancho banco, consistente en una gruesa rama de árbol colocada en unas patas bajas sobre la cual había una piel seca estirada. Situada en un rincón, con sus ropas albas, era fácil entender que habitualmente servía como alcoba a los criollos e indígenas prósperos y acomodados.

Personalmente prefería mi hamaca, que colgué en un cobertizo cubierto con hojas de palma, montado sobre cuatro pilares. Este es el mejor sitio para dormir y descansar. Ninguna pared impide el paso del aire fresco y el techo protege de las lluvias y del rocío que cae durante la noche.

Este tipo de cobertizo se encuentra en la mayoría de las viviendas indígenas y para mí resultaba el dormitorio ideal, pues no se sufría el ataque de los mosquitos, ni había que temer a escorpiones ni ciempiés, que son favorecidos por los escondites que les brindan las estrechas casas.

Al día siguiente era domingo y a eso de las tres de la madrugada montamos y seguimos nuestro camino nuevamente, un tanto cuesta arriba. La cima la alcanzamos cerca de las siete de la mañana. Desde esta altura tuvimos una vista maravillosa.

A la derecha se divisaba una pampa extensa que incluía una enorme plantación perteneciente al General Montilla, sobre la cual reposaron gustosos nuestros ojos, ya acostumbrados a los bosques.

Nuestra dirección nos llevaba a un pueblo grande, de nombre Aguada, que se lo debía a un extenso pantano existente en sus cercanías, el que recorrimos absolutamente cubiertos por los espigados cañaverales. El calor era insoportable; de pronto parecía que todos los rayos solares se hubieran concentrado en la angosta senda y que ni la más mínima variación de clima lograría cambiarlo. Una multitud de pájaros hacían una desagradable y monótona algarabía que martirizaba el oído. Todos sus sonidos parecían dirigidos a hacer una irónica pregunta: "¿Qué han venido a hacer ustedes a un lugar tan caliente y húmedo?". Cuando lo pensamos mejor nos produjo alegría no haber tenido que recorrer esta ruta en la tarde, pues entonces allí sí nos habrían comido los mosquitos. Atravesando el pantano nos llegamos a la protección de un bosque, en el que descansamos dos horas.

A la tarde fuimos sorprendidos por lo que habíamos temido durante el trayecto: una lluvia torrencial. Como siempre, acompañada de truenos y relámpagos que con su intensidad amenazaba despeñarnos.

Los dos indígenas que me acompañaban se desnudaron y después de guardar sus ropas bajo la montura cabalgaron, siendo su alto y ancho sombrero de paja lo único que les cubría y que cual paraguas les protegía escasamente la cabeza de las enormes cantidades de agua que caían.

No consideré bueno su ejemplo, por lo que decidí envolverme en una capa corta de cuero que con un paraguas y un sombrero de raíces de anchas alas hicieron todo lo posible por resistir la lluvia. A los pocos instantes comprobé la insuficiencia de mis defensas, pues cuando el diluvio acabó los acompañantes se colocaron sus ropas secas; en cambio, las mías estaban totalmente mojadas, por lo que tuve que mudarlas.

Ahora el camino estaba mojado y muy resbaladizo, haciendo mucho más difícil el avanzar; ascendíamos constantemente en la cordillera que, como la mayor parte de las montañas colombianas, está cubierta de greda roja, lo cual aumenta su peligrosidad con las lluvias. Por todo esto el guía no sabía qué decisión tomar: si devolvernos y seguir otra senda al día siguiente, o proseguir y tratar de atravesar antes de la noche. La resolución que tomamos fue continuar el camino emprendido, por difícil que fuera.

Con muchas dificultades y tiempo perdido, debido al constante apearse de las cabalgaduras para empujarlas y ayudarlas a afirmarse en el camino, al fin logramos alcanzar la cumbre. Pero ahora comenzaba lo peor. Los caballos, rendidos tras la larga y escarpada subida, sintieron pavor de emprender el descenso por las pendientes, sobre barro mojado y resbaloso, donde debían afirmar sus patas. Intentamos, sin éxito, convencerlos a descender empujándolos por atrás. Fue inútil. No lograban afirmarse, se resbalaban corriendo el riesgo de despeñarse. Intentamos montarlos, pero el primer caballo sintió miedo y al instante se devolvió al lado de sus compañeros que se solidari-

zaron con él. No sabíamos cómo dominar la situación. Por coincidencia feliz un negro venía por el mismo camino con su pequeño y arrogante burro, el que, pese a resbalarse, bajaba sin miedo. Nuestras bestias debieron sentir vergüenza o demasiada "educación", ya que fueron lo suficientemente osadas para seguir al burro.

Cansados y sucios hasta la cabeza, muy avanzada la noche, entramos al bello pueblo de Villa Nueva, ubicado en las faldas de la cordillera, donde un río claro y una cómoda hamaca muy pronto ahuyentaron la fatiga y los pensamientos de suciedad.

Pasadas las seis de la mañana abandonamos el poblado; el descanso se había prolongado más que de costumbre debido a la dura jornada anterior. Nos aprestábamos a emprender el último día de viaje, que tenía una longitud de doscientos cuarenta kilómetros, el mismo trecho que el día anterior habíamos recorrido. A esa distancia nos quedaba Cartagena. La jornada sería dura, los caminos estaban en estado intransitable, máxime que nuestro recorrido era por entre bosques y pantanos espesos; a decir verdad, no solo eran malos, en realidad no eran caminos.

Acá no se encuentran otras vías de comunicación entre los poblados; por eso nuestra costumbre o el concepto que tenemos de los caminos es asociarlos a la idea de que a través de ellos las gentes en un país se movilizan de un lugar a otro, solas o con sus animales. Pero aquí no podemos llamarlos así. La facilidad de trasladarse es igual a la que pudiera ofrecernos cualquier línea recta trazada en la tierra para unir dos puntos tan deshabitados como el nuestro.

Nuestros bosques, montañas, ríos, etc., en estado natural, no molestarían tanto al viandante como los caminos de Colombia en tiempos de lluvia. Nuestras expectativas se habían reducido a llegar o no llegar y esto definiría al camino como bueno o malo.

Nos adentramos en un bosque con sus lianas, pantanos, ramas, suciedad y aguas, tomándonos de las manos para impedir en lo posible la caída. Es complicado describir lo triste y aburri-

da de una ruta así. No significa que sea monótona; por el contrario, el explorador debe llevar la atención y los sentidos puestos en la cantidad indefinida de obstáculos que le rodean.

El caballo comúnmente se hunde a tal grado que el jinete puede ayudar con sus pies a hacer menos difícil la tarea. Siempre que el terreno no sea tan blando para el hombre como para la bestia, ambos nadan en la suciedad.

Es normal hacer una leve inspección tratando de ubicar la senda más dura y firme, pero se acaba golpeando el agua y haciendo remolinos, hasta que se encuentra alguna piedra o tronco sumergido, sobre el cual se tropieza. Entonces la labor del jinete es descubrir la presencia de obstáculos similares, pero no debe descuidarse, ya que una rama saliente puede arrebatarse el sombrero de la cabeza y bajarse a buscarlo es tan difícil como desagradable.

Las molestias no acaban allí. También llegan desde los lados. Es complicado tratar de apartar los troncos con las rodillas, por lo que el caballo debe bordearlos, pero así se corre el riesgo de apartarse de la ruta y de los compañeros. Para encontrarse es común gritarse y para ayudar al animal constantemente se escucha: "¡Ah, caballo!"; "¡arriba, carajo!"; así uno sabe dónde está el otro, pero volver a reunirse no es cosa fácil.

Tras encontrar un paso donde meterse se cae en uno entre dos árboles, tejido por las ramas y las lianas, y entonces se hace necesario para abrir brecha cortar con un sable corto y ancho llamado machete, que en las manos de los indios cumple el papel de cuchillo, hacha y arma de defensa.

Atravesando el paraje, se encuentra a un compañero ocupado en ayudar al caballo, que lleva el equipaje, el cual se ha caído al suelo, de espaldas, jadeando; ya se le han descargado las maletas. Al fin se logra colocarlo sobre sus patas y continúa el viaje. Hasta aquí ya se han destruido las ropas y, tal vez, algo de la piel.

El camino que seguía era un poco mejor pero un árbol acababa de caer y lo bloqueaba. Era demasiado alto para saltarlo

y había quedado muy a ras del piso para pasarlo por debajo; un compañero hizo el ademán de hacer pasar su caballo arrastrándose, pero se trataba de una simple payasada. La única solución era buscar un nuevo camino.

Al detenerse a pensar se llega a la conclusión de que ese tronco nunca será apartado del sendero y tan solo dejará de estorbar cuando las mandíbulas del tiempo lo trituraren. De ahí que el camino por seguir es el que ahora estamos despejando. Estos rodeos, estos dilatados serpenteos hacen el viaje mucho más largo, y por ello es que las distancias no se miden en kilómetros sino en días de viaje.

En seguida llegamos a un sendero lleno de profundos huecos por el incesante pisoteo a que había sido sometido; ahora llenos de agua parecían fosos de una fortaleza y no rutas para seguir; eran más adecuados para estorbar el tránsito que para permitirlo. El viaje continuaba pese a todo. Así llegamos a una ancha corriente, que seguimos con la ilusión de encontrar un puente que la cruzara. Obviamente nos engañamos, porque cuando menos lo imaginábamos el camino nos llevó dentro de ella, como desafiando: "Si quieres pasar, métete". Era tan profunda que el agua entraba en las maletas colgadas en los lomos de los animales, pero al menos tuvo la ventaja de limpiarnos de toda la inmundicia que habíamos adquirido en la travesía.

Antes de la cena llegamos al pueblito de Santa Rosa, donde nos protegimos del fuerte sol. Tras una pequeña pausa continuamos por el —ahora— verdadero camino, el que nosotros construimos. La cercanía a Cartagena ayudaba a que, de vez en cuando, nos encontráramos con algún viajero. Cuando así ocurría, nos saludaba incluyendo una información: "Camino muy difícil"; lo contrario ocurría cuando sobrepasábamos a alguien; solamente escuchábamos decir maldiciones y los bastonazos que caían sobre los cargados burros, acusados de perder todo el contenido de su carga en los lugares más profundos y disímiles.

Aparte de lo mencionado nada lograba distraer la mente. Frente a nosotros se alzaba un bosque espeso que no permitía

distinguir nada. Infructuosamente la vista buscaba algo en qué reposar, diferente y alegre. Si era posible divisar un ave sobre nuestras cabezas, el encanto duraba un momento muy corto pues casi al instante desaparecía detrás de los inmensos árboles, dejándonos, con la misma rapidez de su vuelo, una sensación de insatisfacción.

Treinta kilómetros antes de llegar a Cartagena el sendero ascendía un tanto, mezclándose con arena, es decir, era un terreno más seco. Paulatinamente aparecía obras complementarias y se tornaba más transitable y ancho, por lo cual era notorio que estábamos llegando a una ciudad grande e importante.

Al abrirse el bosque la vista pudo explayarse ilimitadamente. La Popa, erguida, se observaba en el horizonte, tras el cual el solo empezaba su habitual retirada, no sin antes lanzar sus rayos agónicos a San Lázaro, a las iglesias y a las murallas.

El camino doblaba y seguía la playa, enmarcando una especie de lago aprovechando uno de los brazos del mar que hasta allá penetraba, donde los mosquitos saludaban, dando una bienvenida parecida a la de un comité de recepción.

Después de atravesar pequeños poblados y casas campesinas llegamos al camino que conduce a la ciudad. Mucha gente se encontraba de paseo en este lugar, lo que demostraba las diferencias con nuestro viaje. Estábamos felices de haber concluido la odisea; nos trasladamos hacia la hostería, dejamos los caballos, nos dimos un baño y nos dispusimos a meditar acerca del viaje, tan dificultoso como agotador.

Al considerar que este recorrido por tierra duró seis días y que el mismo trayecto por mar hubiese sido de uno solo; que las dificultades, complicaciones y fatiga no son ni siquiera sospechadas a bordo de un barco; que solamente los mosquitos al viajar por tierra bastarían como argumento a un marinero, se llega a la conclusión sensata, parafraseando con inteligencia la cita que daba al comienzo de este capítulo: "No viajes por tierra cuando puedas hacerlo por mar".

CAPITULO V

CARTAGENA

La opinión sobre Cartagena, que expresé al llegar desde Europa, es distinta de la que recibo después de pasar dos meses en Sta. Marta. Y esta variación puede ser para bien o para mal, pero la hay.

He llegado a pensar que los habitantes no están equivocados al afirmar que "Cartagena es la ciudad más agradable de toda la República", lo cual confirman en gran medida no solo los europeos residentes sino también los numerosos personajes que en ella residen por breve o mediano tiempo. Con todo, Cartagena puede ser considerada como la puerta más noble, en cuanto a las comunicaciones con Europa, Norteamérica y las Antillas, permitiendo a la capital del país contar con noticias, periódicos extranjeros, turistas, etc. La localidad misma y la limpia belleza del litoral la convierten en la ciudad costeña más agradable, o mejor dicho, agradable a pesar de su calor endemoniado.

Con razón o sin ella he manifestado que Cartagena es sucia e insalubre. Posiblemente no lo sea tanto, ya que de lo contrario no se entendería que muchas personas viajen desde los Estados Unidos y las Antillas para cuidar en ella de su salud. Necesario es agregar que lo hacen para mejorarse de dolencias y malestares del pecho, para lo cual el aire tibio del mar es un buen método de curación, e igualmente es preciso reconocer lo sano del lugar —a pesar de los aspectos negativos— ya que nadie viajaría a un sitio que apeste; al contrario, lo que ansían es sanar de todos los malestares y sufrimientos de su vida.

En una ocasión la ciudad padeció la fiebre amarilla, pero esta fue traída desde fuera, como resultó en el caso de una corbeta inglesa varada en el puerto exterior, que en catorce días perdió al Comandante, oficiales, médicos y a las tres cuartas partes de su tripulación. La verdad es que el barco ya traía la epidemia, por lo que causó estragos a bordo y la necesidad de curar la enfermedad fue la que los llevó a puerto; lo que les permitió salvar a un Teniente y al resto de la tripulación y poder retornar a Jamaica.

En cuanto al aseo de calles, casas y patios, los pobladores no aportan mucho. En ese aspecto los colombianos compiten con sus viejos antepasados los españoles en desidia y apatía frente a la mugre y la suciedad. Realmente si no fuera por las lluvias torrenciales y la acción de las aves de rapiña, resultaría imposible describir lo que sería esta ciudad de Cartagena.

Las aves de rapiña arrastran toda la inmundicia y desperdicios que encuentran en las calles, con lo que ayudan a la acción de las aguas; lo que sobra —sea animal o vegetal— se lo engullen rápidamente. Estos Gallinazos * se parecen un tanto a los pavos, pero, fuera de esto, son los animales más feos del mundo.

Al verlos saltar con sus largas y gordas patas azuligrises, al observar sus enormes alas extendidas de color carbón, caídas, uno los compara con el bello Turpial en sus colores negro y amarillo y su fino cuerpo, y piensa que la naturaleza de Suramérica desea mostrar que es igual de rica y poderosa al crear lo feo o lo bonito.

La brisa más fresca de Cartagena está, sin duda, en los altos muros que la circundan, donde es posible hallar, por las tardes

* Un gallinazo es una fea e inmensa ave. Con esa característica tan propia de españoles e italianos de modificar sus sustantivos, que en gran medida les ayuda a construir sus idiomas, tan hermosos, particularmente en las conversaciones, ellos tienen gran cantidad de diminutivos y aumentativos aplicables comúnmente. Los diminutivos los usan para señalar cariño, mientras que los aumentativos para mostrar desagrado. Por ejemplo: caballito, significa caballo pequeño y lindo; y caballote, caballo grande y desagradable. (N. del autor).

y las mañanas, mayor frescura que en las calles, ya que en ellos nada le impide correr libremente. Construidos de piedras, cubiertas de coral, pintados de gris blanquecino, rodean toda la ciudad. Al mediodía, cuando no hay protección posible contra el sol, parece increíble cómo en este clima lograron levantar tan gigantesca construcción.

En su mayor parte los bastiones de la muralla están equipados con depósitos de pólvora, libras de bombas y alojamiento y dotados de enormes estanques para reunir el agua lluvia.

La fortificación ya no presta verdaderos servicios; los cañones están desmontados y cubiertos de moho, tal vez porque ya no necesitan ser puestos en las murallas mirando al mar. En cada torre hay una casita cuidada por un guardia que por las tardes les impide el paso a los curiosos. Aún se imaginan vivir bajo el estado de guerra, por lo cual es corriente encontrarse aquí y en las calles con un: "¿Quién vive?", que es conveniente responder al instante si no se desea tener la experiencia de un inglés muerto en Quito por no contestar a la voz del guardia.

Mayor calma y paz ofrece el paseo de la planicie entre la ciudad y el suburbio, donde por las tardes se ve a un grupo de hombres, en su mayoría extranjeros, caminar de un lado hacia otro, gozando de las delicias del aire puro. La pampa es usada en ocasiones especiales para los fuegos artificiales, por los que los colombianos tienen predilección, ya que los usan hasta a la hora del mediodía, durante sus carnavales, procesiones, etc. Tal fue el caso de una fiesta en honor de San Francisco. Una iglesia tenía un gran despliegue, que comenzó con la quema de varios barriles de alquitrán, siguió con voladores y detonadores, para terminar con la representación de un grande y hermoso pájaro.

Seguido de una serie de detonaciones se fueron desprendiendo alas, cola, patas, cabeza y cuerpo; solo se mantuvo hasta el final el corazón, que permanecía fielmente encendido, solitario en el desastre, pero al fin también le llegó la hora del sacrificio. Con una terrible explosión se rompió, acabando con toda su majestuosidad.

La noche era oscura, por lo que toda la visión resultaba formidable, y como la naturaleza quería jugar a la pirotecnia, ayudaba con sus estruendosos relámpagos y truenos a acrecentar el efecto.

Al tiempo con el estallido de los primeros petardos se iluminaba toda la masa de gente que presenciaba la cita, la que a medida que disminuían las explosiones iba retirándose, tan rápido como había aparecido, y su presencia tan solo podía percibirse por el fuego de sus cigarrillos, que semejando a los faros de un barco ayudaban a no chocar.

(Nota del autor. No está de más ofrecer disculpas al lector por la insistencia con que menciono el tabaco, ya que si el motivo del libro es la descripción de un viaje, no es correcto llamar tanto la atención de quien tiene interés en él, sobre un artículo tan común. El tabaco se encuentra en todos los sitios; de diez hombres, nueve lo fuman y posiblemente abarque con su vicio al cincuenta por ciento de las damas. En los hombres es tan inseparable como la pipa para el alemán y la cajita de rapé para nosotros los suecos; hay algunos que lo fuman continuamente desde la mañana hasta la tarde encendiendo incesantemente uno tras otro, como temerosos de que se les vaya a apagar)

Cuando el ocaso ya ha llegado, esta pampa adquiere mayor vida y dinamismo, pues se instala un mercado de víveres y artículos diversos, que con muy poca variación ofrece los mismos productos que el de Santa Marta, con la notable excepción de que el espectador se evita tener que ver la asquerosa carne y grasa que aquí se expende en verdaderos sitios de matanza.

Las diversas especies de pescados son de mejor calidad, se encuentran tortugas de mar con más de tres pies de largo, con una anchura de la mitad de su longitud. Las presentan acostadas de espaldas y soplando hacia el sol, por lo cual en vano tratan de recobrar el uso de sus cuatro aletas. Afuera de la costa, espe-

cialmente entre Punta Canoa y las profundidades del Salmadino, se las atrapa en grandes cantidades, obteniéndose así en los mercados, a buen precio, un alimento rico y sano.

Casi todas las mercancías del mercado son traídas en botes y bongos, que se ven anclados en la bahía. Proviene de las márgenes del río Sinú y sus alrededores, al sur de Cartagena.

Pese a la mala confección de los botes, son los únicos que se usan para la navegación costera. Los bongos, en general, los construyen en Maracaibo, son extraordinariamente bajos y afilados, simples en los aparejos y cumplen perfectamente con el cometido de cruzar el alisio entre las islas y la costa. Estos se justifican por la imperiosa necesidad de tener embarcaciones de fácil manejo de sus velas, para subir con viento opuesto y contra la corriente, como es el tramo desde Puerto Bello hasta Cumaná.

Uno de nuestros remolcadores no podría hacerlo, como le ocurrió a una nave de acá que no pudo cruzar, retornando a Cartagena con las velas arruinadas; allí tomó un práctico y tras meses de navegación logró llegar a su destino, Guayra, corriente adelante.

En comparación con el resto del país, el comercio de Cartagena es intenso, y el marítimo no tiene competidor en Colombia. En mi estada fueron excepcionales las ocasiones en que durante la semana no llegara algún barco o salieran otros. Para los grandes puertos europeos esto no es demasiado, pero para Colombia sí lo era, y con razón, si se toma en cuenta el poco tiempo que se había liberado de España, verdadera enemiga de toda navegación e intercambio comercial con países que no fueran la Madre Patria.

En su mayoría los barcos que acá vienen son ingleses, norteamericanos y franceses. Mensualmente llega a puerto un mercante inglés, enviado desde Galmouth, pasa por Jamaica de ida y regreso. Ocasionalmente envían transportes entre Cartagena y Nueva York. Los barcos ingleses están cargados por lo general de lino y artículos de algodón, acompañados de lo que los britá-

nicos llaman "mercancía seca", amén de otros productos manufacturados.

Los norteamericanos, por su parte, traen en sus bodegas ropas, sombreros, zapatos, etc. También carne salada de cerdo, harina de trigo, papas y mantequilla.

Las naves francesas ofrecen las mismas mercancías que, en menor cantidad, ingresan a Santa Marta.

Estas mercancías deben pasar por la aduana para después ser cargadas en los famosos bongos y enviadas a Mahates, ubicado al sur de Cartagena, desde donde inician viaje en burros hasta Barranquilla. En caso contrario pueden hacer el tramo directo hasta esta última ciudad, donde se envían por vía marítima a través del río Magdalena hacia Bogotá y el interior del país.

Para evitar que la mercadería se dañe, la empaican con muchas precauciones, en sacos. Es decir, la embalan en forma de cubos, los cuales no pueden sobrepasar los setenta y dos y medio kilos, la protegen con mantas y la colocan en cajones de madera en los que va suficientemente resguardada.

El cajón se cubre con cera, al cual se le reviste con otra capa. En su superficie se escriben nombre, número, referencias, etc. En el caso de los finos productos franceses, se cubre el cajón con un revestimiento de hierro cubierto con estaño. El prolijo empaque no está de más ni es exagerado. Por el contrario, el embalaje lleva impresa la observación de que no es necesario únicamente para el viaje, sino para que la mercancía permanezca largos periodos en los depósitos de carga. En estos no deben siquiera tocar el piso ni las paredes, puesto que de no ser así, los gusanos destruyen los productos. Respecto de aquellos que son distribuidos en el día, se hace necesario tenerlos recostados y protegidos con mantas.

El comercio existente está constituido por criollos, ingleses, norteamericanos y algunos franceses. Los más florecientes tienen socios en la capital y agentes en Mompós, con lo cual pueden hacer buenos negocios.

La marcha de los negocios es simple, ya que se reduce a recibir las mercancías de Europa o los Estados Unidos, o a viajar a Jamaica para comprarlas personalmente; las descargan, pasan por la aduana, el grueso de la cantidad lo envían inmediatamente a Bogotá y a Mompós, y el resto es despachado para la venta en Cartagena. Pequeños comerciantes del mismo lugar o de sus alrededores compran partidas menores, las que luego ofrecen en venta.

Para el caso del retorno de los barcos con carga las preocupaciones son mínimas, ya que casi no la llevan o, al menos, ella es insignificante y liviana, por ejemplo los artículos de exportación embarcados en Santa Marta y que son elaborados en el puerto de Sabanilla, a cincuenta kilómetros de acá.

Tradicionalmente son el transportador inglés y un buque de guerra de la misma nacionalidad, anclado en Jamaica, los que cruzan los mares con estos productos de exportación: onzas y pesos de oro.

Son raras las ocasiones en que estos se hacen a la mar sin antes haber cargado en sus bodegas cierta cantidad de cajas pequeñas con esa codiciada mercadería, cuya demanda en el exterior es tan grande que los comerciantes la aprovechan para enviar algunas remesas a Jamaica y Nueva York siempre que sean llevadas por los seguros barcos de guerra de las potencias ya mencionadas.

A veces las monedas son traídas y llevadas en el mismo barco, como sucedió en una oportunidad en que llegó un préstamo conseguido en Inglaterra y pasó muy poco tiempo en las arcas de la Tesorería ya que como orgullosos nativos, consideraron que perdían el crédito en su patria y las hicieron retornar a Europa, donde el gobierno debía algunos dineros a comerciantes británicos y lo lógico era que volvieran a sus acreedores.

Desde finales de septiembre se encontraba en la bahía el grueso de la armada colombiana, bajo el mando del Almirante Clementi, con el fin de prepararse para una expedición a Cuba.

Por constituir Cartagena el puerto de guerra más importante, es un buen homenaje mencionar los nombres de estos barcos, con mayor razón si, excepto dos fragatas que luego se les unieron, representan toda la fuerza colombiana en el mar Caribe.

La flota estaba compuesta por una fragata pequeña, tres corbetas, dos bergantines y algunas goletas.

La fragata, llamada Venezuela, no era más que una vieja nave francesa, equipada con veintiocho cañones; de notable altura, corta y de aparejos viejos. Se veía tan fea como era malo su velamen. La marinería, seguramente, la llamaría "fantasma del mar". Acababa de llegar de un viaje a Nueva York, el único que realizara en mucho tiempo, no existiendo la posibilidad de que hiciese otros.

Con sus veinticuatro cañones, "La Ceres" era una corbeta formidable, bella por su figura y su forma de navegar. Construido en Estados Unidos por cuenta de los españoles, es el mejor barco de la Armada. Las otras dos corbetas, "Boyacá" y "Urica", son demasiado viejas; fueron rehabilitadas y vendidas por los ingleses; poseían dieciocho cañones que debieron haber conocido mejores tiempos.

Los dos bergantines eran bonitos pero pequeños; construidos en las Antillas, su mejor característica era su velocidad y maniobrabilidad. Además contaban entre diez y doce cañones.

Con raras excepciones, todos los barcos eran mal comandados y tripulados. Durante varios meses estuvieron haciendo ejercicios en el puerto, para regocijo de los buques de otras naciones. Como es fácil suponer, la expedición no se realizó, lo que, con toda seguridad, era lo mejor.

Comparada con la colombiana, la flota española no estaba en desventaja, pero su desgaste y la poderosa escuadra cubana la habrían acabado.

El equipamiento de la primera armada nacional bajo la bandera de la república, lo inició un individuo de nombre Brión. Este hizo una fortuna apreciable en la isla holandesa de Curacao,

la cual, junto a una pequeña escuadra, colocó al servicio de Bolívar con la sola condición de ser su jefe, la cual le fue aceptada.

Por aquel entonces la flotilla tenía algunos bergantines y goletas y un equipo reunido precipitadamente. La falta de gente, que no quería enrolarse debido a las malas finanzas del gobierno, muy pronto la hicieron decaer. El préstamo inglés mejoró la situación y con él se adquirieron cuatro corbetas, las ya nombradas, las cuales junto a algunas naves menores formaron bajo el mando del Comodoro norteamericano Daniel quien con verdadera valentía ofreció combate a la superior escuadra española en las afueras de Maracaibo. Los colombianos perdieron el combate y dos de sus corbetas. La pérdida se reparó posteriormente con la captura de "La Ceres" cerca de la isla de Cuba, por el Coronel Belluche. Por lo demás, este fue el único trofeo de caza que ha conseguido la Armada colombiana.

Para los españoles, mejor y más peligroso papel jugaron los bandidos del mar, los Corsarios, que asaltaron y actuaron bajo bandera de Colombia. Desde los comienzos de la lucha por la independencia preocuparon enormemente a los conquistadores, y pese al ataque que se dirigió contra ellos desde todos los puertos, desde tierra y las islas, el gobierno de España nada pudo contra esa agresión a su bandera y a sus barcos.

Al frente de una flotilla de diez goletas y bergantines el francés Aury fue quien sobresalió entre ellos. Era un verdadero jefe filibustero, con su centro instalado en la isla Vieja Providencia, situada en un lugar inaccesible al ataque español. El corsario instaló depósitos, astilleros, etc. La isla tenía jurisdicción militar propia y Aury presidía como dictador. Desde ese nido realizaba sus cruceros, dirigidos preferencialmente contra Cuba y Puerto Rico, donde ingresaban a los puertos por tierra, y contra Panamá y la costa de Méjico.

Las mejores presas resultaban ser los barcos comerciales españoles, pero luego los asaltos se extendieron hacia los de otras naciones, que fueron incluidos en su código de corsarios. Fue a raíz de esto cuando un nuevo protagonista ingresó a la escena.

El comandante inglés de la estación de Jamaica ya había tenido noticias de estas actuaciones independientes y se dispuso a castigar a aquellos que se dedicaban a actuar como piratas. Para su suerte y honor, Aury murió a consecuencia de una caída.

El ayudante del francés, otro desocupado de la misma nacionalidad, de nombre Joli, lo reemplazó en el mando y no encontró mejor cambio de política que ofrecerse, con sus barcos y hombres, a servir a la república de Colombia, donde encontró excelente acogida. Ahora este simpático y original capitán de corsarios es Coronel y Jefe de la estación de Maracaibo.

En ningún instante la navegación colombiana ha tenido valor y es probable que durante mucho tiempo no lo tenga, ya que para ello no solo se necesitan barcos y dinero. Para formar una buena y eficiente armada es indispensable contar con el elemento humano, tener buenos marineros, lo cual no se consigue con un gran comercio o una excelente industrialización, sino con mucha navegación, a lo menos de costa y pesca. Estos son elementos necesarios para que un país pueda aspirar a tener una buena marina de guerra.

Resulta absurdo que deseen actuar como poder naval si necesitan adquirir barcos y equipos en el exterior, los cuales para funcionar requieren el auxilio de extranjeros, y estos, por su parte, exigen no solo satisfacer sus necesidades mínimas sino alimentarse, y no lo mismo que el indígena, que solo requiere de plátanos y maíz. No cuentan con dinero para cancelarles y ya se sabe que el marino es más derrochador que ahorrador de dinero.

El caso es que los barcos comprados, y muy caros, se están pudriendo en los puertos por falta de gente para mantenerlos. El ejemplo mejor lo dan las fragatas de sesenta cañones compradas en Nueva York, que estaban en Cartagena apenas con la tripulación necesaria para la limpieza diaria. Indudablemente esto resultaba dañino para tan hermosos barcos, cuyo destino, de seguir aquí, era la pudrición.

El 24 de octubre, desde los terraplenes de la ciudad, vimos llegar una fragata de guerra con la bandera sueca y dos días

después la fragata "Chapman" de esa nacionalidad, a la que luego se le unió el barco de línea "Tapperheten". Nombrarlos no significa más, para efecto de mis anotaciones, que hacer notar las diferencias con la armada de esta nación.

Con seguridad estos barcos estaban destinados a la escuadra que navegaría hasta Cuba, lo que se confirma con la llegada de la corbeta inglesa "Protectora". Todas las naves completamente equipadas y una brillante tripulación compartían el mismo destino.

Una vida no conocida antes se vivía en el puerto con la presencia de tales navíos, dando un ejemplo de ritmo y disciplina a los marinos de guerra colombianos; con posterioridad escuché a sus oficiales, en reiteradas oportunidades, elogiar el orden y aseo de las embarcaciones suecas.

Dichas apreciaciones eran compartidas por los dos almirantes de la armada nacional, Clementi y Padilla, aunque justo es decir que dichos conceptos no significaban mucho pues ninguno de los dos era competente para emitir un juicio acerca de un barco de guerra.

Clementi, jefe de la escuadra, era a pesar de todo un hombre bueno y no había perdido con el buen vivir social su dura vida de marinero. Nunca había servido en un barco, desde cuando, como alférez, viajó a bordo de un buque de la armada española. Posteriormente fue Ministro para Asuntos del Mar. En mi viaje hacia Bogotá me encontré a este amable señor cuando iba a hacerse cargo de nuevas funciones.

Padilla era un mulato grueso que se ganó la gratitud de sus compatriotas por sus triunfos sobre la flota española, bajo el mando de Morales, en el lago interior de Maracaibo. Pero no parece correcto que sea Almirante y jefe de la estación de Cartagena. El logró sus conocimientos como oficial de mar a bordo de una fragata inglesa y alcanzó prestigio en Colombia por su forma y valentía para enfrentarse a barcos menores de la escuadra española.

El quería demostrar lo que sabía y, por ello, al realizar una visita a la "Chapman" llamó a sus seguidores y mientras observaba los aparejos, dijo: "Aquí entiendo todo, desde la proa a la popa". Era muy popular entre las clases bajas, lo que le valió ser elegido Senador por Cartagena. A este, considerado como el almirante más grande de Colombia, también me lo encontré en mi viaje a Bogotá.

Durante un buen tiempo se ha hablado y escrito de las inminentes elecciones para Presidente, o mejor dicho, para Vice-Presidente, ya que Bolívar fue elegido en forma unánime para un nuevo período.

Las elecciones se realizaron y además de Santander, que resultó reelegido, se votó acá por el actual Intendente de Cartagena, Amador, y los ya mencionados Montilla y Padilla.

La prensa consideró que cada uno había tratado de dirigir la opinión en las elecciones, no siendo su culpa que el Vice-Presidente anterior hubiera vuelto a ganar. La prensa lo atacaba bastante y las notas acerca de su administración no eran de las mejores.

Entre esta se contaba una hoja periódica redactada por un joven criollo de Caracas, "Gaceta de Cartagena", notable por su liberalismo y que, con la excepción de uno que otro artículo acalorado, trataba de brindar, de modo inteligente, su aporte a la información y mejoramiento de la naciente república.

Hasta estos momentos la libertad de prensa no conocía límites, por lo cual existían gran cantidad de hojas de periódicos, volantes menores, panfletos, etc., algunos tan encendidos en sus artículos que parecían compensar de una sola vez todo el duro silencio que les impusieran los españoles. Estas publicaciones zumbaban como mosquitos, picaban y luego desaparecían, ya fuera por muerte total o para volver con renovados bríos y luego recibir el golpe mortal. Era común que adquirieran nombres raros como "El Criollo", "La Zorra", "El Toro", "El Murciélagó", etc.

El 10 de octubre la ciudad celebró su liberación del dominio español. El mismo día, pero de 1821, esta fortaleza capituló ante el general Montilla, que fue apoyado en la ocupación por el conde Adelcreutz, quien ahora era coronel y en esa oportunidad comandaba la artillería de la ocupación.

Por supuesto que todo era fiesta y algarabía; se tocaban las campanas, sonaba la música, se hizo una parada, lanzaron fuegos artificiales y hubo muchas actividades para celebrar la gran fecha; todo encantaba la vista y el oído de la gran masa infantil.

Por la tarde, en las afueras de la ciudad, en una de las mejores y más grandes casas de campo, al pie de La Popa, se hizo una fiesta; un baile al cual pudo asistir hasta el pueblo, pero los señores se divertían en las afueras de la casa. Así, tanto estos como los sirvientes se entregaron a la mayor diversión nacional, el baile y los juegos.

Resultaba entretenido ver a los ricos en el interior de una pieza apartada dedicados al "juego del comercio", en el que por lo general apostaban grandes cantidades de doblones a una sola carta. Este juego de azar, lo mismo que el "monte" y el "veintiuno", se practican con naipes españoles y constituyen sus juegos favoritos; parecen hechos para este tipo de juegos.

Los apostadores arriesgan hasta doscientas piastras por naipe, pero nunca pierden la cordura ni se calientan los ánimos más de lo normal, que es gritarse, decir palabrotas o hacer demasiada bulla, aunque todo con calma y sin enojarse. Sus mayores preocupaciones consistían en que las apuestas altas estaban decayendo y que para jugar era una incomodidad llegar a las mesas con bolsas de doblones.

Espectáculo parecido, aunque en menor escala, mostraban las apuestas que en el exterior de la casa hacían negros e indígenas, los cuales no podían apostar más allá de medios reales. La moneda de uso común eran los puros (tabacos), cuyo valor era tan respetado en el comercio como en las mesas de juego, o sea, a un cuarto de real por unidad.

Entre los juegos de azar había uno que se desarrollaba en bandejas de madera pintadas con pequeñas figuras, donde apuntaban con granos de maíz; era la lotería. Por supuesto que se entretenían bastante, tanto como los grandes apostadores del interior de la casa.

El carnaval prosiguió hasta la medianoche, se fumó y jugó en las mesas colocadas en las calles, alumbradas por una delgada vela de grasa de cerdo protegida de la acción del viento con un cucurucho de papel.

Como las casas situadas al pie de La Popa ofrecen noches frescas, se prestan para este tipo de diversiones y festejos, y así todo el mundo evita el sofocante calor de la ciudad.

Los señores más prósperos son, en su mayoría, dueños de las casas y a eso de las cuatro de la tarde es frecuente verlos dirigirse hacia ellas, para tomar sus hamacas y tenderse cerca de los portones, gozando del fresco del atardecer hasta el sereno, al que tienen mucho temor. A esa hora pasan al interior, donde se acuestan, si no en una hamaca, en una cama liviana y cómoda.

A las seis de la mañana ya se encuentran levantados, generalmente se bañan, toman su chocolate y prosiguen su limpieza personal. Toman el desayuno entre las ocho y nueve, consistente en huevos, carne picada, plátanos fritos, chicharrones, queso y chocolate, en seguida beben una taza de agua fría.

Entonces ya están dispuestos y preparados para asumir sus labores del día. Montan a caballo y se dirigen a la ciudad a atender negocios en las oficinas públicas, en las que no están presentes más que para hacer tiempo y poder retornar a sus atractivas hamacas.

La labor termina a las cuatro de la tarde, descansan por un tiempo prudente y se disponen a cenar.

La cena comienza con la sopa, reciamente condimentada, en espera del plato fuerte, aquel que se come en todos los lugares donde hay un español: la paella. Este sufre variaciones según

las distintas carnes y vegetales de cada país, pero es un plato digno de ser reseñado por un escritor o de ingresar a los mejores libros del arte culinario.

El plato se identifica por algunos artículos cardinales. La carne de buey y los plátanos se hierven juntos y se les agrega carne de cerdo, de cordero, tocino, yuca y arroz; todo se mezcla con pimienta, cebolla y otros condimentos, que se hierven al mismo tiempo, o para usar el término técnico, en su misma salsa.

Después se agregan pollos fritos y palomas, tan secos como de mal sabor, y finalmente manteca frita con pimentón, en lo que nada todo el plato.

En algunos hogares sirven como postres frutas, ya sean melones, mangos, que se saborean al lado de vinos y quesos, y luego todo acaba con un café.

Pero la tradición en la mayoría de las mesas es servir de postres dulces, hechos de miel y panela, servidos con queso y una taza de chocolate, además de un jarro de agua fría. Antes que todo haya terminado ya están en los ceniceros colocados sobre la mesa los cigarros encendidos.

En las casas más criollas toman chocolate, su bebida favorita, lo que hacen cinco o seis veces al día, siempre con grandes dosis de agua helada.

La lluvia que caía en el lugar daba a La Popa un atractivo mayor, cubierta de bosquecillos y arbustos en pleno verdor. Un pueblito ubicado a sus pies mostraba un camino zigzagueante, ancho y despejado, con gran pendiente hacia la cumbre. A medida que se asciende el viento se enfría y en cada curva se descubre abajo algo novedoso, que se extiende hasta parecer ilimitado desde la cima. Aquí se encuentra un bello convento de monjas, casi abandonado. El cónsul en Cartagena ha ubicado en él su casa de campo, ya que el clima es muy diferente al de la ciudad y es un buen lugar de reposo. Por supuesto que el termómetro está normalmente varios grados más bajo que en la ciudad.

Desde la torre de la iglesia se tiene la vista más extensa del mundo. Con día claro se dominan unos setecientos kilómetros a la redonda. Al noroeste se divisa la costa hasta Sabanilla y la tierra baja entre el mar y el Magdalena, limitada por los oscuros cerros de Turbaco, que impiden que el panorama siga prolongándose. Hacia el sureste la vista vuela sobre el mar, en el que raras veces falta un barco llegando o saliendo de la bahía, en Boca Chica; luego se ve la angosta y hermosa isla de Tierra Bomba y el puerto repleto de navas. Al seguir el recorrido se divisa el paisaje verde hasta encontrarse con San Lázaro, Ximani y Cartagena, con sus murallas entre blancas y grises y sus casas sombreadas con palmeras.

Aquí en las alturas se encuentra un telégrafo que comunica con otro semejante existente en la ciudad, al lado de la oficina del Capitán, a través del cual los centinelas anuncian lo que ocurre tras los muros de la ciudad.

En todo sentido, después de Bogotá, Quito y Caracas, la ciudad más importante de la Gran Colombia es Cartagena que con el suburbio de Ximani tiene alrededor de veinte mil habitantes y es además la capital del Departamento del Magdalena, que agrupa las provincias de Cartagena, Mompós, Santa Marta y Riohacha.

Respecto a su ubicación cerca del Magdalena y a su hermoso y seguro puerto, está considerada la ciudad más comercial, y por la fácil comunicación con las Antillas, Méjico, los Estados Unidos y Europa, en lo que a relaciones exteriores se refiere, es más importante que Bogotá, situada a varios días de viaje hacia el interior.

CAPITULO VI

VIAJE DE CARTAGENA A MOMPOS

En la tarde del 23 de noviembre monté a caballo y avanzando lentamente por el sucio, polvoriento y ancho camino dejé a Cartagena para tomar la dirección de Turbaco. La lluvia al caer transformaba todo en pantanos y ni siquiera la acción del sol podría evitar que así fuera. La posibilidad de una tristeza solitaria se esfumó por la compañía que a mi lado llevaba.

A mis costados viajaban dos criollos que fueron elegidos miembros del nuevo Congreso y como tales se dirigían a Bogotá. Uno de ellos era Pardo, encargado del correo de Cartagena, muy querido por todos sus vecinos y considerado uno de los mejores oradores liberales en la Cámara de Representantes, a quien el solo mencionar a los españoles ponía los pelos de punta. Natural de Antioquia, provincia conocida por la cantidad de servidores públicos dados a la patria, había ejercido importantes funciones durante la guerra, motivo por el cual le otorgaron el puesto de encargado del correo, que era uno de los mejores. Esa calidad ayudó a que por segunda vez le correspondiera representar a la ciudad.

El otro era Tallaferro, hombre joven de Panamá, perteneciente a una de las familias más ricas de esa región. Entendía inglés y algo hablaba el francés, pero no utilizaba esas lenguas.

Cada uno llevaba un sirviente y un guía y por ello una larga fila de viajeros avanzaba trabajosamente por el sendero, al que constantemente se le lanzaban palabrotas debido a su mal estado.

Tallaferro ya había tenido actividades de gobierno, las que realizó en Méjico y Perú; luego fue elegido Gobernador de Panamá. Por esto resultaba buena compañía viajar con tales personalidades.

A medida que avanzábamos el camino mejoraba y al atardecer cruzamos un bello bosque, engalanado con casitas rodeadas de plantaciones de maíz y plátano. Los troncos de los árboles y sus ramas se encontraban envueltos por el abrazo de las lianas que se prolongaba a los troncos cercanos, a las raíces, se arrastraban por el suelo, cubriéndolo todo, con ese color verde de vida que daba un toque poético al paisaje. Todo parecía encantado y como un cuadro decorado con largos y espesos festones. A lo lejos semejaba formar una alfombra mullida de hojas sobre los arbustos que las recibían.

Verdaderamente resulta imposible tratar de describir la diversidad de figuras que forman y las infinitas direcciones que toman; lo único cierto y comprobable es que troncos, ramas, suelo, arbustos y piedras quedan cubiertos por una capa de gruesas y verdes filigranas.

En el pueblito de Tereneda, a sesenta kilómetros de Cartagena, descansamos por breve tiempo y proseguimos el viaje hasta alcanzar los montes de Turbaco. En todo este tiempo el camino iba ascendiendo y tras media hora de hacerlo nos encontramos en sus alturas observando La Popa y Cartagena, en cuyo puerto distinguíamos nítidamente dos enormes barcos de guerra.

El sendero se adentraba en las montañas cuyo aire tan puro era muy diferente al de la ciudad. Con agrado nos dejamos llevar por sus curvas, hasta que se nos presentó una imponente pampa en la que reposaba el pueblo de Turbaco, al cual llegamos con la puesta del sol, sucios y agotados.

Aunque dista solo ciento veinte kilómetros de Cartagena, era un pueblo con un clima completamente diferente. Sus noches son muy agradables; no se padece del calor ni de los mosquitos. Para Cartagena debe de representar lo que Gayra a Santa Mar-

ta; un lugar de recreación y descanso. Sus accesos son de buena calidad, lo cual atrae a la nobleza que llega hasta acá para disfrutar del aire fresco o curar sus males. Por lo demás, es bien visto visitar el pueblo por una temporada.

Nos alojamos en la residencia del Alcalde, viejo conocido del señor Pardo, que nos recibió y agasajó con una excelente cena, tras la cual se conversó hasta que la noche y el sopor pudieron más que las pláticas. El sueño y el descanso de esa noche están en mi mente como los mejores que haya vivido en Colombia, y aún me parece ver nuestras finas hamacas colgando en los portales, en las que apenas nos cubríamos con un delgadísimo cobertor.

Al tiempo con el cantar de los gallos la caravana estaba presta a partir, tomando el camino, de bajada ahora, que nos llevó hasta Arjona. Ahí desayunamos en la casa del alcalde, amigo de nuestro muy popular Director de Correos, que por supuesto conocía a todos los alcaldes, directores de correos y sacerdotes diseminados en el camino hacia Bogotá.

A la hora del almuerzo atravesamos el pueblito de Mamonal, y poco más tarde El Plato. Para cruzar el canal existente se requería mojarse completamente, ya que el agua cubría casi del todo a la cabalgadura. Uno de los mestizos fue quien inició la aventura quedando pronto cubierto de agua, y para hacer la situación más agradable se sumergió totalmente y permaneció bajo el agua durante un instante, lo que motivó la carcajada de sus compañeros. Así fue todo el cruce, hasta que bestias y jinetes estuvieron en terreno seco. Cuando el paso quedó atrás nuestras risas seguían flotando en el ambiente hasta que llegamos al villorrio ubicado en las márgenes del río.

Nuestro simpático compañero de viaje nos hizo alojar en la casa del párroco del pueblito, elección plenamente justificada, ya que era uno de los anfitriones más agradables y atentos que se pueda imaginar. Es seguro que la amistad que le unía a nuestro compañero de ruta databa de largo tiempo, pues durante los dos días que pasamos en su hogar daban cumplimiento fiel a la máxima: "Toda la casa está a vuestra disposición".

Las comidas eran opíparas y si no se deseaba agraviar al anfitrión lo mejor era servirse todo. Uno interiormente se consulta si tal situación no incomodará a la dueña de casa, pero al instante recuerda que en casa de curas católicos no se la encuentra (si existiera, no se notaría su presencia).

Pasada la cena se podía disfrutar de la compañía femenina, ya que las mujeres del poblado acudían a visitar al señor cura. Aquí se nos facilitó aclarar la duda respecto de si las mujeres que llegaban eran damas casadas o simplemente sirvientas; si se las veía seguidas de niños. Indudablemente eran casadas, y así acababa la incertidumbre. Aunque, claro, ambos títulos me parecen igualmente falsos.

En su viaje a Bogotá, el General Padilla se detuvo en este sitio y nos hizo la invitación de almorzar al día siguiente. Se le vio alegre y desbordante en atenciones. Mostró buen apetito y gran preferencia por el vino.

Constantemente alzó su copa invitando a brindar "por el Gran Bolívar" y "por la República de Colombia", brindis que eran acogidos con enorme entusiasmo. Después prosiguieron los saludos menores, hasta que uno de los ayudantes de la comitiva propuso alzar las copas en nombre del "General Padilla". Como las copas ya se empezaban a prodigar en demasía, el licor comenzó a causar estragos, lo que motivó que el mismo ayudante señalado se levantara y gritara: "Brindo por mi amigo Gómez".

Se suscitó un intercambio de palabras que culminó con la orden del Almirante, a su ayudante, de retirarse bajo arresto. La razón de tan extraña respuesta se debía al exceso de confianza que había tomado éste en presencia del General Padilla, lo cual significaba una falta de respeto, ya que en su brindis había olvidado el título de General, cuestión que resultó inaceptable para el aludido.

No fue lo único anecdótico del almuerzo, ya que en el exterior, por estar con las puertas abiertas, la comida era verdaderamente pública y negros e indígenas observaban la escena con la boca abierta, gozando verdaderamente del espectáculo y pugnando por ingresar al recinto.

Muy temprano estuvo todo dispuesto para reanudar el viaje, lo cual se demoró debido a la insistencia de nuestro anfitrión para quedarnos a almorzar. Las muchas atenciones que nos brindó hicieron que le tomáramos gran aprecio, por lo que se transformó en el prototipo de la buena atención y cordialidad y representaba el ejemplo para el grupo viajero, y así, cuando se trataba de personificar la actitud del anfitrión, se decía: "Es tan bueno como nuestro cura amigo". Por todo ello la caravana apenas partió a las ocho de la mañana.

El camino ofrecía muchas dificultades que entorpecían el normal desarrollo de la marcha. A medida que lo recorríamos mejoraba un poco. Tuvimos que atravesar la enorme plantación de Santa Cruz, donde nos impresionó ver una inmensa cantidad de esclavos negros. Cerca de las dos de la tarde vislumbramos el poblado de Arroyonda. El señor cura no se encontraba en él, por lo que tuvimos que resignarnos a servirnos un almuerzo de mochila; ahora ya empezábamos a extrañar a nuestro párroco.

El sendero nos mostraba un mejor rostro pues se ensanchaba, permitiendo más fáciles movimientos a las cabalgaduras. Desde sus alturas apreciamos la belleza del paisaje. A nuestros ojos se ofrecía la margen izquierda del Magdalena, que con enorme encanto se divide formando una angosta y larga isleta entre la cual se descubre Barranca, con sus pequeñas casas diseminadas por la pendiente del tranquilo río.

Pronto hicimos nuestra entrada en el pueblo y atravesando su plaza mayor encontramos un letrero pintado, con el escudo colombiano, que nos informaba que estábamos frente a la oficina de Correos de la ciudad. Aunque el jefe no estaba, su esposa tan pronto como vio al representante de Cartagena dispuso alojarnos en una casita ubicada algo más arriba.

Aún no habíamos desmontado cuando un negro nos informó que "Su Excelencia nos estaba aguardando con la sopa". Lo que sucedía era que el General Padilla había llegado y visto nuestro ingreso al pueblo. El era huésped del alcalde, por lo que al vernos entrar había dispuesto invitarnos.

El comedor resultó ser más amplio y público que el de la vez anterior, y no existía ningún impedimento para que los habitantes observaran boquiabiertos el noble banquete. Como siempre, el general mostró buen genio, brindando con todos los asistentes, incluyendo "el marinero sueco", brindis al que, de respeto, no fui capaz siquiera de agradecer.

Nuestra permanencia acá fue compartida con muchos viajeros que esperaban el barco de vapor que les llevaría de Barranquilla a Mompós y Honda.

Ya tendré oportunidad de contar los detalles de este crucero fracasado, del que conocimos algunas de sus características, por ejemplo su falta de puntualidad, pues debiendo llegar el día mismo que nosotros, solo lo hizo doce días después.

El General Padilla había resultado más inteligente, puesto que mandó pedir una embarcación a Mompós, en la cual se embarcó junto con su séquito. Todos lamentamos no haberle seguido, ya que Barranca no nos agasajó con una agradable estada; por el contrario, me parece que pretende ganar el título de "el primer purgatorio de Colombia". A las ocho de la mañana el calor ya atormentaba, aumentando en la misma medida que el sol se elevaba por el cielo. Al mediodía sus rayos se reflejaban sobre la ciudad y el río, calcinando las pobres casas levantadas en su camino, sin techo o protección de árboles, tan solo a merced de su acción.

Al atardecer se levantaba una suave brisa que permitía a seres humanos y animales no languidecer totalmente. Junto con el ocaso solar verdaderas nubes de mosquitos nos atacaban, hasta que el sol nos libraba de ellos.

No estaban solos los mosquitos en su labor de hostigamiento. Contaban con la ayuda de murciélagos de todos los tamaños, que tenían sus habitaciones en la copa de las palmeras, donde descansaban durante el día para atacar con sus alas las caras y manos de las personas y no dejar dormir a nadie.

El visitante que en su hamaca planea descansar tras batallar largamente con los mosquitos, debe mantener la agitación de

sus brazos para luchar contra estos mamíferos nocturnos. La pelea desespera ya que la posición de defensa es incómoda y en la oscuridad se dificulta. Solo se usa el pañuelo como arma.

La pugna se alarga, pero no llega a los habitantes del lugar, quienes están acostumbrados a dormir, pues ya han superado esta molestia. Solo el extraño debe padecerla.

Tanto los mosquitos como los murciélagos, forman parte de la vida cotidiana; para el forastero la situación representa el haber conocido uno de los tantos esfuerzos que debe hacer para subsistir en tales condiciones.

Al estar casi dormido, los murciélagos llegan a tocar la cara. Entonces es cuando el asustado visitante huye despavorido, chocando con las otras hamacas tendidas en su camino, y cuando el desconcertado tipo que se ha despertado pregunta: "¿Qué hay?", al dar las razones del caso se limita a decir: "No son bravos, solamente esconde los pies".

Luego comprendí que el único placer de los murciélagos lo encuentran en los pies, a donde, si uno los deja descubiertos, llegan a chupar la sangre. Al saber esta información tan consoladora, uno se vuelve a la cama, preocupado por envolver muy bien sus pies. Al llegar la mañana, se encuentra a los bichos en el techo, encima de la hamaca, como testimonio de las tristes aventuras de la noche anterior.

Ante tales acontecimientos uno ve la necesidad de abandonar el lugar y se preocupa por encontrar una rápida solución, aunque se duele de tener que dejar tan agradables compañías. Lo lamentable era no disponer de una balsa o un bongo grande donde poder llevarse todas las cosas y maletas de una vez.

Todos estábamos cansados de mirar por las mañanas, río abajo, en espera de la aparición del "Stimbete"; luego, durante el resto del día, se lanzaban maldiciones sobre el barco; y por las noches se elevaban oraciones por la pronta aparición del capitán y la compañía de navegación, las que acababan en forma ritual con un "ojalá venga mañana".

Pese a la preocupación, nadie lograba responder acerca de lo que le sucedía al "Stimbete"; para tranquilizarles yo les manifestaba que seguramente habían roto la máquina. Al estar convencido de que esta era la razón, empecé a averiguar el modo de salir de allí, lo que se complicaba un poco pues no había nada que pudiera llevarme hasta Mompós.

El Administrador del Correo ayudó en mi búsqueda, consiguiéndome una de las canoas en que llevaba el correo a otros lugares. Veinticinco piastras cancelarían el viaje hasta el lugar de destino, situado a mil ochenta kilómetros de distancia, a tres días de navegación. El mismo Administrador, que poseía una pequeña tienda, nos suministró las provisiones para el viaje, y animado por él y por mis reales, el encargado del transporte tuvo todo preparado para la mañana siguiente.

El 5 de diciembre, antes de la salida del sol, me despedí de mis compañeros de jornadas, que todavía dormían, los que desde la orilla gritaban: "Adiós compañero, recuerdos y saludos a Mompós, dígales que estamos detenidos por causa del maldito 'Stimbete'."

La piragua era un árbol entero de cedro, de veinte pies de largo y unos tres de ancho, con una profundidad de tres cuartos de pie; su fondo era redondo, sin quilla, y no se hundía más de nueve pulgadas en el agua. Su largo cuerpo estaba dividido en tres partes casi iguales. La primera ocupada por el gobador; la del centro acomodada para dormir; y la última para maletas y el resto de la tripulación.

En la proa, dos semidesnudos negros con sus largas piernas forzaban la embarcación corriente arriba. Para ello usaban una vara en forma de tenedor, que les ayudaba a avanzar. La empresa requería mucha experiencia, ya que no es nada fácil poder moverse y trabajar a plenitud en tan pequeña embarcación; de ahí que la vara hacía también las veces de palo de equilibrio.

Cuando uno de ellos empuja hacia cierta dirección, el otro debe hacerlo en sentido opuesto, tras lo cual corre de un lado a otro, aullando como un perro, y en medio de gritos y silbidos

vuelve hacia la dirección contraria a iniciar la faena de nuevo. Así durante todo el día, en una temperatura que, a la sombra, fluctúa entre los treinta y los cuarenta grados. Su primitiva protección es el ancho sombrero de paja tradicional.

Su cuerpo, cubierto por la transpiración, hace pensar en un número infinito de perlas cayendo lentamente por las líneas curvas, entre los músculos, algo semejante a las gotas del rocío que resbalan en una ventana al llegar la mañana.

Sentado en la popa, el timonel con su largo canaleta guiaba la canoa, con manos expertas. Era un indígena que ha pasado la mayor parte de su vida sobre la piragua, llevando el correo entre Barranca y Honda. Sentado, con sus piernas cruzadas, se reía burlonamente hacia el sol, del que se protegía con una delgada camisa de algodón a rayas azules. Su sombrero ocultaba la enorme cabellera que caía sobre los hombros como la cola de un caballo, por entre el cual se lograba ver los trazos de una cara oscura, seca, con una ancha nariz, labios gruesos y ojos negros, sobre los que descansaban dos frondosas y oscuras cejas redondeadas. La decoración de la cara terminaba en una barba poco abundante y unos bigotes que, al colgar de su labio, parecían los copetes del pavo macho.

Del pecho colgaba una pequeña cruz de plata, y en su boca, a todo instante, un puro, que solo retiraba de ella para gritar "andad ligero, muchachos". Parecía un hombre competente, al que se le obedecía sin vacilar, lo que hacía una gran diferencia con sus colegas de actividades.

Acostumbrado a llevar el correo, su único afán era llegar pronto. Gracias al obsequio de algunos puros, nos hicimos buenos amigos y él me narraba las dificultades que soportó para llevar el correo de la república durante la guerra. En innumerables ocasiones lo hubo de hacer entre las playas ocupadas por los españoles.

Observarle causaba admiración, ya que había hecho de su oficio una profesión, yendo constantemente de un lugar a otro por el Magdalena, tostado por el calor abrasador, picado por los

mosquitos, padeciendo sed, sin otra compañía que sus dos bogadores. Grande fue mi satisfacción al comprobar que en verdad me había traído a mi destino en los tres días fijados.

Durante la mañana la ruta siguió la margen izquierda del río, con la compañía de monos y papagayos, como los únicos capaces de interrumpir el silencio de la naturaleza. Gran número de cocodrilos dormían plácidos sobre los bancos de arena, abriendo sus enormes fauces para luego arrastrarse, al notar nuestra presencia, hacia el interior de las aguas, en las que se distinguían por su columna, parecida a una sierra, colocada sobre el nivel del río. El calor era terrible, bajo un techo de cuero de buey. Por la tarde el termómetro marcaba treinta y cuatro grados, comenzando a disminuir al soplar un viento norte que llegaba desde el mar hacia el río.

Ya casi es innecesario comentar que al caer la tarde se nos venía encima una nube de mosquitos, con los que luchamos hasta que les sobrepasamos. A las siete de la tarde llegamos a la ciudad de Tenerife, donde nos alojamos. Mientras yo dormí en la canoa, protegido por el mosquitero, el resto lo hizo en la playa.

Tenerife está ubicada a la derecha del Magdalena, a unos trescientos kilómetros de Barranca. En su mayoría los habitantes son descendientes de españoles, acá llamados godos, denominación que los realistas se dieron a sí mismos para dar a conocer de dónde descendían. Actualmente la palabra tenía un significado diferente, y los colombianos les nombraban así despectivamente, como contrarios a la nación.

La ciudad aún mostraba los recuerdos de la guerra, cuando la iglesia y sus casas fueron arrasadas por el fuego, muchas de las cuales se encontraban en ruinas.

Cuando nos dispusimos a proseguir la marcha ya eran las seis de la mañana. Durante la ruta pasamos frente a un lindo pueblito, Plato, también ubicado en la Provincia de Santa Marta.

Con el constante aliento del timonel, los bogadores llegaban a recorrer hasta treinta kilómetros por hora en contra de la corriente, que desde todo punto de vista es bastante considerable,

más aún tratándose del popular río. Aunque necesario es aclarar que el verdadero gusto de viajar en esta forma no se experimentó sino algún tiempo después, debido a la pericia del timonel, a los bogadores que ahora tenía y al refrescante aire que soplaba por las tardes y lograba calmar considerablemente el calor y espantar a los mosquitos.

La cena la hicimos ciento veinte kilómetros más arriba, en el pueblito de Palmas. Después de pasar frente a Zambrano descansamos un tanto en la isla de San Pedro, que se encuentra más abajo del lugar donde el río Cauca se une con el Magdalena y que está cubierto de un bosque impenetrable, arbustos y lianas, donde los monos, papagayos, lagartos y serpientes residen tranquilamente. Casi con el crepúsculo pasamos el sitio del Demonio, que lleva este nombre con mucha razón, máxime si a tal hora enviaba sus atormentadores mosquitos.

La noche nos sorprendió en Pinto, lugar en que pernoctamos. Sus moradores viven principalmente de la cría de animales. En ciertas épocas se dedican a la caza de tigres, cuyas pieles son vendidas a dos o tres piastras cada una. Dichos animales los cazan con una especie de lanza de unos siete pies de largo, provista de una ancha punta de hierro afilada en el extremo y en los costados. También era posible encontrar linceas, algo más grandes que un gato, con una hermosa y lisa piel.

El lugar fue abandonado muy temprano por la mañana, pues todavía nos faltaban trescientos sesenta kilómetros para llegar a Mompós, donde, según el compromiso, debíamos arribar por la tarde.

Pasada la entrada del río Cauca, cuyas aguas son tan sucias y de color amarillo grisáceo, como las del Magdalena, seguimos la ruta casi sin interrupciones, sin encontrar casas, naves, ni gente, hasta que amarramos la canoa a las frondosas ramas de las ceibas a cuya sombra nos bañamos, refrescamos y almorzamos. El plato consistió en plátanos y carne salada, que se hervían juntos el día anterior, manteniéndose en una olla, dispuestos para ser servidos en cualquier detención de la ruta.

En Rinconada nos encontramos con un bongo salido de Barranca tres días antes que nosotros, a bordo del cual venían dos comerciantes colombianos, viajeros desde Santa Marta, a quienes conocía por mi estada en esa ciudad. Se quejaban de sus bogadores, de su lentitud y negativa a acelerar el ritmo de viaje; por lo que no hacían más que felicitarnos por nuestra suerte al encontrar tan buena gente y embarcación tan liviana. Además, uno de los señores comenzaba a sentir los rigores del lento y prolongado viaje con agudos dolores de cabeza, y cuando llegó a Mompós, la fiebre lo invadía.

Cuando iniciamos el último tramo lo hicimos ambas embarcaciones al mismo tiempo, pero pronto la de ellos quedó atrás y al doblar una de las curvas del río la perdimos de vista, lo que divirtió bastante a mis compañeros, especialmente al jefe de ellos, que con orgulloso desprecio miraba hacia atrás, mientras gritaba: "De nada les vale competir con una piragüita de correos".

Al tiempo con la caída del astro rey descubrimos a Mompós, donde la alta cruz de piedra roja de su iglesia y las casitas blancas presentaban una bella perspectiva y un agradable contraste frente a las monótonas y verdes riberas del río.

Todo me parecía grandioso al recordar los pueblos dejados atrás, las abandonadas viviendas en las márgenes del gran río, cuyas miserables chozas fueron durante tanto tiempo las únicas habitaciones de humanos que vimos. De ahí el sentimiento de novedad y alegría al compararlas con esta linda ciudad.

Gran número de chalupas, bongos, canoas, piraguas y otras embarcaciones adornaban sus orillas, resaltando la importante navegación que por el río se hacía y que, pese a su enorme comercio, ahora en la tarde mostraban calma y tranquilidad.

El timonel dirigió a sus muchachos por entre la cadena de embarcaciones amontonadas en el puerto, hasta que a las siete de la tarde caminábamos por la plaza mayor de la, para mí, desconocida ciudad en las márgenes del río Magdalena: Mompós.

CAPITULO VII

MOMPOS

En Mompós no hay hosterías, por lo que hube de dirigirme a la casa de un comerciante francés, de nombre Lehericy. Este reside aquí desde hace tiempo y ha logrado reunir una considerable fortuna, siendo hoy en día dueño de la mejor casa del lugar. Su estilo era el de un verdadero gascón, jactándose del papel que desempeñó como oficial durante los tiempos de Napoleón, tras cuya caída decidió venirse a Suramérica.

Afortunadamente no debí soportarlo demasiado tiempo, puesto que al segundo día me vinieron dolores de cabeza y malestares anunciadores de una fiebre contraída en Barranca, aumentada por la incomodidad y circunstancias del viaje en la canoa. Pronto me encontré en cama y me trasladé a otra casa en la cual pudiera tener cuidados más rigurosos.

En esta última, aparte de la enfermera, residían cinco personas en una pequeña pieza, cuyas puertas y ventanas se cerraban durante la noche porque les daba mucho miedo el sereno que caía. Por todo ello era un verdadero horno, ya que el aire se encerraba hasta el punto que realmente era más fácil a un paciente enfermar que sanar.

Para colmo de males, me atendió un doctor mulato que con su grueso cuerpo y facciones brutas, servía mejor para las canoas que para atender enfermos y tomarles el pulso con sus ásperas y negras manos. Como consecuencia sus remedios eran tan repulsivos como él. Pronto comenzó a recetarme una horrible papilla de maíz.

Al perder la confianza en sus aptitudes todo me parecía malo, ya fuesen sus remedios o él mismo.

Anteriormente había oído decir que este y otros de sus colegas acostumbraban recetar pescado salado o aguardiente de anís para curar la fiebre. De allí que mi desconfianza fuese mayor y justificada. Lo que estaba a su favor es que no era posible acusarles de charlatanes o de ayudar a aumentar las cuentas en la farmacia, ya que sus remedios eran tan simples como conocidos, y en caso de no ser demasiado persistente y tenaz el mal, con seguir fielmente sus órdenes el tratamiento era efectivo.

Felizmente recordé traer una carta de recomendación para un comerciante del lugar, norteamericano, de apellido Travers. Era un hombre joven y en todo sentido resultó ser el extranjero más bueno y honesto que encontré en mi estada en Colombia.

Al tener noticia de mi enfermedad, se presentó y me sacó de esta desagradable habitación para trasladarme a su casa. Pero pensando él que ésta no era suficientemente tranquila y silenciosa, consiguió una casa especial, con una excelente cuidadora, que junto con un doctor enviado por él hicieron todo lo posible para salvarme de la peligrosa fiebre.

El doctor Miranda era un criollo culto, distinto de su colega anterior en color y capacidad. Sus remedios y vomitivos obviamente tenían mejor efecto que las odiosas papillas de maíz del mulato.

La enfermera era una negra alta, de edad avanzada, cuyo pelo crespo comenzaba a blanquear. No puedo dejar de mencionarla, ya que —según mi opinión— fue quien me salvó. Pese a su color y extraño nombre, Matías, cuidó de mí con una preocupación maternal. Gracias a sus cuidados fue posible que me levantara al cabo de seis semanas y empezara a conocer la ciudad, aún desconocida para mí.

Mompós está ubicado a la banda izquierda del Magdalena, por la cual se extiende unos cinco kilómetros, aunque su ancho no es más que de unas tres cuadras. Por un lado se encuentra

un bosque con senderos estrechos y algunos plantíos, y por el otro, corre el ancho río. Contra éste debería la ciudad protegerse con un muro de tres pies de espesor, altura considerable y una extensión aproximada de diez kilómetros. Esta fortaleza evitaría, en parte, que las crecidas del río durante las épocas de lluvias causaran estragos mayores.

Las calles largas y anchas, casi rectas, no tenían empedrado, aunque frente a las casas de los más prósperos ciudadanos podían verse algunas aceras.

Las casas grandes son de piedra de muro, de un piso. Bonitas, pintadas de blanco y lo más frescas que es posible. La calle más lejana al río y los extremos de las otras calles están completamente cubiertos con casas indígenas, es decir, hechas de cañas de bambú sus paredes y con techos de palmera. Altas, generalmente limpias, de agradable aspecto. Cortadas en ángulos perpendiculares por calles más anchas, empezaban en las estribaciones de Quaien, para perderse por los senderos del pequeño bosque.

Su clima, demasiado caluroso, era raras veces atemperado por una brisa marina que lograba filtrarse desde lejos. Es considerado como uno de los lugares más cálidos de Colombia. Por la tarde era normal que el termómetro marcara 35°C, y en ocasiones llegara hasta los 40°C. Si los mediodías eran tan ardientes que impedían caminar tranquilamente por las calles, la situación se mitigaba un tanto por las mañanas y al anochecer, que aun cuando eran calurosos resultaban agradables.

Esos eran los instantes que aprovechaba para dar paseos por los largos caminos indígenas o por sus hermosos senderos que me llevaban hacia el bosque. También seguía la senda de Quaien, gozando del aire fresco a lo largo de las orillas del río, en medio del cual se encontraba una pequeña isla cubierta con plantaciones de plátanos, cocos, pequeños bosques y algunas chozas de indios, que se reflejaban en las quietas aguas, solamente alteradas por una que otra canoa que las surcaba.

Al final del río se encontraba el astillero, formado por unas frondosas ceibas que, junto con las palmeras, daban algo de

sombra al lugar y al trabajo que allí se realizaba. Era ahí donde se construían las embarcaciones que luego recorrían las aguas del Magdalena.

La ciudad solo tenía una plaza grande, en la que se encontraba la inevitable catedral, además de algunas iglesias y conventos, de los cuales varios estaban en construcción.

La población de Mompós bordeaba los ocho mil habitantes, cuyo tercio eran blancos; el resto solo indígenas o negros. Toda ella era agradable y decidida.

Existe un grupo de pequeños comerciantes, en su mayoría blancos, y de artesanos, entre los cuales se distinguen algunos joyeros, de gran eficiencia y calidad. Sus trabajos son verdaderamente buenos y no tienen necesidad de economizar el oro, como lo hacen nuestros joyeros.

La guarnición estaba compuesta por una compañía de soldados cuyas tareas centrales eran desfilar durante las numerosas procesiones religiosas y tratar de mantener el orden.

Era posible encontrar además una gran cantidad de curas, tan fanáticos como ignorantes. A su intolerancia me referiré luego, con detalles y ejemplos.

A la caída del sol se elevaban los tañidos de las campanas llamando a la oración, lo que ocurría a la hora de mayor movimiento en las calles, por lo que unidos aquellos al barullo de los lugareños se vivía un espectáculo extraño y festivo. La hora de la oración detenía de una vez todo movimiento y el silencio cruzaba por todos lados.

Era como si un repentino hechizo hubiese paralizado a la gente y a los animales. Un silencio solemne caía sobre toda la naturaleza. Las gentes se paraban al primer toque de campanas, quedándose en esa posición hasta el último sonido. Podía verse un grupo de indios con sus sombreros en la mano, mudos e inmóviles, como una hilera de estatuas, mezclados en posiciones semejantes a las que antes tenían cuando hablaban o gesticulaban como marionetas.

Más allá unos jinetes habían logrado llegar a su parada antes de ser sorprendidos por esta demora incondicional.

A lo largo del camino se veía la multitud, antes conversando vivazmente, transformada en silentes imágenes, semejando adornos a ambos costados de la calle.

Al mirar hacia el río, este ejerce una influencia mágica y muchas veces era posible ver a un negro, de pie, con el sombrero en una mano y el remo en la otra, guardando reverente respeto, en su silenciosa canoa.

En síntesis, todo descansa por un momento. Pero casi no acaba de sonar la última campanada cuando todo recupera su vida y movimiento, como si ella hubiera electrificado la naturaleza, y las cosas y las personas parecen recobrar lo perdido por el obligado descanso. Todo el ruido se acrecienta con el tañido de las campanas que acompañan por un instante ese cuadro. Las cabezas vuelven a cubrirse y cada uno al pasar por el lado de alguien le desea "buenas noches".

Las casas están funcionalmente construidas con largos y profundos pasillos por los que el sol no logra penetrar, con lo cual es posible moderar su temperatura. Posiblemente el calor de Mompós es superior al de Cartagena y Santa Marta, por lo que es natural observar, la mayor parte del día, a las personas acostadas en sus hamacas, cosa que se multiplica luego del ocaso. Adornando las paredes de todas las casas, estas hamacas hacen cómodo entablar conversaciones, fumar y escuchar música hasta altas horas de la noche.

El mejor talento está reservado a las mujeres de aquí. Estas tocan el arpa con verdadera maestría y virtuosismo y por ello su fama ha atravesado todo el país. Lo inaudito es que las notas musicales les son absolutamente desconocidas, lo que acrecienta el valor de su habilidad. Es común encontrarse un cuarteto de ellas, tocando y entonando alguna pieza, mientras que cada una se acompaña con la voz, sin la más leve falla. Su seguridad es total.

Pese a todo no son orgullosas ni egoístas con su arte. Con gusto permiten a los forasteros escuchar sus pequeños conciertos nocturnos. He ahí una gran diferencia con Santa Marta, donde las mujeres no cultivan el canto. Seguramente se han dado cuenta de sus limitaciones, ya que no atormentan a nadie con sus voces, ni siquiera a ellas mismas.

La mayoría de las mujeres del lugar —cualquiera que sea su posición social— padece de una enfermedad de horrible aspecto, pero no demasiado peligrosa, que consiste en tumores ubicados alrededor del cuello y debajo de la barbilla, los cuales, en ocasiones, alcanzan el tamaño de la cabeza de un bebé. Estos tumores, aparte de darles una forma terrible, les impiden los movimientos normales del cuello y la cabeza. Lo único que mitiga el mal es que no les produce ningún dolor.

Ellas les dan el nombre de tumores blandos y no conocen remedio para el mal, al que ya están acostumbradas, y su preocupación no es demasiada. Tampoco se les escucha reclamar por ello; solamente envidian a quien logró escapar de tal enfermedad.

Generalmente esta les ataca a los quince años, creciendo con el tiempo. A la edad de cuarenta años, el tumor ya ha desarrollado su tamaño total. De otro lado resulta extraño que los hombres no sean atacados por este contagio, y así es que no se les ve con esa fea bolsa bajo el cuello.

La gente es muy agradable y correcta. Quien no responda un saludo, es considerado persona inculta. Solo basta que alguna vez alguien haya visto a otro, para que el saludo quede protocolizado, lo cual es obligatorio tanto para los nobles y señores como para nativos e indígenas. El saludo va acompañado de la pregunta común: “¿Cómo está?”, a lo que usualmente se responde: “Para servirle”, o bien, “a su disposición”. También es posible contestar “sin novedad”, lo que significará “como siempre”.

Hay costumbres rígidas que siempre se respetan. Por ejemplo, nadie visita una casa en la cual el dueño no le haya dicho que está a su disposición, o una en la que habiendo llegado a la

hora de comida no sea invitado a la mesa. Sin embargo, todo el mundo vive en buena disposición y mucha confianza mutua.

Pocas veces se puede realizar algo en este calor infernal, por lo que la mayor parte del tiempo se pasa sin hacer nada, en la casa o en la hamaca o afuera haciendo visitas. El tiempo lo ocupa la gente en charlar sin descanso, lo que para muchos, también para nosotros, es una forma de pasar la vida verdaderamente envidiable.

Tratando de escenificar esta afirmación, vamos a seguir la ruta de un día completo en la vida de un criollo. Elegiré un domingo o festivo (ocupan la mayor parte de los días), aunque respecto de los quehaceres consideran al resto del tiempo si no como festivos, sí como días de descanso.

Un señor cualquiera, suponiendo que sea de la clase acomodada, se levanta temprano, cerca de las cinco, y si hay luna es posible que lo haga una hora antes. Inmediatamente se dirige hacia la iglesia, a misa. Con seguridad encontrará allá a su doncella. En seguida se dirige a la casa, a su hamaca o a bañarse.

El ritual que continúa es el de "hacer la mañana", que consiste en beber un vaso de aguardiente con anís, tras lo cual duerme hasta eso de las siete, hora en que toma una taza de chocolate, se fuma un cigarro y acaba con el aseo personal.

A continuación un paseo a caballo por los extensos caminos de arena, la mayoría de las ocasiones a un fuerte trote desde el principio de la playa hasta su fin, por lo que el caballo acaba completamente sudoroso. El retorno a casa es entre las ocho y las nueve, hora en que, tras haber desayunado, nuevamente visita la iglesia, siempre y cuando su dama acuda. Luego un nuevo trago de aguardiente, para continuar con algunas partidas de billar. Posteriormente retorna al hogar a dar vueltas en la hamaca hasta la hora de comida, las cuatro de la tarde, y otra vez hace un paseo a caballo, tan violento como el matinal.

Lo que sigue es una visita al café, donde tomará el rico café o ponche de huevo, o jugará billar con su inseparable cigarro encendido, tomando chocolate y bastante agua helada. Cuando

esas compañías de juego se marchan, se dirige a su casa o al sótano a jugar lotería, donde se queda hasta que vuelva a la ventana de su bella dama, donde la conversación será más desenvuelta.

Al llegar la tarde solo se quita el saco, su chaleco y los zapatos, y se tiende en la hamaca, donde se queda hasta la madrugada siguiente, cuando cambiará las ropas por otras limpias.

Este modo de usar las ropas de diario como ropas de cama, no es causado por la inconsciencia del alcohol, ni mucho menos, ya que en esta materia son tan ejemplares como el español criollo. Nunca vi un buen colombiano en condiciones degradantes, que pudiera considerarlo como despreciable. Es cierto que muchos toman aguardiente, pero lo hacen en medidas razonables, y gran cantidad no bebe jamás licores fuertes.

No ocurre lo mismo con los extranjeros residentes en el país, los que, sin ser grandes bebedores, consumen una cantidad superior de bebidas fuertes. Los foráneos no sienten molestias mayores en este clima, por lo cual con mucho gusto se toman media botella de ron o coñac más un par de botellas de vino acompañadas de agua, debido esto último a la considerable transpiración. Para ellos acompañar la bebida con agua no solo es necesario sino beneficioso para la salud.

Indudablemente este menor consumo de bebidas alcohólicas por el uso del agua es provechoso para el europeo. Realmente es una necesidad, ya que beber sin mezclar con agua es muy peligroso. Lo que comprueba que no se requiere licores más fuertes que los ya existentes en otros países.

En la pendiente, a un costado del río, todas las mañanas se ubica un mercado de alimentos, considerado como uno de los mejor surtidos. Durante el día se protege contra los rayos solares mediante las frondosas ceibas, bajo las cuales se cobijan las mujeres vendedoras de café, chocolate y bizcochos elaborados a base de harina de maíz y grasa de cerdo.

Acá se encuentra un producto desconocido para mí en los otros mercados que había visto, a saber, una gran cantidad de

huevos de tortuga, que por su color, tamaño y forma parecen pequeños huevos de gallina, un poco más redondos. Con una envoltura que contiene una materia grasa de color naranja, constituyen un alimento de buen gusto pero algo indigesto.

Son recogidos en los bancos de arena del Magdalena. En el mercado se encontraban diversos tipos de peces del río, más ricos o menos salados que los cogidos en el Mar Caribe. Se distingue un pescado grande llamado bagre, que sobrepasa los cuatro pies de largo, de cola ancha y largas aletas, con una cabeza plana y ancha provista de una enorme boca, que abierta demuestra que vive de sus hermanos menores. A los peces más pequeños los atrapan desde las canoas, con arpones.

Bajo el nombre de bollos se puede comprar una especie de pan hecho con harina de maíz y plátano, los que son devorados por los nativos. Al fruto entero del maíz —mazorcas— cosechadas antes de su total madurez, luego de cocidas se les fríe y come por parte de señores e inferiores, como un postre de buen gusto. También se encuentran en el mercado dos tipos de productos manufacturados típicos.

Uno consiste en grandes vasijas de greda, torneadas en una especie de barro liviano y amarillo, que luego de secarse, se queman levemente. Unas se usan como tinajas y otras como ollas. De aquellas usadas como tinajas hay unas enormes que pueden contener hasta cincuenta jarras.

El otro artículo es una especie de cuerda confeccionada con un producto común en el país: la pita. Se venden como cabuyas de pita, y si se le agregara un toque artístico serían un excelente material para la confección de cables de aparejos a bordo de una corbeta o fragata, por su liviandad, resistencia y elasticidad.

El 21 de enero era el día de celebración de San Sebastián, fiesta llamativa, entre otras cosas, porque a todo el mundo le daba por empolvase con harina, especialmente a las mujeres, a quienes les agradaba tal festejo. Por esto nadie en esa fecha se atrevía a acompañarlas ni hacerles la corte.

Incluso mi amigo Travers estaba completamente lleno de polvo en el cabello, la cara y las manos, y rodeado de muchas buenamozas. Por algo era uno de los hombres más apuestos de la ciudad. Era extraño y ridículo ver por todos lados cabezas negras cubiertas de polvo blanco, haciendo un contraste disonante con sus oscuras fisonomías.

El temperamento de la gente era bueno, alegre y bastante festivo. Durante el carnaval de Navidad era constante escuchar ruidos desde el amanecer hasta la noche, con disparos de fuegos artificiales, música y cantos. Esto seguido de procesiones que no pude ver por haberme encontrado enfermo, aunque resulta peor tener que escuchar sus agudos e insistentes chillidos.

En ciertos momentos el juego resultaba peligroso, y más cuando algún petardo u otro artificio se escapaba de la dirección adecuada. Así ocurrió cuando estaba postrado y de improviso uno de esos voladores entró por mi ventana haciendo tal escándalo, ayudado por la gritería de los lugareños que pasaban, que para muchos fue signo de alegría y goce, en especial para los niños y jóvenes.

Estos tienen gran cantidad de petardos, fabricados con pólvora y papel en los que cuelga una especie de alfileres doblados que luego de encendidos y dar sus primeros chispazos y estallidos hacen a estos negritos semejar a pequeños diablillos, actores de una escena fantástica, llena de gritos, fuego, humo y chispas.

Mompós es un lugar de bastante movimiento, en especial en lo que se refiere a tránsito comercial, lo que es una consecuencia de su excelente ubicación en las márgenes del sector central del Magdalena y el Cauca, los grandes caminos entre la costa y el interior del país. Es también lugar de depósito, tanto para los productos de las provincias más lejanas y altas, como para los artículos extranjeros.

Por el río Magdalena se comunican con las provincias diseminadas a lo largo de sus orillas: Santa Marta, Ocaña, Pamplona, Bogotá, Neiva, Popayán, Antioquia y Mompós. A través del Cauca se transportan mercancías desde y hacia Mompós, Antio-

quia, Chocó y Cartagena, además de todas las mercaderías de Europa y Norteamérica. La unión de ambos ríos está dominada por el Magdalena.

La cantidad de productos que se encuentra por acá es bastante grande: árboles de corteza china, cueros, cacao, tabaco, sal, algodón, además de la arena de oro, que es prohibido exportar. Estos productos, que están destinados para el interior del país, deben ser trasbordados a embarcaciones más seguras, aquí en Mompós, por lo cual el transporte y el comercio a comisión son las principales actividades de los comerciantes del lugar.

Los comerciantes están distribuidos, en cuanto a nacionalidades, en ingleses, norteamericanos y franceses, que son principalmente agentes comerciales de grandes empresas de sus países de origen. El dueño de las embarcaciones es el comerciante criollo. El negocio es bastante lucrativo y lo será en tanto no se invente otro transporte más económico y barato, que deje a un lado esa actividad que ejerce desde los tiempos de la Conquista.

Una de estas embarcaciones, nueva y grande, cuesta tres mil piastras, pero cargando unas doscientas cincuenta libras durante tres viajes es suficiente para cancelar su precio de costo. El cálculo está hecho pensando que no existen derechos de aduana ni gastos de velamen, sino que los únicos gastos son el pago de la tripulación y las provisiones. La más grande de ellas requiere veintiún bogadores y un timonel.

A los bogadores se les paga por el viaje, de duración aproximada de tres meses, dieciséis piastras; el timonel recibe veinte. La alimentación consiste, durante todo ese tiempo, en carne salada y plátanos, que no son productos caros, por lo que no llegan a cinco piastras por mes y persona. De cualquier modo la ganancia está asegurada anticipadamente.

De estas embarcaciones, champanes, existen alrededor de unas cuarenta que van y vienen constantemente, lo que demuestra el intenso movimiento fluvial que tiene el Magdalena y la

enorme fuente que sería para la industria si el gobierno, ya que lo monopolizó, le administrara mejor. De ello voy a hablar más adelante.

La gran cantidad de bongos, piraguas y canoas se utilizan para viajes de menor distancia y carga. Se ubican en una inmensa fila, casi continua, lo que le da un aspecto vivo a todo el sector, confundiéndose con los barcos que inundan el paisaje.

En los tiempos de lluvia, junio y diciembre, las crecientes del río alcanzan unos veinte pies más que su altura normal de marzo y septiembre. Son estas grandes variaciones las que han destruido poco a poco el dique de piedras que impide que el agua penetre demasiado al interior. Por otra parte, es la arena suelta de las orillas la que ha impedido, en gran medida, que este sea destruido completamente o arrastrado.

La noche entre el 27 y el 28 de enero se desató una tormenta de truenos y relámpagos, anormal en Mompós. Como en otras ocasiones ya he hecho mención de estos detalles de la naturaleza, trataré de describir, en parte, estos alucinantes fenómenos del clima tropical.

Durante mucho tiempo no había caído ni una sola gota de agua de lluvia que calmara el calor quemante y adormeciera las finas partículas del polvo que subía por las calles al más leve movimiento o soplo de viento. Ni una sola nube se veía en el cielo, tan pálido como candente. En el cielo y la tierra reinaba un total silencio. La naturaleza, con su pasividad, parecía estar muerta.

Solamente el sol, causa de la situación, reinaba despóticamente sobre la naturaleza, como queriendo fulminarla con la fuerza de su calor, azotando la tierra y su atmósfera.

Por un tiempo la situación se había mantenido, pero no podía durar mucho más. En las orillas del río los cocodrilos parecían morir de sed, y daba la impresión de que las aguas fueran a evaporarse completamente.

Cualquier día, al atardecer, se escuchó un ruido lejano y apagado que provenía de unas nubes aparecidas en el horizonte

que se iban agrandando aceleradamente. Cuando el sol despedía sus últimos rayos, habían ocupado una gran parte del cielo y su extensión proseguía a fuerte ritmo.

Un gran número de truenos comenzó a cruzarse en todas las direcciones. El espectáculo iba a comenzar y lo hizo con una completa obertura de piano. La noche aumentaba el sonido de los instrumentos y el vigor de los compases. El sonido era tan estridente que trepidaban al unísono orquesta y salón.

El primer efecto de la tormenta era un viento sordo que bramaba, infundiéndole al tranquilo paraje una espantosa actividad. Las ceibas se inclinaban amenazadoramente y sus coronas de ramas lanzaban una lluvia de hojas amarillentas. Los delgados y ralos troncos de las palmeras se doblaban con angustia, moviendo asustados sus largas y débiles ramas, que mostraban, sin lugar a dudas, de dónde provenía el viento. La fina arena y el polvo de las calles perdieron su peso y volaron por el ambiente envolviendo todo en un profundo caos y entrando a las casas por puertas y ventanas, que se abrían y cerraban secamente y con violencia.

Poco a poco empezaron a caer algunas gotas de agua, las que pese a su tamaño no lograban dejar huella en la tierra seca, siendo absorbidas por ésta como quien lanza una piedra a un profundo lago. Paulatinamente aumentaba su fuerza y cantidad, hasta que por la ciudad se deslizaba una gran masa de agua. Toda la presión de ese peso se sentía y todos temíamos que la protección de los techos no resistiría.

La sinfonía se hizo acompañar de truenos y todo el fascinante espectáculo siguió con repetidos relámpagos; tantos, que casi no había intervalo entre uno y el siguiente; todo el espacio estaba lleno de fluido eléctrico. Dos capas de truenos eran perfectamente distinguibles: una —la superior— incansablemente flameando sobre las nubes, y otra —la de abajo— de menor intensidad pero mucho más cerca del suelo. Todo hacía un estruendo parejo y semejante a una gran demolición. Los ruidos se yuxtaponían, tratando unos de acallar la potencia de otros.

Los truenos más cercanos a nuestras cabezas eran sublimes, en armonía con la majestuosidad y grandeza de la naturaleza. De ahí que nuestros truenos de Tor solo sean débiles imitaciones comparados con estos prolongados y retumbantes que parecen provenir de las entrañas del mundo y prolongarse por los bosques y montañas lejanas que, con seguridad, están disputando el nacimiento de otro ruido.

Afortunadamente los rayos no ocasionan casi accidentes, por lo que no es normal tener noticia de algo grave que causen. La razón posiblemente se encuentra en que la mayor parte de la energía eléctrica que descargan es absorbida por la misma atmósfera, o deshecha por su paso a través de los bosques, donde los árboles hacen las veces de pararrayos, bajo cuyos restos es posible encontrar los cuerpos inertes de animales que allí habitan y son víctimas de la naturaleza.

Tal tempestad duró ininterrumpidamente toda la noche y tuvo como efecto positivo que calmara el sofocante calor y huyeran los mosquitos, dando un toque refrescante a la naturaleza y el paisaje.

En resumen, Mompós era, tanto por sus amables habitantes como por su ubicación a orillas del Magdalena, el gran camino entre la costa y la capital, obligado para todos los viajeros y noticias procedentes de Europa y Norteamérica o que iban hacia allá. Además, era muy agradable para los visitantes, que eran capaces de sobreponerse al terrible calor pese a no existir ninguna posibilidad de alivio, puesto que la brisa no llegaba a estos lugares.

Al marcharse, la nostalgia invade al que deja el lugar, pero le reconforta la alegría de dirigirse a las montañas, en busca de un clima más hospitalario. El viaje hacia las provincias atemperadas de los Andes obliga a tener que cruzar por este purgatorio o a hacer un largo recorrido a través del Magdalena; solo así se consigue llegar a mejores tierras y climas.

CAPITULO VIII

VIAJE POR EL MAGDALENA

El 27 de enero todo estaba preparado para iniciar el viaje por el río. Los preparativos para un inexperto como yo, no eran nada fáciles, en especial si debía de realizar todo solo. En primer lugar tenía que preocuparme de arrendar la embarcación, en la que no se podía llevar sino las cosas indispensables, y la máxima tripulación que podía ir a bordo eran dos bogadores y un timonel.

El costo del arriendo oscilaba entre dos y tres reales por día, que debe cancelarse por anticipado, y cierto excedente del pago debe ser enviado y devuelto luego con el timonel, es decir, la persona que va a cargo de la embarcación y es responsable de esta devolución.

En seguida es necesario contratar el personal que bogará hasta llevarme a mi destino. Para que este trámite resulte ágil se trata con el mismo timonel, a quien se le cancela su paga y la de la tripulación, así él se encarga de buscar y contratar el resto de los sujetos.

Indudablemente es un grave riesgo entregar de antemano tal cantidad a un negro del todo desconocido, especialmente en un país en que la honradez no está muy desarrollada, menos las acciones de la policía. De todos modos debía correr tal riesgo, ya que no existe otra manera de hacer los preparativos ni de conseguir gente.

El timonel entonces contrata de igual modo, o sea cancelando por adelantado. El riesgo de ser engañado por uno de

estos contratados es mucho mayor que el anterior. De ahí que uno se sienta feliz al no ser estafado por uno de ellos. Cuando se va a iniciar el viaje y no se presenta alguno, solo recibe como respuesta del timonel un "se fue".

Tratar de seguir al fugado es una pérdida de tiempo, ya que es casi imposible ubicarlo, y si eso se logra, ya no tiene el dinero. Por otro lado, resulta común tener que esperar a estos individuos, las más de las veces hasta que han desocupado sus bolsillos, pues todo se lo beben y solo retornan dispuestos a emprender el viaje cuando tienen los bolsillos totalmente vacíos.

Otra de las preocupaciones que deben tenerse es la provisión de víveres suficientes para la travesía. Solo no hay que preocuparse de leña y agua. Los alimentos que por acá se conseguían eran carne salada, plátanos, arroz, chuletas, chocolate, ron y vino. Los dos últimos eran imprescindibles de llevar, toda vez que las aguas del Magdalena eran imposibles de tomar sin estos ingredientes. Beber de esta agua constituye un verdadero recuerdo para mí.

Obviamente también debían llevarse los utensilios donde preparar los alimentos y los necesarios para servirlos. Con todo, no existía despensa mejor provista que la de la embarcación que se preparaba a hacer una expedición por el Magdalena. También era indispensable llevar una tinaja pequeña para aprovechar el agua del río que al atardecer aclaraba y así evitar la que estaba barrosa y tibia.

Igualmente era conveniente incluir un pequeño botiquín con medicinas, las que no podían conseguirse una vez iniciado el viaje. Eran necesarios los vomitivos y otros que ayudaran a bajar la fiebre.

Llevar algo para tenderse a dormir, era cuestión importante. No debía olvidarse el artículo conveniente por excelencia: una malla mosquitera. Tampoco debían omitirse una escopeta y un paraguas resistente, elementos que, si bien era cierto no tendrían para nosotros la misma importancia que tuvieron para Robinson Crusoe, resultaban útiles para el viaje.

Si podían agregarse algunos libros sobre cualquier materia, que hiciesen más corta y agradable la travesía, no debían dejarse de lado.

A un joven inglés residente aquí le correspondió la tarea de poner en mis manos una colección de las mejores novelas de Walter Scott, autor que difícilmente haya sido leído con mayor atención y entretención que en este silencioso y despoblado río Magdalena.

Eran las siete de la mañana del día siguiente cuando nuestra pequeña y liviana embarcación, al grito de los bogadores, fue echada al río. Poco antes, al pasar por la plaza, compramos los efectos que aún faltaban, una tinaja de barro, cuerdas para amarrar la canoa en los lugares de detención y algunos víveres frescos, como pollos y huevos. Acabado este trámite se inició la travesía, con un fondo coral de los negros que me acompañaban, que cantaban "Ave María Purísima, Santísima", y luego gritaban "adiós Santa Cruz de Mompós". Era común encontrar el término Santa antes de cada nombre en los poblados y ciudades de Colombia, lo cual es herencia de los beatos españoles conquistadores de estas tierras.

La despedida se entremezclaba con malas palabras y el con-sabido "carajo"; así comenzamos a alejarnos de Mompós.

A eso de las diez de la mañana entramos a un caserío situado en la orilla izquierda del río, de nombre San Fernando. Allí cortamos un montón de varas, que en forma de arco fueron puestas como techo de la embarcación, en especial sobre el lugar destinado a camarote. Se cubrió todo con hojas de palma para protegerse de la acción del sol y de la lluvia. Desayunamos y preparamos la comida, que fue guardada para ser consumida más tarde.

Con ello evitábamos tener que detenernos demasiado a cocinar. A la vez se estableció la hora del desayuno entre las nueve y diez de la mañana, lo que no agradó a los bogadores, pero al contar con el apoyo del timonel la aceptaron y luego se acostumbraron.

Este es el momento adecuado de presentar a los lectores a los personajes que me acompañaban, aunque ello no resultará un placer.

El timonel era un tipo flaco, indígena viejo, llamado Jago Domingo Ruiz, de una piel amarilla rojiza, cabellos negros, lisos, semejantes a las cerdas de los animales. Durante el tiempo de Bolívar había servido en un champán, lo cual por supuesto era obligado tema durante las charlas nocturnas. El era el orador que el auditorio escuchaba con paciencia.

La tripulación estaba formada por dos hombres jóvenes. Uno de estos, el mejor, era un negro de baja estatura pero corpulento y fuerte. Manejaba su remo con la misma habilidad con que su boca echaba malas palabras. Su nombre era Narciso Toribio Santa María.

El otro bogador era una mezcla de negro e indígena, un zambo, como les llaman por acá. De cuerpo entre negro y castaño, unía una fuerza y elasticidad fantásticas, pero era un pícaro holgazán. Su nombre era nada menos que Natividad Apolinar López, de Santa Marta.

El cuarto miembro de esta compañía era mi sirviente, José María Cruz, muchacho indígena de dieciséis años, cuyo color amarillo claro delataba que algo de sangre europea tenía en sus venas, pero su lentitud y somnolencia lo alejaban de lo que se llamaría un mestizo. Era muy útil y excelente cocinero; el resto de la tripulación lo apodaba El paje. También mantenía la tradición de nombrarse solo con el primer nombre.

Cuando acabamos el techo del camarote, seguimos el viaje hasta las cuatro, hora en que comimos bajo la sombra de unos árboles. En seguida cruzamos el río siguiendo su orilla derecha; a las siete de la tarde habíamos avanzado ciento veinte kilómetros de Mompós; nos encontrábamos en el pueblo llamado Margarita. (Cuando me refiero a la orilla izquierda o derecha, lo hago tomando en cuenta que mis espaldas están hacia la fuente del río y la cara hacia su desembocadura).

Para acampar siempre se elige este tipo de playas, por ser los únicos lugares, con excepción de las aisladas casas que pueden encontrarse a lo largo del río, donde se puede colocar un pie en la tierra, ya que los enormes árboles y arbustos que decoran el ambiente muchas veces llegan hasta la superficie del agua.

Estas bajas playas constantemente varían, debido a las subidas y bajadas de las aguas. No es posible en esos tiempos encontrar bogadores que quieran hacer la travesía, ya que todos responden: "No hay playas". No debe descartarse que usen este argumento para no hacer el viaje.

En tales orillas, denominadas bancos de cocodrilos, nombre que llevan con mucha razón pues eso es lo común, pueden atracar las naves. Por lo demás, esos animales no constituían verdaderos peligros, ya que se le teme mucho más al tigre que a los cocodrilos, sin dejar de olvidar el peligro que significan, en tierra, las serpientes.

Tras haber subido la canoa un tanto sobre la playa, los bogadores comenzaron a colocar los mosquiteros, bajo los cuales se colgaban las hamacas o una pequeña colchoneta de paja; así rápidamente está hecha la cama.

Por mi parte casi no utilicé ese método y prefería quedarme durmiendo en la embarcación, donde colgaba mi mosquitero bajo el techo de hojas de palmeras.

Bajo una suave luz lunar, el domingo a las cuatro de la mañana seguimos el viaje. La ascensión del sol nos sorprendió en Guama. Cuando eran las ocho nos encontrábamos en Chioya, a ciento veinte kilómetros del albergue donde pasamos la noche anterior.

Mientras preparaban el desayuno hice un recorrido por el pueblo en cuyo extremo se encontraba la iglesia, que desde acá se distinguía del resto de las chozas solo por su tamaño y paredes un tanto más gruesas. El interior era igual de modesto. Lo

más llamativo de sus adornos era el pequeño púlpito, colocado en un poste alto, parecido a un palomar de las casas del norte de Alemania.

Como los bogadores consideraban necesario asistir a la misa, no logramos salir del lugar sino una vez pasada la hora de la comida. Era extraño que hubieran querido continuar el viaje, ya que generalmente el domingo se quedan en el lugar hasta el día siguiente.

A las dos de la tarde el termómetro marcaba treinta y cuatro grados. A las cuatro nos detuvimos para darnos un baño, acción que fuera de refrescante y agradable, resultaba arriesgada pues siempre se contaba con el peligro de los cocodrilos, por lo que no debía hacerse fuera de los límites entre la canoa y la playa y teniendo siempre el ojo avisador. Guardando tales precauciones no existía peligro.

A las siete varamos en una playa de cocodrilos, donde tuvimos que pasar la noche. Como de costumbre lo primero que se encendía era una gran fogata alrededor de la cual nos sentábamos a conversar, fumar y a cazar mosquitos durante una hora. Luego cada uno se disponía a dormir, bajo los mosquiteros.

La jornada del lunes, día 30, comenzó otra vez a las cuatro de la mañana. Esto, según se había estipulado en el contrato, permitía tomar una hora de descanso al mediodía, siempre y cuando se recuperara en las horas de la madrugada. A las siete pasamos por la boca de un pequeño río, de nombre César, que venía desde un lago del interior llamado Zapatosa y llegaba hasta el Magdalena. Este lago era el más grande de los interiores de Colombia. Durante el año mucha parte de él está cubierta de grandes patos, constituyendo las orillas bajas y pantanosas entre este y el Magdalena el lugar de caza de los animales y aves más extraños y provechosos que se pueda imaginar. Cuando viajaba de regreso con un amigo, tuve la ocasión de participar en una de esas cacerías, la que después comentaré.

Al seguir subiendo llegamos a El Banco, pueblito situado a la orilla derecha del río, y a las ocho, a uno llamado Peñol, distante seiscientos kilómetros de Mompós.

Aquí me encontré con un conocido, que había salido de Mompós ocho días atrás pero que no pudo seguir viaje porque su tripulación encontraba más divertido quedarse en este sitio que proseguir el viaje. Quizás ahora sea adecuado continuar la descripción de este tipo de tripulación. No puede olvidarse que, pese a todo, es un mal inevitable para viajar.

Los bogadores (remeros) son hombres usados para el tránsito de barcos de río. No puede llamárseles marineros, ya que solo deben llevar las canoas corriente arriba, usando largos palos. También es uno de los peores trabajos que pueda hacer un hombre, especialmente en este clima infernal. Unido esto a la brutalidad que significa realizar tal labor se explica que todos sean indomables, acercándose mucho a los animales salvajes.

Tan solo asustándolos se logra afectarles, ya que ni aun con oro se puede convencerles de dar un paso más allá del que ellos hayan decidido. Se podría llamarlos indolentes, ya que en muchas ocasiones se quedan acostados sin hacer nada; pero no sería justo, pues el resto del tiempo se les ve haciendo avanzar un champán en contra de la dura corriente, con un horrible calor, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Por eso sus días de descanso no logran balancear los de labor ardua y sacrificada. De esa manera es mucho más productivo que trabajen dos jornadas seguidas y descansen en la tercera, ya que así alcanzan la meta en un plazo de cuatro a seis semanas, y no de dos a tres meses como estaban empleando ahora.

Durante el tiempo que están varados se quedan en algún lugar poblado, donde sus diversiones y actividades se centran en comer, dormir, beber y pelear, aunque son más que nada fanfarrones, pues no son buenos luchadores. Habitualmente andan con sus machetes pero nunca los usan como armas de pelea, y no por miedo, porque siempre hacen lo que les da la gana, ya que la autoridad nunca se mete en esas disputas y los jefes de policía son tan pillos como los negros; así es que se les considera como Primero entre sus iguales, "Primus inter pares".

No tienen respeto por sus superiores, a los que solo envían por tener el mando, y las relaciones que establecen con ellos

son las de individuos obstinados, y entre sí no se ayudan ni apoyan mutuamente. Nunca se hacen confidencias ni consultas de tipo personal, por lo cual no vuelven a averiguar los unos por los otros al terminar el viaje.

Ellos se consideran marineros, pero de éstos no tienen más que una característica, cual es la de no bajar a tierra hasta que no les hayan pagado sus servicios y cancelado el contrato de arriendo de una u otra manera.

Muchas veces se dan a la mala vida, consumen grandes cantidades de alcohol y desconocen lo que significa la monogamia, ya que es característico de un señor ser dueño de varias mujeres, incluidas las conocidas a lo largo de la vía del río. En lo referente a religión, es exacto el bosquejo que hacen de ellos los ingleses al decir que "en general no tienen religión, ni creen en nada". Ellos, sin embargo, se consideran cristianos y andan a cada instante haciendo la señal de la cruz, persignándose y rezando el "Ave María" e infinitas oraciones latinas, de las que entienden tanto como el común de las clases bajas seguidoras de la doctrina católica, romana y apostólica.

Por supuesto que ahora, en su condición de hombres libres, que obtuvieron con el triunfo de la Independencia, se han tornado insolentes, llevando su concepto de la propiedad al límite de considerar que los favorecidos son solo ellos, por lo que habitualmente despojan de sus pertenencias a los visitantes. También sucede que los latifundistas pierden algunas de sus mercancías, en especial los empaques pequeños o los que contienen bebidas.

Frecuente es comprobar que al llegar las garrafas al mercado, estas se encuentran vacías, y lo único que el propietario recibe es la explicación de que algún negro se las bebió en el camino, o se rompieron durante el viaje. Si se hiciera un inventario del sinnúmero de quejas y reclamos, tanto de pasajeros como de dueños de cargas, resultaría extraño que el Gobierno no hubiera metido sus narices en el asunto.

El esfuerzo que hasta ahora se ha realizado pasa por las manos de alcaldes y gobernadores, pero estos no han logrado

hacer valer ni respetar su autoridad. Si el gobierno avanzara un tanto más en sus propósitos de domesticar a este antiquísimo y arrogante gremio, si les diera mayor poder a los jefes y alcaldes y tratara de disciplinarlos con autoridad militar, diferente sería la situación.

Para eso sería necesario que en lugar de estar malgastando en el ocio a oficiales y marineros a bordo de naves detenidas, los colocaran junto a las tripulaciones de los champanes que cruzan el río y patrullaran en embarcaciones pequeñas tratando de evitar tanto saqueo e inseguridad. Con esto, a no dudarlo, le darían más poder a los alcaldes, pues aunque la arrogancia de los bogadores es grande, tiemblan cuando escuchan el nombre de Oficial de la República.

Si no estoy mal informado, el Poder Ejecutivo está pensando en algo parecido. Aunque es necesario reconocer que desarraigar hasta el fondo el problema es tiempo perdido para ambas partes.

De cualquier manera estos medio seres humanos resultan más fáciles de manejar en embarcaciones pequeñas que en las grandes, ya que al encontrarse en grupos numerosos les hace sentirse bravos y su indocilidad crece junto con el número de asociados.

Durante el viaje aprovechaba la ocasión para observar a los componentes de mi tripulación, los que marchaban tanto mejor si se les amenazaba; así fui conociendo otras de sus características. Por supuesto que se contagiaron del ejemplo de la tripulación de mi amigo, y el negro bogador decía que padecía de cólicos. Tal situación no me inquietó demasiado ya que estaba invitado a cenar por un viajero francés, al cual conocí en Cartagena. Solo me preocupaba la recuperación de mi hombre.

Cuando vine a visitar por la tarde al "paciente", lo encontré en un profundo sueño, lo cual caracterizaba más a un estómago repleto que a un enfermo. Pero en cuanto lo desperté para reanudar la marcha, me respondió que no podía porque necesitaba medicinas. Yo sabía cuál debía darle, pero le dije que solo llevaba

conmigo dos para el caso, una era Ipecacuana (un vomitivo muy fuerte, con sabor indescritiblemente malo, aun en la boca de un negro), y la otra aguardiente fuerte con azúcar.

Para soportar este licor era necesario realizar inmediatamente movimientos rápidos, para lo cual el vaivén de la canoa era perfecto. Le pregunté cuál de ellos prefería, y por supuesto, luego de beber un largo trago, la canoa se movía a toda velocidad por el río.

Ya en la tarde tuvimos a la vista la serranía de Ocaña, que se extendía paralela a la ribera derecha, con sus perfiles lejanos y azules que hacían una agradable interrupción a la monotonía habitual. El punto más elevado de esta cadena se llama Cerro de Bocali.

A las seis y media de la tarde nos encontrábamos preparando y encendiendo una fogata, dispuestos a conversar, fumar y espantar mosquitos.

La inmensa cantidad de mosquitos nos hizo pensar que la noche que nos esperaba no sería nada agradable. El número y la insistencia de estos hacía casi imposible poder armar el mosquitero, ya que a cada momento ingresaban a éste grandes cantidades, lo cual hizo que ninguno de nuestro grupo lograra dormir bien en toda la noche.

Yo entablé una fuerte lucha con esos bichos, pero me di cuenta de que todos mis esfuerzos eran vanos, pues por uno que mataba se me venían encima cientos de ellos, y la seguridad de mi persona estaba en retirarme de ese lugar. Salí de éste con la esperanza de no volver a ser molestado, en lo cual me equivoqué, porque fuera de los mosquiteros la cantidad de ellos era increíble, sintiéndose atraídos principalmente por la respiración de cada uno de nosotros. Así es que de nuevo me vi enfrentado a una legión que atacaba mi cara, mis manos, etc. En esto estuve ocupado hasta que el cansancio me dominó.

Mas no pude descansar pues los insectos seguían insistiendo, dando a entender que no existía posibilidad ni lugar para ello.

La tortura duró hasta las cuatro de la mañana, hora en que se iluminó un tanto el lugar y pudimos darnos cuenta del verdadero cuartel general que los zancudos habían instalado en nuestro albergue.

Los mosquitos (diminutivo de mosca) también llamados zancudos, nombre general que se da a todos los insectos, de los cuales hay varios tipos, son en realidad una especie de moscas, casi tan grandes como éstas pero incomparablemente más atormentadores que los nuestros. Creo que sobrepasan todo lo conocido, incluyendo a los mosquitos del Mediterráneo.

Al igual que las moscas, zumban produciendo un sonido molesto, chillón, tras lo cual proceden al ataque. Su blanco principal son las manos, la cara y los pies, lugares en que, con sus grandes agujones, pican chupando la sangre. Al observarles se nota que inmediatamente adquieren un color rojo.

Tras la picada, aparte del dolor, se sienten síntomas de cierta debilidad, sensación que dura no solo mientras uno ha sido picado, sino que continúa por buen rato. La picadura es seguida por fuertes deseos de rascarse en el lugar atacado. Rascarse en demasía es peligroso; tuve ocasión de conocer muchos casos de infecciones por ese motivo.

Generalmente los mosquitos se quedan hasta que están repletos de sangre, por lo cual no son difíciles de cazar; basta el más insignificante golpe con la mano o un pañuelo para darles muerte. En definitiva, es la plaga la que molesta, pues si atacaran individualmente no sería problema.

Normalmente se presentan a la caída del sol, y en los bosques sombreados son verdaderos dueños de la situación. No soportan el sol ni el viento. Son esas las ocasiones en que no se les ve. Por eso les encantan los lugares húmedos y pantanosos; allí tienen sus cuarteles generales.

Con excepción de los mosquiteros, no existe defensa contra ellos. Los mosquiteros consisten en telas delgadas de algodón,

confeccionadas en forma de pequeñas carpas que cubren la cama, hamaca o colchoneta de paja. Debido a eso, existen tres formas diferentes de estirlas.

En la cama se les coloca como una sábana adicional. La sola diferencia está en que deben ser dobladas debajo del colchón para no dejar espacios que permitan a los insectos seguir molestando.

Cuando se trata de la colchoneta de paja, se extiende el mosquitero en forma de tenedor, colocando dos palos largos que se afirman en la arena, y la tela se pone entre ésta y la colchoneta.

Tratándose de la hamaca, se cose lo mismo que si se tratara de un saco de dormir, dejando los extremos un poco más largos, lo cual permite que sean atados a los árboles al momento de armar la hamaca. El saco hecho es profundo, pero permite que sea empacado sin ninguna dificultad.

Desde luego todas estas modalidades tienen sus complicaciones en la práctica, pues impiden ciertos movimientos y el calor se hace más sofocante. Por lo demás se necesita práctica para hacer los dobleces y la confección de manera que preste utilidad real y no se malgaste el esfuerzo. A la larga viene la costumbre y se termina dando gracias por tener esa posibilidad de evitar los molestos mosquitos. Por eso se considera al mosquitero el artículo más importante durante un viaje por el río Magdalena.

Bajo una leve lluvia el martes 31 dejamos el albergue y el viaje se reanudó cuando el sol empezaba a lanzar sus pequeños y primeros rayos. Esa mañana vimos una cantidad inusitada de cocodrilos, hacia los cuales, infructuosamente, lancé varios tiros. La piel es muy dura, por lo que se debe apuntar entre los ojos y a la cola.

De estos terribles saurios hay grandes cantidades en el Magdalena, donde se nutren de muchísimos peces. Los indios les llaman caimanes, y son algo diferentes de los existentes en el

Nilo. Estos son grises con pequeñas pintas negras y con la forma de un lagarto. La cabeza, el cuerpo y la cola forman tres partes casi de la misma longitud. Alcanzan gran tamaño; calculo que su longitud sobrepasa los veinte pies, y son más gruesos que un hombre. La boca es grande y la mayor parte del tiempo la tienen abierta. Está provista de dobles filas de dientes y en la parte extrema de la mandíbula inferior tienen dos largos colmillos que al cerrar el hocico ajustan perfectamente con los de arriba.

Durante toda la noche están ocupados en pescar, se les sienten chapotear en el agua. En el día no hacen nada y puede vérselos tranquilamente echados en la playa tomando el sol y durmiendo. Constantemente tienen la boca abierta y la cabeza dirigida hacia el agua, lo que les permite entrar a ella sin problemas. Estos se les presentan cuando pretenden girar, lo cual les cuesta mucho esfuerzo. Como se les dificulta moverse en la tierra, pierden en ésta mucha de su peligrosidad. No ocurre lo mismo estando en su elemento, el agua, donde son voraces.

Raras veces atacan a la gente en tierra, pero presencié a un saurio con una mujer cogida entre sus mandíbulas y arrastrada al agua. Es difícil que ataquen un barco. Luego comentaré una experiencia de estas que conocí.

En las horas de la tarde pasamos frente a un gran poblado, San Pedro, aproximadamente a cuatrocientos kilómetros del Peñón. Al poco tiempo dejamos atrás a un champán grande que viajaba cargado río arriba. Luego nos encontramos con otros dos que iban vacíos.

Los champanes son las embarcaciones más grandes de carga que recorren las aguas del Magdalena. Un champán de primera categoría, o de ciento ochenta cargas, lleva a bordo aproximadamente quince cargas suecas. Tiene unos noventa pies de largo y nueve de ancho, y tan solo tres pies en la parte más angosta. Su fondo es plano y los costados están en ángulo recto con el fondo. No tienen más que tres palos, uno en el centro y los otros dos distribuidos en la popa y la proa. Estos últimos solo son dos pies más pequeños que el palo central. Ninguno de estos es completamente recto.

No poseen quilla, sino que se amarran por los costados. En la proa hay un hueco que se usa para meter los remos e impulsar la nave. El timonel tiene su ubicación en la popa, sobre una tabla en forma de pájaro, desde donde domina todo el ambiente.

La embarcación está construida de tablas de cedro, de un espesor de dos pulgadas, pegadas unas a otras con clavos y recubiertas con alquitrán. Tras esta operación se les vuelve a colocar otra capa de alquitrán, tanto exterior como interiormente. Luego se construye el techo, de forma redonda; que cubre la mitad de la embarcación. Al doblar las puntas sobrantes del techo se les da figuras de arcos, que se amarran entre sí con baras de mimbre.

Sobre todo el techo se colocan en forma horizontal gruesas y anchas cañabravas cortadas. La distancia entre una y otra es igual, de modo que lo que se construye es una verdadera jaula de pájaros. Todo se recubre con hojas de palmeras y otra capa de cañabrava. La operación termina colocando una última capa de hojas de palmeras, así se evita que el agua penetre. El techo cumple dos propósitos, no dejar pasar la lluvia y cargar encima de él algunas mercaderías.

Un cable de tres pulgadas de espesor y cincuenta brazadas de largo constituye, junto con una estufa enorme cubierta de piedra los únicos elementos de inventario de la embarcación. Equipado de este modo el champán está listo para recibir su carga, toda la cual se coloca bajo techo. Generalmente se les carga tanto, que solo queda medio pie entre el borde de la nave y el agua.

La tripulación de una embarcación de este tipo consta de veintisiete hombres, incluido el timonel, distribuidos del siguiente modo:

En la proa va sentado el contramaestre, que es un tipo con mucha experiencia, especie de capitán, y después del timonel el mejor de a bordo. En seguida vienen nueve bogadores, situados adelante o atrás del toldo.

En el otro sector se ubican tres cuadrillas de cinco hombres cada una, de las cuales dos empujan hacia la popa y la tercera lo hace hacia la proa, para volver a tomar fuerzas e impulsar de nuevo.

En seguida viene otro hombre, que en la popa hace la misma labor del contra maestre y que ayuda al jefe. El capitán (podemos llamarle así) está parado al final de la popa y desde allí dirige todas las operaciones del barco, además de manejarlo con un timón de ocho pies de largo y dos de ancho, que él tira de un lado hacia otro.

La parte del champán que está a la popa del techo la ocupan los camarotes, los víveres y los objetos de la tripulación, entre estos especialmente las colchonetas de paja y los mosquiteros.

Durante la travesía siempre van cantando, por lo que la gritería es ensordecedora, pues más que cantar gritan todo lo que pueden; por eso se sabe cuándo se acerca una embarcación, y por esa bulla se la distingue a la distancia.

Cuando dos de estas embarcaciones se encuentran durante la travesía se cruzan entre ellas conversaciones verdaderamente pintorescas, con el sistema de preguntas y respuestas y lanzando gran cantidad de palabrotas y groserías, las que continúan todo el tiempo que dura el encuentro. Nos sorprendió comprobar que aun después de haberse casi perdido de vista continuaban con las groserías y palabrotas, desde luego a grandes gritos.

Como era ya costumbre, descansamos en una playa de cocodrilos, y al anoecer encendimos la tradicional fogata y nos dispusimos a colgar los mosquiteros. Esa noche logré dormir mucho mejor que la anterior.

El primer día de febrero iniciamos de nuevo la marcha a las cuatro de la mañana y al poco tiempo pasamos por Regido, pueblo ubicado en la margen izquierda del río. En este sitio el Magdalena se dividía en dos brazos: el de la derecha, Brazo de Ocaña; y el de la izquierda, Brazo de Morales. Seguimos el último, por ser menos profundo y peligroso.

A la salida del sol sentimos un ruido ensordecedor, parecido al de una reunión de cerdos furiosos. Cuando llegamos al lugar de donde provenía nos dimos cuenta de que era una manada de monos juguetones que en lo alto de los árboles se divertían saltando de uno a otro. El baile que ejecutaban en las alturas era gracioso y ligero. Usaban sus colas como una quinta pierna, y era tan grande su entusiasmo que lo acompañaban con gritos y aullidos que se prolongaban hacia la distancia, por entre los bosques y el río.

Como llegamos lo suficientemente cerca de ellos, aproveché la ocasión para dispararle a uno. Debo reconocer que no tuve tiempo de hacer otro tiro, pues con el estampido no quedó ninguno a la vista y partieron todos a ocultarse. Se da el caso también de que se enrollan prácticamente en los árboles y permanecen en esa posición aun después de muertos. Tal fue lo que aconteció con aquel al que le disparé, que se quedó colgando de un árbol, sin caer a tierra.

A las siete de la tarde pasamos por el pequeño poblado de Río Viejo. Como de costumbre, realizamos las labores ya rutinarias.

Aproveché la oportunidad para cazar una guacharaca, muy comunes en estos sitios. Son grises y negras, parecidas a las pavas pero un tanto más pequeñas. Su carne, que encontré deliciosa, nos ayudó a variar en gran medida la comida monótona que siempre servíamos.

Cercana la hora de la cena, habíamos cruzado varios plantíos en una isla muy linda y rica en frutas donde se encontraba el pueblo de Morales. La noche fue bastante tranquila y los mosquitos tuvieron la gentileza de dejarnos dormir sin molestarnos mayor cosa.

El día jueves 4 de febrero dejamos el albergue temprano para llegar a buena hora al pueblo. Este se encuentra en la mitad del río Magdalena, o mejor dicho, en el medio entre el mar y Honda.

Para los bogadores este resultó un excelente paradero. Después de todo habíamos realizado una larga travesía, así que aun cuando no quisiera considerar este lugar como una detención larga, tenía que resignarme a ello.

Llegamos a Morales a las diez de la mañana, lugar en donde las ceibas frondosas daban sombra a las bellas casas de bambú que en largas filas podían contemplarse por entre los rectos troncos de palmeras, sembradas en largas y hermosas avenidas.

CAPITULO IX

VIAJE POR EL ALTO MAGDALENA

Morales, un pueblo grande, ubicado al flanco izquierdo de una de las islas del Magdalena, perteneciente a la provincia de Mompós, es por su ubicación y bellas casitas uno de los más lindos de esta región.

Tres de sus costados están rodeados por espesos bosques, en los que hay plantaciones de cacao, caña de azúcar y maíz. El otro lado lo riega el ancho río y se adorna con extensas alamedas de palmeras, por entre cuyos troncos es posible observar la ribera opuesta, colmada de bosquecillos que suben hacia la lejana cordillera de Simití, en cuyos azules perfiles la vista se pierde.

La gran mayoría de la población está compuesta por indígenas y algunos criollos, que en total llegan a unos mil habitantes.

Preferencialmente viven de la pesca y del producto de sus sembrados, y en menor medida hacen pequeños envíos de cacao a Mompós. Los alimentos se encuentran en grandes cantidades y a mejores precios que en los puestos de comercio. De allí que las embarcaciones que pasan por este lugar generalmente se quedan un buen tiempo.

Ahora se encontraban acá dos champanes, en un viaje que ya estaba retrasado dos semanas, cuya tripulación se entretenía dando vueltas por calles y bares. No pasó mucho tiempo sin que mis dos bogadores se unieran a ella, por lo que después no pude encontrarlos durante todo el día.

Hacia el atardecer retornó el timonel —a quien había encargado el rescate de nuestra tripulación— pero volvió solo con uno de ellos, el que nos informó que su compañero estaba detenido en la cárcel del municipio, pues su anterior patrono se encontraba acá y le había denunciado ante el alcalde, por haber desaparecido luego de cobrar su sueldo por adelantado.

Su antiguo patrono no quería que lo pusieran en libertad mientras no le devolviera lo que le adeudaba. Ante tal actitud el alcalde le condenó a permanecer bajo arresto hasta encontrar una vacante en algún barco de guerra en el que le colocaría para que saldara su deuda. Esto era un modo común de rectificar la conducta de los marinos y bogadores.

La situación apremiaba y yo no tenía posibilidad de encontrar un bogador de reemplazo, máxime siendo como era el detenido un negro corpulento y excelente bogador, por lo cual propuse al antiguo patrono que tras pagar la mitad de la cuenta retirara su acusación. Fue lo suficientemente inteligente para sopesar la situación en que se encontraba, puesto que le resultaba mejor negocio pactar conmigo por la mitad del valor que entregarlo a la alcaldía por nada. El impedimento se encontraba en que la autoridad no quisiera hacer entrega del detenido.

Inmediatamente nos dirigimos al alcalde, criollo pequeño, casi insignificante, que no quería ceder. Le observamos que ante el acuerdo de las partes afectadas no tenía derecho a disponer del prisionero, a lo que solamente contestaba: “Hago lo que debo... , no puedo hacer eso”.

Ante tal alternativa, no me quedaba otro camino que tratar pronto otro bogador, por lo que me dispuse a solucionar el problema. No alcancé a avanzar mucho cuando se me acercó el patrono antiguo y me aseguró que el alcalde pondría en libertad al preso tras darle a él la mitad del valor de la deuda que el negro tenía contraída. De ese modo lo soltaría por la noche, con el compromiso de que nos marcháramos a la madrugada, antes de que un miembro del tribunal se enterara.

Tal propuesta no me sorprendió, pues conocía el modo como tales alcaldes "cumplen con sus deberes". Solo me limité a regatear el valor, así que le envié a decir al alcalde que estaba dispuesto a cancelar solo una cuarta parte de la deuda. Hecha tal contrapropuesta me dirigí a la embarcación seguro de que ya tenía al alcalde en mis manos.

Fui recibido por el otro bogador, que me comunicó que su compañero se fugaría por la noche. Tenía, pues, dos posibilidades, negociar con la autoridad y esperar la fuga. Sencillamente solo quedaba esperar. De ese modo le indiqué al alcalde que no subiría la oferta y no aceptaba su imposición, por lo cual se vio obligado a admitir mis condiciones. Por lo demás lo único que le interesaba era que zarpáramos temprano por la mañana, antes de que fuese descubierto su negocio.

A eso de las dos de la mañana llegó a bordo el negro, e inmediatamente, en absoluto silencio, el champán se puso en movimiento. Reinaba tan extraño mutismo que no hubo necesidad de preguntar la forma en que el prisionero había dejado de serlo.

(Nota del autor: Tengo que informar que las cárceles eran casas comunes, con paredes de bambú, donde aseguraban a los prisioneros con una gran traba en los pies, la que al parecer, en este caso, no calzaba a la medida de los del negro, ya que éste pudo sacarlos sin ninguna molestia).

Ante el temor de que les estuviesen siguiendo, trabajaron y bogaron con más fuerza que nunca. Por supuesto que tal agilidad y temor no molestaban en absoluto.

Al amanecer del 3 de febrero pudimos observar el Cerro de San Lucas, una de las cumbres más elevadas de la serranía de Simití. A eso de las nueve nos dispusimos a desayunar, prosiguiendo luego el viaje con lentitud por la orilla de la isla. Los plantíos ubicados a sus márgenes eran los únicos signos que nos indicaban la existencia de seres diferentes a los monos, papagayos, pájaros y cocodrilos.

Nada existe tan aburrido como realizar un viaje por esta invariable naturaleza que bordea al Magdalena. Siempre el cal-

mado río, sus playas desiertas y sus orillas cubiertas de altos y grandiosos árboles constituyen los elementos iguales que los ojos pueden recorrer. Es posible, en los amaneceres, avistar el vuelo precipitado de las aves e insectos que salen a danzar dando la bienvenida al astro rey; pero esto no dura mucho pues el mismo sol que les dio esa vida los paraliza... , y pronto solo reina el silencio. Ya los pajarillos han finalizado su coro matutino, los monos terminaron sus bailes ruidosos entre las ramas; los papagayos acallaron su charlatanería, la solitaria cigüeña se ha quedado inmóvil y silente bajo las sombras de la playa, y los cocodrilos con sus bocazas abiertas parecen desear freírse ante los rayos solares... , todo es silencio. Lo único que se mueve es la embarcación y los únicos gritos monótonos son las voces de los bogadores.

Tal situación reina hasta un poco antes de la caída del sol, cuando la fuerza de sus rayos se hace débil. En ese instante la naturaleza parece cobrar nuevos bríos, volviendo a la vida de la mañana, para detenerse con las sombras del crepúsculo, que sumen todo en silencio una vez más.

A las siete nos dispusimos a ubicar nuestro albergue, por lo que nos detuvimos en un banco de arena, donde, como era costumbre, pernoctamos. Los rugidos de los tigres se hicieron sentir con mayor intensidad. Comúnmente se dice que cuando desean atravesar el río hacia la orilla opuesta usan este rugido para espantar a los cocodrilos —que son los verdaderos amos del agua— pero que les dejan el paso para cruzar. El tamaño de estos felinos es menor al de los africanos, por lo que mejor les vendría el nombre de jaguares. Sin embargo, los cocodrilos les temen, pues en tierra generalmente son devorados por estas fieras. El tigre les ataca por la parte posterior de la cola, donde son bastante sensibles.

Pero si el reptil logra llegar hasta el agua y desarrollar la lucha en ese ambiente, invariablemente el vencedor siempre es él.

El peligro de estos felinos también amenaza a los humanos y en especial a sus animales domésticos, a los cuales atacan pese

a la presencia de los perros que les cuidan. Es corriente que también den muerte a uno que otro de los perros guardianes.

A las cuatro de la madrugada del 4 de febrero se dio comienzo a la jornada diaria. Un rato después nos encontramos pasando frente a Badillo, ubicado en la orilla izquierda del río.

Por esta época era posible observar una inmensa cantidad de tortugas y huevos depositados en la arena, por lo cual aprovechamos la ocasión para tomar una buena cantidad de ellos. Esta acción resultó tan fructífera como divertida, pues no pasamos ningún día sin "cazar" entre cien y doscientos huevos.

Esta "caza" tenía mucho de parecido a la de liebres en la nieve, ya que después de entrar en un banco de arena se comienza a rodearlo hasta encontrar una huella de tortuga, la cual, con la subida del agua se dirige hacia ese lugar a colocar sus huevos. El rastro descubierto nos lleva, tras varias vueltas, al sitio donde ellos están depositados. La tarea es ardua, tanto, que es fácil aburrirse, ya que la tortuga tan pronto como coloca sus huevos los cubre con arena, haciéndose imposible distinguir el lugar donde se encuentran, y en seguida se devuelve, antes que la sorprenda la mañana.

De allí que sea común seguir la huella sin que se logre ubicar el depósito de huevos, que generalmente está un pie bajo tierra y contiene entre veinte y veinticinco huevos que, amontonados, fecundan por la acción del calor del sol en la arena.

El timonel era un experto en esta caza y jamás se equivocó de lugar. Era entretenido observar a este indígena seguir la huella con tanta atención y súbitamente detenerse para gritar: "Aquí está la mata de huevos". Comenzaba luego a sacar la arena con sus delgadas manos y en corto tiempo tenía todo el depósito en su sombrero de paja. Logró reunir tal cantidad que no alcanzábamos a consumirlos todos, pese a servirnos cerca de veinte cada uno, en las horas de comida; por eso los guardábamos para venderlos al pasar por algún poblado.

El descubrimiento de las alturas de Ocaña interrumpió la monotonía del paisaje y deleitó nuestra vista.

Las horas de la tarde no eran tan fructíferas en la consecución de huevos, pues durante el día otros cazadores habían hecho buena provisión. Entre éstos los caimanes y los pájaros salvajes eran los mejores cazadores de huevos de tortuga.

Yo retorné con una mejor presa, consistente en tres patos, que cacé al otro lado del banco de arena. Eran de un color entre negro y castaño, con el pico y las patas rojas, que tras la caída del sol descendían a los bancos en grandes bandadas, y a los que los indígenas llamaban patos del Magdalena. No era raro ante tal cantidad de ellos, acercarse lo suficiente para disparar y obtener una buena caza. Como estos patos eran muy asustadizos, no había posibilidad de hacer otro disparo, ya que tras el primero emprendían el vuelo y no retornaban.

Un torrencial aguacero seguido de truenos nos despertó la madrugada del 5 de febrero. Cuando uno se encuentra en tal situación no queda nada más que esperar a que pase, ya que tratar de protegerse, a esas alturas, es tan infructuoso como tonto. La única posibilidad es tomar algunas de las pertenencias de mayor valor o cuidarlo y ocultarse bajo la canoa. Los bogadores se limitan a proteger de la lluvia sus ropas secas.

Solo queda la alternativa de situarse bajo un paraguas en espera de que el aguacero acabe; es una especie de lucha en que se trata de saber quién resistirá más, si la lluvia o el paraguas. Como el aguacero dura por horas largas e interminables, uno aprovecha el tiempo para filosofar acerca del diluvio, el arca de Noé, etc.

La salida del sol ayudó a desparramar las nubes, por lo que pudimos salir de nuestro "refugio" para secarnos.

La lluvia había refrescado un tanto el ambiente, pero tan pronto como empezó a calentar el sol se tornó insoportable, con el aditamento de que al no contar con ropas secas se arriesgaba contraer un fuerte resfrío.

Hacia la mañana pasamos por Bocas del Rosario, lugar en que el río se extiende debido a una pared de roca roja llamada

Cañaleal, que en realidad no es más que una prolongación de la cordillera de Girón, situada casi en ángulo recto con el río, que comienza en la de Pamplona y llega bastante abajo del Magdalena. El calor era fuerte después de la lluvia y el termómetro marcaba treinta y ocho grados. Como de costumbre, el albergue nocturno fue sobre un banco de caimanes.

A las cinco de la mañana del día 6 reanudamos el viaje. Para el desayuno nos servimos un delicioso papagayo rojo que logré cazar. En las horas de la tarde cruzamos el lindo pueblo de San Pablo, distante ochocientos kilómetros de Morales; el termómetro indicaba treinta y siete grados.

Ese día uno de los bogadores —el Zambo— comenzó a quejarse de fiebre, la que, si bien no aumentó, lo molestó durante todo el resto de tiempo que quedaba por viajar. A la tarde le di un vomitivo, que le permitió sentirse algo mejor.

El 7 de febrero logramos pasar uno de los puertos ubicados en el río Cimitarra, llegando a la serranía de Simití, acá denominada Guamoco.

En este lugar encontramos tres huevos de cocodrilo, los que son un tanto más grandes que los de pava, pero blancos y duros como piedras, por lo que eran muy difíciles de romper. Contienen una materia grasa y anaranjada, no muy diferente de las de los huevos de tortuga. Aunque los indios no se los comen, destruyen todos los que encuentran.

A eso de las seis de la tarde, luego de avanzar solo doscientos kilómetros durante el día, nos dispusimos a atracar y descansar en un banco de arena. El motivo del poco trecho avanzado fue la indisposición del bogador.

El viaje se reanudó cuando el sol ya se había adueñado del cielo; muy pronto nos encontramos en el centro de una gran cantidad de plantíos y árboles frutales, estos últimos tanto en tamaño como en apariencia, muy parecidos a los de guinda. La fruta que de ellos colgaba parecía un pequeño e irregular melón, sobre la cual estaban asentadas las almendras. Todos los arbus-

tos y árboles que encontraríamos desde aquí en adelante semejaban a los del paisaje de Mompós, y sus productos eran llevados hacia esa ciudad por la ruta del río y también seguían camino a otros puntos.

Poco después de haber salido de este lugar llegamos al valle del Guamoco y el Girón, que formaban el lecho del Magdalena.

En la noche se dispuso atracar en la boca del importante río Gallinazo, que tenía su nacimiento arriba en la cordillera. Al lado de Tuña corría a lo largo de la cordillera del este, para continuar paralelo a las montañas del Girón y finalmente caer sobre el Magdalena, tras haber hecho un semicírculo de más de dos mil kilómetros.

Una fuerte lluvia, que pronto calmó, nos despertó el día 9, pasada la cual proseguimos nuestro viaje. Para el desayuno se contó con una excelente provisión de huevos de tortuga hecha por el timonel, a los que se agregó un faisán cazado por mí, tan grande como un pavo, a la vista del cual gritaban: "Comida muy sabrosa". Pronto estuvo desplumado y despresado y en seguida se cocinó con un exquisito plato de arroz. La comida era tan buena en una mesa fina como en un banco de arena del río.

El cubierto de los bogadores era lo mismo de simple que la mesa. Usaban el machete como cuchillo, y como tenedor solo empleaban los cinco dedos.

Al caer la tarde pasamos por Barrancabermeja; según los bogadores, habíamos realizado la mitad del camino hasta Honda.

Luego de navegar durante cierto tiempo más, nos detuvimos en un banco de arena para pernoctar, donde una dosis extra de aguardiente y tabaco puso a los bogadores en condiciones de pasar mejor la noche. Como de costumbre, se encendió una gran fogata, alrededor de la cual se conversó y fumó como hasta las diez.

Cuando los mosquitos se presentaron invitados en grandes cantidades, en otros lugares, siempre se acababan dichas tertu-

lias; pero esa noche tales invitados no aparecieron casi, por lo que fue una de las más agradables que jamás haya vivido a orillas del Magdalena.

Como siempre, el timonel asumía la palabra y nos narraba sus aventuras durante la guerra, las que a pesar de ser poco importantes, yo escuchaba con gran atención. Este indígena hablaba con una facilidad y una capacidad y fuerza oratoria que realzaba la belleza del idioma castellano.

Aunque resulte extraño sentir fascinación por el modo de hablar de un nativo, casi sin educación, es cosa propia de casi todos los que venimos del norte, donde sentimos verdadero placer al escuchar el melodioso acento de los naturales de esta América. Con toda seguridad los amantes de estas conversaciones dirían, al escucharles: "Hablan muy gracioso".

En los largos atardeceres no se les ve hacer otra cosa. Es raro verlos leer durante el día, e imposible durante la noche, pues lo consideran peligroso para la vista y un atentado contra la conversación.

Es proverbial el caso de encontrar a uno de estos personajes desarrollando y terminando una charla con la dinámica y conocimientos de una persona avezada en la vida social.

El timonel de este viaje era una de esas personas. Durante mucho tiempo me entretuvo con sus inacabables charlas. Generalmente cuando él terminaba, me pedían que les narrara mi viaje. Era en esos instantes cuando el auditorio permanecía en silencio sepulcral, ya que no me negaba a hablar de mis tierras del norte.

Quedaban con la boca abierta cuando les hablaba de nuestros inviernos de hielo y nieve fría, del transporte en trineos y las largas caminatas sobre el agua helada. Para ellos entenderlo era muy difícil y les resultaba incomprensible, pues el único conocimiento que de tales cosas podían tener estaba en las palabras de su idioma, pero no en la práctica o realidad, ya que no conocían la nieve ni habían sentido semejante frío.

Lo que más les entretenía era la descripción de las estaciones, ya que las nuestras tienen el triple de duración que las de acá, en tanto que los días del verano son tres veces más largos que los del invierno, y el hecho de que en ciertos lugares no hay noche en verano o en invierno, según corresponda. Ante tales narraciones exclamaban: "Jesús... , tan particular... , válgame Dios... , qué tierra tan maravillosa". Sin embargo, no envidiaban esa situación, pues siempre acababan diciendo: "Es mejor aquí". Les agradaba más pelear con los mosquitos.

Proseguimos nuestro viaje a la salida del sol del día 10, avanzando muy despacio, pues uno de los bogadores aún estaba débil y no podía trabajar mucho. La marcha era lenta. El termómetro señalaba, al mediodía, treinta y cinco grados.

Al poco tiempo vimos detrás de nosotros una canoa pequeña, sin techo, que empezó a adelantársenos bastante. Al pasar a nuestro lado me di cuenta que se trataba del correo, pues en su costado llevaba la ancha cinta tricolor que la identifica. Cuando estuvo al lado nuestro reconocí a mi antiguo timonel, aquel del viaje entre Barranca y Mompós. También él me reconoció y ordenó a sus bogadores detenerse, al tiempo que me preguntaba si yo deseaba enviar algún mensaje a Honda; pero como mi respuesta fue negativa, se despidió y continuó su viaje.

La canoa del correo era, a no dudarlo, mucho más liviana y práctica que la nuestra, de ahí que ella realizara el viaje de Barranca a Honda en dieciséis días; es decir, que en ese tiempo recorre cinco mil kilómetros. A esto debe agregarse que la gente que en ella tiene la responsabilidad de remar es seleccionada, muy fuerte, y no elude el trabajo. Además, se hacen dos cambios de bogadores en este viaje.

Todo era un pequeño reflejo del buen trato y trabajo que realizaba la Administración Postal. Por eso tengo que referirme con mucho respeto a las personas que la forman, como que es una verdadera proeza que con utilidad para el gobierno una pequeña embarcación, desarmada, pueda conducir, pese al peligro cons-

tante de ser atracada en alguno de los mil recodos del recorrido, el correo y las grandes sumas de oro y plata que habitualmente transporta.

Al no existir moneda de cambio, todo se realizaba en estos dos metales preciosos, por ello la responsabilidad tan grande que cumplía la Administración Postal y que hacía de un modo eficiente.

Atardeciendo bordeamos un montón de chozas de indios ubicadas a ambos lados del río, donde traté, sin éxito, de cambiar al bogador enfermo por otro. Aunque no logramos avanzar cien kilómetros en la jornada del día, tuvimos que detenernos para pasar la noche.

Como en otras ocasiones, el despertar del día 11 de febrero fue con una lluvia torrencial, que duró hasta la salida del sol y que soportamos como todas las anteriores. En lento avance seguimos hasta la hora del desayuno, cuando nos detuvimos en la Isla de los Bravos.

La razón de este nombre se debía a que en ese sitio asaltó y robó a muchas embarcaciones menores la tribu de los indios Bravos, que se mantienen en las montañas de Opón, en la margen derecha del río, y por aquella época se deslizaban desde las alturas en las canoas, aprovechando las aguas del Colorado y ocultándose en las islitas y bosques a la espera de sus víctimas.

En las montañas tienen un pueblo llamado Chacury, pero ya no son tan valientes, y tampoco han sido combatidos por el gobierno.

Cuando en las horas de la tarde llegamos frente al pueblo de Rompedero intentamos comprar algo, pues nuestras provisiones se habían agotado, pero, fuera de unos pocos plátanos frescos, la tentativa fracasó.

Comprar algo en las casas cercanas al río era prácticamente imposible, y las únicas respuestas que se oían eran: "No... , tampoco". Se escuchaban tanto estas contestaciones que, al fin

de cuentas, resultaba una repetición agradable oír las; pero también era desagradable para nuestros estómagos, demasiado cansados de tanta carne salada y tantos plátanos.

De ahí que debimos conformarnos. Solo nos quedaba la esperanza del pueblo de San Bartolomé, que ya íbamos a alcanzar y que, según el timonel, tenía un mercado mucho mejor. Seguramente allí también encontraríamos lo que se necesitaba con mayor rapidez, otro bogador.

Pronto arribamos a Barbacoa, sitio donde los colombianos infligieron una derrota a las tropas españolas el 29 de enero de 1819.

Por ese entonces un coronel español, Violon, fue mandado desde Cartagena con un batallón como escolta para una enorme cantidad de municiones que debían ser llevadas a las tropas españolas situadas en Bogotá. El capitán Mantilla, al servicio de la República, logró embarcarse con su compañía y llegar a este lugar sin ser visto, atacó por sorpresa a los españoles y se apoderó del importante cargamento que engrosó los pertrechos de los republicanos. La situación jugó un papel importante en los futuros acontecimientos de Vargas y Boyacá. Nosotros recorrimos el lugar del campo de batalla y lo único que encontramos fue una buena cantidad de huevos de tortuga.

Mientras unos nos encontrábamos de caza y otros preparando el desayuno del domingo 12 inesperadamente me encontré con una figura que, por su apariencia, no sabía si llamar ser humano o animal y que lloraba frente a mí, en medio de los arbustos.

Una pequeña cabeza negra de cabellos blancos, cortos y crespos, con ojos entre negros y amarillos, boca ancha con algunos dientes amarillentos que más semejaban colmillos, todo ello sobre un cuello delgado y negro. Poco a poco empezó a aparecer un cuerpo seco, flaco, del mismo color, apoyado sobre dos piernas delgadas, que descansaban sobre dos cortos, gordos e hinchados pies, o al menos eso deberían ser, ya que más parecían patas de león.

A sus costados colgaban dos largos y delgados brazos, sujetos a sus hombros. En uno de sus brazos sostenía una larga caña de bambú y en el otro un pequeño machete roto. La figura estaba totalmente desnuda, con la sola excepción de un viejo y roto pañuelo rojo que colgaba de sus caderas hacia abajo. Antes de salir de mi sorpresa, el extraño me saludó diciendo "buenos días, mi amo", término muy usado por sujetos de clase inferior o esclavos cuando se dirigen a una persona de rango superior.

Francamente no logré contestar ese saludo cortés del extraño, solo tuve mi arma preparada, observándole con la boca abierta. El individuo siguió luego su camino hacia donde el bogador estaba preparando el desayuno.

Cuando estuve cerca de tal sujeto me enteré de que era un viejo esclavo negro que durante muchos años estuvo al cuidado de una plantación en esa comarca y debido a sus largas permanencias al sol y a la intemperie había sufrido el resecaimiento de su piel hasta convertirse en algo muy diferente de lo que se denomina un ser humano, por lo cual los que le conocían le llamaban "patas de león".

Al observar con mayor detención a ese extraño comprobé los caprichos de la naturaleza y de los seres humanos. Al comparar a este individuo con una bella joven rubia del norte de Europa tuve un sentimiento de disconformidad, ya que a ambos se les considera personas pero la cadena que puede unirles está separada por distancias indefinidas.

El calor de hoy no era tan sofocante como en los anteriores días. Hacia la tarde el termómetro señalaba treinta y dos grados. Se logró avanzar con mayor rapidez, lo que aumentó las esperanzas de llegar a San Bartolomé antes del anochecer.

A media tarde, aprovechando una detención en uno de los muchos plantíos de bananos, nos sumergimos en las aguas del río para aplacar un tanto el calor, y después de comer algo reanudamos la travesía. Poco tiempo medió entre el lugar y el mencionado pueblo.

No podríamos llamarlo un cuadro hermoso. En el centro una iglesia grande, con su techo quemado, como si una furiosa explosión hubiera desparramado las casas, donde ni árboles ni arbustos habían logrado salvarse.

A las cinco nos deslizábamos por la orilla inclinada y elevada, en la que se encontraba reunida gran cantidad de gente que miraba con la boca abierta la canoa y la tripulación que llegaba. Fue en este lugar donde encontré una cosa que me agradó y sorprendió. Alguien pronunció en un sueco puro y sin dialecto: "Su humilde sirviente, mi señor".

CAPITULO X

VIAJE POR EL ALTO MAGDALENA Y EL RIO NARE

Al hacer nuestro ingreso a la playa tuve la suerte de encontrarme con un compatriota, el señor Plageman, quien fuera compañero de viaje durante la travesía de Estocolmo a Cartagena. Se encontraba aquí junto a un grupo de alemanes enviados por Goldschmidt y Cía., para trabajar en las minas de la compañía que dirigía el señor Hauswolff.

Por problemas de conexión, no habían podido seguir el viaje hacia Antioquia y se encontraban esperando conseguir algún medio que les permitiera continuar hacia su destino.

Alegría inmensa resultó el hecho de encontrar a un compatriota. Ambos gozamos por igual tal encuentro, y una excelente manera fue el poder ejercitar nuestra lengua nativa.

La tarea de Plageman era bastante desagradable. Le correspondía reclutar en Alemania mineros que eran recogidos en el puerto de Cartagena y llevados al centro minero. Todos los que venían parecían más aventureros que trabajadores. Con toda seguridad habrían resultado ideales para una escuela de reclutamiento, pero no podría decirse lo mismo en el caso de laborar en las minas de Colombia.

En su gran mayoría eran estudiantes frustrados, militares despedidos y uno que otro practicante inútil. La disciplina resultaba algo muy problemático de mantener, por lo que mi compatriota se veía obligado a infligirles castigos para evitar los excesos. De ahí que en estos momentos uno de los indisciplinados se

encontrara atado de los pies a un tronco de madera, en donde estaba filosofando sobre sus frustradas esperanzas acerca de las proyecciones que le ofrecía este país. Con seguridad él esperaba poder encontrar por iniciativa propia la ocasión de llenarse de oro las manos y los bolsillos.

Todo el grupo estaba compuesto por quince personas, al llegar a Cartagena, el cual se había reducido a diez debido a las enfermedades que fueron contrayendo a lo largo de la ruta.

Así, el capitán se había quedado en Mompós. Otro oficial siguió el camino de las ninfas, de ahí que antes de expirar aconsejara a cada uno de sus dirigidos que tomara un acompañante cuando se les acercara la hora que a él le llegaba. Por supuesto que en el proyecto de colonización no estaban contempladas estas vicisitudes.

Menciono estas situaciones que muestran, en parte, las múltiples dificultades que tienen nuestros compatriotas debido a la baja calidad de los mineros, que fueron traídos en grandes cantidades por los ingleses para ser ocupados en la explotación de sus minas de oro y plata.

Los reclutados para este empleo eran generalmente gente reunida en Inglaterra y el Viejo Continente que carecían de fuerza moral y de fuerza física. A su llegada se entregaban a todo tipo de desorden, cayendo muy pronto en el sistema de vida del país, aunque por supuesto no es ese el estilo que un recién llegado debe asumir. Es así como fui testigo que de una tripulación de cincuenta mineros, cerca de un tercio murió antes de abandonar a Santa Marta, lugar donde desembarcaron. Los médicos atribuyeron tal caso al exceso de consumo de frutas y aguardiente.

San Bartolomé es un pueblo ubicado en la provincia de Antioquia, del cual sale un camino intransitable hacia el interior de ella. Avanzando un tanto, desemboca en el Magdalena un río importante, el Regla, y navegando por sus aguas, situadas en la separación de los ríos Cauca y Magdalena, se cruza hacia Zaragoza y Río Negro, en la misma provincia de Antioquia.

El clima de la región no es tan insoportable, por la menor cantidad de mosquitos y el inferior calor. El paso de la brisa se veía aumentado gracias a la abertura que hicieron antes de la entrada al pueblo.

Antes de tomar esta inteligente medida, el cura párroco, como parte de la celebración, aprovechó la oportunidad para fumigar su templo, y logró sus propósitos, pues los mosquitos e insectos fueron sacados de la circulación. El único problema fue que todo se hizo con fuego y actualmente los muebles y el techo, las paredes y la iglesia muestran las huellas de la quema. Por supuesto que tras ésta el cura encontró que sobraba su presencia y se marchó. La situación no escapaba a muchos lugares del territorio, donde al consultar el porqué no se celebraba misa, respondían: "No hay cura".

Encontré en este sitio dos buenos funcionarios, el administrador del Correo y uno de los alcaldes, a quienes Plageman elogiaba como individuos honestos y cumplidos.

No podía decir lo mismo del otro alcalde, el que me había dado albergue por las noches. El caso fue que durante mi estada en su casa perdí mi bolsita de dinero que contenía algunas piastras, las que no podían desaparecer sin mediar la acción del dueño de casa, máxime habiendo sido el único que ingresó a la pieza durante la noche. La sospecha aumentó por la gran cantidad de malas referencias que de él recibí, además de la descripción de su carácter y del poco interés que puso para solucionar el caso.

Las posibilidades de investigar a fondo eran nulas, por lo que solo deseé a mi hospedero suerte en sus pesquisas.

En el pueblo pude cambiar al boga enfermo. El recién contratado era un tipo experimentado en travesías por el río Nare, no tan tranquilo como el Magdalena y que requería mejores brazos para navegar por sus violentas aguas.

El 16 de febrero reanudamos viaje río arriba. Hacia el flanco derecho se tenía una linda vista, el Cerro Grande, el punto más alto de la cordillera existente en Antioquia.

En la tarde debimos sortear uno de los puntos peligrosos de la travesía. Al pasar por una montaña saliente se debía atravesar el Remolino Grande, que aumentaba su peligrosidad debido a las características propias del Nare.

La etapa del viaje que ahora realizamos me deparó una de las mejores contemplaciones de la belleza que haya vivido aquí. Al seguir subiendo nos encontramos con una hermosa roza o estancia.

Las rozas están formadas por pequeñas chozas con algunas casitas en sus alrededores y plantaciones cercanas de maíz y plátanos. El terreno que ocupan le ha sido arrebatado al bosque, con lo cual los indígenas obtienen una residencia estable y segura. La distinción entre roza y hacienda es que esta última comprende plantaciones mayores.

No existen iglesias, ni autoridades, las cuales solo comienzan en los pueblos, muy semejantes a los nuestros. Nuestras villas corresponden a lo que acá denominan ciudades, de las que la mayor es mencionada capital. Frente a la visión que ante mí tengo me doy cuenta de que he avanzado demasiado, puesto que ahora estoy en las primeras expresiones de la vida comunitaria, la solitaria roza del río Magdalena.

En sus orillas hay generalmente una canoa amarrada. En un plano del terreno se encuentran algunos árboles distribuidos aquí y allá, en cuyo espacio sombreado realizan el trabajo y colocan sus frutas, herramientas, etc. Con frecuencia se encuentra una gran mesa en el centro del plano, y en el terreno correspondiente se ubica la casa de residencia, rodeada por la cocina, los gallineros y el chiquero de los cerdos.

Formando un semicírculo alrededor de la casa y muy cercana a ella está la plantación de bananos. Las de maíz siempre se hallan algo más separadas de la casa y en un lugar de mayor altura.

El cuerpo del alojamiento es una construcción de diez a quince varas de largo, por la mitad de ancho, con paredes hechas de bambú, sobre las cuales descansa el techo de hojas de palmera.

La construcción se hace única y exclusivamente a base de madera y paja, ya que para las uniones de tubos no necesitan más que eso, y para las juntas de las vigas y el techo solo emplean fuertes varas de mimbre; es decir, no utilizan cemento, ni clavos, ni metales en toda la construcción de la casa.

Amoblarlas es lo mismo de simple. Las puertas son pedazos de madera que forman un marco sobre el que se extiende un cuero seco de buey, sin curtir; con tres de las mismas tiras de cuero se hacen las bisagras y la cerradura. La división de la casa carece de planeación, una pieza para esto y otra para aquello.

Los muebles de la habitación externa —la sala— consisten en dos sillas bajas y butacas, una mesita, un par de tinajas y para el mejor bienestar, una hamaca que se cuelga y cruza toda la dependencia.

En el dormitorio solamente se encuentran bancos de bambú distribuidos en las paredes, los que se convierten en camas con solo colocarles encima una alfombra. Si una de las camas está ubicada en una esquina de la pieza y tiene cuero estirado y curtido, es que el dueño de la casa pertenece a la clase de los acomodados; y más aún, si sobre la cama se ha colocado un mosquitero de algodón grueso, quiere decir que se está en el centro de un dormitorio que posee un mueblaje de lujo, muy difícil de encontrar.

Inmediatamente contigua se hallará, invariablemente, la cocina. Para entrar a ella no se necesita sino cruzar un marco de cuatro palos levantados y cubiertos con hojas de palmeras. En el centro está la estufa o fogón, para el que no se necesita ningún tipo de chimenea. El combustible para cocinar son simples hojas. Un gran tronco hueco, de tres pies de largo, situado en una esquina, sobre el cual cae un pesado golpeador de madera, es el mortero para triturar el maíz, que luego se muele o ralla en una piedra plana, que descansa en posición inclinada en tres palos enterrados en la tierra y sobre la cual una piedra menor sirve como molador.

El resto del inventario lo forman las cortezas de coco, calabazas y otras frutas, un machete que sirve para cortar leña, y nada más.

Afuera, el terreno se divide entre el gallinero y el chiquero de los chanchos. Ambos los hacen con cañas de bambú y palos colocados muy cerca unos de otros. La distinción entre ambos reside en que el chiquero está totalmente abierto y el gallinero cerrado por todas partes, dejando solamente un pequeño hueco que se destapa por las tardes cuando llega la hora de guardar las gallinas.

Ocupando un espacio casi idéntico en superficie al de la casa se encuentra levantada una mesa en lo que podríamos llamar patio, construida con varas de caña-brava cortada que ubicadas una al lado de la otra forman la cara de la mesa, sostenida en la tierra por varios palos enterrados. Encima de ella colocan sus herramientas de trabajo y pesca.

Es muy grande la cantidad de especies y tipos de árboles que pueden observarse, pero se distingue por sobre todo la palmera de coco. Sin embargo, fue un bajo y frondoso árbol, Palo de Tutumba*, el que llamó mi atención

En sus largas e interminables ramas lleva colgando un fruto de color verde oscuro, tan grande como la cabeza de una persona, que al cortarlo por la mitad y liberarlo de su pulpa se obtienen dos de los más fuertes recipientes de madera que se pueda imaginar. Estos y las calabazas ahuecadas forman los utensilios de cocina y los de comida.

Con la sola excepción de los perros, los únicos animales domésticos que mantienen son los cerdos y las gallinas. De ahí que su alimentación central sean la carne de cerdo y los pollos y huevos; ya que aun cuando en el río podrían buscar otra alimentación, son poco dados a la pesca, de una parte porque no tienen más que pequeños arpones, y de otra porque carecen de redes para obtener mejores resultados.

Además usan pequeñas lanzas para la caza de tigres y arco

* Totuma (N. del t.)

y flechas para la de pájaros. Los jóvenes se divierten persiguiendo papagayos y guacharacas.

Lugar importante tienen los productos hortícolas y vegetales, entre los cuales el plátano ocupa el papel central, de ahí que sea considerado el maná de este país, y que su presentación a los lectores no sea necesaria. Para todo el mundo basta nombrarlo para saber a qué nos referimos.

El plátano es una fruta conocida en toda la tierra caliente. La planta alcanza la altura de dos hombres, con un diámetro de medio pie. Su tronco parece un tallo suelto de flor más que el de un árbol, pues consiste en blandas y separadas fibras de hojas, llenas de abundante jugo. Este tallo se dirige hasta la corona de hojas, de la que emerge una cantidad considerable de hojas, capaces de cubrir a un hombre. Bajo esta protección y alrededor del tronco cuelga la fruta, en racimos de cuarenta a cincuenta frutos cada uno, por lo cual una mata pueda albergar y producir hasta doscientos plátanos.

Los plátanos se parecen al cohombro, un tanto doblado en sus puntas, pero más grandes. Algunos alcanzan hasta un pie de largo; el grosor puede llegar al de una muñeca de hombre.

Antes de madurar son de un verde intenso, pero a medida que van avanzando en este proceso adquieren un amarillo fuerte. Las cáscaras gruesas y elásticas, son fáciles de pelar y los animales domésticos se las devoran con mucho agrado.

El fruto en sí tiene un color blanco-anaranjado y su carne es blanda y jugosa. Su sabor es tan agradable como difícil de describir. Es muy alimenticio y puede comerse de tres maneras diversas.

Al estar verde, se fríe en las brasas, con lo que se hace un pan riquísimo. Entonces se corta en tajadas delgaditas que se frien en grasa y comen con chocolate. En estado de mayor madurez se puede usar como verdura para acompañar cualquier tipo de carnes, y así reemplaza a nuestra papa. Cuando están totalmente maduros son muy sabrosos. Es una fruta saludable y su consumo es muy recomendable.

Este uso variado es lo que lo hace tan importante, del mismo modo que para nosotros es vital el pan. La fruta, incluso, está incluida en la dieta del ejército, ya que al salir a campaña, cada hombre lleva asignada una cuota de plátano.

La preparación de la tierra para la siembra del plátano es la siguiente: al comenzar la temporada seca se procede a talar el bosque, el cual se deja secar, para posteriormente quemarlo, con lo cual el terreno queda despejado.

Se colocan las plantas en hileras, a distancia de unos quince pies cada una y el único cuidado que exigen es la limpieza de malezas. Esta pronto deja de hacerse efectiva a medida que la planta crece rápidamente, tanto que a los nueve meses ha alcanzado su tamaño total, produciendo constantemente desde el segundo año hasta el décimo.

La rapidez con que ese lechoso y blando tronco crece es sorprendente. Cuando las ramas empiezan a cruzarse de una mata a otra, al ser arrancadas por el machete, casi puede verse su crecimiento.

Otro dato complicado de dar con exactitud es el de su productividad y calidad alimenticia. Haciendo cálculos podría decirse que en un terreno de más de media hectárea se puede obtener alimento suficiente para veinte personas.

Este árbol, unido a la calidez del clima, puede resultar una limitación para la futura industria colombiana; ya que para los habitantes es fácil satisfacer sus necesidades con un producto tan simple.

Ya he dicho que a un nativo para vivir le basta tener su choza de palmeras y caña de bambú y sembrar algunas matas de plátano, que unida a ciertos animales domésticos muy fáciles de mantener, constituyen la alimentación básica. Además el tronco de cedro le da la canoa, y la calabaza del árbol de Tutumba le aporta sus utensilios de comida y de cocina. Todo lo entrega la naturaleza que lo rodea, tan solo le pide un poco de trabajo. La herramienta requerida para todo es el machete que además de una tela delgada para camisa es lo único que necesita comprar,

ya que el sombrero es hecho con las mismas hojas de palmeras y paja del maíz, la cual también es aprovechada para hacer las colchonetas.

Una plantación de maíz requiere tan poco trabajo como la de plátano. El producto obtenido le da al individuo además, en grandes cantidades, alimento para sus animales domésticos.

Desde el caballo hasta los pollitos comen con igual agrado los granos de maíz tan poderosamente alimenticios.

En una roza no es frecuente encontrar cacao y caña de azúcar, por eso no todos pueden beber chocolate o preparar una bebida llamada guarapo, hecha con caña de azúcar hervida y fermentada.

La caña de azúcar que logra cosecharse se dedica a la preparación de bebidas refrescantes. Para ello se exprime la caña entre dos cilindros rayados, de madera, colocados en un marco, uno bajo el otro, los que se hacen girar con una manivela. El jugo es recibido en unas calabazas y luego se hierve y deja fermentar en la misma fuente.

Tal bebida es considerada deliciosa y refrescante por los nativos y en especial por los bogadores, que la toman cuando tienen calor. Es tal el placer que sienten con ella que fácilmente pueden beberse de un solo trago una jarra entera. Al pasar por una casa jamás dejan de preguntar: "¿Hay guarapo?". Si la respuesta es negativa prosiguen su camino lanzando un cúmulo de groserías por no poder contar con su bebida favorita. El guarapo, con todo, es una bebida de bajo costo; tanto es así, que una fuente de madera —cuyo contenido es bastante más que una jarra— vale un cuartillo. Tras este deleite para nuestros ojos, decidimos continuar el recorrido.

Nos propusimos descansar en una pequeña playa ubicada en la mitad del río. Tales bancos de arena fueron haciéndose cada vez más escasos y el río empezó a tornarse mucho más angosto y profundo. Este sitio ayudó a nuestro descanso y la presencia de los mosquitos resultó mucho menor, aunque fueron reemplazados por moscas de arena.

Dichas moscas llevan su apelativo con bastante propiedad. No son más grandes que la cabeza de un alfiler, de color gris-negro, y se presentan en cantidades multitudinarias, llegando a cubrir la cara y las manos. Al atacar dejan una mancha roja, que comienza a molestar como un fuerte escozor, pero su acción es menos devastadora que la de los mosquitos.

Antes de que el sol anunciara que comenzaba el día 17 nos dispusimos a continuar la marcha. Cerca de las nueve de la mañana entramos en un hermoso pueblo, Garopata, * situado al lado izquierdo del río. Algunos solitarios árboles frondosos daban sombra a la inclinada playa, a lo largo de la cual se encontraba una fila de diversos tipos de casas y una pequeña iglesia. Como la vi abierta, sentí impulsos de entrar pero al llegar allá me di cuenta que estaba en completas ruinas. Al consultar el porqué de tales condiciones de la parroquia, se me respondió que desde hace mucho tiempo no tenían sacerdote. Pese a esto, el pueblo tenía un excelente aspecto de bienestar general gracias al cual aprovechamos la ocasión para comprar huevos, pollos y plátanos.

Nos quedamos a descansar hasta la tarde, antes de emprender viaje, ya que el bogador de mayor edad se nos enfermó. Aproveché el tiempo para pasear hacia el interior del bosque, siguiendo una senda angosta que me llevó hasta un sembrado de maíz.

Caminar, en especial por las mañanas, resulta el mejor modo de conocer esta naturaleza extraña, rica y llena de vida. Estar bajo la corona de hojas de la diversidad de especies de árboles, con esos troncos unidos como semejando una muralla de contención y admirar esa enorme variedad de colores de las flores, es cosa que deslumbra a cualquiera. Uno comienza a avanzar y en todo momento lo acompaña el verdor de los campos que se prolonga hasta donde la vista ya no puede alcanzar.

Ahora estaba fascinado observando un bello naranjo cuyos frutos colgaban dando relampagueantes colores, cual estrellas cubiertas por una frondosa capa de hojas, que ayudaban a darle

* Garrapata (N. del t.)

un brillo inusitado. Sobre esta planta, como un manto protector, una palmera la cubría de los excesos solares y del ataque de los mosquitos.

Más allá veía un limonero que mostraba una variada gama de tonos en sus frutos que se encontraban en diferentes estados de maduración, e iba desde el amarillo fuerte hasta el verde oscuro. En el suelo toda una colección de aquellos que ya habían cumplido su etapa en la planta y ahora lo alfombraban.

El escenario estaba presidido por el grande y majestuoso cedro que al estirar sus ramas formaba un manto protector sobre todos los arbustos pequeños que le rodeaban con hondo respeto.

Entre estos últimos se distinguía el Arbol de María que extiende hasta unos cincuenta pies de altura sus flores de rojo encendido. También sobresalía uno de flores de color entre amarillo y rojo, que me hicieron recordar nuestras queridas hortensias.

Al seguir explorando, la vista encuentra gran cantidad de flores desconocidas que apenas logran sacar sus cabecitas por entre la maraña de lianas que tejen una verdadera red.

Pero no todo son plantas o vegetación. También es posible encontrar una colección de bichos, insectos, etc. Es así como pude ver moscas, mariposas, pájaros, lagartos, escarabajos y otros, que daban vueltas y vueltas como estableciendo una competencia de colorido.

Imposible decir cual es de más bellos tonos. El brillo esmaltado del escarabajo, el verde dorado de las moscas, el terciopelo rojo y negro de las mariposas. El vuelo del pájaro Miel, parecido a los ángeles, los tonos desde azul hasta amarillo de que es dueño el lagarto pequeño. La magnificencia de los colores del papagayo cuyos tonos van subiendo paulatinamente hasta llegar a un fuerte azul de cielo en verano, hacen que cualquier comparación no tenga validez, ya que la multiplicidad de elementos y sus diversas variantes impiden que se obtenga un patrón global de apreciación y síntesis.

En este sentido es como si el observador estuviera caminando ante una vitrina de la naturaleza donde el dueño de la colección tomó en cuenta lo más brillante y entretenido para la vista; ya que en este lugar no se encuentra ni un solo objeto que desentone o esté desaprovechando su gracia y posibilidades. Esto era el eterno verano.

Lo lastimoso era que el capricho de la naturaleza obligaba a la supervivencia de las especies y para ello era necesario que algunas cedieran su lugar a otras más fuertes.

Género importante lo constituyen las hormigas, de las que se podían encontrar diferentes clases, de aproximadamente una pulgada de largo. Sobresalía una de color castaño cuyos caminos se parecían a las huellas de los humanos en los campos cuando abren algún sendero.

Al lograr seguir tal senda se llega a un hormiguero que, por su tamaño, parece más una montaña hecha por el hombre que una residencia construida por insectos.

El hormiguero está lleno de senderos que en forma de caracol van ascendiendo hacia la cima. Sobre ellos se ven regimientos de hormigas que se mezclan en todas las direcciones. Esta residencia puede compararse con nuestras grandes ciudades repletas de gente.

En los momentos en que me encontraba absorto contemplando tal ingenio, me sobresaltó un ruido agudo y el sonido de un repliegue de alas sobre mi cabeza. Al mirar hacia el cielo, vi un pájaro grande que desde las ramas de un árbol contemplaba la naturaleza. El deseo de mirarle a menor distancia fue cediendo paso a otros sentimientos menos nobles, y fue así como se desplomó entre unos arbustos, muerto de un certero tiro. Era un bello ejemplar negro y brillante. Del tamaño de una pava, con su cuello largo y la pequeña cabeza coronada por un copo de plumas blancas y negras que daban un poco de sombra a un pico pequeño y grueso, de color amarillo limón.

Al retornar a la canoa con mi trofeo de caza, el timonel gritó: "Muy buena cacería mi señor..., usted ha matado un

Pagi". (Nota del autor: se debe pronunciar Pahí, con acento marcado en la segunda parte. El chillido de este pájaro se parece mucho a su nombre).

Esta ave tiene un excelente sabor y se encuentra en grandes cantidades en los bosques. He tenido la ocasión de verla domesticada caminando por los patios de las casas, lo mismo que nuestros pavos.

Después de la cena, en su mayor parte consistente en la tierna carne del ave cazada, dejamos el pueblo, avanzando lentamente porque el bogador enfermo no logró recuperarse y fue sustituido por el muchacho de servicio, que trataba de reemplazarlo en la mejor forma posible.

A eso de las seis nos detuvimos para levantar el campamento nocturno. Al mirar hacia adelante divisamos dos negros que se dirigían hacia el lugar de donde veníamos, muy contentos sobre la superficie del río, sentados sobre un simple tronco que casi no se veía, lo cual hacía que se asimilaran bastante a un par de duendes flotando sobre el agua. Al pasar a nuestro lado descubrimos que lo que les permitía mantenerse a flote era una simple madera que constituía el medio sencillo de viajar por el río.

El viejo bogador seguía enfermo pero reconoció en los viajeros que pasaban a dos bogadores de champanes, por lo cual los llamó pues consideró que podían ser de alguna ayuda.

Entonces tuve oportunidad de observar con gran detención la pequeña embarcación que transportaba a los invitados. Era una balsa. La armazón consiste en algunos troncos secos y ramas, que se amarran con varas de mimbre formando un cuadrado casi del tamaño de un hombre. Una cantidad menor de ramas cruza ambas puntas, a todo lo ancho, haciendo una especie de castillo de proa, en el cual los negros se sientan, con sus largos remos a los costados y unos más cortos en las manos, con los que dan dirección a la embarcación.

Este era el modo más común de navegación entre quienes ya habían cumplido el viaje a bordo de un champán, como bogadores. De este modo se trasladaban de Honda a Mompós y en ocasiones hasta Barranquilla.

Encontrar estas naves durante el resto de la travesía se volvió algo normal, pues siempre se veía a un par de indios flotar solitariamente por el silencioso río, tanto en este viaje como en el de retorno. La situación narrada me transportó, con los recuerdos, a comparar visiones parecidas, como estas del Magdalena y las del Hudson. El primero, con la tranquilidad de sus aguas entre grises y amarillas, que recorren habitualmente canoas solitarias o balsas incesantes que flotan entre sus orillas, en medio del interminable follaje verde de la naturaleza.

El Hudson, por su parte, siempre excitado por la fresca brisa y constantemente cortadas sus aguas por un número enorme de barcos y lanchas que lo cruzan de un punto a otro. Sus orillas siempre adornadas por ciudades, pueblos, prados, sembradíos e interminables alamedas, con un ruido uniforme que se escucha por todas partes.

Ambos ríos se encuentran en América, en este continente que hace solo tres siglos era desconocido para Europa.

La diferencia fundamental entre estos dos ríos reside en la de los países que bañan, tanto por la formación cultural y artística, como por su ubicación en el globo; uno de ellos recorre tierras calientes y el otro navega sobre tierras templadas; uno colonizado por los españoles y el otro por los ingleses.

Avanzando a una velocidad extraña durante los días anteriores, nos dedicamos muy temprano a seguir devorando las distancias, gracias a haber logrado que uno de los negros de la balsa se quedara ayudándonos. Esta mañana atrapé dos patos silvestres, lo cual fue para mí motivo de alegría, ya que en varias ocasiones había fracasado en dar caza a uno de ellos.

Este pajarraco es de un color rojo de tono subido, que al amanecer o en el ocaso da los más bellos tonos que puedan ser

imaginados. Su cuerpo es un poco más grande que el de un pato común, el cuello y las patas largas, y tiene un pico amarillo de medio pie de largo que acaba en un ancho óvalo, parecido a una cuchara, y de ahí su nombre: Pato Cuchara. Generalmente anda en pequeñas bandadas pero es tímido y muy asustadizo, por lo que resulta bastante difícil de cazar.

Es común encontrar estas aves a lo largo del Magdalena, vadeando la orilla de los bancos de arena para atrapar algunos peces pequeños o gusanos, que cogen con gran habilidad haciendo uso de su ancho y largo pico. Tienen un fuerte rival en la grácil y hermosa cigüeña, llamada por los indios "soldado".

Este es un pájaro orgulloso, recto, de unos cinco pies de largo, con cuerpo de Blancanieves, la cabeza negra y el cuello adornado con una hermosísima argolla de color rojo encendido. Patas largas, negras y el pico de un pie de largo, de igual color. El aspecto soberbio y reposado de su andar debe haber sido lo que motivó el nombre que le dieron los indios, y en verdad tiene una marcialidad en la marcha y en su porte, que lo justifica y legitima.

Cerca de la hora de comer llegamos a Angostura, un paso estrecho y profundo formado por dos pendientes montañosas que caen al río en forma violenta y hacen este lugar bastante peligroso, especialmente en las épocas de lluvia, de modo que a los champanes se les hace imposible pasarlo.

A ambos lados las orillas están cubiertas con paredes de rocas, lo que parece indicar que una fuerza superior de la naturaleza las formó o que un terremoto reciente partió la montaña en dos y el río tuvo que tomar esa difícil ruta para continuar su marcha.

Con grandes dificultades gateamos por la pared izquierda, donde los bogadores se agarraban con las manos de la mejor forma posible, tratando de colocar sus palos en algunas de sus grietas.

La corriente corre por este lugar a una velocidad vertiginosa. Nos costó mucho más avanzar porque nadie hizo caso de las órdenes del timonel, sino que cada uno se dedicó a gritar. Lo entendible de todo era el tradicional "carajo".

(Nota del autor: Podría parecer rara la continua aparición del término. Pero la extrañeza es superior para el extranjero que lo oye decir tanto a personas honorables como a las de clase inferior. También suele ser utilizado como juramento o interjección, con el fin de mostrar enojo, sorpresa, alegría o asombro. En discursos encendidos se intercala esta palabra para dar mayor énfasis a una locución o mejor ritmo musical a lo que desea expresarse. Además permite medir, por la intensidad con que se emplea, el entusiasmo que demuestren dos tipos trabados en una disputa).

Volviendo al tema, debo narrar que en ocasiones como esta es cuando muchas canoas y champanes se voltean, ya que al ser tan angosto el callejón, la fuerte corriente pronto corta las barandas, dejando además sin quilla a la embarcación.

Tan comunes resultan estas aventuras que los bogadores nunca pierden la vida en ellas. Entonces lo único que puede ocurrir es tener una avería, por lo que hacen grandes esfuerzos para evitarla.

Hace tiempo se volcó un champán cargado con mercaderías destinadas al comercio, y a pesar de todo los bogadores lograron recuperar la gran mayoría de ellas.

Estos indígenas son excelentes nadadores y tienen una capacidad de resistencia y zambullida sorprendentes. Con un poco de esfuerzo pasamos la dura prueba y amarraron la embarcación un tanto más arriba mientras nosotros nos dispusimos a descansar en la fresca sombra para recuperarnos del duro trabajo realizado.

Al poco tiempo de haber abandonado este sitio llegamos a la desembocadura del río Nare, proveniente del interior de la provincia de Antioquia y que desagua en el Magdalena. Para

todos resultó un verdadero goce poder beber agua fresca, limpia y cristalina, tan distinta de la turbia, sucia y tibia del Magdalena. El placer era mayor si se le consideraba como una bienvenida a la hermosa provincia situada en Los Andes, cuyo clima más frío y fresco ofrecía bienestar a quien llegara de las tierras ardientes, de esas playas bajas y de eterno calor, de las calientes aguas grises-amarillas del Magdalena.

Al presentir que cambiaría los calientes bancos de arena llenos de mosquitos por las montañas y su aire puro, no pude menos de alegrarme alborozado.

Por ahora teníamos que cruzar el río Nare para poder alcanzar el pueblo del mismo nombre, enclavado más arriba de donde nos encontrábamos y al que debíamos arribar por la noche. Sin embargo, a las tres de la tarde llegamos a él, debido a que aceleramos la marcha porque el Nare no ofrecía ningún banco de arena donde descansar en caso de sorprendernos la noche.

Nare es una pequeña ciudad en la margen izquierda del Magdalena, a poca distancia del sitio donde el río del mismo nombre se une con aquel. Tal ubicación ha hecho del lugar un punto notable como puerto, por el cual todos los productos de las provincias bajas y las mercaderías de los comerciantes extranjeros ingresan a la provincia de Antioquia.

Se encontraba en sus riberas buena cantidad de champanes cargados con tabaco o cacao destinados a Juntas, el último puerto del río Nare. Al llegar allá las mercaderías se transportaban por tierra hasta el interior de la provincia, por lo que debían recorrer el mismo camino que nosotros.

Con mucho pesar me enteré que no saldría de aquí tan rápidamente como había deseado, en especial por ser mañana domingo. Mis sospechas se confirmaron y en lugar de preparar la marcha, los bogadores se dispusieron a salir con otros compañeros y el timonel. En vano le recordé a este último la promesa de no descansar ningún domingo más, a lo que me respondió: "No se puede, señor, el río Nare es muy fiero y nos matará si viajamos en domingo".

Por otra parte, el Magdalena cobró una nueva víctima hoy. Aunque las razones deban encontrarse en el más peligroso de los ríos: el aguardiente.

Dos negros con sus buenos tragos en el cuerpo se embarcaron en una canoa para bajar a una estancia cercana. Acababan de dejar la tierra cuando al inclinarse ambos hacia el mismo lado se volcaron con igual rapidez. De no haber estado ebrios el baño no les hubiera causado daño, ya que con solo agarrarse a la canoa habrían flotado hasta la orilla. Pero no tenían poder de raciocinio y en lugar de acercarse se alejaban más y más de ella, chapoteando con brazos y piernas sobre el agua mientras la cabeza permanecía bajo ella.

Nuestra canoa estaba cerca, por lo que intentamos hacer algo que les ayudara, pero nuestros bogadores se habían llevado los remos a tierra y solo teníamos los dos palos largos para maniobrar, los cuales en definitiva no sirvieron de mucha ayuda.

Alcanzamos a gritar y alertar a una piragua ubicada un poco más abajo, y un indio que iba en ella logró en seguida frenar el avance de los negros en desgracia. De ese modo pudo salvar a uno de ellos, que pronto recuperó el conocimiento. Pero no se pudo hacer mucho por el otro, que ya estaba debajo del agua. Solo su sombrero de paja que se deslizaba río abajo servía como triste marco al lugar donde su propietario había perdido la vida, quedando como merienda para los hambrientos caimanes.

Algunas embarcaciones salieron al rescate del cadáver pero no tuvieron éxito en la empresa. Solamente trajeron la canoa y algunos de los productos que transportaba. El alcalde, por otro lado, procedió a engrillar al rescatado contra un tronco, en donde, al menos, no podía hacer peligrar la vida suya ni la de otros.

Al día siguiente a las cinco de la mañana nuestra embarcación se deslizó por última vez sobre la superficie del Magdalena para ingresar al fuerte y furioso Nare.

La corriente de este era tan dispareja que los champanes que nos seguían no pudieron continuar camino, no quedándoles otro recurso que buscar protección en la roza existente al lado izquierdo del río.

Tal situación es más o menos frecuente, pues depende de la cantidad de lluvia que cae en las montañas. Esta característica es tan notoria que un simple golpe de vista hacia los árboles y arbustos del sector permite apreciar la intensidad de tales cambios.

En ocasiones la corriente es tan fuerte que hacer el recorrido de Nare a Juntas puede demorar de dos a tres semanas. Lo peor del viaje eran los elevados saltos, remolinos y angostos pasos, sumados a la fuerte y pronunciada pendiente, que lo hace muy peligroso y arriesgado. Muchas veces este río es imposible de cruzar.

Para poder cumplir con nuestro objetivo nos vimos obligados a preparar convenientemente nuestra embarcación, aquí en Nare. El techo del camarote se quitó y las maletas y demás objetos se colocaron de nuevo en forma tal que nada impidiera el libre paso de los arbustos que íbamos a encontrar en la travesía, y la carga se distribuyó de manera que el barco quedara lo más liviano posible.

El inventario de éste se vio aumentado con un cable de diez metros, confeccionado con pita, que era indispensable para pasar por los lugares de difícil acceso.

A pesar de todos los preparativos, el timonel y uno de los bogadores no deseaban seguir viaje. Solo logró convencerlos el viejo remero que reemplazó al enfermo.

Fue así como avanzamos hasta llegar a Nus, casi en la mitad del camino entre Nare y Juntas. El recorrido en este trecho no era tan complicado. Sin embargo, tuvimos que pasar varios saltos menores y algunos remolinos, lo cual exigió el uso del cable.

Cuando eran casi las ocho de la mañana hubimos de sortear lo más peligroso de este tramo. Una verdadera asamblea se hizo para discutir si afrontábamos el riesgo o no, y al fin se decidió continuar hacia adelante.

El muchacho se lanzó al agua con el cable entre los dientes, nadando hasta una playita cercana donde lo amarró alrededor del tronco de un árbol. Por su parte los bogadores trabajaban por ambos lados, dando impulso a la nave con sus palos. El cable hacía el papel de freno de la embarcación, que en caso contrario hubiera sido arrastrada, evitando que avanzáramos.

Por otro lado, el timonel manejaba la popa de la nave para impedir que ésta se inclinara y tomara por ese lado del salto. Fue un trabajo arduo pero pasamos muy bien. El timonel dispuso que el primero que gritara, distinto de él, perdería el aguardiente y el tabaco del día, y que si guardaban silencio durante la operación les sería doblada la cuota, medida que resultó muy inteligente pues se trabajó en silencio y cerca de las once de la mañana llegamos a Nus.

Solamente se veía en Nus una bodega para guardar mercancías y en la cual a la vez debía cancelarse un pequeño impuesto de aduana para permitir el ingreso de aquellas a la provincia. Aduana y bodega resultaban aquí ser sinónimos.

El bodeguero vive con un sirviente, una vida de silencio y aislamiento del resto de la gente. Este silencio apenas es alterado por algún transporte de mulas, muy raro en llegar hasta acá, que viene a buscar algunos productos, ya que el camino por tierra acorta las distancias hacia el interior.

Dicho empleado es cambiado cada tres meses. Al actual, que era un criollo joven, le quedaba un par de días en el cargo. Estaba cansado de la vida de ermitaño que llevaba, esperando con regocijo la llegada de su reemplazante.

Al vernos se alegró mucho, y tras haber comido algo, aprobó mi propuesta de dar un paseo hacia las montañas, que mostraban sus picos cubiertos de bosques. Era la experiencia que desde hacía tiempo colmaba mi esperanza de vivir.

Después de cargar una carabina en un hombro y una bolsa de municiones en el otro, empezamos la lenta y ardua subida. Una senda angosta enlazaba constantes curvas que señalaban el ascenso. En algunos tramos era tan fuerte la pendiente que teníamos que apoyarnos en las raíces y ramas de los árboles, por lo cual me causaba extrañeza que las mulas cargadas pudieran realizar tal viaje.

Así fue el sendero durante una media hora, después de la cual se nos ofreció una vista magnífica. La cúspide del cerro nos mostraba bosques impresionantes que cubrían todas las laderas, llevando la vista hasta límites inimaginables. Mi compañero me aseguró que durante un buen trecho no tendríamos ocasión de descansar, por lo cual nos sentamos sobre un tronco de árbol, gozando de la pureza del aire y del paisaje.

Mi acompañante era bastante bueno para charlar y empezó a narrarme sus viajes a través de las montañas y alturas de Antioquia. Nos entretuvimos de tal manera que cuando el sol comenzó a despedirse recordamos que aún nos quedaba media hora de camino para regresar hasta la bodega.

Cuando el sol terminaba de entregarle el mando de luz a la luna, llegamos al punto de partida. Se veía la luna reflejarse en el Nare, como tomando un baño en sus impetuosas aguas.

El aire en la bodega no era tan puro ni tan fresco como en las montañas, pero tampoco guardaba comparación con el que antes habíamos aspirado en el Magdalena.

Me dispuse a colgar la hamaca en el marco de una especie de portón que se levantaba al lado de la casa y al empezar a tratar de colocar mi mosquitero, escuché que a mis espaldas alguien se sonreía. Era el bodeguero, que me preguntó lo que estaba haciendo, y al escuchar mi respuesta me dijo: "No se preocupe, aquí no hay mosquitos". La impresión de saber ese detalle solo la puede comprender quien haya tenido que sufrir en carne propia las consecuencias de un viaje por el Magdalena, resultando que de ahí a la alegría hubo solo un paso. Jamás el

idioma sonó tan dulcemente en mis oídos, y por eso, haciéndome el bobo, pedí al joven que pronunciara nuevamente: "No hay mosquitos".

Desde luego la noche en este sitio fue extraordinariamente agradable. Nos despedimos del bodeguero, embarcándonos a la madrugada. Durante la noche el río mostró mucha calma, lo que llevó al timonel a fijar a Juntas como meta para ese mismo día.

(Nota del autor: debo anotar que quien no está familiarizado con el idioma hispano puede encontrar que algunas letras no guardan su estricto sonido. Por ejemplo, acá se pronuncia *Huntas*; la letra *J* suena como *H*. como la *G* antes de la *E* y la *I*. Así, tenemos que las palabras: *Jamás*, *Cartagena*, *Girón* son pronunciadas por los españoles como: *Hamás*, *Cartahena*, *Hirón*).

De todas maneras los saltos y ríos arremolinados eran un grave peligro. Parecía que fueran colocados como prueba antes de dar el permiso de ingresar a Antioquia. Por eso las pendientes del Nare las entendíamos como una escala muy dificultosa de subir.

Desde la embarcación se observan las altísimas paredes rocosas que muchas veces caen verticalmente hacia el río, entre picos cubiertos de bosques verdes donde los papagayos establecen su centro de juegos y ruidos, junto a una banda de micos que hacen tanta o más algarabía; se escucha el ruido cadencioso de las caídas de agua y se ven su blanca espuma y sus fuertes remolinos buscando el sendero que las lleve a tierras bajas. Mientras la vista y el oído se entretienen con cada uno de estos detalles, siento que puedo respirar aire puro y gozar de mayor libertad.

Este tramo parece ser el prólogo del gran drama que la naturaleza quiere entregar al viajero, mostrar la belleza de los Andes, como la obertura gigantesca, donde se pueden encontrar las características más sublimes de los sentimientos y sensaciones humanas.

En la tarde nos enfrentamos al lugar de mayor peligro. Una roca sale al paso, lo que obliga a que las aguas hagan brusca-

mente un giro en su curso, por lo cual éste adquiere mayor velocidad y fuerza, ya que, a la vez, lo reduce a la mitad de su ancho, haciéndose entonces las aguas más caudalosas y peligrosas.

Con mucho esfuerzo, gateando por sus paredes, logramos pasar, no obstante que la canoa nos arrastraba hacia el peligro de los remolinos, y tras una larga batalla en que ni siquiera podíamos hacer uso de los palos sino solo de las manos que nos sujetaban a las ramas y ayudaban a darnos impulso.

Así fue como logramos divisar la bodega de Juntas, que cual nido de águilas estaba en la cima de un cerro, rodeada de árboles, en el punto donde se unen el Río Verde y el Nare. Es decir, que logramos la meta tan dificultosa y temida.

El lugar era el sitio obligado de parada y descanso de las tripulaciones y de todas las embarcaciones, champanes, canoas, bongos, etc., y el punto cúspide de timoneles y bogadores, ya que aquí termina en definitiva la molestia del calor sofocante, la humedad y los mosquitos, en una palabra, el suplicio del Magdalena.

En ese sentido, las impresiones percibidas son solo comparables a las de la persona que sufre constantes mareos al viajar en barco y al observar el puerto en el horizonte se siente próxima a ser liberada de sus penas y mortificaciones. Así, yo contaba los palos que faltaban para dejar todo lo anterior y llegar a Juntas.

Siguiendo por la playa derecha del Río Verde y tras bregar un poco con su corriente y dar una pequeña vuelta, nos acercamos al puerto. Fue necesario hacer algunas maniobras para poder llegar a descansar. Cuando girábamos para iniciar el tramo final hacia tierra firme, los remeros, con sus palos, empezaron a frenar la canoa mientras otro se agarraba a las ramas de los árboles. Así se le dio la dirección adecuada y por fin todo terminó.

Alegres por la misión cumplida y por la belleza de la manobra anterior empezaron los bogadores a entonar su "Ave María Santísima", al tiempo que el timonel, emocionado, gritaba: "Gracias a Dios", y tras responder en coro "Amén", saltó a tierra, en una pendiente rocosa.

SEGUNDA PARTE

Impreso en P. E. WINGE
MDCCCXXVII



PEONER I ANDISKA BERGEN.

CAPITULO XI

VIAJE POR LOS ANDES

Una tarde agradable y reposada inundaba el espacio, llenando de romanticismo la atmósfera, mientras el sol bañaba por completo la bodega existente en Juntas.

El sol, como en un descenso apresurado, estaba ya sobre las copas de los árboles que además de cubrir las espaldas de la cordillera constituían la ribera izquierda del río Verde. En la lejanía una pálida luz anunciaba la llegada de la luna, que pronto se erguía con su magnífica belleza por sobre las escarpadas paredes rocosas, reflejándose en el Nare, ubicado a los pies y en cuya agitada corriente de remolinos y aguas inquietas parecía un trazado de plata enclavado entre los montes oscuros, cubiertos de espesos bosques.

El silencio era el amo de la situación; nada se movía. Ni aun el sonido constante de las aguas que recorrían las faldas de estas alturas era capaz de entorpecerlo. En realidad el lugar era un altar erigido al profundo silencio de la naturaleza.

Sentado en el portón de la bodega durante un largo rato estuve gozando de tales delicias. Me felicitaba por haber acabado el largo y agotador viaje por el río. El clima me sentaba muy bien.

De improviso todo se interrumpió. Me levanté a observar qué producía el alboroto y descubrí que era la despedida de la piragua que me había traído hasta aquí. Así comprobé que mi relación con ellos había tocado a su fin.

La pequeña embarcación se esfumó pronto en la lejanía; tan solo se escuchaban las voces de sus tripulantes, que poco a poco fueron debilitándose hasta desaparecer por completo. Nuevamente volvió la paz y el murmullo del río.

Pese a lo maravilloso del sitio debía prepararme para reanudar el viaje, por lo cual traté de encontrar a mi muchacho de servicio, al que no veía desde hacía un buen rato. Lo busqué inútilmente y al preguntar por él al empleado del bodeguero, me contestó fríamente: "Se fue con la piragüita".

Tal acto me sorprendió, más aún si el muchacho en la travesía no demostró nunca tal actitud. En definitiva lo que causó tal separación fueron las respuestas que este mozo le entregó a mi muchacho acerca del tipo de viaje por las montañas y del frío existente. Es claro que como nacido y criado en las bajas y ardientes temperaturas del Magdalena, haya preferido volver en secreto a su querida tierra, con mosquitos y calor.

Al encontrarme privado de toda la compañía anterior, tuve que buscar el acercamiento con los residentes de la bodega, que eran el encargado y dos sirvientes indígenas.

El encargado era un criollo bastante simpático, con una cara alegre y una respetable barriga. Al saber la desertión de mi sirviente se ofreció a acompañarme el tiempo que fuera necesario, y cuando se enteró de mi nacionalidad, la amistad se estrechó puesto que conocía a todos mis compatriotas que anteriormente cruzaron por este sitio.

Era un individuo bastante alegre y educado; por eso nunca nos faltó el tema de conversación. El estudio favorito del viejo era la geografía, en la que, honestamente, no estaba suficientemente instruido. Al no tener un mapa nos dimos a la tarea de dibujar los continentes sobre el piso de la bodega, con el filo de un machete. El mayor debate se centró acerca de la ubicación de Norteamérica.

Para el viejo, que realizaba sus viajes desde Cartagena hacia el punto motivo del conflicto, la ubicación correcta era virar

hacia la derecha. Por mi parte tenía todas las energías concentradas en demostrarle lo contrario. Finalmente le convencí, pero puso la condición de que pasara a un papel todo lo que dibujé en la arena, para no dejar algún punto de América colocado en un lugar inconveniente.

El tema siguiente se aventuró hacia la política y tras compadecerme por no vivir yo en una nación libre, comenzó a hablar del actual poderío colombiano luego de haber expulsado a los "pendejos" españoles, sintiéndose feliz de vivir en la "República de Colombia". Pendejo es uno de los peores epítetos que se le pueda dar a un español. Corresponde a nuestro truhán. Una vez escuché a un francés explicar el significado de tal palabra, pero al revisar todo su vocabulario, no logró encontrar alguna que le complaciera, por lo que, con gran justeza, me señaló: "Señor, pendejo es un mote o palabra que ningún español puede digerir".

Ante el desconocimiento de nuestra realidad por parte de mi interlocutor, tuve que asegurarle que la nación sueca no solo es una de las más libres de Europa sino que se jacta de ser la más antigua de las naciones libres actuales. El gritaba de admiración y sorprendido preguntaba: "¿Cómo pueden ser libres si no son republicanos?".

De ahí que me viera obligado a convencerlo a través de razones y de datos concretos, aclarándole que aun cuando en el nombre no lo éramos, en la realidad resultábamos mejores que los colombianos; máxime si éstos carecen de la cultura suficiente para gozar de las libertades que la Constitución les asegura.

En seguida la conversación giró hacia el aspecto religioso. El interrogó si los suecos son mahometanos, lo cual por supuesto causó hilaridad en mí y al preguntarle la razón para que pudiéramos tener tal creencia, afirmó: "Su rey Carlos XII era muy amigo de los turcos".

Ante semejante testimonio hube de contestar que el hecho de que nuestro rey habitara un tiempo junto a los turcos se debió a que tuvo que demostrar su rencor contra los rusos más que su aprecio real a los musulmanes. Además de argumentar

que ningún sueco creía en Mahoma, la Meca o el Corán, y que si alguno hubiera tenido que escuchar las largas explicaciones sobre el Islam, con toda seguridad que no habría sido Carlos XII, ya que este era tan cristiano como el que más.

Con todo, la conversación fue cambiando constantemente de tema, lo cual resultaba explicable pues demostraba el interés de mi interlocutor por aprender y enterarse de otras realidades. Tal forma de discutir, tan variada, era muestra típica de todas las capas sociales de este país.

Al atardecer del día siguiente llegó una gran cantidad de peones, lo que me permitía programar mi salida para el nuevo amanecer.

El camino por las montañas tenía grandes dificultades, por lo cual era complicado y prácticamente imposible transitar con mulas. Para ello se encuentran tipos que se dedican a cargar tanto a personas como mercancías por las alturas cordilleras. Acostumbrados desde la niñez a cargar mercancías subiendo montañas, son capaces de llevar sobre sus hombros a personas como si fueran bultos de carga. Su fortaleza de soportar fardos de cerca de setenta kilos es largamente superada, ya que normalmente hacen reposar sobre sus hombros casi el doble de tal peso.

Con tamaño lastre caminan entre cuatro y cinco días, casi sin descanso, desde la mañana hasta el atardecer, por caminos dificultosos de recorrer para cualquier otra persona, a la que le sería difícil sortear las trabas y obstáculos que ellos presentan.

Debido a tal práctica, su cuerpo posee una complexión atlética, especialmente en la parte inferior, que se acerca mucho a una descripción de Hércules. La fuerza que poseen es fabulosa.

Estos verdaderos habitantes de los montes componen una raza especial, harto separados del resto de la población, no solo en lo referente a su aspecto moral sino al físico.

Poseen una piel clara, de un amarillo sucio, producto del clima que deben soportar y de la falta de mezcla de su sangre

con la de los negros. En sus rostros, un tanto alargados, los rasgos son muy expresivos y muestran un aire de bondad y melancolía que contrasta con el orgullo porfiado de los nativos. Creo que en pasajes posteriores, a medida que les vaya conociendo más, estaré en condiciones de dar una mejor imagen de estos personajes.

Aquella misma tarde mi amigo el bodeguero eligió tres peones considerados por él como "muy buenos silleteros" y "muy buenos cargueros". La distinción clasificaba separadamente a uno y a otros. O sea, uno de ellos era bueno para monta y los otros como caballos de carga.

Por "sillettero" se entiende a quien lleva sobre sus espaldas a las personas. Como "carguero", al encargado de soportar el mayor rigor de peso.

El sillettero usa una especie de montura amarrada a los hombros, hecha de piezas de bambú aplanadas y liadas entre sí por varas de mimbre, cuyo largo es de unos tres pies y su ancho de uno; todo esto va sujeto a los pies.

En la parte baja de la silla se amarra una tabla, en ángulo recto, que tiene las mismas dimensiones del ancho y la mitad de su largo. Vista así, toda la estructura semeja una silla sin patas.

La primera parte mencionada forma el respaldo y la última el asiento. Dos fuertes bandas o cintas situadas en los extremos de ambas piezas mantienen todo en ángulo recto, sirviendo al propio tiempo de brazos a los que el viajero puede asirse. Un pedazo de bambú de un pie de largo, que cuelga, le sirve como apoyo para los pies, si es que quiere considerarse un jinete de caballería.

Toda esta armazón cuelga del peón mediante tres cuerdas fuertes, dos de las cuales van amarradas desde los hombros, cruzando el pecho y retornando por la parte trasera de los brazos. Una tercera pita atraviesa por la mitad del espaldar y

cruza luego por la frente del peón. Es en este punto donde se centra el mayor peso, ya que él carga mejor con la cabeza que con los músculos del cuello.

Entre la espalda y la montura los silleteros colocan una tela de lana doblada. Fuera de esa pieza van completamente desnudos. Solo llevan unos pantaloncillos cortos, de lino, con un dobladillo sobre las rodillas, de modo que nada les pueda impedir el libre movimiento de sus piernas.

La tarde se dedicó a comprar y preparar las sillas de los peones. Los implementos usados por los cargueros son mucho más simples de lo que se ha descrito. Generalmente consisten en un espaldón cuyo largo y ancho varían según el peso y tipo de carga. Muchas veces no son más que los ya mencionados, terciados en forma de cubos, y ese peso no debe exceder los sesenta y tres kilos, ciento veinticinco libras, aproximadamente. Claro que se les paga, más o menos, según el peso que deban llevar.

Un transporte de ese tipo, desde Juntas hasta Cejas, a tres o cuatro días de viaje, equivale para un peón a un jornal de cinco a ocho piastras. En Ceja todo vuelve a ser cargado en mulas, pero en muchas ocasiones los peones transportan hasta el interior de la provincia, hasta Medellín, Santa Rosa y Antioquia, esta última ubicada en la margen del río Cauca.

Esta medida de distancia es siempre indefinida, más aún en Colombia y especialmente en sus cordilleras, debido a las dificultades del camino, ya que se debe subir y bajar a todo momento. Para la presente ocasión puede evitarse tal dificultad pues se calcula la distancia por recorrer en poco más de treinta y dos kilómetros.

Cuando mis maletas y mi persona fueron pesadas, acordamos el precio, que fue de cinco piastras para los cargueros y nueve para el silletero. Debo observar que uno no puede compadecerse de la persona que ha de transportar tanto peso, pues de ser así, al propio interesado le correspondería subir los cerros o distribuir la carga entre varios peones, lo que resultaría de-

masiado costoso, y además el conformar una caravana demasiado numerosa entorpecería el avance, ya que muchos lugares permiten tan solo el paso de un solo hombre cada vez.

A las siete de la mañana del día 23 de febrero los tres peones estaban dispuestos para la salida y para complacer el gusto del bodeguero, que deseaba verme montado en la silla. Debo decir, excusando la expresión, que por primera vez subí a caballo en una persona.

Uno debe sentarse con la espalda hacia el peón y colocar los pies en los estribos. Aproveché la oportunidad de despedirme de mi amigo el bodeguero cuando mi cargador avanzando muy rápido inició su marcha. Pronto perdimos de vista la bodega y su celador, quien me gritaba: "Cuidado, caballero, olvidó usted el freno y las espuelas".

Luego de haber satisfecho mi curiosidad, decidí apearme y prometí que no volvería a sentarme mientras no estuviera verdaderamente agotado.

El sendero conducía por angostos pasajes o desfiladeros hacia una mayor altura. Producto del constante pisoteo y del arrastre de las aguas en épocas de lluvias, el terreno se agrietaba cada vez más, de modo que todo se enterraba en ese barro gredoso que se formaba. Tal estado de los caminos impide avances rápidos y en muchos puntos se atraviesa por lugares profundos y angostos, con sus bordes casi verticales, de modo que para cualquiera se hace complicado pasar con su carga.

En raras ocasiones el camino era recto; nunca en sentido descendente. De allí que siempre que se alcanzaba una altura esta se encontraba inmediatamente unida a cerros más altos. Desde estas alturas la vista sobre los valles era mínima. La interminable fila de cerros que se entrecruzan, cuyas laderas están cubiertas de bosques, impiden poder extender mucho la visión.

Lograr subir era una verdadera proeza. El terreno lleno de barro solo permitía ser usado siguiendo las huellas que dejaba el pisoteo de los peones en sus interminables viajes. En otro

punto del ascenso el agua formaba pequeños torrentes que se llevaban a su paso los puntos de sostén para afirmarse, encontrándose en su lugar un conjunto de piedras de diversas formas y tamaños que habían sido ubicadas en forma de escalinata. Subir por ellas requería pericia. Era preciso usar las manos y dar grandes rodeos para encontrar mejores sitios de apoyo, máxime si las piedras tenían una inclinación de cuarenta y cinco grados hacia la pendiente.

Es sorprendente ver a los peones subir con tanta agilidad usando una fuerza increíble, tranquilos, balanceando el peso y sin perder en ningún momento el equilibrio.

Cuando disponen de instantes de reposo, nunca descargan sus pesos; todos descansan en una misma posición, y si desean hacer altos más prolongados, tienen sus lugares preferidos. Generalmente es una subida donde un muro de pasto o algunas piedras forman un sitio propicio para acomodarse y descargarse de sus fardos.

Llegamos a uno de estos apeaderos cerca de las diez de la mañana, donde nos dispusimos a desayunar. Es de imaginarse que si todo lo que se lleva va recargado en el precio, la comida no es abundante.

Una pequeña bolsa con un pan de maíz seco, un trozo de queso, otro de panela y algunas bolitas de chocolate constituyen habitualmente la provisión para el viaje. Todo lo envuelven en un pañuelo que se amarran en la cabeza. En ocasiones agregan una ollita de greda, considerada como propiedad común, la que se deja en los paraderos que son juzgados aptos para ese tipo de cocina.

Que cada cual se limite en sus raciones, es una cuestión elemental, ya que durante el primer día no se encuentra un lugar donde se pueda conseguir algo que ayude a continuar alimentándose. En la estación de Juntas apenas se adquiere lo necesario para iniciar el viaje. Tendremos que esperar arribar a algún poblado donde podamos abastecernos de huevos cocidos y pollo frío.

El único artículo extra que portaba era una botella de coñac, que resultaba buena ayuda, pues beber estas heladísimas aguas viniendo de atravesar por el calor del Magdalena resultaba un cambio demasiado brusco, por lo cual era conveniente beberlas mezcladas con coñac, y así evitaba enfriarme. Como los envases de vidrio eran apetecidos, por su valor, en la provincia, y su transporte era fácil y liviano, los peones aceptaban cargarlos, con la sola condición de quedarse con ellos una vez que hubieran quedado vacíos.

Al finalizar el desayuno, compuesto de pan de maíz, queso y azúcar, reanudamos el viaje. La hora del almuerzo nos sorprendió en Rancho. Con este nombre se conocía una pequeña ramada de hojas de palmera, con espacio suficiente para un pequeño número de peones y sus cargas. Estos ranchos son levantados como lugares de descanso y para esperar a que la lluvia detenga su furia. En algunos puntos encontré que existían varios contiguos, siempre contruidos sobre un plano elevado y cubierto de hierba.

Estos paraderos son considerados de pertenencia y uso colectivos, por lo que en muchas ocasiones se encuentra en ellos una olla y una vasija para el agua, además de un depósito para ésta, fabricado con los bambús más grandes, para sacar o echar agua, según se desee.

Tras recuperar algo las fuerzas con un trozo de panela, pan, agua mezclada con coñac y descansar un rato, seguimos la caminata, ya que planeábamos llegar antes de la caída del sol al primer lugar habitado desde que salimos de Juntas. El pueblo donde pensábamos llegar era Canoas.

La poca costumbre de caminar minó mi resistencia, ya debilitada por aquella larga travesía en canoa. Todo se unió para que yo no pudiera subir tan rápido como las circunstancias lo exigían, de modo que, muy a mi pesar, tuve que aceptar el llamado de mi peón, que decía: "Monte ahora, señor, su merced no irá a pagarme por nada". El término "su merced" es muy usado por los sectores sociales más bajos cuando uno de ellos se dirige

a una persona de estado superior, y forma parte del legado cultural español que da mucha preferencia a expresiones de esta índole.

Finalmente debí aceptar. Lamentando que dos personas, cada una con sus propios medios, fueran más lentas para avanzar que una de ellas haciendo el trabajo de las dos. Solo me consolaba que los peones estuvieran de acuerdo en que ningún viajero había caminado tanto el primer día de viaje como yo lo había hecho.

Para la escarpada y larga jornada me equipé con alpargatas, que es un calzado indígena confeccionado con pita y algodón. Con la pita se tejen los hilos de la planta del calzado, es decir la suela, y encima de ella una especie de cubierta hecha con hilo de algodón, lugar en que se meten los dedos. Con esta misma tela se fabrica la parte correspondiente al talón, el cual se mantiene sujeto por una cinta que arranca de la parte trasera y cruza el empeine. Como mejor ejemplo puedo decir que la parte superior de este calzado es similar a la de un patín para el hielo.

La alpargata es bastante liviana y resistente; además, la humedad se seca rápidamente. Tales cualidades la convierten en un elemento irremplazable para esta clase de viajes. Fuera de esto, adquiere con el uso un ajuste perfecto al pie, lo que evita los resbalones y caídas en el barro y las piedras lisas de los lugares altos. Normalmente se usa sin medias.

El resto de la indumentaria lo forman un pantaloncillo de lino, un saco liviano y un sombrero de raíces. Los peones no usan alpargatas y se acomodan con la suela natural de sus pies, para lo cual están bastante acostumbrados. Es tanto su hábito, que posiblemente no lograrían adaptarse a otro tipo de protección y ese calzado les estorbaría en lugar de ayudarles. De ahí que sus pies tomen el aspecto de un cuero muy bien curtido como el de buey antes que parecer los pies de un ser humano.

Luego de bregar durante toda la tarde con el barro de las montañas, los riscos y los profundos desfiladeros, el camino se abrió. Alrededor de las cuatro de la tarde divisamos el pueblo

de Canoas, situado en un flanco de montaña cubierto de yerba fresca y verde a cuyos pies corría un riachuelo, que presentaba un grato aspecto a la vista, acostumbrada a estar limitada por montañas y bosques impenetrables.

Al contemplarle, se notaba una belleza tranquila en medio de un impresionante y fresco verdor, que convertía este sitio en un lugar de fuerte contraste con todo lo observado en la travesía sobre el Magdalena. El aire mucho más agradable convertía en pesadilla la anterior vivencia. Resultaba claro y evidente que nos encontrábamos en otro clima. Por su parte el pueblo se encarga, con su aspecto, de formular una grata invitación al forastero, como premiando todos los pasos que hubo de dar para alcanzar tamaño premio. Cada vez que un viajero contemple este paisaje debe sentir algo parecido a lo que yo estaba sintiendo. Todo se me hacía magnífico debido a mi condición de extranjero y me hizo recordar a mi bella y montañosa Suecia.

Con alguna anticipación a la caída del sol llegamos al poblado. Este corto trayecto lo hice con verdadera satisfacción.

Gracias a la pertinaz preocupación del silletero, fuimos recibidos en la casa de una señora de edad que nos proporcionó todo lo que sirviera para el descanso y alimento de nuestros cuerpos. A los pocos instantes se agregaron a la mesa una buena cantidad de huevos cocidos y un pollo frito, que en el intervalo preparó el peón.

No es fácil imaginar lo útil y necesario que resulta esta clase de sujetos. El papel que juegan en todo momento los hace de enorme necesidad. Un silletero es la condición primaria, el todo de un viaje como este. Mejor expresado, la posibilidad para un extraño de ingresar a este mundo está personificada en dicho sujeto.

Para quien viaja, no es exclusivamente la cabalgadura, el que indica el camino o un simple acompañante. Resulta ser, además, mayordomo, cocinero y sirviente.

Después de que el peón ha cargado al viajero durante el camino y descrito las particularidades de éste como pasatiempo

e información, en cuanto llegar al lugar de descanso se saca su montura y sale corriendo en busca de las bebidas del lugar para ofrecerlas al "señor". Enciende fuego, cocina el chocolate, despluma el pollo, lo prepara y al cabo de media hora está en condiciones de decir: "Su merced, ¿quiere comer un poquito?".

Cuando la cena ha terminado, alista al viajero un lugar para dormir. Por la mañana se le observa temprano levantarse silenciosamente, preparar el chocolate y luego acercarse a despertar al patrono diciendo: "Todo está listo, señor". Mientras uno se viste y desayuna, él ya ha empacado la frazada y la colchoneta de paja y preparado la montura para adosar a sus espaldas. Es decir, dispone todo para la salida.

Es imposible negar la importancia de una persona de tales características. Su compañía, por lo demás, resulta muy grata, y así, existen motivos suficientes al finalizar el viaje, para dar algunos centavos extras a este hombre tan esforzado y servicial.

Me hice bastante amigo de ese peón, de tal modo que le prometí hacerle saber, por intermedio del bodeguero, la fecha de mi regreso a Juntas. Dos meses más tarde tuve la ocasión de ver a mi viejo peón con su misma silla venir a encontrarme a Ceja para llevarme a Juntas.

Era un hombre de edad madura, muy despierto, con la piel color amarillo sucio y pelo negro liso. Ojos grandes y vivaces. Todo estaba en concordancia con la rapidez y agilidad que caracterizaban todos sus movimientos. Su figura enjuta, de casi tres varas de largo, de hombros anchos y delgados, con unos brazos y piernas y un par de pantorrillas dignos de una figura de la mitología, formaba un cuadro que pondría envidioso a cualquier héroe de playa.

Al preguntar por su nombre, respondió: "Fernando López, para servir a su merced". Jamás pude escucharle una frase vacía de contenido; por todo ello, era mucho más que un "sirviente humilde".

Tras pasar una noche agradable, gracias al clima más templado y al duro ejercicio de la jornada anterior, estuvimos otra vez sobre la senda a eso de las seis y media de la mañana.

Durante la noche había caído una fuerte neblina y la hermosa mañana la anunció el frío que yo sentía por falta de costumbre, ya que el termómetro marcaba veinte grados, temperatura excelente para la dura jornada. El camino, como en el día anterior, continuaba siendo ascendente, pero cambió al llegar a una cumbre escarpada, luego de la cual comenzó a descender.

Al final de una de sus tantas vueltas logramos observar un puente de madera bajo el cual pasaba una fuerte corriente. Como la gran mayoría de los que hallamos en la ruta, éste parecía, con su techo de paja y sus paredes de madera, una verdadera casa construida sobre el río profundo que bramaba allá abajo. Pero este era raro, ya que pese a ser tan extenso no poseía pilares ni arcos y toda la construcción, reposaba en las vigas largas unidas por el centro del puente en un ángulo casi imperceptible.

El puente se llamaba Balsadero, lo mismo que las casas de las cercanías, en una de las cuales vivía el inspector, quien cobraba una pequeña tarifa por todo lo que pasaba por el sitio.

Se podía ver un rancho grande para los peones y sus cosas. Este sitio puede considerarse como uno de los más destacados entre Juntas y Ceja. Nos detuvimos para desayunar y descansar en compañía de muchos peones que estaban reunidos cerca de la bodega para tratar de conseguir algunas cargas.

Reemprendimos viaje antes del mediodía, bajo un cielo que prometía descargar su contenido de mal tiempo, y en el camino alcanzamos a unos peones cargados y a otros que regresaban desocupados.

Al observar a estos individuos tenaces en el esfuerzo; doblados bajo las enormes cargas que llevan, subiendo uno tras otro, saltando piedras por los cerros escarpados, o resbalando por un cañón profundo mezclado de barro, balanceándose bajo el peso con sus brazos y piernas; o viéndoles trotar por los ca-

minos llanos y arribar a los lugares de difícil acceso con una fuerza increíble, y al unirlos con lo salvaje del paraje, no se puede dejar de comparar a tales individuos con las hormigas, ya que muchas veces van arrastrando un peso igual al de sus cuerpos, por una senda de árboles y piedras.

Interesante era también mirar a los peones sin carga que saltaban de una roca a otra, ágilmente, semejjando un grupo de chicos en un recreo de la escuela. Parecían competir por los cerros y no estar realizando un viaje que duraba tres días, en medio de una zona montañosa con muchas complicaciones. Como la costumbre era efectuar el viaje con carga, el no sentirla sobre sus cuerpos transformaba el camino en un liviano paseo; resultaba un buen pasatiempo, mientras se dirigían a otro sitio a recibir nuevas cargas.

El presagio del mal tiempo se cumplió por la tarde al desencadenarse un fuerte aguacero, seguido de truenos, cuyo ruido rebotaba de roca en roca, a la vez que los relámpagos llenaban de luz los vacíos existentes entre ellas.

No queda ocasión para contemplar tal belleza, debido a que el camino se torna imposible de recorrer. Es, en parte, la respuesta de la naturaleza a quienes reclaman por la mala calidad de las vías. Parece ser una venganza o un intento para que el que protesta tenga mejores bases de crítica.

Ser cogido por una lluvia de tal estilo es una de las cosas que más temen los peones. En muchas ocasiones se ven obligados a permanecer en medio del camino e instalar un rancho provisional para protegerse a sí mismos y a las cosas que transportan. El barro que se forma ni siquiera logra ser derrotado por sus pies de felinos.

Los mejores lugares de la ruta, aquellos ubicados en las lomas de los cerros, pronto dejan de ser aptos para el descanso porque se llenan de agua, la misma que demuestra una extraordinaria capacidad para desplazarse en todas direcciones sobre un plano horizontal.

Por otro lado, las piedras y troncos del camino cumplen ahora el papel de guías, que nos permiten mantenernos en la senda. Con un poco de atención y algo de esfuerzo llego a la conclusión de que aun cuando no podemos seguir una línea recta, vadeando hay posibilidades de avanzar, dependiendo tan solo del largo de nuestras piernas. Mojarse no es mayor problema, ya que la ducha recibida nos ha empapado completamente.

Cuando vemos saltar el agua de una piedra a otra la escena resulta interesante y llamativa, pero no en nuestra situación.

El romanticismo queda de lado. El murmullo del agua que corre por entre las rocas se ha transformado en una espesa cortina que nubla y confunde la vista, impidiendo ver el sendero más conveniente.

Los pies se niegan a reposar con seguridad suficiente para subir por estas escaleras tan alucinantes como mortales.

La peor experiencia es tener que cruzar los profundos agrietamientos del camino. En sus paredes el agua corre a torrentes, rápida e intermitentemente. Tal sendero más parece una construcción destinada a llevar el agua hasta algún molino, que para el tránsito humano.

Por supuesto que se corre el riesgo de ser arrastrados hacia abajo, en medio del resbaloso fondo de barro que todo lo cubre, y tal arrastre puede ser beneficioso o fatal.

En el caso de ser arrastrado no quedará la más mínima posibilidad de volver a subir o de asirse a alguna rama o arbusto que le impida seguir cayendo, y si cae al camino necesitará de la ayuda de sus compañeros o elegir otra ruta de ascenso.

Aquí también se nota la cuidadosa preocupación del peón por el viajero, ya que aun cuando no puede llevarlo sobre sus espaldas, lo agarra de la mano, conduciéndolo a través del barro. Para el silletero era un verdadero conflicto comprobar que sus ágiles y acostumbrados pies no tuvieran la fuerza suficiente para agarrarse con firmeza y avanzar.

Por fortuna pronto llegamos a una pequeña casa abandonada, situada en una altura de la montaña; era el "Alto de la Aguada". Tras nosotros llegaron otros peones buscando protección contra la fuerte lluvia.

Esta acabó al poco tiempo y transcurrida una hora de descanso reanudamos nuestro viaje, que continuaba en descenso. A lo lejos podíamos distinguir algunas casas y veíamos "La Aguada", donde pasamos la noche.

Nos situamos en la casa de unos huéspedes muy amables pero pobres, cuya pequeña residencia, aunque no ofrecía muchas comodidades, nos permitió abrir las maletas y sacar nuestras pertenencias, entre éstas, ropas secas, y las mojadas las pusimos a secar en el fuego de la cocina. En ese instante volvió a mí mente el recuerdo de un calentador.

Mi peón apareció con una pequeña olla de chocolate caliente, que fue muy bien recibido porque apagaba la sed y ayudaba a combatir el hambre y el frío, necesidades bastante sentidas luego de la anfibia caminata.

La temperatura resultó bastante más baja que en la localidad anterior, pues a la hora del ocaso el termómetro marcaba catorce grados. A tal fenómeno ayudaban la mayor altura y el enfriamiento del aire después de la lluvia caída por la tarde.

Aquí comenzó a prestar gran ayuda la frazada, tan menospreciada hasta el momento. Pausadamente tal implemento había empezado a relegar en importancia al mosquitero, que solo llevaba como agradecimiento por los servicios prestados o para que sirviera de almohada. Esta nueva situación de esa pieza era comparable al reposo de un guerrero, para quien se ha ideado una ocupación descansada como recompensa por los favores que prestó durante la guerra.

Eran las seis de la mañana cuando los peones estaban dispuestos a continuar la travesía por las montañas. Los húmedos vapores bajaban por los cerros aprovechando el calor que el sol les daba, permitiéndoles enrollarse en nubes de vapor,

descender por las pendientes boscosas y detenerse en los valles más angostos, donde empezaban a reunirse espesamente unos sobre otros, hasta que la acción solar los volvía a distribuir en lluvia o los esparcía en la atmósfera como tibias nubecillas.

El camino que se abría ante nosotros, en medio de un cerro sin vegetación, nos proporcionó desde esta altura un espectáculo que no habíamos tenido la oportunidad de disfrutar.

Allá abajo se veían valles profundos y escarpados, totalmente tejidos por una gruesa alfombra de bosque cuyas tonalidades variaban desde las más fuertes hasta unas muy tenues, producto de las sombras y del efecto de la distancia.

Podía verse un oscuro tono entre negro y verde, perteneciente al valle más lejano y profundo, que empezaba a diluirse a medida que subía hacia los picos montañosos. Allí era dorado por el sol y finalmente se transformaba en un tono claro, mezcla de verde y amarillo.

De ese modo en la enorme cadena de cerros el azul del cielo adquiriera un esmalte oscuro, contrastando con el gris de estos, cuyos aspectos variaban según la altura y la lejanía, hasta que desaparecían en un horizonte azul claro, que como un marco brillante encerraba el inmenso, oscuro y monótono cuadro.

El camino de hoy era más parejo y soportable de recorrer, lo que nos ayudó a realizar un viaje tranquilo. Por la mañana descansamos en algunas casas extraordinariamente agradables, llamadas tutumbas, donde desayunamos con gran apetito. Por lo demás logramos adquirir algunos huevos y un pollo, el que se destinó para ser consumido más adelante, ya que en toda la tarde no encontraríamos otra residencia.

Me llamó la atención ver a uno de mis peones retirar del techo del paradero una bolsa con una buena cantidad de panes de maíz, sin haberle dicho nada a la dueña del lugar. Pronto nos explicó de qué se trataba: tanto en esa casa como en otras diseminadas por el trayecto los peones suelen dejar bolsas con algo de comida para evitarse tener que cargarlas constantemente.

La medida en sí era inteligente y cómoda, pero no sería lo mismo de eficiente en otros países, donde podría suceder que las bolsas no se encontraran por haberlas cogido alguien por error o simplemente por hacer una broma y llevárselas, más aún si los dueños del lugar jamás se fijan en quién las cuelga o descuelga, ya que estos no se hacen responsables de ellas.

Que alguien robe una de estas, no sucede nunca; y si así ocurriera, su valor es tan mínimo que no vale la pena hacerlo. Esto muestra el carácter honrado de estas gentes y lo hace más plausible debido a su pobreza. No se puede olvidar que en otros lugares personas del mismo bajo nivel no tienen ningún reato de conciencia en tomar lo que no les pertenece y llenar su panza con el sacrificio de otros.

Pronto comprendería que, en general, los habitantes de Antioquia tienen esta cualidad. Existe la seguridad de poder hacerles entrega del efecto más valioso y siempre se recobrará. Escuché decir en diversas oportunidades a bodegueros y grandes comerciantes que a un peón puede entregársele la maleta con toda confianza, pues se encargará de llevarla a su destino; y ella puede ir abierta o cerrada, y el dinero puede estar o no contado, y todo el contenido llegará a la meta sin haber sido hurgado ni sustraído.

El camino proseguía en descenso y esa mañana pasamos por un riachuelo donde no existía ningún puente, no obstante lo cual podía vadearse sin mayores problemas, mediante el uso de las piedras que se encontraban distribuidas. Pese a esa ayuda el agua sobrepasaba nuestras rodillas.

Debido a la insistencia del silletero para que me quedara sentado a sus espaldas, ya que podía enfriarme al mojar mis pies —lo que yo traducía como el interés de mostrar su capacidad de equilibrio— acepté quedarme sentado.

Los peones siempre tienen sus maneras y ayudas para sortear tales escollos. En esta ocasión se servían de unas varas de cierto largo, una de las cuales tomó mi peón y comenzó a saltar de una piedra a otra. Lo hizo con gran rapidez, que me sorpren-

día ya que muchas de las piedras ni siquiera se veían, pues estaban cubiertas por el agua. De allí que el palo jugara un papel tan importante, como que se usaba a modo de una tercera pierna.

Dicho palo impedía que fuéramos arrastrados por la corriente o que resbaláramos por las piedras. Luego de esta arriesgada cabalgata, el peón botó inmediatamente el palo, a fin de que lo pudiera usar otro que cruzara por aquí. Por lo demás nunca utilizaban varas para su marcha sino que se les veía constantemente con las manos cruzadas sobre el pecho, y en difíciles ocasiones gateaban para seguir avanzando.

Cuando dicho lugar quedó atrás, el silletero se detuvo en seco y me dijo: "Mire el tigre". En ese momento vi un tigre de buen tamaño trotar despacio y despreocupadamente por el camino, en medio de los espesos bosques, a través de los cuales se nos perdió.

Este tipo de sorpresa no es extraña en estos parajes. Durante el día el tigre no es un animal peligroso, pero al llegar la noche es común verle rondar las casas e inundar el espacio con sus rugidos. No se atreve a atacar un rancho, pero sí lo bloquea. Es así como frecuentemente da muerte a perros y demás animales que encuentre en esas cercanías.

Aparte de micos, no se ve ningún otro animal de cuatro patas. En cuanto a aves, se encuentran papagayos, faisanes, cigüeñas y una cantidad impresionante de pájaros de miel, que generalmente tienen sus nidos en los arbustos o en las paredes de lodo de los barrancos. Es una avecilla realmente hermosa, que ante la presencia de seres humanos se asusta y emprende el vuelo, llenando con éste la vista del intruso.

Me dediqué a recoger algunos de estos nidos, que estaban hechos de yerba seca y una fina pasta en uno de los cuales encontré un par de huevecillos, redondos, que no pasaban del tamaño de una arveja común.

Durante la tarde tuvimos que sortear un nuevo chaparrón. Nos detuvimos a las cuatro para poder comer algo. En esta

ocasión pudimos beber agua fresca y cristalina. Nuevamente seguimos nuestra caminata, pues deseábamos arribar a buena hora al albergue nocturno, que estaba situado en unas casas solitarias y se llamaba Bijagual.

Tal intención no logró ser concretada, pues al poco rato nos sorprendió una fuerte lluvia que, aun cuando no tan caudalosa como la ya narrada, puso el camino en condiciones intran-sitables. Así que hubimos de resignarnos a esperar que escam-para en una choza ruinosa, Falditas, ubicada a un lado del sende-ro, la cual nos ofreció dos cosas buenas: techo para que nuestras cabezas y cuerpos no se mojaran y un lote de madera seca que nos permitió encender fuego y neutralizar el frío.

De ese modo muy pronto flameaba en medio de la choza una llama chisporroteante, que el viento ayudó a crecer. Además nada impedía el libre paso de éste, ya que no existían puertas ni paredes.

Una vez que la lluvia pasó pudimos comprobar que no éramos ya los únicos pues en el transcurso de ella se habían agregado los peones que hacían la misma ruta. En ese tiempo compartido se hizo hervir chocolate, que fue aportado de la ración de cada uno de los presentes, por lo cual para todos alcanzó una buena porción.

La escena resultaba de gran nobleza. Imaginaba uno de esos cuadros flamencos al ver a estos hombres musculosos, semi-desnudos, habitantes de la montaña, acostados o sentados en un apretado círculo cuyo centro era el fuego. Les veía confiada-mente hacer pasar, de boca en boca, el chocolate en esa olla caliente y sacar de sus bolsitas arepas con queso para acompañar el líquido. El orden que reinaba en esta comida era extraordinario. El círculo era llamativo y si yo no hubiera preparado mi propia sopa, de buena gana les habría acompañado. Ahora, desde un fardo cercano, me entretenía mirando cómo ya habían consumido toda la bebida.

Entre tanto saqué algunos cigarrillos y tras haber ofrecido a quienes deseaban fumar, tomé mi lugar junto al brasero. El

haberles regalado tabaco constituyó un buen motivo de acercamiento con ellos, ya que es realmente caro en esta provincia; tanto, que para el peón es considerado un artículo de lujo. Los encendieron, dando paso a una interesante conversación, cuyo tema central fueron las eternas aventuras vividas por cada uno de ellos a través de las montañas.

Al debilitarse la fogata fue extendiéndose el silencio. Todos se dispusieron a dormir. Por supuesto que mi gentil y diligente peón ya había dispuesto para mí el mejor sitio de la choza, colocando la colchoneta y la frazada sobre cañas de bambú, que, sostenidas en las vigas, formaban una especie de cielo raso, donde dormí bastante bien, pese a que tuve que soportar un intenso frío.

Era domingo a la mañana siguiente. Decidimos salir antes de la salida del sol, y como la leña se consumió durante la noche fue preciso reanudar la marcha con el estómago vacío, lo que no nos importó mucho pues pronto debíamos llegar a Bijagual.

Por lo demás, las complicaciones se alivianaron por el solo hecho de recordar que era nuestro último día de viaje. Luego de pasar varios riachuelos, a las siete llegamos al poblado, donde nos vendieron un pollo, huevos y chocolate. Este último pronto reemplazó la falta de bebida de la mañana. La comida fue decisiva, ya que nos disponíamos a realizar la parte más dura de la travesía. Era el sitio de la más alta unión de montañas, llamado Cuesta del Páramo.

Mi peón me había preparado para este trayecto, deseando siempre que el clima complaciera nuestros deseos de buen viaje, lo cual se estaba cumpliendo pues teníamos un bello día, con un sol esplendoroso. Así que empezamos, poco a poco, después del desayuno, el lento ascenso.

El camino era uno de los más terribles que se puede imaginar y resultaba complicado subirlo aun sin lluvias. Estaba lleno de profundos y angostos barrancos, altos y escarpados bloques de piedras, cuestas de barro muy pendientes, resbalosas y con todas

las posibles variantes, pues unos a otros se iban reemplazando en el trayecto. Por fin, tras un trabajo arduo, logramos llegar a la cima a las once de la mañana.

Desde esta altura dedicamos un breve instante a contemplar las bellezas del paisaje y seguimos casi inmediatamente, pues aspirábamos a llegar a la vista que nos afreecería el camino un poco más adelante, la cual era descrita por el peón como "la más linda del mundo". Al llegar a ella no puedo decir que corresponde a la categoría que el silletero le daba, pero sin lugar a dudas se puede considerar entre las mejores del planeta.

Quizás sea posible que uno pierda la imparcialidad para juzgar después de haber vivido durante cuatro días caminando por estos cerros solitarios, angostos y cubiertos de bosques, es decir, tanto tiempo prisionero entre tal monotonía del paisaje y de las paredes vegetales del Magdalena.

Tal vez me suceda lo mismo que a los españoles, que con la sola visión del salvaje istmo de Panamá olvidaron todas las penalidades del viaje, pues el Mar del Sur les había dejado encantados.

Es posible que todo esto ocurra, pero la vista que tenía ante mí, llena de entusiasmo y sorprende mucho. De un golpe se presenta al observador un cuadro que, por lo inesperado de su aparición, semeja una bellísima pintura a la que se le haya descorrido de una sola vez el velo que la cubría.

Un extenso campo, cuyo cerco lo componían las montañas naturales, se abría ante los ojos deslumbrados por tan grande amalgama de formas y colores. Los ojos, rápidamente, comienzan a desmenuzar el espectáculo y observan con mucho cuidado para no omitir ni un solo detalle.

La yerba y los bosquecillos adornan las colinas que cruzan por este plano en todas las direcciones posibles y las sombras de las laderas, con sus cambios de tonos, dan un efecto de ensoñación.

Encima de toda esta belleza corre un río impetuosamente y en su trayecto reúne numerosos arroyos y riachuelos que mezclan sus aguas, dándole fuerza suficiente para abrirse paso por entre los cerros ubicados al lado derecho.

Con la misma claridad se distinguen muchos caminos y senderos que dan al ambiente un fuerte tono amarillo e interrumpen el intenso verdor que todo lo domina. Tales caminos buscan por los cerros las posibilidades de su prolongación más allá de las blancas casas y de los pueblos que se esparcen en el valle.

Desde esta altura se observan los pueblos de Ceja y Peñol, además de Río Negro y Marinilla. Esta última no se distingue muy bien debido a que se encuentra en el fondo del cuadro, al pie de la cordillera que pone límite a la vista.

Girando hacia la izquierda del espectáculo, se levanta una roca inmensa, alta y angosta, que semeja una gris torre riendo de la verde pampa que la rodea. Por su misma soledad parece pertenecer a las rarezas que la naturaleza creadora comúnmente coloca trastornando un tanto su orden, o como si las diseñara por un extraño antojo. En verdad parece ser algo inexplicable.

Una vez saciados de tamaña obra teatral, que había subido sus tonos gracias al hermoso sol que todo lo iluminaba, empezamos el descenso por este rico paisaje, que se ocultaba y volvía a asomar a nuestros ojos, según el orden de las profundas vueltas de las montañas que nos ofrecían o nos quitaban la vista.

Aunque la bajada por esta escarpada montaña no era cosa fácil, especialmente debido a la gran cantidad de energías gastadas en la subida, realizamos el descenso en forma rápida, movidos por los deseos de acercarnos más y más al paisaje que se nos ofrecía.

Finalmente el camino comenzó a abrirse hasta hacerse un sendero amplio y recto, y en verdad no resultó ser más que una prolongación del cerro.

Un sentimiento muy agradable empezó a agitarse a medida que avanzábamos por el camino, con la vista fija en la maravilla que se nos entregaba. El ambiente tenía olor. Todo emanaba aromas de primavera y el aire se respiraba con gusto.

En otras palabras, los sentidos se colman de tal placer que ya no cuentan ni la ruta de cerros ni los sitios que se han conocido en este país tropical, ni el intenso calor, ni la gigantesca vegetación, pues es como si se ahogara uno en tanta hermosura.

Puede ser comparado este sentimiento al del enfermo que, tras larga temporada, ha dejado su pieza pequeña y parecida a una prisión, y disfruta de un paseo por el campo en un día de verano. El entusiasmo lo arrastra y la belleza que durante mucho tiempo no pudo gozar, lo embriaga; deseaba estar cerca de ella, pero no podía. Ahora olvida su enfermedad y las complicaciones, así como la debilidad que le ha acompañado. Deja de lado sus pesares y se renueva para vivir intensamente.

De esta manera estaba sucediendo con nosotros. El goce que sentíamos expulsaba los pensamientos de la travesía del Magdalena y de los Andes y hacía olvidar el cansancio debido a la reciente subida. Por todo ello íbamos bajando muy rápidamente.

Pronto, apenas pasado el mediodía, nuestra caravana puso sus pies en el agradable pueblo de Ceja.

CAPITULO XII

VIAJE A TRAVES DE LA PROVINCIA DE ANTIOQUIA

Hacia el lado oriental de esta inmensa y pareja llanura, como una isla flotando en medio de los altos Andes, se halla el pequeño pueblo de Ceja. Parece un puerto, pues en él las mercancías vuelven a cargarse para ser llevadas hasta el interior de la provincia.

Peones y piernas son reemplazados por mulas y caballos, tornando de este modo el viaje en algo más normal y cómodo.

En espera de hacer un cambio en el transporte de mis pertenencias y de descansar un tanto, mediante las indicaciones de mi peón, procedí a tomar una habitación.

La conseguí en una casa que, sin ser hostería ni pensión, resultó tan buena como si lo fuera. Su dueña me preparó la cena, al tiempo que su esposo salió en busca de los caballos, con los que emprendería el nuevo camino que iba a recorrer, todo esto realizado con gran amabilidad y gusto, lo que vino a confirmar las tan mentadas cualidades de los residentes de la región. Era la continuación feliz de mi trato con los peones.

Los habitantes de este poblado tenían el cuerpo robusto, gruesas sus extremidades y los rasgos faciales muy expresivos, aumentados por la claridad de su piel, en contraste con la de los peones, a causa de que estos últimos debían exponerse a demasiados cambios climáticos.

Tuve ocasión de hacer una buena comparación en la primera asistencia a la iglesia, donde la mayor parte de los lugareños vestían trajes de tonos rojos, atavío habitual de los domingos.

Observar este conjunto de personas resultaba agradable, especialmente por formar un contraste tan fuerte con lo contemplado en las provincias bajas, ya en cuanto a sus vestimentas como al color de su piel. Tras vivir las delicias de un nuevo clima, estas personas convencen a cualquiera de que uno se encuentra en otro país.

Hombres y mujeres se distinguen de todo lo visto hasta ahora. Fuera de trajes hechos de lino, los varones usan una prenda denominada ruana, consistente en una tela de gran tamaño, cuadrada, de algodón o lana, que tiene en su centro un hueco por el cual se introduce la cabeza. Dicha prenda queda así descansando sobre los hombros y cae hasta cerca de las rodillas. Tiene un gran parecido con las capas usadas por los sacerdotes en sus misas.

Generalmente están hechas de telas de colores fuertes, rojo, azul, amarillo, y tejidas a rayas, lo que les da una gran belleza. A esto se une el hecho de que sus dobladillos con flecos dan un aspecto antiguo a dicha vestimenta.

Las mujeres llevan una falda de algodón de tono azul, que junto con una tela de lino cubre sus figuras en mucho mejor forma que las indígenas residentes en las tierras bajas.

Sobre su cabeza llevan un sombrero de paja adornado con una cinta multicolor, que sería mucho más bonito si semejara en menor medida un sombrero de varón diseñado por nuestros cortadores de sombreros, con su alta copa y las alas angostas dobladas hacia arriba.

Los hombres, por otra parte, poseen en sus cabezas una comodidad superior, toda vez que resulta mucho más apto para el clima y hasta más cómodo el sombrero de paja con sus alas más anchas.

Al contemplar todas estas prendas comienza a notarse que si bien no implican una cultura superior, por lo menos se viven otras formas de vida y otras costumbres, y empiezan a encontrarse mayores semejanzas con Europa. Pero la imagen me devuelve a Suramérica a medida que voy viendo los pies descalzos que transitan frente a mí, y es así como me doy cuenta de que solamente las personas más pudientes usan medias y calzado. Incluso la común alpargata, ya descrita, solo es llevada por los criollos y aquellos indígenas de mejores posibilidades económicas, y las medias siguen siendo privilegio de pocos.

A las tres de la tarde aparecieron mis cabalgaduras. Después de despedir a los peones y prometer a mi silletero hacerle saber el día de mi regreso, proseguí el viaje. Poco a poco fui dejando atrás a Ceja hasta perderla de vista.

Montar nuevamente sobre un caballo resultaba tan extraño como agradable. Recordé que no lo hacía desde el momento en que llegué a Barranca. Por supuesto que este modo de viajar es superior a la incomodidad de una canoa o al penoso recorrido a través de las montañas.

El viaje se ofrecía como de placer, a lo que ayudaban el hermoso paisaje, el clima agradable y un buen camino, que a medida que ascendía descubría todas sus bellezas, por lo que se hacía más palpable que es difícil comparar la zona entre Ceja y Río Negro con algún otro paraje.

Aunque en su totalidad es un campo demasiado uniforme, se levanta entre las mesetas, la misma que para los franceses es "plato" y para los ingleses "campo de mesas". Toda esa silueta se entrecruza con pequeñas y bajas colinas, en cuyas lomas solo se ve desolación o pequeñas zonas con pasto. Entre una colina y otra, sin embargo, se pueden divisar bosques espesos y los prados que adornan sus laderas y vallecitos. También es posible notar que a los pies de estos muchas veces les acompaña un arroyo que insistentemente va buscando su camino hacia nuevas bellezas.

Todo este cuadro hace que el perder la orientación del sendero no sea demasiado difícil. Es sentir la sensación marina de andar dando vueltas sin encontrar el rumbo, como si la brújula estuviera loca. Tal inseguridad queda demostrada al tratar de corregir el rumbo guiándose por el sol de mediodía.

Existe acá un objeto único de referencia para el viajero. Es una alta roca, que sirve como puente del viaje y alza mágicamente su frente, desnuda y gris, por encima de los bajos cerros que la acompañan.

Pero pronto empieza el aventurero a darse cuenta de que más que un corrector u orientador ese rocoso emblema resulta un faro desviador de rutas, pues como coqueteando empieza a mostrarse por todos lados, apareciendo y desapareciendo, sin saber si la próxima vez lo tendrá delante o detrás de él.

Es así como yo lo veía a mi lado derecho, a gran distancia, y luego muy cerca de mí pero sobre el costado izquierdo. Extrañado sobre tal fantasma conductor, se toma la resolución de no volver a ser sorprendido y la vista comienza a dedicarse a otras cuestiones.

Absorto en las nuevas contemplaciones, la roca empieza a ser olvidada. El camino tiene una enorme cantidad de vueltas. De improviso, nuevamente tengo a la roca guía frente a los ojos. La pregunta a quien va mostrando el sendero no se deja esperar; solo que la sospecha no ha sido cierta. La respuesta de mi conductor me tranquiliza, y su explicación es que este sendero es uno de los más curvos que puedan darse. En estas alturas lo que se ha avanzado no se puede medir por los pasos que se vayan dando.

Lo grato del viaje se prolongó por toda la tarde. En varias ocasiones nos encontramos con personas que se dirigían a Ceja y Peñol, a pie o a caballo, y cuyas vestimentas de intenso colorido me causaban impresión.

Cuando eran las cinco de la tarde arribamos a Peñol. Gracias a la mediación del guía, pude albergarme en la casa de un

criollo de buena posición, donde encontré, por supuesto, mayores comodidades que en la choza incompleta de la noche anterior.

Pese a lo agotadora que resultó la jornada, no pude dejar de hacer una visita por el atractivo caserío, cuya ubicación pintoresca me impulsó a conocerlo.

Subí a uno de los cerros cercanos para tener una visión más amplia de las hermosuras de este poblado. Sus construcciones eran todas bastante regulares y una plaza grande se extendía en la mitad del mismo, encima de un plano verde situado en las márgenes del serpenteante río Nare, que acá adquiere el nombre de Río Negro.

Un puente largo, que mostraba debilidad por estar levantado con cañas de bambú, unía las extensas playas de este ancho río. Sus aguas flotaban sin conocer el intenso ímpetu que luego alcanzarían para poder sortear los escollos que la cordillera iba a colocarles al llegar a su eterno compañero de viaje, el espacioso y tranquilo Magdalena.

La marcha del sol hacía subir los bellos tonos de esta naturaleza que nos rodeaba. En este momento el pensamiento comenzaba a jugar un papel nostálgico. El clima fresco era muy semejante a nuestros veranos allá en el norte. Era en estas ocasiones cuando me sentía trasladado hasta mi antiguo hogar. Los cortos atardeceres y sus noches oscuras me devolvían a los sueños del trópico, donde trataba, sin éxito, de encontrar las claras noches de verano de mi patria, las que durante aquella parte del año convierten a la naturaleza en una de las más bellas que puedan encontrarse.

Al retornar al albergue me dirigí a mi cama, que ya había dejado de consistir en una hamaca y ahora estaba compuesta por muchas partes de cuero, sobre las que se colocaban cobijas de paja y algunas ruanas que nos protegían del frío.

Las casas se encuentran mucho mejor protegidas. Todas las puertas y ventanas están bien cerradas. Por supuesto que dormí mucho más plácidamente que en el infierno de mosquitos, mur-

ciélagos y otros inquietos visitantes nocturnos que en el viaje debí soportar, y aunque el frío de la mañana se hace sentir, gracias al sueño durante la noche uno se despierta fortalecido y descansado. Todo era tan diferente a esas calurosas noches de clima caliente.

Cuando el astro rey hizo su nueva aparición nos encontramos en camino al Río Negro, donde deberíamos estar cerca del mediodía.

La ruta era buena y pareja. Las lomas anteriores empezaron a desaparecer, cosa que ocurría al otro lado de la ciudad donde nos dirigíamos.

Tras desayunar en una de las casas del camino, cruzamos el pueblo de Marinilla, el que pasamos teniendo apenas ocasión de ver sus bonitas casas de barro pintadas de blanco. Sus puertas y ventanas mostraban bellos adornos y los balcones alegre colorido. Una limpieza poco común parecía reinar en la pequeña y agradable ciudad, tan acorde con el aire puro y la dichosa natura que la rodeaba.

A la una de la tarde y después de haber realizado uno de los mejores viajes, arribamos a la ciudad de Río Negro, a la cual se ingresaba por un puente de madera que se levantaba sobre el río de igual nombre y era la puerta de ingreso por uno de sus extremos.

El aspecto del lugar era más simpático que el de Marinilla y sus casas más grandes y cómodas. Esto fue lo que comprobé en el hogar del comerciante más importante de esta ciudad.

En mis manos tenía yo una carta de recomendación que me dio el señor Hauswolff dirigida a este comerciante, un notable criollo. El recibimiento que éste me hiciera concordaba perfectamente con la descripción que de él tenía. Todos mis compatriotas ensalzaban su carácter, hospitalidad y benevolencia, cualidades que él mostraba hacia sus invitados y aún seguía manifestando.

Esta amistad con los suecos es importante de valorar, más aún, tratándose de uno de los comerciantes más prósperos y excelente ciudadano no solo de la provincia de Antioquia sino de toda la República; así es como el nombre de don Pedro Sáenz es tan conocido por la solidez de sus negocios y por su excelente atención y amistad.

Una vez instalado en mi habitación, situada en un lugar preferencial y muy bien equipada, fui llamado a comer. El almuerzo siempre se sirve aquí más temprano que en los climas calientes. Cosa importante era la costumbre de servir sopa, que antes no había vivido.

En el transcurso de la comida me presentaron al conjunto familiar, que consistía en la dueña de casa, dos hijas mayores y algunos niños de menor edad. Toda la familia, pero en especial sus componentes más pequeños, se distinguían por la blancura de su piel y el colorido de sus mejillas, cosas que no había notado en Colombia, ni siquiera en los extranjeros residentes en esta nación.

Sin embargo, tal hecho pudiera ser explicado porque el frescor del clima otorgaba una blancura y rubor ya casi imperceptibles en sus propios antepasados. Tal efecto pude comprobarlo en un paseo que realicé por la tarde. En varias ocasiones contemplé caras de niños y mujeres mirando por las ventanas sin vidrios, que me hicieron pensar en que serían un excelente adorno en las ventanas del norte de Europa.

Dejándome llevar por una de las calles más amplias llegué hasta el otro extremo de la ciudad, desde donde un camino se prolongaba hacia una loma cubierta de pasto, en que se levantaba un cementerio. Un muro blanco rodea el lugar, lo mismo que una que otra casa pequeña. Era de una grandiosa hermosura y de un orden y cuidado esmerados. Indudablemente debe admitirse que es uno de los cementerios más lindos que se pueden encontrar.

De regreso a la casa del señor Sáenz encontré a toda su familia reunida en un salón excelentemente amoblado y destina-

do a dejar transcurrir la tarde bajo amena charla. Dicho salón se convertía en una necesidad, ya que debido al frescor de las tardes no era posible reunirse a conversar fuera de las casas, como era la constante observada hasta ahora.

Encontrar un salón de tal exquisitez, enclavado tan al interior de Suramérica, amoblado y decorado con una pompa cercana a la europea, resultó verdaderamente inesperado. Especialmente cuando se comenzaron a contemplar un sinnúmero de espejos, lámparas de colgar, mesas, sillas y un piano de cola. Muebles y cosas que solo pueden haber llegado hasta aquí en las espaldas de los peones. Recordar lo dificultoso del trayecto, que permanecía demasiado fresco en mi memoria, y encontrarse en medio de tal lujo, era algo inexplicable. Era como oír aquel cuento infantil que narraba que luego de recorrer tierras salvajes y atravesar el oscuro bosque se llegaba al castillo brillante y hechizado.

Lo que más me sorprendió hallar fue el inmenso piano de cola. De una parte por la tremenda dificultad que era el traerlo, pues llegar hasta estas tierras con un mueble de tal proporción constituía empresa de titanes; y de otra, porque aún no había logrado ver ninguno de ellos en Colombia.

Consideré que era un lujo innecesario, ya que nadie podía sacar notas diáfanas del instrumento y todo cuanto lograban tocar eran unos ritmos de vals aprendidos al oído, por lo cual el piano desafinado demostraba que se estaba exhibiendo la riqueza del dueño más que las virtudes de aquel.

Pronto el piano cedió su lugar a una caja musical alemana que comenzó a deleitarnos con su bello sonido, la cual no necesitaba de ningún talento para ser manejada, y por lo demás resultaba más adecuada para este país, tanto más si estaban iniciando sus pasos en el mundo del arte.

La noche que pasé junto al círculo familiar resultó muy agradable. Cuando me despedía para retirarme a mi habitación, el dueño me llevó a contemplar un libro semejante a la Biblia que se encontraba sobre una mesa, al tiempo que me preguntaba sonriendo si lo conocía.

La pregunta me sorprendió bastante, ya que la educación y conocimientos de quien la hacía no ofrecía sospechas como la de aquel bodeguero de Juntas, al consultarme si yo era cristiano. Afortunadamente me vi exonerado de responder cuando al abrir la gruesa tapa de cuero quedó al descubierto una hoja con grandes títulos en letras rojas que decían: "El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha".

Lo que ante mis ojos se ofrecía era una pomposa edición, con gran cantidad de grabados, que daba a conocer las aventuras de este universal personaje. Hube de decir que si bien era cierto había leído las aventuras del caballero de Cervantes, no había tenido anteriormente la ocasión de tener en mis manos tal obra escrita en su lenguaje original. Ante esto el dueño de casa me dijo que la llevara a la habitación para poder hojearla, cosa que hice hasta que el llamado del sueño me obligó a cambiar la obra maestra de Cervantes, con sus esquinas de cobre, por la cama, más atractiva con sus sábanas, colchón y frazadas.

A las siete de la mañana me despedí de mi honorable anfitrión, que ya estaba ocupado en su sala de estudio. Otra cosa que resultaba extraña en este país era que aquel tenía una excelente biblioteca compuesta de libros en español, francés e inglés, idiomas los dos últimos que comprendía bastante bien y hablaba de manera aceptable.

Tras recibir los envíos de saludos para mis compatriotas, con los cuales partía a reunirme, dejé esta hospitalaria mansión, y pronto estuve en las afueras de Río Negro. Olvidaba mencionar que esta ciudad poseía una población de seis mil habitantes, algunas casas grandes, muchas iglesias y una hermosa catedral recién levantada. En definitiva se podía considerar a Río Negro, después de Medellín, como la ciudad más importante de la provincia. Su clima era el más agradable, puesto que el termómetro a mediodía raras veces superaba los veintidós grados y a medianoche no bajaba más que hasta doce grados.

En sus comienzos el camino se extendía por un vasto campo con espacios para el pastoreo de animales. Esta zona mostraba cierto bienestar, ya que en todas direcciones podían verse casas

con sus trozos de tierra, rodeadas de jardines, plantíos y campos de maíz, además de algunos animales, protegidos por cercos que deslindaban las tierras de uno con las del vecino. En todo, resultaba ser un paisaje simpático para el viajero.

El camino comenzó a subir por las laderas cordilleranas, ya empezaban a aparecer los ribetes andinos del nuevo tramo. Posteriormente el sendero fue adquiriendo mayor complejidad, por lo que tuvimos que hacer el trayecto lentamente, incluso detenernos en una de las casas encontradas a la orilla, donde se hizo necesario el descanso.

En un principio se tiene una amplia vista sobre Río Negro, Marinilla y toda la planicie hasta los cerros cercanos a Ceja, pero pronto los bosques y la montaña dominan el paisaje. Casi al mediodía llegamos a la cumbre, donde el camino se extendía sobre un plano más parejo y horizontal, en medio de árboles y arbustos que debido a su menor tamaño le daban un aspecto más rígido a la escasa vegetación que existía. Además de todo el frío que hacía, debido a la altura, empecé a darme cuenta de que aún quedaba un tramo por ascender.

Cuando llegamos al cerro de Santa Helena, desde donde se tenía una visión impresionante sobre el valle, nos embargó una emoción de belleza inenarrable. Esto era inmensamente más hermoso que lo observado en Ceja, tanto por la altitud como por la riqueza del cuadro que allá abajo se exponía. Si el valle del Río Negro parece el compromiso del país con la hermosura, el que se me ofrecía a la vista era el paraíso. Desde aquí me parecía uno de los escenarios más bellos en que pudiera descansar la vista humana.

Su descripción resulta imposible, lo que ocurre cuando debemos usar el lápiz en reemplazo del pincel. Como si el borrador de un cuento inconcluso complementara los detalles de una pintura acabada.

Desde ambos costados del mirador se extendían montañas, bosques, paredes rocosas y abismos que formaban un semicírculo en intenso contraste con la uniformidad de la cordillera lejana,

que a medida que avanzaba tomaba tonos de claridad mayor. La vista empezaba a descender por las pendientes y sembrados que alcanzaban tonos de verde claro hasta llegar a los pies de las casas, alamedas y plantaciones que rodean el valle como un anfiteatro que reposa con sonrisa infantil en medio de este jardín ideal.

Como si tuviéramos en las manos un mapa, se ven los prados, arroyos, alamedas, cuevas, bosques, campos de cultivo, plantaciones, casas de campo y chozas, mezclándose en forma tan exuberante que los ojos no saben dónde detenerse y avanzan siguiendo el recorrido del río Nechí que, cual una cinta de plata, descansa a un lado de Medellín, enclavado con sus casas rojas y blancas en el centro del paraje.

El viajero sorprendido desearía solamente extasiarse con tamaño abanico de belleza, pero debe iniciar el descenso, que tendrá como duración cerca de dos horas, durante las cuales este despliegue se desarrolla más cercano y hermoso. Es de este modo como se llega a la contemplación de una gran cascada que, después de recolectar otras menores, deposita sus aguas en el Nechí. Al llegar a un puente situado más abajo comienzan a distinguirse las diferentes especies de árboles y plantíos. Así, se encuentran alamedas, arboledas compuestas por limoneros y naranjales y campos sembrados de plátano, maíz y caña de azúcar.

El aire que en las alturas era frío, ha adquirido un suave calor primaveral y los árboles y arbustos de mayor altura anuncian un clima más suave. A pesar de la impaciencia por llegar pronto al valle, nos detuvimos muy poco, apenas lo necesario para que los caballos tomaran aliento. Dos horas después bordeábamos la antesala de tantos atractivos.

Un sendero con menos pendiente y más ancho, acompañado por altos cactus y flores silvestres nos conducía a la ciudad. Pasábamos por naranjales, dulces y agrios, que con su aroma perfumaban el aire tibio. Pronto las casas comenzaron a encontrarse unas con otras hasta que se perdieron en las calles de la ciudad de Medellín. Pasando algunas que nos condujeron hasta

la plaza principal, se llegaba a una larga y recta donde estaba la residencia del señor Hauswolff, que entonces vivía en una grande y bien situada. Allá llegué a las tres de la tarde, teniendo el placer de encontrar al matrimonio Hauswolff y a dos compatriotas, los señores Nisser y Zimmerman.

Para no interrumpir la descripción de este viaje no me detendré a narrar lo indescriptible de tal encuentro, ni la manera tan simpática de vivir que existía en la casa colombo-sueca. Dejaré estas apreciaciones para una segunda visita, esperando que una estada más larga me ponga en mejores condiciones de analizar tanto a la colonia sueca de residentes como a su cuartel general que era la ciudad de Medellín.

Transcurridos tres días de permanencia aquí seguí viaje hacia el interior, a las ciudades de Antioquia y Santa Rosa, en compañía de un compatriota. En la tarde del 4 de marzo tuvimos cargadas nuestras mulas y dejamos a Medellín para alcanzar a llegar al municipio de Alto Viejo antes del ocaso.

Este último se halla ubicado en la parte norte del valle; luego de pasar un puente de piedra construido en uno de los extremos de la ciudad sobre las aguas del Bocana, se sigue la ruta sembrada por todas partes de árboles que forman una preciosa alameda.

Más distante se encuentra una construcción con base de piedra, un tanto abatida por el tiempo, donde al comienzo de la revolución de la Independencia existía una fábrica de pólvora, que ahora está cerrada, debido a que el gobierno considera mejor monopolizar el producto y comercializarlo por cuenta propia.

Desde este punto se tiene una vista impresionante del hermoso valle de Medellín, donde la ciudad capital muestra sus torres, iglesias y casas con una mejor perspectiva que la tenida desde el cerro de Santa Helena. Abandonando esta altura, el camino se curva a la izquierda pasando por un puente de madera sobre el Nechí, que corre inclinado hacia el noroeste, separándose del que lleva a Alto Viejo, sitio al cual llegamos al tiempo con el ocaso.

Este pueblo está asentado en tierras fértiles, limitadas por el Nechí y por la cordillera que le separa del río Cauca. Se puede considerar como una prolongación del valle de Medellín, y lo rodean grandes pastizales y productivos campos de maíz y bananos. Un arroyo claro buscaba su salida hacia el Nechí.

Todo el lugar mostraba, junto con el bienestar y la amabilidad, una limpieza y cuidado que caracterizan a los poblados grandes de Antioquia y tanta falta hacen a los situados en las márgenes del Magdalena y en las tierras bajas de la costa, donde el clima caluroso —unido a la pereza de los habitantes— ayuda al desaseo y descuido de ellos.

Nos hospedamos en una de las mejores residencias de aquí. Pasamos una noche muy agradable, en conversación amena con los dueños de casa, y aunque el clima no era tan frío como en Rio-negro, se requería estar precavido, por lo cual era necesario andar siempre con ruana y alguna frazada. La primera es un implemento necesario en las ciudades cordilleranas, así como lo es la hamaca en las tierras calientes, hoy convertida en una prenda sobrante.

La ruana también puede ser usada como frazada y resulta una excelente compañía por estas tierras de clima un poco más frío, ya que colgada sobre los hombros no causa molestia, y protege tanto al jinete como a la montura. Además su tejido es lo suficientemente tupido como para evitar bastante el paso del agua lluvia. Encontrar un jinete sin su ruana sería algo verdaderamente inusitado.

A la mañana siguiente, a eso de las cinco y media, estábamos transitando otra vez nuestro sendero, que nos llevaba a Copacabana, un bellissimo municipio, que se alza al otro lado del Nechí, sembrado de bananeras y cañaverales. Frente a este el camino se dividía en dos, uno hacia Santa Rosa y el otro hacia Antioquia.

Tomamos el segundo de ellos, que se adentraba semejando una extensión de la loma del cerro Cantador. Poco a poco este

empieza a hacerse más escarpado, hasta que se llega a su cima, la cual alcanzamos luego de dos arduas horas de subida. En esta cumbre existía un amplio campo, llamado Sabana de Ovejas, nombre que no era exacto, pues no se encontraban ovejas por ningún sitio. Tal vez la altura y el clima serían buenos para la crianza de éstas. Por lo demás, nuestras mulas se acostumbraron bastante bien al clima; al igual que nosotros, que pronto tuvimos que desayunar, pues la altura cordillerana despertó con gran fuerza nuestro apetito.

Tras una hora de descanso, seguimos el viaje. Pasamos por el Cerro Gallinazo cerca del mediodía, desde el cual teníamos una buena vista del valle del Cauca, que verdaderamente opacaba la belleza del valle de Medellín. Quizás éste último presenta mayor riqueza, o atractivo, pero el valle del Cauca es mucho más extenso, sublime y majestuoso. Si bien es cierto que la vista del de Medellín infundía deseos de un pronto arribo a él, la del Cauca era de gozosa admiración, al tiempo que causaba una gran aversión tratar de bajar de estas alturas que tanta belleza presentan.

Hacer una comparación de las visiones relatadas, de Ceja, Santa Helena y esta del Gallinazo, produce una sensación muy parecida a la de un inteligente vendedor de objetos valiosos que comienza ofreciendo sus artículos pequeños, para ir en seguida sobrepasándolos en calidad y tamaño, pero siempre manteniendo en alto el interés del comprador. De igual forma la presencia de este valle es una obra maestra para el viajero. Todo lo que observaba me parecía fastuoso; las diferentes profundidades de los valles me recordaban aquel campo frío situado a un costado de Ceja, la tibieza de Medellín y la calidez del clima del Cauca. Era una verdadera escala.

En Ceja no se producían los frutos de tierras calientes. En Medellín ya se veía prosperar los plátanos, y en el último, recién conocido, se observaban las palmeras. Esto parecía verdaderamente algo natural. De tal comparación se puede subentender que jamás he tenido ocasión de dar una mejor descripción de la naturaleza.

Cerca del mediodía se levantó una delgada neblina sobre las alturas. Al principio era uniforme, entre blanca y gris, que impedía mirar; pero poco a poco se dividía por una débil brisa y al final semejaba pequeñas nubecillas albas flotando alrededor de un cielo nítido. Se deslizaba hasta las profundidades del valle, por entre aquellas inmensas paredes rocosas que se erguían en el horizonte.

Estas formas montañosas permitían distinguir y apreciar la diferencia climática, que dependía de la altura, por lo que iba variando desde lo más alto y frío hasta lo bajo y caluroso. De allí que pudiera notarse que las cimas de zonas heladas generalmente estaban peladas, cubiertas apenas por delgados y finos trazos de pasto, o adornadas con arbustos bajos y espinosos y algunos árboles parecidos a enanitos que extendían sus ramas torcidas.

Más abajo el verdor empieza a mostrar frescura y abundancia. Los árboles resultan ser hidalgos. Cuando llegamos allá al fondo, a lo más bajo, notamos que Ceja y Rionegro han quedado atrás. Encontramos vastos pastizales y numerosos animales paciendo; extensos maizales y bien cuidadas plantaciones que hacen coro a las casas amplias y alegres que se acercan, casi tocándose, hasta finalmente fundirse junto a los pequeños poblados que uno va descubriendo a orillas de los torrentes, ahora con mayor afluencia y belleza.

Finalmente el clima es más caluroso y en los espacios entre los cerros y el valle empiezan a verse las bananeras extensas y los arrozales, sombreados por limoneros y naranjales, compitiendo con el valle de Medellín.

En el centro del lugar, rodeado de álamos, se ve la ciudad de San Jerónimo, que con sus techos rojos hace una grata interrupción a la exuberante vegetación de sus alrededores, y se torna más notoria una vez que se alcanza el valle hondo, reconocido por ese escenario tropical de la caña de azúcar tierna y los enormes cedros que toman su vida de las aguas del ancho río

Cauca, al otro lado del cual se halla Antioquia, con sus paredes y techumbres brillantes que reflejan los rayos solares, anuncio del intenso calor concentrado en el fondo del valle.

Como asustados de seguir tanta belleza, la misma que se prolongaba hasta su desaparición allá en el horizonte, nos limitamos a frenar nuestra hambrienta vista, y nos vimos obligados a regresar a la realidad de nuestro derredor. De ese modo volvimos a encontrarnos en esta cima, desde la que gozábamos tanto con tal cuadro, extendido sin egoísmos.

El placer que sentimos cuando nos pusimos a intercambiar opiniones fue inmenso. Nos correspondió hacer realidad la máxima de aquel autor que dijera: "La contemplación de un paraje bello siempre estará acompañada de la necesidad de exclamar: ¡Ah, qué hermoso paisaje!". La realidad sea dicha, que toda la escena se vio aumentada porque ahora ya no solo se comentaba con un amigo, sino que en vez de hablar con un nativo podía hacerlo con un compatriota y en la lengua natal.

El descanso fue corto y nuestra cabalgata tuvo que proseguir. El descenso nos fue mostrando nuevos mundos de hermosura. Ahora estábamos leyendo en el mismo libro. Aquí entraban en función todos los sentidos. La vista comparaba las distintas especies de plantas y árboles; el olfato se encargaba de la diversidad de perfumes, clasificando los olores del pasto de la cordillera, de los prados más bajos y de los penetrantes que emanaban los rosales, los limoneros y naranjos; y dejando estos para analizar las diferencias climáticas entre la altura y esta zona baja, que ya alcanzaba los matices del verano y pronto ya no se consideraba tan agradable debido al calor que hacía.

Así fue como entretenidos con el paisaje, nuestro descenso se hizo muy alegre y después de haber pasado varias casitas y algún pequeño poblado, entramos a San Jerónimo, donde decidimos interrumpir la jornada, debido al intenso calor que nos acompañaba. De este modo nuestro viaje a Antioquia se suspendió hasta el día siguiente.

Nos dirigimos hacia la casa crucial, en la cual encontramos al párroco y a sus hermanos religiosos, como miembros de una familia que debería estar prohibida por lo numerosa. Luego de cenar ocupamos los lugares respectivos en las hamacas, transformadas otra vez en artículos necesarios, toda vez que la temperatura fácilmente alcanzaba los treinta grados.

Las tierras de San Jerónimo están consideradas como de las más fértiles y son muy conocidas por las excelentes cosechas de arroz. Sus casas presentan fachadas graciosas pintadas de blanco, con puertas y ventanas de colores muy fuertes. El lugar, después de acostumbrarse a su calor, es uno de los más simpáticos de la región.

Serían cerca de las seis de la mañana cuando ya estábamos montados. Habíamos cambiado nuestras mulas por caballos, pues el camino no se adentraba por montañas, así que muy pronto perdimos de vista al Gallinazo y la perspectiva del valle del Cauca.

La actual vista, si bien no resultaba tan amplia como la de ayer, era también agradable y dejaba frente a mí la gran ciudad de Antioquia, con su soberbio paisaje que hacía relucir con mayor fuerza los sectores ricos de la ciudad, todo ello acompañado por la salida del sol que ya hacía sentir sus fuerzas. Nos detuvimos a descansar brevemente bajo la sombra de un enorme cedro cuya copa era tan grande que perfectamente podría haber dado sombra a un escuadrón completo. A las nueve de la mañana llegamos a la margen derecha del río Cauca, que con velocidad uniforme transportaba su masa de agua gris y amarilla por entre sus bajas playas.

Este lugar, pese a ser llamado Paso Real de Antioquia, no está de acuerdo con su nombre. La anchura no es excesiva, pero al no existir puente ni balsa, debe hacerse el paso a la otra orilla a bordo de una embarcación impulsada mediante dos remos totalmente deformados, en la que solo pueden ir personas y no animales. Estos deben realizar el cruce a nado, para lo cual se les une con un cabestro a la barca.

Apenas entramos al agua nos cogió la corriente que llevaba una velocidad poderosa, por lo cual debíamos hacer grandes esfuerzos, al igual que las cabalgaduras, para no ser arrastrados. La navegación duró algunos momentos y cuando al fin llegamos a la orilla opuesta, resultó que nos encontrábamos por lo menos a unas cinco veces la distancia del lugar del embarque respecto del de desembarque del ancho del río.

Una vez cargados nuestros caballos, reanudamos el viaje a través de una ruta ancha y pareja que pasaba por lugares de abundancia y bien cuidadas plantaciones de azúcar, arroz, plátano y maíz. Las casas estaban sombreadas por frondosos árboles: cedros y palmeras, además de algunos limoneros y naranjos agrios.

Después de una hora de cabalgata llegamos a Antioquia, bañados en sudor, casi al filo de las doce y nos dirigimos a recibir la hospitalidad de un comerciante criollo, de nombre Fermín.

Dicha ciudad, también llamada Santa Fe de Antioquia, está situada en la margen izquierda del Cauca. Tiene cerca de cuatro mil habitantes y hasta el año de 1825 fue capital de la provincia. Posee cuatro iglesias, además de hermosas y grandes construcciones. Muchas de sus casas tienen amplios patios plantados de árboles. Su clima es caliente y muchas veces el termómetro supera los treinta y cinco grados. A pesar de esto, es un sitio saludable, mucho más sano que las orillas del Magdalena, y el aire no es tan húmedo como en éstas.

No se encuentra mayor cantidad de mosquitos, y así, al no necesitarse mosquitero, es este lugar uno de los más agradables de tierra caliente. Un pequeño río, el Tonusco, recorre la ciudad, a la vez que la provee de agua. Su corriente es tan impetuosa, que fuera de los bueyes no hay otros animales capaces de atravesarla.

El comercio no tiene gran importancia y todas las mercancías deben ser traídas desde Zaragoza o Juntas. De ahí que han proyectado abrir una ruta desde el golfo Darío, * a través del

* Golfo del Darién (N. del t.).

río Sucio, por el cual se podría solucionar el problema del transporte.

Tan importante plan parece que no se realizará pues el Congreso no quiere permitir esa comunicación porque piensa que se abriría un sendero que puede ser aprovechado por los españoles. Si el gobierno tomara en cuenta tal aspecto defensivo y se hiciera extensivo a todo el país, habría que proceder a la destrucción de todas las ciudades y pueblos que se encuentran en las riberas del Magdalena, ya que ante la imposibilidad de secar este para evitar la invasión española solo quedaría la solución de la destrucción de los poblados. No se puede negar que las razones del Congreso van demasiado lejos y negar las posibilidades de desarrollo por el solo argumento de que puede ser usado por el enemigo, termina siendo una locura tan grande como la justificación. Es como si un general no llevara sus cañones al campo de batalla porque podrían caer en manos enemigas y ser usados más tarde contra sus propias fuerzas.

Nos quedamos un día más en Antioquia, y de ahí salimos al amanecer del 8 de marzo en dirección a Medellín, pasando por Santa Rosa. Cruzamos el Cauca por el mismo punto anterior y al encontrar un desvío del camino tomamos la ruta de Sopetrán.

Una serie de plantaciones fueron quedando a nuestras espaldas, y llegamos a dicho pueblo cerca de las nueve de la mañana. Entregamos los caballos a fin de ser reemplazados por mulas, ya que para el sendero montañoso que nos esperaba eran de mayor provecho estas últimas. Descansamos unos instantes en Sopetrán, que nos pareció muy semejante a San Jerónimo.

Una vez reanudada la marcha, el camino comenzó a tomar un carácter de subida muy pendiente, a través de un cerro cubierto de verdor que nos acompañó por espacio de una hora. Aquí arriba ni un árbol o arbusto impedía la vista hacia el Valle, Antioquia y el Cauca, así como a Sopetrán, San Jerónimo y el cerro Gallinazo.

Si no nos hubiéramos alegrado íntimamente de las bellezas que se presentaban ante nosotros, nos quedaría el consuelo de que en cada tramo donde debíamos hacer descansar las mulas

quedaba la posibilidad de gozar observando el paisaje, ya que a cada instante se descubría un nuevo detalle. Finalmente llegamos a las alturas que estaban protegidas por la sombra verde de las copas de los árboles, la misma que nos impedía extender a mayor distancia nuestra visión. Así caminamos hasta que nos detuvimos en una pequeña casa solitaria, donde el calor era menor, ya por la altitud o por los árboles que la rodeaban y protegían.

Después de que almorzamos y nos refrescamos seguimos avanzando. La ruta era bastante escarpada, con muchas curvas y recovecos, que nos hizo recordar el camino entre Juntas y Ceja. De modo que en varias ocasiones tuvimos que apearnos para que las mulas lograran avanzar, ya que de otra manera no hubiera sido posible hacerlas caminar por entre tantas piedras y dificultades.

La situación duró hasta cerca de las tres de la tarde, cuando el plano volvió a ocupar nuevamente su puesto. Transcurrido un pequeño lapso, el sendero comenzó casi imperceptiblemente a descender, llevándonos hasta unas casas que daban nombre al sitio de Santo Domingo.

Como albergue tomamos una choza pequeña, en donde, tras comprar maíz para las mulas y algunos huevos para nosotros, nos dispusimos a reemplazar la comodidad de las camas de cuero por la nueva cama de hermanos apretados en gran estrechez. Por supuesto que el frío nos impidió dormir bien. El tiempo estaba tan helado por la mañana que apenas faltaba un paso para formarse la escarcha. Esto se comprueba llevando el termómetro al punto de congelación, para lo que ayuda mucho el rocío matinal que forma en el suelo pequeñas capas de escarcha.

Imposible sería negar que en esta provincia no puedan conocerse en un mismo día todos los tipos posibles de clima. Aquí cambiar de temperatura es como encender o apagar un horno, ya que quien desea desayunar en una habitación bien tibia, almorzar en un comedor atemperado y pasar la noche en un dormitorio helado, necesita solamente hacer el viaje que nosotros hemos realizado: desayunar en Antioquia, almorzar en una casa monta-

ñesa y dormir en una de Santo Domingo. De esta manera no tendrá que preocuparse de corrientes ni de humo, de falta de apetito ni de ganas de dormir, pues el ejercicio le ayudará a vencer algunos de esos deseos.

Ahora bien, analizado desde un punto de vista filosófico, el viaje no tendría tanta atracción si no se viviera la experiencia de conocer tal variedad de climas y tanta exuberancia natural.

Muy temprano abandonamos la choza y después de bajar algún trecho por los cerros húmedos nos encontramos frente al Valle de los Osos, en medio del cual está situada la ciudad de Santa Rosa.

Todo el valle está cubierto de minas de oro que fueron clausuradas. En algunas se continuaba trabajando, aunque a niveles mínimos. La soledad del paraje encuadraba la búsqueda de ese esquivo metal precioso.

La vegetación era escasa, solo se encontraba un pasto delgado, seco y muy de vez en cuando algún arbusto doblado por la acción del tiempo, como soportando una enorme carga. Las lomas altas están absolutamente limpias de vegetación y tienen hoyos cavados por todos lados que muestran al viento su tierra amarilla, con tonalidades de greda, de donde sacan la arena que emplean para descubrir el oro.

Por el momento diré que este trabajo ya no es tan fructífero como pudiera creerse. En general se puede decir que los buscadores de oro no son los más ricos de la provincia sino muy por el contrario.

Una vez atravesado el río Chico, cuyo curso que domina el valle trajo una agradable interrupción a esta sequedad del paisaje, alcanzamos la ciudad de Santa Rosa, cuyas casas no estaban tapadas por bosques ni nada que se les pareciera.

Cuando habíamos atravesado la mayor parte de la ciudad, nos detuvimos frente a una de las casas más elegantes, donde fuimos recibidos por su amable dueño, el que al saber quiénes

éramos nos atendió con excelente comida, que vino a aplacar el apetito surgido tras la larga espera y la bondad del clima.

Con un poco más de mil habitantes, es una ciudad hermosa, aunque pequeña. Su ubicación es una de las de mayor altitud del país, como que está a nueve mil pies sobre el nivel del mar. Por supuesto el clima es frío y el termómetro jamás pasa de los veinte grados al mediodía, pero por las noches baja más allá de cero grados.

Durante la temporada de lluvias y temporales los rayos suelen causar más de un accidente. Por su escasez vegetativa debe traerse hasta acá la mayor parte de los alimentos. Su único artículo de valor es la arena de oro. Es casi seguro que esta debe haber sido la razón de la fundación de una ciudad con características tan limitadas.

Cuando ya habíamos recuperado las fuerzas reanudamos la marcha para dirigirnos hacia Medellín. Al pasar algunas casas entablamos conversación con un viejo que vivía del lavado de oro y cuyo tema favorito eran las minas, vetas, oro, etc. Aproveché la oportunidad para mostrarnos un poco de arena aurífera guardada en una bolsita de cuero que escondía en un viejo armario. Este último además de una mesa y unos pocos asientos componían los muebles de esta vieja casa. Compartía sus pertenencias y las horas con otro minero, de edad avanzada, avaro y solitario, que era su propio yo, y se acompañaba de algunos trabajadores que tenían a su cargo el laboreo de la mina.

Debimos soportar una noche tan fría como desagradable, por lo que sentimos cierto alivio cuando emprendimos nuestro camino en dirección a los pueblitos de Trinidad y La Pastora, que eran residencias de mineros y de sus patronos. Estos últimos permanecían cortas temporadas, ya que solamente venían acá para supervisar el trabajo, y su estada dependía de ello.

Por la tarde nos entrevistamos con uno de los capataces de la mina, el cual ordenó a uno de sus obreros que nos hiciera una demostración de lavado de oro.

Para esta labor se usa un plato grande de madera, llamado batea, con un diámetro de unos cincuenta centímetros, donde se deposita la arena. A continuación le echan agua encima y empiezan a hacer movimientos circulares, con los cuales se van separando las partículas de tierra. Algunas resbalan y se deslizan por fuera de la batea mientras que la arena más pesada permanece en el centro o va depositándose en el fondo.

La operación de agua y movimiento circular se repite hasta que solo quedan arena y tierra, de un color gris oscuro, entre las que se separan las partes brillantes, que son el oro, con la sola inclinación del plato de madera. Claro que la cantidad recogida es verdaderamente insignificante comparada con la gran porción de tierra que se coloca en él para limpiar.

El valor de todo este trabajo no alcanza a un real. La arena que se ha escurrido también tiene su valor, que alcanza a unas cuatro o cinco piastras por cada veinticinco libras de peso. Como descripción general diré que el único artículo de exportación de Antioquia es el polvo y la arena de oro.

Volvimos a pasar una noche helada en Trinidad, pero continuamos hacia Medellín, por una zona cubierta de bosques que bajaba hasta el valle, sobre el que se deslizaba el río Grande, cuyo torrente pasa por entre inmensas rocas que aglutinan y compactan sus masas de agua. En uno de esos sitios funciona una mina de sal bastante rica, que produce unas setenta y cinco libras de sal por día.

Desanduvimos un trecho más de camino, pasando por un puente desde el cual podía verse la fuerza de las aguas y la imperfección de este. De allí que en lugar de dinamitar rutas hayan pensado en abrir nuevas brechas transitables, que ayudarían además a llegar al fondo del salto que debe contener mucha arena de oro.

El sendero comenzó de nuevo a ascender. Atravesamos un paisaje bello hasta que en las horas de la tarde llegamos a San Pedro, ubicado en la cima. Descansamos unos instantes y co-

menzamos el descenso por El Cantador, el mismo que tres días antes habíamos subido, solo que un tanto más desviado hacia el flanco derecho.

Después de dos horas de constante zigzaguo, tomamos nuevamente el sendero en dirección a Alto Viejo, ciudad que pasamos algo antes del ocaso.

Bajo un cielo estruendoso, señal de aviso de un próximo temporal, hicimos nuestra llegada. Envueltos en ruanas e iluminados por los intensos relámpagos, a las siete de la tarde estábamos caminando por las calles de Medellín.

CAPITULO XIII

MEDELLIN

A los pocos días de nuestra llegada a Medellín apareció el señor Hauswolff, proveniente de Remedios, y luego el señor Plageman que venía desde San Bartolomé. Así empezaron a reunirse todos los suecos que estaban en esta provincia. El conjunto era extraño, pero se aumentó con dos compatriotas más que venían para Colombia y se encontraban próximos a llegar. Ellos eran el Capitán Greiff y su señora.

Fue así como el 11 de marzo nos dirigimos todos en grupo, a caballo, por el camino hacia Rionegro para recibir a nuestros viajeros, tan esperados como bienvenidos. A lo lejos, casi en la cúspide del cerro de Santa Helena, comenzamos a distinguir la caravana que devoraba las curvas de la ruta. En la mitad de la senda nos reunimos con ellos.

Un encuentro de esa índole con compatriotas, anteriormente desconocidos, tan lejos de la patria, es algo que emociona; comparable al encuentro largamente postergado con un familiar, tanto que éste llega a resultar casi desconocido. Por supuesto que no se necesita demasiado rato para que el protocolo quede olvidado, a raíz de la natural confianza que se despierta. Parece que existiera esta desde mucho tiempo atrás. Así, antes de grabar en la memoria los rasgos y gestos del rostro, uno se da a la tarea de conocer sus voces.

El encuentro se inició con una charla que era más bien un cuestionario, pues se desarrollaba entre preguntas y respuestas

acerca de la patria tan lejana y recordada; conversación que se veía interrumpida con las expresiones de admiración por el paisaje que proferían los recién llegados. El viaje seguía en dirección a la ciudad, adonde llegamos en las horas de la tarde, atravesando un cerco de curiosos que miraban sorprendidos, desde puertas y ventanas, a la comitiva que ingresaba, en la que les llamaba especialmente la atención "la señora extranjera".

De modo que ahora la colonia sueca se veía aumentada con dos nuevos miembros y estaba formada por ocho personas, pues además habitaban en la casa un sirviente y un herrero suecos, una niña inglesa y una muchacha de Escania que acompañaba a la señora de Greiff. Quien aparentemente decidía en este dúo la situación legal, parecía ser el marido, pero en la práctica daba la impresión de que ella era quien había impulsado determinada acción. No existiendo entre ellos problemas de tipo económico, ni reproches de ninguna de las complicaciones que, se supone, trae el matrimonio.

Al ver la colonia tan numerosa, sentíamos que nada nos faltaba para hacer una vida que se asemejara a la sueca. Durante todo el tiempo el grupo estuvo reunido en la casa y en otros sitios de Medellín, lo que permitía la compañía habitual de todos los compatriotas, con la cual le parecía a uno trasladarse a Suecia, a lo que ayudaban el clima y los hermosos parajes que rodean a esa ciudad, donde se goza de la región natural más agradable de Colombia.

Puedo decir que, en cierta medida, estábamos habitando en ambos países, ya que durante el día organizábamos un paseo hacia algún rincón del valle o por la ciudad, o bien una visita a alguna casa familiar; es decir, nos colombianizábamos. Pero durante las jornadas vespertinas en la casa, el modo de vivir, las ocupaciones, los pasatiempos y el idioma nos transportaban a nuestra querida patria.

El señor Hauswolff poseía varios caballos, lo que nos permitía realizar habitualmente excursiones, más o menos largas, hacia diferentes lugares. Conocimos un sitio cuya hermosura

sobrepasó todos los límites, por lo que unánimemente decidimos que Envigado, pueblo ubicado a dos horas de camino en dirección al sur de la ciudad, por su paisaje incomparable, era uno de los sitios del mundo de mayor belleza.

El río sigue un camino que pronto se separa del que lleva al pueblo, y mientras comienza a subir, el río se va quedando abajo; de allí que el poblado esté más arriba que la ciudad, lo cual nos ofrece una vista mucho más amplia y libre. Nos dirigimos hacia un connotado criollo de apellido Santa María, desde cuyas tierras se lograba gozar, en su máxima dimensión, del panorama.

El valle en este sector es algo estrecho. Está formado por las pendientes que bajan de los cerros, alrededor de los cuales buscan su unión con el río, que se enlaza con ellos. Por tanto, la vista que recorre el valle, si bien es bella, resulta un tanto limitada. Al seguir los ojos el curso de las aguas del río empieza uno a sentirse más libre, ya que este inicia una ruta que se amplía y hace más ancha, llegando sus vueltas a abarcar todo el valle. Al final la vista se deleita con la gama de colores que se le brinda.

El valle me recuerda una quilla de barco. Sus costados están formados por los cerros; en su cúspide está Envigado, y en su base, Medellín. Sus casas rojas, y verdes alamedas limitan por un costado el paisaje alegre de prados, arboledas, sembradíos, arbustos y pueblos desparramados a ambos lados de la cordillera bañados por las curvas del río. Esto nos hace sentir que nada falta para que sea el lugar ideal y fomenta el deseo de vivir y morir en esta libertad. Si no es así, al menos hará surgir el siguiente interrogante: "¿Será posible encontrar un paraje más hermoso en la tierra?"

Al observar ese jardín sombreado por limoneros y naranjos y la abundancia de frutas exóticas y deliciosas como la piña, el mango, la chirimoya, no sería aventurado sospechar que aquí pudo estar ubicado el Edén, tanto como en Mesopotamia, y que nuestros primeros padres pudieron haber sido americanos lo

mismo que asiáticos, sobre todo viendo la existencia del cuerpo del delito del Paraíso: el fruto prohibido, que con tanta abundancia y riqueza se da acá.

La chirimoya es una fruta grande, parecida a un melón verde. Su pulpa es blanca y blanda, con un gusto mezcla de fresa silvestre, crema y azúcar; posiblemente es la fruta más deliciosa del mundo. Con seguridad Humboldt hubiera dicho: "Valdría la pena un viaje a Suramérica por el solo hecho de comer chirimoya".

Mas para probar y tocar los excelentes frutos que se producen en el trópico no teníamos necesidad de hacer nunca una salida, ya que la casa del señor Hauswolff nos lo ofrecía todo, pues era una verdadera casa-quinta. La calle que nacía de la plaza mayor, frente de esta casa, se convertía en una abundante alameda lo que daba lugar al paseo más elegante y concurrido de Medellín.

La casa contribuía mucho a ello, y desde sus ventanas se podía contemplar, durante los domingos, a casi toda la gente de mayor edad de la ciudad caminar por este bello paseo. Al otro lado de la casa estaba el jardín particular, que por su construcción, conservación y calidad era interesante y hermoso. Podían distinguirse plantas de interior del norte de Europa, junto a las más bellas, enormes y abundantes de América del Sur.

El exotismo estaba presente en todo. Podía verse una siembra de papas al lado de una de piñas, mientras que el campo de frijoles limitaba con la siembra de melones, y el perejil se cobijaba a la sombra de un pimiento. El azúcar tenía su sitio entre los yams y las raíces de arracacha. Mis ojos tropezaban con limones, naranjas y mangos. Estos últimos son una fruta larga y amarilla, de cuesco grande y carne anaranjada y fibrosa protegida por una cáscara elástica. Dicha pulpa tiene un sabor dulzón y su olor semeja al de la trementina. Con mucha razón está considerado como uno de los frutos tropicales más finos y saludables.

El café no podía estar ausente. El plantío era extenso y sus granos me recordaban a las guindas. Un tanto separada había

una pileta de baño, levantada con piedras y alimentada por un pequeño hilito de agua que recorre todo el jardín. El agrado sube de tono cuando se ve que esta construcción está protegida y semicubierta por un enorme rosal.

En pocas palabras, nada parecía faltar en este jardín. No hacía más que seguir pensando que todo lo visto era uno de los sitios más agradables del mundo.

Medellín, la ciudad capital de Antioquia, está situada al lado derecho del río Nechí, casi en el centro mismo del valle que este recorre. Un torrente menor, el Bocaná, se lanza a través de las faldas del cerro de Santa Helena, cruza la ciudad y lleva el agua fresca y cristalina que llena la fuente de la plaza, para pasar por las calles de la ciudad en pequeños hilos, ayudando a la limpieza de su presentación.

Las calles, por su trazado, se cortan en ángulos rectos, y en su mayor parte están cubiertas de piedras y provistas de aceras angostas. Las casas son generalmente de un solo piso, aunque existen algunas de dos con sus respectivos balcones, todas cubiertas con techos de tejas y hechas de adobe, mezcla de tierra y barro. La madera no puede ser muy usada pues es carcomida por los insectos, lo cual hace que se deban reconstruir cada cierto tiempo, cosa que no las hace muy económicas.

La ciudad tiene siete iglesias, una de las cuales posee un órgano; un convento de monjas llamado Santa Clara y una casona de piedra, además de un colegio. Su población llega a las nueve mil personas que en gran parte son comerciantes. Las clases más pobres están formadas casi en su totalidad por nativos, y negros casi no se ven.

El clima es templado y el termómetro, en las temporadas secas, no pasa de los veinticinco grados, y en períodos de lluvia, de los veinte grados. En las épocas de sequía no existen nubes en el cielo, mientras que en las de lluvia no es raro creer que las nubes que acarician los picos de la cordillera vendrán a descargar sus masas de agua antecedidas por truenos.

Infelizmente, demasiado pronto se llegaba a conocer los cambios del clima, de modo que nunca lograban sorprendernos, ya que teníamos el cuidado suficiente de no desprotegernos. Esto hacía que, con gusto, en las mañanas estuviéramos vestidos de manera liviana, con ropas de lino, que cambiábamos por unas de lana cuando se acercaba la hora de la comida.

El frescor de la noche, aunque no alcanzaba a los fríos que tuve que soportar en Rionegro, asegura un sueño plácido y sin transpiración. La preocupación por los mosquitos no existe, lo que lleva a decir, precipitadamente, que nada se encarga de molestar las noches.

Sin embargo, fácil resulta engañarse, pues aun cuando no se encuentran ni mosquitos ni murciélagos, aparecen otros perturbadores, a saber, las pulgas y chinches, las cuales, sin entrar en ninguna investigación entomológica, puedo decir que son las mismas que nosotros conocemos; su forma y gustos coincidentes me permiten asegurarlo.

Por supuesto que, como en todas partes, estos insectos son consecuencia del desaseo y del descuido de piezas y dormitorios; situación que es más molesta en las casas de los campesinos que en las de los adinerados de la ciudad. Pero el caso grave lo representa un insecto llamado nigua, que se agarra en la planta de los pies, entre los dedos y las uñas. Una vez instalado, se dedica a colocar sus huevos, que al empollar, pueden producir una buena cantidad de gusanillos (hongos), los que con sus constantes esfuerzos perforan la piel, llegando hasta los huesos y produciendo una inflamación que, si no es tratada a tiempo, puede degenerar en gangrena. El intruso es fácil de sacar al principio, pero si no se elimina a tiempo, se torna bastante peligroso.

Este fue uno de los motivos por los cuales los españoles en su primera invasión a la provincia fueron perdiendo sus vidas ya que como no conocían las niguas ni sabían cómo tratarlas para su cura, se fueron pudriendo sus huesos. En el tiempo actual no se corren tales riesgos, pues apenas hallado el insecto se saca con un cuchillo; él mismo delata su presencia por el escor que produce.

También esta tarea suele dejárseles a los nativos, ya que éstos, con habilidad y maestría, descubren y destruyen esos nidos infecciosos. Sus implementos quirúrgicos consisten en un alfiler y un cigarro encendido. Luego de hacer una minuciosa búsqueda en la planta y en los dedos, comienzan a abrir un hueco hacia el fondo del nido. Su profundidad dependerá del tiempo que haya tenido para su germinación. Una vez localizados, se extraen los insectos con la cabeza del alfiler y luego se saca el resto de sangre dañada que queda. Hecho eso, aplican la punta del cigarro encendido a la herida; la ceniza y esa cicatrización se encargarán de destruir los huevos que puedan haber quedado.

Como en el interior del país, el comercio de Medellín no puede considerarse insignificante; debe ser visto como un depósito para la mayor parte de la provincia. Las casas extranjeras de comercio casi no existen, pero sí una buena cantidad de ricos comerciantes criollos que consiguen sus artículos en Cartagena o Santa Marta, o viajan a Jamaica para adquirirlos.

Un viaje de esos no es posible realizarlo en menos de cuatro meses; equivale a lo que para nosotros supone desplazarse a América. Por ello el comerciante se da ínfulas de "haber estado en Jamaica", con una ostentación superior a la de algún comerciante nuestro que pueda jactarse de haber viajado a Londres tomando la ruta de Hamburgo. Sin embargo, los productos se encarecen demasiado debido al transporte. No obstante, hace su aparición una cantidad inesperada de artículos europeos. Es así como las bodegas comerciales de la plaza mayor, si bien no tan ricas y surtidas como las de Kingston, se ven llenas y coloridas, lo que explica el lujo que muestran las clases pudientes de la ciudad.

Entusiasmados con la idea de vestirse al estilo de sus compañeros de la Costa, los habitantes de Medellín tienen muchas y mejores ocasiones de hacerlo, ya que el clima templado les permite usar ropas y prendas que más se acercan a lo que es la moda europea, mientras que los costeños, en sus grandes fiestas o en las procesiones religiosas, sudan copiosamente y no pueden hacer del frac su vestido habitual. Acá ocurre lo opuesto, ya que

el calor permite usar tanto ropas de lana como de lino. Por eso, de las personas elegantes se dice que "usa ropa de paño", lo cual suena idéntico a nuestros piropos al hombre bien vestido.

f Ver jóvenes mostrando ropas tan ricas como las europeas, no sorprende; y para un petimetre de Medellín es importante, si desea causar sensación, llevar un sombrero de Europa, usar botas inglesas o francesas y un traje confeccionado en el exterior, ya que los sastres y zapateros del lugar no se caracterizan por la perfección de sus acabados. Estas extravagancias no pueden dar lugar a que se las tache de esnobismo, ya que están por debajo de los caprichos de nuestros jóvenes que mandaban su ropa a lavar a Inglaterra para tenerla "fascinadoramente impecable".

2 En reemplazo de la ruana se usa una capa oscura, algo más corta, que permite echarse una de sus puntas sobre los hombros, con lo cual se facilitan las posibilidades de saludar a los demás, y de deshacerse de ella al llegar de visita a una casa, ya que conservarla en una habitación es considerado como muestra de mala educación.

Por su parte, la ropa femenina, muy usual en las tierras bajas, consiste en vestidos de mangas cortas confeccionados de telas de algodón, muselina o seda, unidos a un pañuelo de diverso tamaño. Para las ceremonias en la iglesia llevan una falda negra de seda, y sobre sus cabezas una prenda que causa muchas sorpresas. Es un sombrero con una copa redonda y alas anchas, como los de algunos campesinos de Escania, pero tan pequeño que descansa en la parte superior de la cabeza. Entre el sombrero y el cuello llevan atado un velo azul y transparente que cuelga por la espalda y los hombros, tapando el cuello y las mejillas y dejando solamente una pequeña abertura por la que pueden verse los ojos.

Hombres y mujeres usan durante el tiempo de lluvia, encima y protegiendo los zapatos, unas botas de agua confeccionadas con un fondo grueso de madera que se amarra por encima del

empeine. Algo semejante se usaba en Inglaterra. Impropiamente el apelativo se trasladó al calzado llamándolo burlescamente "suecos".

El modo de vivir guarda apreciables diferencias con el resto de las provincias bajas y calurosas, que se aprecian más en el número de las comidas y en su preparación.

En tierras calientes basta comer dos veces al día, es decir, desayuno y cena. Acá se hacen tres o cuatro comidas diariamente, y como se sirve almuerzo al mediodía, es necesaria la cena nocturna. Esta distribución de las comidas se parece mucho a la usada por nosotros, aunque en su preparación no se parecen ni a las suecas ni a las inglesas ni a las francesas. Con relación a la extraña mezcla de artículos y al modo de servirlos, se parecen mucho más a las comidas preparadas por los niños cuando se les da cierta cantidad de alimentos para sus juegos, en los cuales lo importante no es la calidad sino la cantidad. Por esto la descripción debe ser bien detallada para que no pierda interés.

Se empieza a comer después de las ocho de la mañana y el comienzo está enmarcado por no menos de cuatro platos diferentes, para lo que se necesitará cuchillo, tenedor y cuchara, ya que el primer plato es sopa.

La sopa de pan consiste en pan de trigo mojado en agua, pimienta, cebolla y grasa de cerdo, todo freído y hervido formando una cosa intermedia entre sopa de leche y papilla. Luego sigue un plato de carne frita, hervida anteriormente, que se corta en pequeñas tiras para ser freídas en grasa de cerdo. Este verdadero producto químico tiene un olor, sabor y color que en nada se parece a la carne de res. En seguida se comen huevos fritos, que nadan en un mar de grasa oscura, acompañados de delgados trozos de plátano, que con su carne rosada hacen un contraste con el castaño oscuro y el blanco de aquellos. Para finalizar llega una taza de chocolate con harina de maíz, que se le agrega para hacerlo más espeso y el cual se sirve caliente, recién salido de la olla, acompañado de plátanos cocidos en la ceniza. Toda la comida se pasa con una jarra de agua fría.

Avanzando el día se toman las onces. Un plato de frutas: piña, chirimoyas, naranjas, limones dulces, etc., y luego un trago de aguardiente, ron o coñac.

La comida —podría decirse el almuerzo— se sirve a las dos, comenzando con sopa de arroz y carne; a falta de esta se emplea manteca o la tan temible grasa de cerdo, que juega un papel importante en la cocina colombiana, así como la mantequilla en la nuestra. Después se acerca una olla con la sopa, que se sirve en tazas. Le siguen las frituras, que muchas veces consisten en pavo o gallina, las que también se pueden reemplazar por la grasa de cerdo untada.

A continuación un plato de frijoles en salsa blanca, aliñados en aceite y vinagre. Para el final se deja la carne asada, pero no se crea que tiene la presentación normal de la carne, ya que trozos tan grandes jamás dejan los carniceros, aunque sí lo hacen con los huesos. Tampoco podría decirse que se trata de un "Rostbeef" inglés, o un "Róti" francés, untado en salsa blanca o preparado en otra forma. Lo solo uniforme de las tajadas fritas son las quemaduras; la manteca de color amarillo claro que baila en sus costados nos hace decir cualquier cosa de ella; por lo menos a la carne no se le puede quitar el mérito de reunir a su alrededor una gran cantidad de mezclas extrañas e imposibles de reconocer.

Le ha tocado el turno a un plato llamado mazamorra, palabra usada para distinguir una mezcla parecida a la papilla, pero que en este caso significa una sopa espesa con granos de maíz, agua y leche. El postre consiste en dulces y conservas fabricadas con miel, azúcar, etc., que se comen con queso. Las conservas más comunes son las de piña, preparadas en miel y azúcar y siempre acompañadas con una gran jarra de agua helada.

Se vuelve a servir la comida entre las siete y ocho de la noche, y al comienzo se parece al desayuno. Se pone sopa de pan, carne picada o frita, huevos fritos y chocolate, reforzado esto con mazamorra y conservas. A esta hora se acompaña todo con dos clases de pan, pan de trigo y arepas. El primero se parecería mucho al nuestro si fuese menos ácido y tuviera algo más de sal.

Este pan se consigue en diversas formas, ya sea blando o duro, este último bajo el nombre de bizcocho. El pan de maíz—arepa— se hace en las mismas casas, y resulta ser la más complicada de las tareas domésticas. Se deben mojar los granos de maíz y colocarlos en un mortero donde se les suelta la cáscara. Luego se limpian y colocan en una olla para sancocharlos.

Se les ralla y al agregarles agua se forma con todo una masa gruesa, a la que se le da forma de tajadas planas y redondas. Finalmente estas son horneadas encima del fuego en una sartén de greda. Lo que quita bastante tiempo es el rallado, ya que el grano de maíz es duro. Por eso al observar a una indígena sudando, de pie, durante más de una hora y agachada sobre la piedra en el corredor, preparando la masa para el pan de la comida siguiente, no parece que exista nadie que personifique mejor la idea de: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Cuestión que adquiere importancia en este país donde nadie parece tener noticias del Juicio Final.

Aparte de la diaria compra de los alimentos, cada viernes la población tiene un mercado, con muchas más mercancías, instalado en la plaza mayor, al que concurre mucha gente de los lugares más apartados de la provincia. Junto a los productos típicos de la mesa, como el arroz, trigo, plátanos y frutas, se pueden adquirir otros manufacturados, como fuentes de greda, pitas, alpargatas, sombreros, alfombras, cajas de paja y ruanas.

De los sombreros de paja hay un tipo fino que cuesta hasta ocho piastras y está hecho de la hiraca, que es una planta de palma, los cuales son tan fuertes como livianos, aunque no de tanto valor como los que vienen de Guayaquil o Panamá, los jipi-japa, que se compran con doblones o con dieciséis piastras, pero que son indestructibles.

Las ruanas varían de color y finura, por lo que se puede elegir entre las que valen cuatro o cinco piastras o las que su valor debe pagarse en doblones. Estas últimas no son vendidas en la plaza, sino en las bodegas adyacentes a ella. Las de mejor calidad provienen de Méjico y son muy buenas; tanto, que sus colores resisten todos los climas.

También se encuentran para la venta caballos y mulas. Todos los viernes se reúne en esta plaza una diversidad tal de personajes y mercancías, que resulta una obra tan variada como interesante, que muestra un mapa con todos los tipos de habitantes de la provincia, sus animales, obras naturales y los productos artísticos que nacen de sus manos.

La provincia de Antioquia, ubicada entre los grados sexto y octavo de latitud norte, limita al este con el Magdalena y al oeste con la Cordillera Occidental de la provincia del Chocó. Hacia el norte y el sur, sus límites son mucho menos definidos, ya que se encuentran las provincias de Mompós y Mariquita, Cartagena y Popayán.

Se halla cruzada por la rama media de los Andes que va a perderse en el extremo sur de la región, formando uno de los paisajes más montañosos de Colombia. Desde sus alturas heladas bajan hacia el Magdalena y el Cauca diversos torrentes, que por su fuerza y tamaño no logran contribuir a facilitar el transporte en la provincia, a lo sumo entregan sus aguas a los dos ya mencionados, los que sí ayudan a la comunicación interna del país.

Entre los torrentes más notables figuran el Rionegro y el río Verde que se unen bajo el nombre de río Nare al Magdalena, el que más abajo recibe los caudales del Regla y el Cimitarra. Al otro lado del lomo cordillerano se unen las aguas del río Grande y el Porce con las del Nechí, que después va a caer al Cauca. Desde la cordillera oeste bajan además del Bocaná numerosos raudales menores.

De este modo, lleno de altas montañas, bosques salvajes, profundos valles y fuertes y pequeñas corrientes, se encuentran aquí las características que diferencian un país montañoso y tropical de los demás, donde las direcciones que toma el viento son decididas por las alturas; al paso que en el resto del mundo esas direcciones son determinadas por los mayores o menores grados de latitud.

Esa es la razón del intenso calor en las profundidades de los valles del Magdalena y del Cauca y lo agradable en el sector

del Nechí; mientras que en la plataforma de Rionegro el clima resulta ser más fresco, y en el lado de Santa Rosa, si bien los días son agradables, las noches alcanzan un frío notable.

Obviamente que un país con tal variedad climática debe producir muchos ejemplares de productos y si bien la provincia antioqueña es menos conocida por los vegetales, el contraste habría que explicarlo por la abundancia de minerales, en detrimento de aquellos. Por otra parte, crecen todos los productos de tierra caliente, y una buena cantidad de los de clima templado, como también prosperan la ganadería y la siembra de diferentes clases de cereales. Estos niveles podrían impulsarse no solo para abastecer la región sino para llevarlos al resto de las comarcas.

El que no sea así, tiene sus razones. En primer lugar, la difícil comunicación de la provincia y la falta de caminos hacia el Cauca y Magdalena, lo que hace que estos productos sean muy difíciles de transportar. En segundo lugar, la inmensa cantidad de minas de oro, cuya segura rentabilidad es suficiente para pagar las mercaderías llegadas desde otros lugares. Además, como este producto no pierde valor y es de fácil movilización, se considera mejor enviar unas cuantas bolsas de polvo o arena de oro, por el correo, que transportar productos de alimentación.

Por lo que la descripción de los productos exportables está remitida al trabajo y explotación de las minas y aunque no pretendo hacer un análisis científico de doctorado en mineralogía, sino apenas una nota técnica de un hombre de cerros, voy a decir cuanto he tenido ocasión de aprender.

Mucho antes de la conquista y descubrimiento por parte de los españoles, esta región era conocida por su inmensa riqueza en oro. La tradición cuenta que los habitantes entre el Cauca y el Magdalena bajaban al segundo de estos ríos para cambiar su polvo dorado por las mercancías que les ofrecían los indios, cuyo producto más cotizado era la sal.

Ambos pueblos vivían en eternos conflictos, los que no permitían una amistad firme. De allí que existía el acuerdo de que un grupo colocaba primero el polvo de oro, en pequeños monto-

nes, en algunos lugares convenidos a las orillas del río, después de lo cual se retiraba. Apenas entonces hacían su aparición los poseedores de la sal, que iban amontonando según lo que se hubiera tratado. Cuando estos se alejaban, retornaban los dueños del oro a retirar sus montones de sal, que orgullosamente llevaban a su casa.

Extraño negocio, en donde predominaban la desconfianza y la confianza, en una rara unión. Lo que nos hace suponer que para esos intercambiadores los valores de esos elementos eran un tanto diferentes a los dados por nosotros, ya que al menos no pagaríamos la sal, por anticipado, en oro.

Lo triste del caso es que la leyenda no nos comente nada acerca de las proporciones convenidas. Hemos de contentarnos con saber que existía un intercambio de tal especie, lo cual viene a demostrar que el oro se encontraba a verdaderos raudales. Buena prueba de ello es la gran cantidad de piezas de oro que aún pueden sacarse de la tierra después de que los indios las escondieran de los españoles.

Las obras encontradas demuestran que aquellos poseían cierto sentido del arte. Yo he visto algunas figuras de personajes, posiblemente sus dioses, hechas con una habilidad que demuestra que los indios sabían derretir, trabajar y dar forma al noble metal. Pero los hispanos se reservaron el derecho de otorgar valor a tales piezas y además dieron una expansión inusitada a la explotación de las minas. Creo que en esto fueron demasiado lejos, como un profesor histérico que movido por su excesiva pasión por los conocimientos es capaz de inmolarse a sus alumnos. Los españoles muchas veces sacrificaron vidas indígenas por sus ansias doradas.

Desde el momento de su llegada, los conquistadores sacaron una buena tajada del oro de Antioquia; esta es una de las razones de su familiaridad con el territorio, el cual anteriormente estaba prohibido para todos los extraños. Por lo demás era menos que imposible que los habitantes del lugar permitieran el

ingreso a él de un forastero. Además no debe dejar de mencionarse que física y políticamente la zona estaba aislada del resto del país.

El que esta provincia haya rebajado la producción de sus minas se debe a la explotación excesiva que de estas se ha hecho. Aunque también hay una gran diferencia entre el modo de trabajar en la colonia española, y en el actual estado libre de Colombia, ya que antes se obligaba a laborar a una cantidad de esclavos fáciles de manejar y en la etapa actual solo trabajan mineros libres y con una paga alta.

Trataré de hacer las respectivas distinciones en cuanto a la extracción del oro, para comprender la situación de las minas.

El oro tiene dos estados: oro corrido y oro de veta. El primero se encuentra en pequeños granos mezclados con tierra, arena y barro; el único proceso que necesita es el lavado. El oro de veta está incrustado en diversos tipos de piedras y en combinación con otros metales, y es preciso moler todo ello con una limpieza exhaustiva. Por esto resulta su extracción más complicada y costosa que la de los aluviones, especialmente en un país en que no existe la maquinaria adecuada. De allí que prime el laboreo del oro corrido.

Este último se encuentra en tres diferentes formaciones: desparramado en la superficie misma, oculto en las profundidades de los cerros barrocos y mezclado en el fondo de los ríos; por consiguiente, el trabajo debe dividirse según esas características; es decir, lavado de partes completas de tierra y cavado y sacado de los lechos de los ríos.

De todos los modos descritos el primero es el que fue usado con preferencia durante la época indigenista y española, ya que resultaba de menor complicación y mayores frutos.

Una vez elegido el sitio que se consideraba poseer una riqueza suficiente y con pendiente para poder desaguar, se abría una serie de canales menores, hacia los cuales se dirigía el agua. En esos canales se hacían diques de algunas pulgadas de alto,

con una pequeña distancia entre unos y otros. Hacia ambos costados del canal se escarbaba la superficie a una profundidad de dos a tres pulgadas y se echaba a correr el agua por los surcos. Los mineros se mantenían en permanente actividad con todo esto.

La arena que contenía el oro, más pesada que el resto de la tierra, se hundía, quedando apretada y retenida en los diques. Reuniéndola en cada uno de estos se formaba una masa espesa que contenía el oro en grandes cantidades y listo para ser limpiado, según el procedimiento ya explicado de la batea. Este estilo ha sido usado tan indiscriminadamente, que ya casi no queda en toda la provincia lugar posible para esta técnica, pues no solo es necesaria la sola presencia del minero en una superficie, sino que debe estar en cierto plano inclinado y cercano de un caudal potente desde el cual puedan deslizarse las aguas de lluvia en cantidades aceptables.

El actual modo de trabajar el oro es uno en que mediante unas barras de hierro comienza a perforarse la tierra que se supone contiene el metal, la que después se lleva a un gran estanque, para pasar el lavado más grueso. El estanque es un cuadrado grande, hacia el cual se llevan aguas de algún torrente cercano o donde se almacena agua de lluvia. En uno de sus costados tiene una abertura con una especie de rastra, por la cual sale el agua.

De este modo se hace un nuevo lavado, en el que se sacan las partículas de barro y tierra. Una vez acabado ese procedimiento se cierra la entrada del agua y se abren las compuertas del dique, con lo que vuelve a quedar la gran masa lista para ser limpiada por el método de la batea. Es la forma de limpieza y extracción que se practica en todas las minas del valle, especialmente en la zona que rodea a Santa Rosa.

El tercer método de separar el oro ha resultado el más ventajoso para su extracción, aunque los mejores sitios ya están agotados. Como base de partida deben ser terrenos con muchas subidas y bajadas, caudales a los pies de rocas, bancos de arena en pendientes y pronunciadas curvas, las que ayudan a que las

aguas tengan cierta profundidad y dirección determinada. Es decir, son verdaderos diques naturales en donde las aguas tienen mucha quietud, razón por la cual el polvo y las piedrecillas de oro se hunden. Para lograr obtener esa riqueza se pueden utilizar dos modos distintos: uno a través del buceo y el otro por intermedio de un cambio en la dirección de las aguas. El más empleado de estos es el buceo, ya que el otro requiere conocimientos sobre hechura de canales, que no son técnicas conocidas en este país.

Para bucear se escoge el punto que permita esperar épocas secas, ya que entonces la profundidad de las aguas es la menor y su fuerza muy reducida. Poco más arriba del sector elegido se construye un dique a base de bambú, donde se montan algunos pilares, el que se dirige hacia el centro del río formando un ángulo agudo con la orilla más cercana, para luego tomar la dirección hacia el lugar elegido, allí donde están las aguas detenidas, lo que hace el trabajo más simple y fructífero. Así, apenas se inicia la verdadera sacada del mineral. A tal efecto un indígena se lanza a las aguas, llena su batea con polvo y arena, para lo cual cava la tierra con un instrumento corvo; mientras más profundo es el corte, tanto mejor, y vuelve a la superficie dejando la acción a otro hombre.

Toda la labor se hace en equipo, así cuando emerge quien está en el fondo, el anterior compañero ya está presto para arrojarse al buceo, y ha aprovechado para limpiar la anterior sacada. De esa manera comienza el dragado y lavado de la tierra, hasta que lo único que queda es el oro.

Tal técnica es bastante fructífera y muy empleada por los habitantes de las márgenes del Cauca y el Nechí. Pero el sector donde más se usa este estilo es el de la ciudad de Zaragoza. Como dato interesante se menciona que en 1824 unos ciento cincuenta obreros extrajeron oro por valor de ciento cuarenta mil piastras.

El modo más adecuado de cambiar la dirección de un río es solo posible en torrentes de escaso caudal, y —con todo— se hace muy pocas veces. Si se generalizara sería uno de los más prove-

chosos para los especuladores europeos que, con obreros especializados y equipos aptos para la tarea —incluyendo dinamita, que no es conocida acá— obtendrían resultados espectaculares.

En cuanto al laboreo de oro de veta, es complicadísimo, tanto para extraerlo de los cerros como para molerlo. Se necesita que un individuo se ocupe de sacar una piedra, de unas cuatro o cinco libras de peso, lo que se realiza con ayuda de una barra de metal. Para romper la piedra, si es dura, puede tardar todo un día; la labor se parece al molino de los granos de maíz. Se hace sobre una piedra plana. Con la ayuda del agua se va formando una pasta que posteriormente se lava en la batea.

Una piedra de esas puede no tener más valor que un real, por lo que juega un papel importante la fuerza del moledor. Muchas veces el trabajo de todo un día no da más que para cuatro o cinco reales. Con algunas piedras más blandas se da el caso de que la cantidad deba ser contada en piastras.

El método es usado con asiduidad en el cordón cordillerano a la orilla izquierda del Cauca, que posee ricas vetas, entre las que sobresale la de la mina Quina. Como los impedimentos mayores surgen por el precario modo de laboreo y las herramientas poco adecuadas, parece que este podría ser otro campo apropiado para la industria europea, la cual, con sus molinos de pie y maquinaria precisa, lograría mayor producción.

De cualquier forma no podemos adelantarnos en los juicios ya que hay una cantidad de problemas que deben ser tenidos en consideración. Mencionaré solo los más importantes: el transporte (casi imposible para cumplir con los mínimos resultados), la dificultad de obtener alimentos suficientes y lo costoso para conseguir y traer obreros hasta estos lugares. Aunque puedan vencerse tales obstáculos, de todas maneras subsiste la inseguridad de encontrar el metal precioso en cantidades que justifiquen la traída desde Europa de tanta maquinaria, ya que el costo es inmenso y además juegan factores como los comentarios de mineros e indígenas que manifiestan que nunca se ha logrado en-

contrar el oro en cantidades suficientes, en un solo sitio, como para que se emprenda una empresa de tanta envergadura mediante la traída de capitales europeos.

La misma apreciación se tiene del resto de los métodos tratados, ya que el oro, con la sola excepción de los caudales de ríos, no se encuentra en espacios reducidos sino que está repartido en toda la región. Es como si la naturaleza, para otorgar un modo de supervivencia, quisiera entregar a todos sus habitantes una fuente punto menos que interminable, evitando así que el más poderoso pueda obtener una riqueza demasiado grande.

Es el caso que se presenta con los esclavos, ya que estos, después del triunfo de la revolución independentista, empiezan a hacerse más escasos y muy pocos emplean gente a paga fija, por lo que los indios trabajan lo necesario para satisfacer sus necesidades mínimas.

Por supuesto que esto no impide que unos pocos dueños de minas reúnan una fortuna considerable, pero eso entra en el terreno de las excepciones, y como esas minas pertenecen a familias ricas de antiguo, la ganancia no está destinada a la satisfacción de ciertas necesidades. Mejor dicho, se les podría considerar meros fideicomisos, porque es como si tuvieran un capital prestado, por el cual hacen entrega de cierta renta, lo que no permite la especulación extranjera. Así, proponen precios tan excesivamente altos para la venta de las minas, que nadie los puede pagar y menos si el comprador no tiene la seguridad de conseguir un crédito o de mantener el existente, si la mina comienza a necesitar mayor inversión.

Respecto de los esclavos tengo que aclarar que según la Constitución de 1821, nadie nace esclavo; su importación se prohibió, todo lo cual llevó a que desaparecieran completamente en la nueva república.

Siguiendo con el tema, señalo que existen varias minas de oro para la venta, y el nombre lo llevan con justeza.

Tras la Independencia, las tierras pertenecían únicamente al gobierno y podían ser entregadas en propiedad a cualquier

individuo con el solo compromiso de sembrarlas o usarlas para la minería. Como luego se desató la fiebre del oro y la plata, esta dio lugar a que una serie de charlatanes y especialistas en "proyectos", ya colombianos o ingleses, vinieran a hacer inspecciones a este sector. Para tal efecto se necesitaba solamente conseguir un título de propiedad sobre un trozo de tierra en algún paraje abandonado que decía contener oro.

Los papeles se expedían en la Gobernación, bajo el nombre de registros, en cantidades que fueron pasando a las manos de comisionados ingleses, acompañados de una descripción atractiva sobre la calidad del oro, su excelente ubicación, etc., para lo cual se invitó a Humboldt a fin de que diera mayor seriedad al negocio.

Todo esto era enviado, en inmensas partidas, a Inglaterra, donde debido al estilo de abreviaturas y nomenclaturas, española-indígena, parecían verdaderos jeroglíficos. Registros tan difíciles de descifrar para los funcionarios de allá, como deben de haberlo sido para los comisionados acá, en cuanto a precisar los sitios de emplazamiento, o sea, a los que estaban vinculados los derechos de propiedad.

A pesar de las dificultades, tuvieron durante cierto tiempo un éxito extraordinario en la Bolsa de Londres y formaron la base de una serie de compañías mineras que en su gran mayoría fenecieron junto con sus nacimientos, ya que el frenesí de querer llenar de minas a Suramérica y a Méjico murió ahogado en sus propias aguas. Tras haber pasado el estado de paroxismo se descubrió que la mayoría de esos negocios se convirtieron en un descalabro en el mercado de las acciones.

Los habitantes de la provincia de Antioquia se acercan a los cien mil, encerrados por las alturas montañosas, y han logrado conservar sus costumbres típicas, a diferencia de lo que ocurre con los de las provincias cercanas. Por lo demás, su ubicación les salvó de la mayor parte de la guerra y de su mala influencia, como también de las corrientes migratorias de tipos que se desplazaban en busca de la paz posterior. Por eso se encuentran

las características centrales de los montañeses, al tiempo que en las clases pobres se observa un sentido de la honestidad y del buen servicio. Los grados de educación y formación son bastante elevados pero poco frecuentes.

Republicanos entusiastas, en el mejor sentido de la expresión, muchos se han mostrado hombres capaces, no solo como oficiales de guerra sino como delegados al Congreso o desempeñando altos puestos civiles o diplomáticos. Se puede decir, en general, tanto en el aspecto físico como político, que Antioquia es una de las provincias más extraordinarias de Colombia.

CAPITULO XIV

VIAJE DESDE MEDELLIN A BOGOTA

Repartiendo nuestra estada, por espacio de dos meses, entre Medellín y sus alrededores, esperamos al 1º de mayo para abandonar la entretenida colonia sueca, el simpático lugar de su residencia y esta linda ciudad con el fin de dirigirnos a la capital de la nación: Bogotá.

Casi al filo del mediodía y acompañado, por espacio de una hora, de algunos de mis compatriotas, comencé a subir solitario las alturas del cerro de Santa Helena. Cuando me acerqué a su cumbre volví a sentir el goce de la impresionante vista sobre el valle. Proseguí mi viaje, llegando a Rionegro en las horas de la tarde, donde fui bien recibido por el ya conocido señor Sáenz.

Luego del desayuno continué hacia Marinilla, lugar que dejé atrás a las doce del día; sobrepasé el Peñol a las tres de la tarde y finalmente hice mi entrada a Ceja, a las cinco. Me albergué donde mis antiguos conocidos. Al otro día tuve la alegría de abrazar a mi viejo peón Cristóbal López, quien se presentó con su silla dispuesto a guiarme por los cerros. Contratamos a un par de cargadores, con los que completamos nuestra cuota para el viaje, el que no pudo iniciarse al día siguiente, como estaba previsto, pues una lluvia torrencial lo impidió.

El jueves 4 de mayo planeábamos comenzar la marcha a la madrugada, pero el alcalde del pueblo se opuso a que cualquier peón abandonara el lugar antes de la hora de misa, ya que ese

día era uno de los innumerables días santos. Así es que no quedó otra cosa que esperar hasta casi empezar la tarde para lograr iniciar el largo recorrido.

A las dos estábamos en la cima del cerro y tras deleitarnos con la visión de la despedida de la provincia de Antioquia, nos dispusimos a empezar el viaje hacia nuevos lugares. Al caer la tarde nos encontramos al pie de las montañas, en las casas de Bijagual, donde decidimos albergarnos.

La salida fue de madrugada; aún el sol dormitaba cuando ya formábamos parte del camino y su paisaje. La caminata tuvo de todo: vados, montura, trepadas, etc. Todo complicado, ya que la lluvia mantenía el camino húmedo y era difícil conservarse firme en la tierra y transitar sin inconvenientes. Por eso nos alegramos al llegar a Tutumba, donde había sitio para proteger nuestras cabezas, en el mismo instante en que se desataba un aguacero formidable.

Pese a que el cielo se encontraba nubladísimo, anunciando lluvia, decidimos continuar adelante. La mañana aclaró, ayudando a nuestro avance de modo más que aceptable. Nuestra meta de llegar a Valsadera antes de la tarde fue plenamente lograda.

Aquí comimos algo y nos enfrascamos en una larga discusión sobre si nos quedábamos a esperar la noche en este sitio o si continuábamos la ruta para llegar a Canoas antes del anochecer.

La discusión tenía mucha validez, máxime si yo deseaba estar en Juntas a la noche siguiente, a fin de alcanzar a tomar una embarcación, cuya llegada se calculaba para entonces, pero que zarpaba a la medianoche. Pero no podía dejarse de lado el riesgo que significaba salir de Valsadera tan tarde y con las complicaciones del tiempo. Iniciar el viaje significaba tratar de alcanzar obligadamente a Canoas, situada a cuatro horas de aquí, sin mediar casas, ni pueblos.

Una vez estudiadas cuidadosamente las condiciones climáticas se decidió proseguir nuestra marcha. El cielo parecía no

querer descargar su furia lluviosa antes de la llegada de la noche. El camino fue recorrido con una rapidez poco común, así que alcanzamos nuestra meta del día al tiempo con la caída del sol, felices por el exitoso intento y cansados por el viaje anormalmente largo.

Aunque la mañana siguiente era domingo, dejamos también el pueblo a horas tempranas. Ayudó mucho a ello el no existir un alcalde que pudiera evitar la salida de alguien antes de la hora de la misa dominical.

Como consecuencia de la lluvia caída durante la noche el terreno estaba intransitable y apenas antes de las once de la mañana logramos llegar —unos sucios y mojados viajeros— a las mencionadas chozas de protección que usan los peones para la ruta entre Canoas y Juntas. Hervimos nuestro chocolate, desayunamos, descansamos unos instantes y reanudamos la caminata. En horas de la tarde estábamos en esta última estación del viaje, es decir, en la bodega de Juntas.

En la ruta y en dicha estación pude contar a más de cien peones. El intenso ajeteo se debe a que en la primera semana de cada mes pueden conseguir algo de las cargas llegadas durante toda la treintena. Cada cual viene preparado para la empresa; con sus sacos para las mercancías comerciales o con bolsas de cuero, redondas, en las que transportan tabaco y cacao. Algunos vienen con unos raros artefactos de metal donde las mercaderías se transportan entre peones y mulas, por igual.

Así fue durante todo el resto del camino, el cual noté que se estrechaba aún más, toda vez que pasar por los angostos pasos que quedaban entre éste y las rocas era más complicado por la gran cantidad de interesados en hacerlo. Con todo, tuve la ocasión de volver a presenciar la agilidad con que se mueven y la gentileza de dejar a mis peones cruzar con sus maletas, abriéndoles el paso.

Tras muchos saludos y cortas conversaciones —ya que ningún peón se cruza con uno de sus iguales sin antes haberle dirigido unas pequeñas frases sentenciosas y de saludo— pareció

alcanzarles un arrebató de aliento, que nos hizo llegar a eso de las cinco de la tarde a la solitaria bodega de Juntas, donde el encuentro con mi buen amigo el bodeguero constituyó un inmenso gusto. Este se hallaba bastante ocupado por la distribución de la peonada, pero me atendió con gran deferencia.

La actividad en los contornos de la bodega era permanente, pues había una buena cantidad de peones que se entretenían en terminar de acomodar sus cargas en las máquinas traídas para tal efecto; en amarrarlas convenientemente y probar su estabilidad en sus hombros, midiendo de este modo el largo adecuado de sus correas. Pese al ánimo que ponían en ello no daban abasto para poder emprender el viaje inmediatamente, por lo que se hacía necesario esperar hasta la madrugada siguiente. Así era que disponiendo del tiempo que les quedaba, se dedicaron a hervir sus chocolates, formando círculos, y al tiempo que corría la bebida por todas las manos, se pusieron a charlar y cenar.

Entre todos los grupos formados logré reconocer a varios de los que habían estado conmigo en la abandonada choza de Falditas, en mi anterior subida. Justamente cuando charlaba con uno de ellos se me acercó un peón que puso en mis manos algo envuelto en un papel, al tiempo que decía: "¿No es esta la navaja de su merced?"

Al desenvolver el papel me percaté de que efectivamente era la navaja que había extraviado en mi subida a la provincia. La encontró en el camino y al enterarse por sus compañeros de que un extranjero recorrió aquella ruta, la guardó cuidadosamente en espera de encontrarse con su dueño para entregársela. Dicho gesto no dejó de extrañarme, aunque no pusiera en duda la honestidad del peón. Como sabía el valor inapreciable que para uno de esos trabajadores tenía un cuchillo de esa naturaleza, no pude menos de pedirle que se quedara con él.

Esa no fue la única sorpresa que debía llevarme. Existe un detalle que aún no he narrado pero que las circunstancias hacen que deba hacerlo. En el viaje desde Mompós hacia Antioquia me había llevado uno de aquellos pajaritos negriamarillos, un tur-

pial, de los que existían en estado salvaje en las zonas montañosas, donde por su canto y por su belleza son muy cotizados. Le llevaba en una jaula pequeña que se acomodaba tan bien en la canoa como en las espaldas del peón, donde le daba sitio sobre una de las maletas que transportaba.

Al llegar a la parada de Ceja encontré quebrado uno de los palitos de la jaula. El peón no logró darme mayores detalles de ello, por lo cual tuve que presumir que algún gancho de un árbol lo había roto, situación para escapar que la avecilla no desperdició. Por supuesto que ya veía totalmente esfumadas las posibilidades de ver mi pajarito.

Cuando llegué al albergue de El Peñol y estaba a punto de acostarme, se acercó un peón joven que llevaba un enorme sombrero en la cabeza. Se lo quitó y al volverlo pude ver que en su fondo y piando estaba mi añorado pajarillo. Lo que ocurrió fue que el peón recorrió el mismo camino y se encontró al pajarito entumecido de frío, echado en el camino sin saber qué hacer y muerto de hambre, por lo que no puso reparos en dejarse coger. Al preguntar en Ceja por el posible dueño, se apresuró a venir hasta acá a devolverlo.

No podía dejar de valorar este hecho, puesto que bastante bien sabía cuánto era el valor que una avecilla de estas tenía por estos lados, y nadie habría podido formular una acusación contra ese peón en caso de que hubiera decidido no devolverla. Aunque pequeños ambos rasgos, probaban la honestidad de los habitantes de esas cordilleras de que ya hablara.

La embarcación no llegaba, y era la esperanza constante que mantenía el bodeguero todos los días. La única posibilidad de salir de allí se reducía a los champanes y las canoas del río, que eran poco frecuentes en llegar y cuando lo hacían se devolvían inmediatamente vacíos, por lo que solo existía la posibilidad de quedarse hasta que la dichosa embarcación decidiera llegar, o hacer la travesía por el Nare.

Esta especie de arresto podía durar bastantes días si así lo decidía la lluvia, ya que el Nare traía tal caudal que ninguna

nave era capaz de intentar y lograr su cruce hacia Juntas. Por lo tanto, a cada momento se hacía más agradable escuchar al bodeguero suponer con gran seguridad que ya pronto vendría el barco, y de allí que la peonada decidiera mantener el mayor silencio para escuchar la llegada de tan ansiado personaje.

Pasó la mañana en una espera vana. Los ruidos que se escuchaban provenían de los micos o de las habladurías de los papagayos, que lanzaban sus voces desde la alta espesura de los bosques. Del mismo modo pasó la tarde hasta que se perdieron las esperanzas de que algo llegara. Pero casi coincidiendo con la caída del sol, cuando estábamos enfrascados en una larga charla, escuchamos unos débiles gritos que venían desde el río: "Ahora viene... ", gritó el bodeguero. La conversación se suspendió en el acto, para poder asegurarnos de tal cosa.

A los pocos momentos se dejaron oír los cantos tradicionales de los bogas, que anunciaban la llegada de una embarcación, al tiempo que recibía la convicción de que pronto abandonaría las soledades de estas tierras y de la bodega misma. Tales cantos, junto con la verificación que hacía mi amigo de que era lo que esperaba, se me asemejaban a la sensación que siente el viajero cuando, tras esperar varias horas un carruaje en una alejada hostería, después de haber hojeado innumerables veces su diario de vida y aprendido de memoria la tarifa colgada en la pared, comienza a escuchar los sonoros golpes de las patas de los caballos, que anteceden al mensaje del conductor: "Ha llegado el coche".

Salimos al encuentro de los cantos y gritos de los bogas y pronto les distinguíamos. Era un bongo, dirigido por cuatro bogas, que se acercaba lentamente por la orilla del Nare, cuyo serpenteo a través de las aguas y la maleza no resultaba muy diferente a un gusanito tratando de encontrar un sendero por entre el pasto que a su derredor se levanta.

La misma tarde llegó una canoa que también venía desde Mompós, la que, por traer pequeña carga y solo llevar algunos bultos de cacao, retornaba a la mañana siguiente, por lo cual acordamos con su patrono que yo sería su pasajero en el regreso.

Nos despedimos del bodeguero por la mañana, bebiendo chocolate. A las ocho estaba embarcado. La incesante lluvia que azotaba la cordillera había aumentado el caudal del río considerablemente, que se deslizaba a una velocidad vertiginosa y endemoniada en algunos puntos. En varios de ellos la corriente alcanzaba los sesenta kilómetros y en otros superaba los cien.

Debido a tal situación los remos casi no se usaban y las varas desempeñaban la función más de dirigir que de impulsar la canoa. En esas labores cumplían un papel de máxima importancia, ya que con ellas se hacía el quite a los remolinos y rocas, contra lo cual conspiraba la corriente.

Hubo un lugar que nos dio bastante trabajo, pues exigía la experiencia tanto del timonel como de sus remeros. En un recodo el agua rebotaba contra una pared rocosa que la obligaba a devolverse con mucha fuerza. El peligro estaba no solo en dirigir la nave en medio de los remolinos, sino en evitar chocar contra los peñascos.

Tanto el timonel como los bogadores mostraron su práctica y habilidad, unidas a sus silencios, ya que no gritaban como otros. Pasado el escollo, cogieron sus remos, con lo que la embarcación alcanzó una velocidad desenfrenada, pues parecía volar, cual una flecha cortando el aire, por sobre las espumosas aguas que la mojaban, a ella y a los pasajeros, como si estuviera contrariada por no habernos logrado causar mayor daño.

La velocidad parecía aumentar y la canoa trató de dirigirse otra vez a una roqueda, pero se evitó mediante una hábil maniobra. Con la ayuda del timón volvió a encauzarse su dirección y la velocidad se hizo más pareja, hasta que se consiguió llegar a la amplitud mayor del río, donde sus aguas eran menos diabólicas.

Aunque la velocidad inicial había aminorado un tanto, la que llevaba ahora nos trasladó en un plazo de media hora a la Bodega de Nuz. Lo radiante del día empezó a hacerme pensar que un viaje por el Nare resultaba grato. A todo se le sumaba el hecho de que nunca antes había vivido la experiencia de descender por canoa en una corriente tan violenta.

La diferencia entre ambas formas de navegar es notoria debido a lo primitivo de ellas, y la tristeza de la subida y el placer por el descenso están en directa relación con el torrente de las aguas. Por ello, como difícil resultó la subida fue placentera la bajada. La rapidez era tanta que casi no podía distinguir los paisajes antes observados. El sentimiento quizás tenga algo en común con la sensación de leer después de mucho tiempo el mismo libro que antes resultara desagradable o aburrido. Cuando lo volvemos a tener en las manos notamos su verdadero valor; ya no es el texto tortuoso que debía leerse acompañado de diccionarios, donde muchas inquietudes quedaban sin resolver. Ahora se podían seguir linealmente todos los hilos de la trama.

Así me parecía ahora. Deslizándonos por el centro del río comenzaba a tener una vista amplia, desde la cual, con alguna facilidad, comencé a gozar de nuevas delicias. La diferencia estribaba en que a la subida se estaba más preocupado de gatear por las orillas que de anotar cuidadosamente los puntos y vueltas del paraje; más ocupado en afirmarse con manos y alma a las rocas o arbustos, que en tratar de unir todos estos detalles y registrarlos.

Al rato nos encontramos con un champán fuertemente cargado, cuyos tripulantes hacían un griterío ensordecedor, trabajando muchísimo para poder acortar las distancias y a una velocidad casi imperceptible.

A nosotros que veníamos raudos nos pareció ver la silueta de un caracol deslizándose. Nuevamente sentí alegría e hice una comparación. Recordaba —así me parecía— ver un trineo liviano viajando por una colina resbalosa y encontrarse con un trineo cargado, tratando de avanzar en la dirección contraria, bajo un griterío por hacer caminar a los perros, en esas alturas escarpadas.

El río se nos ofrecía más ancho y su corriente era menos intensa. En sus orillas podían verse muchas estancias y se sentía el intenso calor que nos golpeaba. A las once de la mañana confluimos al viejo río Magdalena con su calma y sofocamiento y esa extensa masa de agua amarilla-gris, tibia y sucia.

Aunque se trataba de un viejo conocido, no le miré con simpatía. Era como ingresar al colegio, para un muchachito perezoso que no veía con buenos ojos cómo sus vacaciones se trocaban en libros y cuadernos, en el mismo plantel que tanto le hicieron sudar y sufrir; el mismo donde tanto se aburría y donde reconocía demasiado bien todos los objetos y rincones como para sentir sensaciones nuevas de alegría.

Con la ayuda de las varas, durante tanto tiempo quietas, empezamos a abrirnos camino por las impenetrables orillas. Transcurrida media hora de trabajo, casi al mediodía, llegamos a la ciudad de Nare.

En mi anterior estada acá había contratado un timonel con su tripulación, para ser llevado hasta Honda, o bien al último puerto del Magdalena. Solo tuve que acordar el precio y presentar mi carta de recomendación al dueño de la canoa para que el negocio quedara cerrado, estableciéndose que la partida sería a la mañana siguiente.

Nare no es un lugar demasiado importante, por lo que se hace difícil encontrar alguna embarcación durante las épocas de lluvia como la presente, con lo cual todo se encarecía demasiado. El precio convenido fue de cuatro piastras, incluyendo la tripulación y la comida para llevar.

Consideré el trato bastante ventajoso, como que generalmente quien desea viajar debe quedarse esperando hasta que aparezca algún champán en el que se hace un viaje hasta Honda tan aburridor como lento. La razón es que estos siempre van demasiado cargados resultando la travesía perezosa, aparte de que en muchos tramos se ven obligados a separarse de la ruta para evitar corrientes fuertes. Un viaje en uno de ellos requiere, en tiempo lluvioso, hasta un mes.

El calendario señalaba que era el 10 de mayo cuando salimos de Nare y enfilamos rumbo por una brecha que no se diferenciaba en nada de todas las que poseía el Magdalena.

La corriente era un poco rápida, el agua alcanzaba una altura que no permitía ver ningún banco de arena, ya que llegaba

hasta las ramas de los arbustos existentes. El conjunto se ornamentaba con grandes troncos que fueron arrancados de sus asientos naturales y flotaban por el río con gran libertad hasta que unidos a otros, construían un refugio o balneario, en las épocas secas, a caimanes, bogadores y tortugas. Podía suceder, a la vez, que estos árboles no fueran interceptados en su travesía y con mayor amplitud navegaran hacia el amplio océano. Muchas veces es posible encontrarse con troncos en alta mar, semejando a un inválido en una pista de baile, que solo se mantiene en pie por los movimientos de los danzarines. Tales troncos no parecen tener otra actividad que obligar a los barcos a variar el rumbo y evitar la colisión.

El viaje se mantuvo invariable durante todo el día, usando una u otra orilla según la necesidad y las características que ofrecieran. Cuando eran casi las cuatro de la tarde llegamos a una choza mísera que fue nuestro refugio nocturno. Los lugares que pudieran ser habitados se tornaban más escasos cada vez, por lo que hubimos de quedarnos acá y evitar ser cogidos por las torrenciales lluvias que se desataban durante la noche y no permitían que nos quedáramos en algún banco de arena, como antes.

Un nuevo insecto empezó a hacer su aparición; era una especie de mosca grande: un tábano, parecido al nuestro, pero con sus alas más cortas. Más que picar, este muerde, dejando una herida grande y molesta.

En ese lugar nos encontramos un bongo que transportaba a dos comerciantes criollos hacia Honda, en cuya compañía cenamos y charlamos hasta que la oscuridad hizo aparecer las deficiencias de cómo pasar la noche. El cielo amenazador de lluvia no permitía que se usara la canoa; todo el lugar presentaba inconvenientes. La choza era demasiado estrecha para contener a tanto pasajero.

La familia dormía junto con los perros, lo que esfumó las intenciones de colgar la hamaca en un sitio de su interior, más aún cuando se nos informó: "Tengan cuidado, hay muchos mur-

ciélagos", lo que ayudó a quitar las ganas de meternos allá adentro, pues el mejor nido para ellos era el bajo techo de paja de la choza. Todo ello disminuía los deseos de compartir habitación con tantos huéspedes inesperados.

Excepto el gallinero y el chiquero de los cerdos, no existían otras defensas contra el aguacero; además, la cocina ni siquiera tenía techo de protección; es decir, no había lugar donde colgar la hamaca y mucho menos para protegerse.

Así es que, a pesar nuestro, tuvimos que tirarnos en la tierra húmeda. El campamento pronto comenzó a ser invadido, de modo que esa noche se convirtió en un auténtico tormento. Nos azotó la lluvia que entraba por todos lados. Luego empezaron los mosquitos que traían sed por el banquete que se les brindaba. Le siguieron los chillidos de los murciélagos. Para los cerdos se convirtió en gran alegría y aunque sus dependencias eran tan deficientes como la nuestra, se mostraban conformes. El problema fue cómo hacerlos desaparecer de nuestras narices.

Pero la copa no estaba llena. Vino a completarse con el ingreso de la especie acuática-anfibia. Si antes teníamos que agitar nuestros brazos para espantar insectos, pájaros y animales, la coalición enemiga vio aumentada sus fuerzas con los sapos que pesada y alegremente saltaban por la tierra húmeda.

Sumar todas estas cosas, en una noche oscura y lluviosa, iluminada apenas por uno que otro relámpago, le hace dudar a uno si denominarla de aventura, o la más miserable o la más ridícula. Por supuesto que no pegamos los ojos en toda la noche. Nos dedicamos a luchar contra los invasores, a reír y gritar groserías.

La mañana, con el sol largamente añorado, desparramó las nubes, acabando con este tragicómico espectáculo. Desatramos nuestra canoa de su lugar de guarda y emprendimos la despedida de tal sitio.

Los bogadores trabajaron fuertemente durante todo el día. En las horas de la tarde llegamos a una recta excepcional que

me permitió contemplar una de las vistas más amplias y libres que tiene el Magdalena. Era muy agradable, ya que las paredes de hojas disminuyeron su follaje y bajaron su altura permitiéndome observar los lejanos cerros que se alzaban para unirse a la cordillera de Honda.

La canoa devoró una gran distancia, pues no se detuvo sino hasta las siete de la tarde en una pequeña y abandonada choza, situada en la margen derecha del río, apenas sobrepasando la boca del río Miel, que baña el interior de la provincia de Mariquita, antes de desembocar en el Magdalena.

Ocupamos la choza vacía, durmiendo mucho mejor que en la noche anterior, ya que acá nada nos impedía elegir los mejores sitios para colgar nuestras hamacas y no había animales domésticos, ni gente, ni los repugnantes murciélagos.

La madrugada del día 12 cruzamos por el río Miel y por la hermosura de un pueblo muy bien llamado Bellavista. Al no tener nada que hacer en su interior no nos detuvimos, a fin de alcanzar antes de la media tarde la desembocadura del río Negro. Este lleva su nombre con mucha propiedad pues sus aguas son totalmente negras, casi como tinta, si está en movimiento, pero el color desfallece cuando se hallan detenidas, ya que el negro se escapa hasta el fondo y deja en la superficie un agua cristalina. Al seguir avanzando llegamos a una roza grande donde nos dispusimos a pasar una noche tan tranquila como los mosquitos y murciélagos lo permitieran.

La monotonía se mantuvo durante el día 13. El calor comenzaba a ser menos intenso y los mosquitos no tan frecuentes. Pero ahora la lluvia y los tábanos eran el martirio. Con todo, indudablemente no se puede considerar un viaje por el río entre Nare y Honda como algo llamativo, porque se confabulan la violencia de las aguas y la lluvia, que no permiten realizar viajes largos, sino apenas recorrer diariamente trayectos reducidos.

En el día alcanzamos a avanzar hasta un techo que nos ofreció Conejos, lugar donde había un paradero de champanes

y en el cual descargaban sus mercancías cuando por la fuerte corriente no podían llegar hasta su punto de destino, un tanto más allá.

El día siguiente era el de Pentecostés. Pero también empezamos el viaje muy temprano ya que la intención era llegar a nuestra meta antes del anochecer. El tramo se desenvolvía con bastante normalidad, ya que durante la noche el río no aumentó su caudal, lo cual nos permitió pasar con relativa facilidad una serie de saltos más pequeños, entre ellos uno llamado Perrito, donde alcanzamos un champán que necesitaba usar de cuerdas para poder avanzar.

Me extrañó el hecho de que esa tripulación estuviera trabajando en un día como el de hoy, y así se lo hice saber a nuestro timonel, quien me dio como argumento que esa embarcación hacía tres meses estaba realizando el camino entre Mompós y Honda, y muy probablemente no habría avanzado tanto si no estuviera a bordo el dueño del barco. Seguramente el que se encontrara navegando ahora era obra de su persuasión.

El paisaje que empezaba a envolvernos variaba en gran forma. Muchas de sus partes eran rectas, ralas y arenosas. Tan solo las adornaba de vez en cuando una solitaria palmera. Las cordilleras se acercaban a las orillas, ciñendo el valle y sus raudales. Tras pasar varias estancias llegamos, a las cinco, a nuestra última parada: la bodega cubierta situada en Honda.

Todo esto fue una verdadera alegría, ya que veía la canoa por última vez. Al entrar a tierra me invadió una sensación de gozo comparable a una obra que acaba de terminarse después de costoso trabajo y de vencer múltiples dificultades.

Me despedí del timonel y de los bogadores, de cuyo comportamiento no podía quejarme, más aún si estos tipos son tan rebeldes como todos sus compañeros de profesión. En seguida me dirigí hacia el encargado de la bodega, un hombre servicial que vivía aquí con su familia y me ofreció todas las comodidades que ella podía ofrecer. No olvidaba que cualquier techo se valora mucho por estos lugares, ya que no molestan la lluvia, ni mos-

quitos, ni murciélagos, y es un lugar donde podía apreciar la bondad de un sueño tranquilo y reparador, que tanto echaba de menos.

A la segunda mañana mi anfitrión se ofreció a acompañarme a la ciudad de Honda, distante apenas cinco kilómetros. Peligrosos saltos y remolinos impiden que las naves lleguen hasta ella, de ahí que la bodega se encuentre, junto a la de Santa Fe, un tanto retirada de la vida agitada de la ciudad y al otro lado del río, el cual vuelve a ofrecer su navegabilidad cuando se le ha cruzado y presenta la imagen del Magdalena. Este tramo del río es navegable por embarcaciones menores en un trayecto de mil kilómetros.

La zona que rodea a Honda es de lo más pintoresco que se pueda imaginar. A la mañana salimos, avanzando por un camino ancho y plano que nos llevó por entre bosques pequeños hasta la ciudad. La vista se encontraba limitada por muros de rocas altísimas que formaban contra el horizonte las figuras más variadas entre las cuales cruza el río espumoso, hasta que aparece la agradable interrupción de la ciudad, con sus ruinas, casas de piedra e iglesias. El sonido melodioso de algunos saltos da una nota musical sobre el silencioso paraje. La altura no era demasiada, por lo que todo resultaba agradable. Tras media hora de lenta caminata y después de pasar un arco que era un puente de piedra, ingresamos a Honda.

Esta última se halla ubicada en la margen izquierda del Magdalena y por ambos costados la cruza el río Gualí; es la capital de la provincia de Mariquita; en tiempos pasados era una de las ciudades más lindas del país, pero fue afectada por el fuerte terremoto de 1807 que destruyó gran parte de ella. El temblor ocurrió por la noche, lo que hizo que más de quinientas personas perdieran su vida. Aún se pueden ver en ruinas la iglesia central y muchas de sus casas distinguidas. En la misma catástrofe resultó destruido el bello puente de piedra sobre el Gualí. En su reemplazo se alza uno largo y delgado de bambú que une los dos extremos de la ciudad.

Todas las ruinas muestran la grandeza que debió alcanzar Honda en la época de la ocupación española. Por aquel entonces cobijaba a diez mil habitantes, y ahora no alcanza ni a la mitad de esa cifra. Es probable que ahora, ya terminada la guerra, recupere su sitio y reputación. Para ello ha de ayudar su excelente ubicación, como último puerto de este lado del Magdalena, lo que la hace almacenar las mercaderías que van o vienen de Mariquita, Popayán, Neiva y Bogotá.

Pese a estar a mil ochocientos metros de la superficie del mar, es una de las ciudades más calurosas de Colombia. La explicación se encuentra en que las altas cumbres que la rodean evitan toda circulación de las brisas. Como en Mompós, las mujeres se ven deformadas por enormes bolsas en el cuello. La vista que presenta sobre el violento Gualí con sus rocas, árboles y ruinas, rodeadas de arbustos y plantas, podría hacer que Honda extendiera eternamente una invitación al pintor y sus pinceles.

Después de haber arrendado un par de mulas y un guía, en el local de un comerciante criollo de apellido Agudelo, para quien traía una carta de recomendación, seguí el 16 de mayo mi viaje hacia Bogotá. Tomé un transbordador en la estación, ya que ahí la corriente es menos fuerte y peligrosa, e hice el cruce tal como lo practicara en el Cauca, o sea, las mulas tuvieron que nadar detrás de aquel con grave riesgo de ahogarse, pero nada de eso ocurrió.

Tras ascender un terreno escarpado, continuamos por un camino bastante bueno y ancho. Frente a Honda tenía una excelente vista sobre el prado que cubre el espacio entre ella y Mariquita, cuyas casas también lograba ver, allá abajo contra la oscuridad de los cerros.

El camino continúa ascendiendo, alejándose del Magdalena. Era frecuente que las mulas debieran trepar por rocas de granito, con una seguridad que movía a elogio. La cabalgata que pudiera parecer aventura de principiantes, aun para aquellos que han transitado por lugares más peligrosos, resultaba no ser tal,

ya que todo podía confiarse a los seguros pasos de las mulas, que iban subiendo de una roca a otra con gran seguridad y firmeza. Por eso el uso de las riendas y espuelas solo las lastimaría y estorbaría, sin prestar ninguna ayuda. En estos lugares un indígena sobre su pequeña mula realiza saltos infinitamente más bellos y seguros que los que ejecuta un experimentado oficial de caballería sobre su caballo favorito y entrenado para ello.

Cuando se ha cruzado el caudal del río Seco el sendero sigue ascendiendo lentamente hasta que, girando a la derecha, se hace más pendiente y peligroso y enlaza con el cerro Sargento que separa al valle situado al lado de Guaduas. A las cuatro comenzó el lento trabajo de subida, por entre piedras y cañadas. La cima logramos alcanzarla poco antes de la caída del sol y tuvimos desde allí una vista inolvidable sobre el ancho valle del Magdalena, que se prolonga hasta las cordilleras que lo separan del Cauca. Fácil sería seguir con la vista la inmensa extensión hasta alcanzar todo el sur y el rumbo sinuoso del río, que observado desde allá resulta hermoso y tentador, haciendo olvidar todas las penalidades en él pasadas. Ya las distancias y las apariencias no engañan pues se las ha conocido y vivido. La vista podría proseguir y al quitarla de esas aguas la despedida resulta fácil y alegre, como se le diera a una persona insoportable y de cuyo alejamiento no pudiéramos decir que nos entristecemos.

Realizados bastantes esfuerzos, llegamos finalmente, ya anocheciendo, a algunas viviendas en mal estado que existían en la cumbre. Allí nos albergamos y dormimos, aunque la noche, debido a la altura, era fría.

Había en ellas alojados algunos hombres dedicados a capturar mulas salvajes y cuyos animales, descargados y sueltos, pacían en las cercanías.

Los corraleros de mulas abundan entre Honda y Bogotá, lugar al que se transporta la mayor cantidad de productos, usando para eso los cerros. Quizás existan peones por aquí, pero no son indispensables como entre Juntas y Ceja. Un corralero es el individuo encargado de transportar unos veinticinco de estos

animales, repartidos en divisiones, para cada una de las cuales se destina a un arriero. Toda la comitiva está a cargo de un caporal, que siempre va montado. Como equipaje provisional llevan una carpa donde descargan las mercancías para evitar que se dañen. Estas cuelgan sobre las ancas de la mula, acomodadas sobre una especie de montura o colchoneta delgada, rellena de paja, que va ligada a dos barrigueras. Para los sitios escarpados las proveen de protección en la cola y en el pecho, lo cual es necesario acá para todo tipo de cabalgadura, ya que de lo contrario se corre el riesgo de pasar por encima de la montura y de la cabeza de la mula en una bajada demasiado vertical.

Como complemento se usan unos extraños estribos metálicos que cubren la primera mitad del pie, como si fueran una pantufla, y evitan los golpes que se pudieran recibir por las piedras salientes. En lugar de una funda para revólver se encuentran dos bolsillos amplios, con tapas, en los que se pueden llevar las pertenencias traídas.

En el primero de estos compartimientos se puede encontrar un plato grande que accidentalmente sirve como una pequeña mesa en casos de emergencia. El equipo se completa con espuelas de discos fuertes y un látigo grande.

El camino nos encontró en él cuando eran las siete de la mañana, avanzando por una loma repleta de árboles envueltos en una gruesa, húmeda y helada neblina matinal que anulaba totalmente la visión. Media hora más tarde hallé algo desconocido para mí en el país: era una piedra que indicaba tanto la distancia de Bogotá como su altura sobre el nivel del mar. La primera era de dieciocho leguas y la segunda de ochocientas brazas (1).

La llegada del astro rey comenzó a despejar la espesa neblina quedando al descubierto el valle de Guaduas a nuestros pies, que se presentaba como un parque de recreo en medio de las alturas. Sus prados, alamedas, riachuelos y plantíos, indicaban que en el centro se encontraba la ciudad de Guaduas.

(1) Aproximadamente noventa kilómetros y más de tres mil metros. N. del T.

Pasada una hora exacta en el descenso, tuvimos mejor ocasión de contemplar las bellezas del paisaje. En el valle una temperatura más suave reemplazaba a los fríos sentidos en las montañas. Llegamos a las nueve de la mañana a la ciudad, luego de pasar por prados muy prósperos sobre los que pastaba un hermoso ganado y de cruzar pequeños riachuelos que, extrañamente, estaban provistos de puente.

Me dirigí donde el Coronel Acosta, conocido de todos los viajeros a Bogotá por su extraordinaria amabilidad y hospitalidad, que resultaba de mayor valía, pues era un funcionario noble y muy querido en el lugar, además de poseer una enorme fortuna. Residía en una casa grande y muy bella con todas las comodidades del caso y siempre abiertas sus puertas para todo el que lo deseara, incluyendo al extraño que no estuviera provisto de una recomendación personal hacia él.

Guaduas está en un valle fértil, posee uno de los climas más agradables que se puedan escoger, con una temperatura que varía entre los veinte y los veinticinco grados. Su población alcanza a las tres mil personas, que en una gran mayoría son adineradas, como producto de sus ventas de café, azúcar y bananos, complementadas ahora con las de ganado, ovinos y mulas que se dedican a criar en sus abundantes pastizales.

Como los de la provincia de Antioquia, sus habitantes son relativamente rubios y bien educados. La ciudad tiene dos calles rectas y una plaza central con su respectiva fuente. Hay una construcción antigua y grande que alguna vez fue convento de frailes franciscanos, hoy transformada en una de las escuelas Lancaster. El edificio tiene una bella ubicación al lado de un raudal que corre por toda la ciudad.

Debo decir que para quien llega aquí procedente del río Magdalena, la sola observación de todo esto tiene que parecerle un paraíso.

Desayuné junto con mi amable anfitrión y luego de brindar con vino por el éxito del viaje, salí un poco antes de las doce del día, con dos mulas arrendadas acá. Nuevamente empezamos el

ascenso por el cerro que separa a Guaduas de Villeta. El camino no era muy bueno y en algunas de sus cuestas barrosas había senderos de piedras, pero como estos no recibían el cuidado debido, se encontraban en condiciones tales que más que favorecer el desplazamiento lo dificultaban.

Cada media legua se encuentran piedras que informan sobre las distancias a la capital. Todo hacía pensar que la ruta había sido bien mantenida durante la época hispana, a diferencia de todas las existentes en el país. Esta se descuidó a causa de la guerra de la Independencia y decayó de tal manera que en las épocas de lluvia se consideraba una de las más dificultosas de transitar. No debe olvidarse que es el camino más corto y más importante entre la Costa y la capital de la República.

De ahí que en cada sitio habitado exista un puesto donde expenden aguardiente y chicha, preparada ésta con maíz molido y agua, que después de hervirlos se dejan enfriar en una fuente, para su fermentación. Es tomada con asiduidad por peones y arrieros. Su sabor es parecido al de una que nosotros hacemos, y se aprecia mejor en cantidades grandes. De todas formas es demasiado fría para el estómago y causa acidez; se aconseja a los forasteros no beberla muy seguido. Al no ser atractivo su sabor, no resulta apetecible para las clases superiores.

Pasadas dos horas de duro batallar por un camino bastante quebrado, volvimos a encontrarnos con las lomas que nos brindaban un espectáculo muchas veces limitado, desde donde se veía la naturaleza salvaje de las montañas y sus valles cubiertas de bosques, que ayudaban a formar el paraje típicamente andino. El cielo limpio que se nos ofrecía permitía que miráramos sin limitaciones y aunque la temporada de lluvias ya comenzaba, tuvimos la alegría de no ser atacados por un aguacero.

Al fin iniciamos el descenso, y a eso de las cinco de la tarde llegamos a Villeta donde, por recomendación de mi guía, me hospedé en la casa de unos nativos de buena situación.

Villeta está enclavada en un valle lindo pero demasiado apretado, que baña el río Dulce, a una altura no muy elevada

sobre el nivel del mar. Su clima se considera algunos grados más alto que el de Guaduas y sus tierras fértiles producen un arroz de gran exquisitez, que es llevado en grandes cantidades al mercado bogotano. Sus habitantes son famosos por su hermosura. Observé varias mujeres, las cuales se distinguen por la pureza de sus rasgos, que unidos a sus ojos castaños, les daban una belleza muy superior a la de las indígenas que antes había contemplado. Parece reinar un bienestar general y sus habitantes conviven en un clima de absoluta armonía.

Solamente tarde pudimos reanudar nuestra marcha, ya que una lluvia caía durante la noche no quería escampar, quedando por supuesto el camino en condiciones deplorables. Por un puente hecho con cañas de bambú atravesamos el oscuro y caudaloso río Negro. El camino que tuvimos que emprender era malo y más complicado de lo imaginable; en vez de mejorar iba empeorando, ya que todo estaba cubierto de barro y constantemente teníamos que desmontar y echar las mulas adelante, resbalando en ese barro acumulado entre las piedras sueltas. Finalmente, luego de una jornada ardua, llegamos, iluminados por la luz de la luna y cubiertos de barro, a las casas existentes en la cima, que forma el muro oeste por donde se extiende la Sabana de Bogotá. La temperatura era helada. La frazada y la ruana volvieron a ejercer su cometido.

El clima del sector no permite el uso de las hamacas, por lo que al albergarse en una casa, hay que esperar a que los bancos de bambú no estén ocupados por la familia. En caso contrario hay que conformarse con extender la colchoneta —si se ha traído— en el lugar más seco de la habitación y estirar en ella el cuerpo. Si no es así, la única comodidad habrá que lograrse mediante los artículos que se traigan, que se ubicarán de modo que brinden alguna.

Era ya el 19 de mayo, día viernes, cuando montamos nuestras mulas por vez última y a las ocho dejamos el frescor matinal para alcanzar la cuesta que se abría ante nuestros ojos con tal inmensidad que resultaba eterna para estos. Se extendía como un infinito mar verde, rodeado por montañas hasta donde

la vista ya no alcanzaba más. Calculaba unos quinientos kilómetros de largo por veinte de ancho. Aunque estaba bien sembrado y habitado, su falta de naturaleza verde y sus continuos quiebres no alcanzaban a decir que el cuadro era bello, y pasado el momento inicial y llena la visión, uno se percata que reina una gran monotonía y que esta llanura no puede ser comparada con los inolvidables valles de la magnífica Antioquia.

Tras dejar a Facatativá, a doscientos kilómetros de Bogotá, nos situamos en el ancho sendero que marca el paso hacia la capital. Extensos pastizales donde pacían grandes manadas de reses y ovinos; vastos campos de trigo, maíz y avena; pueblos y caserones solitarios rodeados por sauces y manzanos; el clima templado y una fresca brisa, todo, todo recordaba a mi Europa y me parecía estar trasladado al norte de Francia o, aún mejor, a la parte suroeste de Escandinavia.

Un trecho más adelante nos encontramos pasando un bonito poblado, Fontibón, desde donde descubrimos las torres blancas de las iglesias de la gran ciudad, todo con un fondo de montaña que formaba la parte sureste. El camino tenía mayor vida por la gran cantidad de personas y animales que lo transitaban.

Podía verse a los comerciantes con sus productos de las regiones cercanas: plátanos, limones, naranjas, arroz, etc., llevados por sus mulas o bueyes, además de las mulas sueltas que retornaban con sus arrieros a Honda en busca de nuevos cargamentos. A lo lejos unos jinetes, con sus ruanas al aire y en un galope frenético, devoraban la distancia de la recta sabana.

Una vez que traspasamos los ríos Bogotá y Común, por muelles y puentecillos en sus lugares pantanosos, llegamos a una piedra que señalaba que nos encontrábamos a mil trescientos setenta pies sobre la superficie del mar.

Las casas de la ciudad comenzaron a ser más visibles y la torre de la catedral sobresalía nítidamente, al igual que dos conventos que penden de modo gracioso sobre la ciudad, ya que están levantados en dos cimas escarpadas. Las casas al costado del sendero aumentan y el tráfico es mayor hacia las horas de

la tarde. Una fila de campesinos descendía de la ciudad, a la cual se habían dirigido para participar en el gran mercado de los viernes, y a medida que seguía nuestro avance nos dábamos cuenta del ambiente de festividad, a veces de embriagadora alegría. Comenzamos a imaginar cuanto restaba.

Cuando íbamos encontrando más y más gente, ganado, mulas y mejores jinetes que hacían su paseo vespertino, el camino empezó a confundirse en una ancha calle de piedras, y después de pasar por otras de ese estilo, poco antes del ocaso, nos hallamos en la plaza mayor de la capital de Colombia.

CAPITULO XV

BOGOTA

Pese a tener en mis carteras algunas cartas de recomendación, me fue necesario buscar una casa donde poder hospedarme. Por las indicaciones que me diera el guía, elegí la ubicada lo más cerca que se pudo de la Posada de Boyacá, en uno de los sectores de la gran plaza.

Este sitio ha tomado su nombre del lugar donde se realizó una de las jornadas más brillantes de la historia independentista de Colombia. Cuando uno entendía las razones, llegaba a entusiasmarse, pero con lo que seguía a continuación, la satisfacción disminuía mucho.

Me hicieron pasar por una angosta y oscura puerta y luego entrar a un patio sucio, en el cual una estrecha escalera me condujo al balcón que rodeaba la casa y que para el caso servía como galería del segundo piso. Allí me fue indicada la habitación, la cual era tan pequeña que, después de una cabina de barco, se me antojaba el más pequeño dormitorio que pudiera existir. No tenía ventanas y su aspecto no era muy superior al de un estante que cubriera las paredes. Recordé al sabio pastor que decía: "La gente no acostumbra vivir en muebles".

Todo el inventario de muebles consistía en una cama, una mesa y una silla, pero, aún así, no era posible decir que la pieza estuviera vacía, ya que nada podía caber en ella. Todo el espacio que pudiera estar sobrando se llenó con mis dos maletas. Una botella, mal ubicada, me hacía dudar acerca del ver-

dadero uso que debiera darle. Pese a que no se encontraban adornos menores, bastaba observar que la cama estaba bien cuidada, para olvidarse de ellos. Solo importaba lograr dormir y que los eternos perturbadores del sueño no tuviesen cabida; pienso que nos merecíamos el descanso luego de un día de viaje tan largo y agitado.

Un ruido agudo de campanillas me despertó a la mañana siguiente. Provenía de un convento de monjas de las cercanías. Esa mañana me dediqué a hacer un largo paseo por la gran ciudad, acompañado del doctor Hoyos, quien era profesor de uno de los colegios de Bogotá y, tal vez, el criollo mejor informado y educado que encontré en este país. Esa amistad debo agradecerla a una carta que me extendiera su padre, un viejo administrador de correos de Medellín, muy querido de todos por su honestidad y patriotismo.

Como deseara yo tener una pronta visión de la capital, decidimos seguir la larga y amplia calle que se nos ofrecía, por la cual llegamos a una capilla situada en las afueras de la ciudad desde donde se apreciaba una impresionante panorámica de Bogotá. La ciudad está construida entre la serranía que le cubre las espaldas y la extensa sabana que le muestra el horizonte; es decir, su ubicación recuerda un anfiteatro.

Casi en su centro está la plaza mayor, cobijando a la Catedral. De allí las calles rectas, con sus empedrados y sus aceras, recortadas en ángulos rectos, forman un conjunto de cerca de doscientas cuadras. Las casas son muy similares, la distinción se basa en los tamaños. Tienen uno o dos pisos levantados en piedra, cuyos muros blancos contrastan con el rojo ladrillo de los techos. Están premunidas de grandes ventanales forrados en hierro, ya que los vidrios no abundan.

Gran cantidad de iglesias muestran sus torres, que sobrepasan las techumbres de las casas y de los conventos, de los cuales puede encontrarse cerca de una docena. Con todo, el volumen llega a unas treinta y dos construcciones religiosas, suficientes

para atender a una ciudad con treinta y cinco mil habitantes. La solidez de todas esas construcciones parece un desafío a los movimientos de tierra que puedan presentarse.

Cuando ya veníamos de regreso comenzamos a apreciar la belleza de la catedral, que había terminado de construirse en 1814. Pocas iglesias católicas pueden comparársele, ya que en su gusto sencillo equilibraba la riqueza pura de su arquitectura y el ornamento interior. Por supuesto que riqueza no le faltaba. El oro brillaba por todas partes. Una imagen de la Virgen, rica en perlas y joyas, demostraba que su valor era bastante grande. Una capilla interior mostraba una inmensa cantidad de cuadros pintados al óleo, haciendo un bello efecto con la pintura que decoraba el cielo raso.

La fachada da hacia la plaza, de la que está separada por un paseo muy solicitado en los atardeceres especialmente por los personajes más prestantes de la ciudad, cuyos exponentes masculinos se pasean de un lado a otro con sus grandes cigarros.

Frente a ella se halla el antiguo palacio de los Virreyes que actualmente es la residencia de los presidentes, hoy habitado por el vicepresidente, ya que el presidente se encuentra ausente. Pudiera decir que tal palacio no tiene belleza exterior ni interior. Consiste en una casona de piedra, de dos pisos, pintada de blanco, de techo plano, con dos plantas adicionales, una de ellas ocupada por el canciller y la otra por la guardia.

Más allá de la plaza, en una de las calles principales, está el Senado, edificio que antaño era una parte del gran convento de los Dominicos. Entrando en su inmenso patio encontramos una escalera de piedra que nos lleva a una amplia galería que rodea el interior de la construcción y sirve de pasillo a las salas ubicadas en el piso superior.

Por una de las diversas puertas se ingresa a la sala de sesiones de los senadores, que es un recinto largo y angosto donde una barrera de madera separa a estos del público, que posee libre entrada. Arriba de esta sala, es decir en su parte más alta, está el asiento del presidente, pintado en un tono de damasco intenso, sobre el cual cuelga el retrato de Bolívar, en tamaño natural.

A su lado se encuentra la mesa del secretario. En todo el espacio que separa la barrera se encuentran cuarenta y ocho sillas, donde toman asiento los senadores. Hoy una cantidad ínfima de esas sillas estaba ocupada, pues la sesión parecía no tener demasiada importancia. Solo se trataba de la lectura de una serie de materias que luego deberían ser discutidas.

Mi compañero me mostró a los delegados de mayor importancia, entre los que estaban el presidente Baralt, el senador Balarino y el doctor Soto, todos considerados liberales de tomo y lomo, y el último de ellos uno de los mejores oradores.

Una vez que escuchamos y vimos una sesión del Senado, que no resultaba impresionante, nos marchamos a la Cámara de Diputados, que se encontraba al frente del recinto donde en estos momentos estábamos.

Seguimos la senda que nos situó en la sala de los diputados, la cual resultó ser más estrecha e incómoda que la del Senado. Una valla de madera pintada de azul encerraba igual cantidad de diputados y de sillas, del mismo color, dejando un espacio mínimo para los asistentes y oyentes. La propia silla del presidente debía sufrir las consecuencias de la estrechez de la sala. Frente a la mesa del secretario colgaba una pintura de Bolívar, bastante mal hecha. El actual presidente se llamaba Arbelo y entre sus asistentes más notables se encontraban los señores Martín, Mosquera, Torres y Pardo. A este último inmediatamente lo reconocí como al Administrador de Correos de Cartagena. Se acercó prontamente a mí y sonriendo me saludó con un fuerte apretón de manos, al tiempo que decía: "¿Cómo está, amigo mío?".

El orden no parecía ser la máxima en estas sesiones, pues constantemente se interrumpen. Tal como ocurría en la Convención Nacional francesa, se podían encontrar aquí la montaña y la llanura; el monte y la playa; ya que se dividían entre liberales y conservadores. (A este último partido pertenece casi todo el clero).

Ahora seguía la elección de una comisión que se encargaría de tratar algunos temas de importancia. Esto ocurriría durante

el período de receso de la Cámara. Esta no proporcionaba muchas comodidades, por lo que era común ver a sus diputados levantarse para dirigirse a la mesa presidencial y solicitar un lápiz con el cual poder escribir el nombre de su elegido. Luego de esto, pasaba el secretario recogiendo, en una fuente de vidrio, las papeletas para proceder a su recuento.

El paseo y las visitas nos ocuparon toda la mañana, por lo que se acercaba la hora de comer. Al pasar frente a una casa en la que colgaba un letrero que decía "Fonda", nos detuvimos a hacerlo. En Bogotá, además de las posadas, que equivalen a nuestras hospederías, se encuentran numerosos lugares que son las fondas, donde se encuentra comida y refrescos. Así fue que entramos en una habitación bastante grande en la que se veían un mesón, un mostrador y una pared llena de estantes, donde los licores y las fuentes despertaban una grata sorpresa.

Aproveché la ocasión para preparar de antemano una respuesta que resultara aceptable, así es que al serme consultado respondería con un "sí, señor". En las fondas era común una mesa de billar, la que raramente se encontraba desocupada. Siempre apuestan dinero, tanto los jugadores como los mirones. Al fondo se ven unas mesas ocupadas por jugadores de naipes. Tuve la oportunidad, incluso, de ver cómo caballeros de buena posición sacaban de sus bolsillos un naipe y empezaban a jugar. Por supuesto que en Bogotá son aficionados a los juegos —como en la mayor parte del país— y se encuentran muchas casas de juego secretas, es decir, ilegales, donde se juegan altas sumas, que están prohibidas por el gobierno actual.

Por sobre todos esos juegos de azar emergen las riñas de gallos que se realizan, sagradamente, todos los domingos en la tarde, acá en la capital. Para ellas usan un teatro especialmente construido a tal fin. Cobran una entrada al público, cuyo valor es de medio real. Cuando se ha pasado por un grupo de charlatanes, hombres de juego y gallos cantando se llega a una verdadera pista de circo, cercada con una doble fila de palcos y una barrera de madera que separa a los espectadores del lugar de la

pelea. Esta se encuentra formando un círculo menor, cubierta con fina arena. En uno de los mejores palcos está sentado el director del espectáculo, quien con una campanilla da la señal para el comienzo de cada pelea.

Cuando así ocurre, ingresan los dueños de los gallos con estos bajo el brazo. Al encuentro les salen dos tipos que con un limón rebanado, primero, y luego con agua y una toalla secan cuidadosamente las patas y el espolón o arma del gallo para así evitar las posibles puntas envenenadas. Por último amarran a las patas de los "luchadores" un afilado trozo de metal, de tres a cuatro pulgadas de largo, muy bien pulido. Los gallos están criados especialmente para estas competencias. A temprana edad les quitan la cresta y sus partes sensibles y fácilmente atacables; incluso a algunos se les corta la cola. Son bien alimentados y los tienen en grupos para hacerlos más agresivos. A las patas se les amarra una cuerda lo que impide que se queden agarrados entre sí.

A la otra señal de la campanilla todos se alejan del ruedo e inmediatamente son soltados los gallos, a cierta distancia uno del otro. Parecen ser conscientes de que se trata de una riña de vida o muerte, por lo que durante un instante se contemplan, se estudian. En este momento se hacen casi todas las apuestas. Cuando la pelea empieza, generalmente no dura más de algunos segundos, antes que uno de ellos, o ambos, queden tirados en la pista chorreando sangre. Para asegurarse de cuál es el triunfador sus dueños los cogen y colocan uno frente al otro. Se supone que el que esté más fuerte tratará de dar el último golpe a su rival, el que procurará evitarlo.

Cuando ya ha pasado ese momento comienza la liquidación de las apuestas; las más importantes suelen llegar a cien onzas o dieciséis piastras. Es común durante la disputa escuchar los gritos de: "Veinticinco onzas por el colorado. . . , cincuenta onzas por el negro. . .". La pasión por este espectáculo es tal que puede verse a un esclavo negro llevar una gran bolsa repleta de onzas, con la que los dueños de los gallos hacen sus apuestas, así como también a señores del mejor linaje sacar su gallo favorito, oculto

bajo unas mantas. Ese era el caso de Arrubla, un rico comerciante, extraordinariamente apasionado y que poseía una gallaría con más de doscientos gallos, criados para peleadores, todos dedicados a ser masacrados en este extraño, ridículo e inhumano espectáculo.

Aparte de esto los habitantes de Bogotá no tienen ningún posible espectáculo, y aunque existe un teatro grande y bien decorado, desde la salida de los españoles no se hacen representaciones. Las únicas que pueden realizarse están en manos de grupos de estudiantes, los que, aun cuando actúan bien, tratan de reemplazar la falta de elenco en las edades y sexos por una brillante variedad de trajes.

Lo otro que podría mencionarse son las corridas de toros, aunque estas parecen haber sido deformadas en toda la república en cuanto a su naturaleza verdadera. Comparadas con las españolas, estas parecen fábulas realizadas por niños, acostumbrados a divertirse e imitar luego la presentación de un teatro móvil, o una obra destinada a entretener a los actores más que a los espectadores.

Al toro, mejor dicho al buey, se le amarra una cuerda a los cuernos y comienza a ser molestado por negros que, con pañuelos y frazadas, actúan como banderilleros, mientras que los picadores solo están armados de palos cortos, y los sonadores, o sea los petardos, se encargan de asustar un poco más al animal, acompañado esto de gritos del público y ejecutantes.

Lo mejor de todo es la resultante de que no se les puede acusar de derramar sangre, ya que cuando el torero tiene algunos problemas, basta que al animal se le cambie la dirección con un simple tirón de la cuerda amarrada a sus cuernos. En cuanto al toro, no corre peligro de que algún matador le haga su víctima; esa única posibilidad está en las manos de un carnicero común. Estas clases de corridas se llevan a efecto en la plaza mayor de Bogotá. Se comenta que están pasando de moda y quizás acaben en el total olvido.

En el centro de la referida plaza se alza una fuente de piedra. El agua se lleva hasta ella desde los cerros cercanos median-

te un acueducto subterráneo. Dicha plaza tiene toda su superficie empedrada y con variedad de veredas o caminos angostos que nacen de la bella fuente. Por las veredas de mayor amplitud se deslizan profundas cunetas que aprovechando la pendiente de las calles se encargan de transportar el agua a través de la ciudad. En épocas de lluvia, como la actual, se hace imposible cruzarlas sin la ayuda de los puentes peatonales que para ello se han levantado, los cuales están ubicados en las esquinas de cada bocacalle.

Naturalmente que todo este cuadro hace que la ciudad esté limpia la mayor parte del tiempo. Comprende uno, cuando recuerda, que tenía mucha razón ese Virrey que decía: "El agua de lluvia es uno de los más nobles agentes de policía".

Varias de las calles principales tienen protección contra la lluvia mediante los techos y balcones sobresalientes de las casas. Lo otro llamativo, pese a su deficiencia, es la iluminación nocturna que se hace con los farolitos instalados en las esquinas.

Las casas cercanas al centro o a la plaza generalmente tienen dos pisos. El de abajo está ocupado por pequeños negocios, talleres o depósitos, y el superior se destina a vivienda. Hacia este se llega por anchas escaleras de piedra que conducen a galerías que miran al centro de los patios y hacia el conjunto de plantas que adornan la balaustrada. Aquí se hallan las puertas que dan acceso a las habitaciones, las cuales están compuestas por pequeñas piezas y dormitorios, el comedor y la sala.

Muy llamativos son los tapetes del piso, en su mayoría gruesos trenzados de paja, que son reemplazados, en las casas de los más pudientes y adinerados, por alfombras europeas.

Estos tapetes son considerados indispensables para protegerse del frío, que acá es persistente; suele ocurrir que el termómetro baje hasta diez grados en tiempos como el actual, es decir, de lluvias. No se ven estufas de azulejos. Las piezas están forradas con papel y en pocas casas hay tragaluces. Las ventanas no son de vidrios sino que están protegidas con rejas de madera. La única ventilación que tienen las habitaciones pequeñas es la puerta misma.

Los muebles, sin ser de gran belleza, son los más cercanos a los nuestros que haya visto en las ciudades colombianas. La sala de recepción de las visitas tiene un diseño de conjunto; se pueden ver sillones, un sofá, algunas mesas, un enorme espejo y posiblemente algunos cuadros pendiendo de las paredes color ladrillo, todo lo cual forma un esbozo que, sin ser fastuoso, es increíblemente grato para el forastero.

El clima es más bien frío. El termómetro en raras ocasiones sube de los treinta grados, lo que ayuda bastante a notar las diferencias del vestir de las personas, que parecieran depender de la sensibilidad innata y la oportunidad de mostrar la debilidad que se tiene por los colores fuertes. Al pasearme por la calle real, la principal de Bogotá, me he entretenido mirando los contrastes del vestuario, que me llevaban a pensar que mediante esa apreciación pueden encontrarse los hábitos característicos de cada zona.

Es así como puede observarse a un señor envuelto en su capa azul y cubierto con un negro sombrero muy bien puesto en su cabeza, avanzar suelto y pausadamente, al tiempo que a su lado camina un personaje cuyo sombrero de raíces livianas y saco sencillo de lino parecen dar a entender que no lo considera molesto. Para ellos tampoco tiene importancia.

En sentido contrario veo venir grupos de mujeres que traen sus cabezas libres y llevan vestidos livianos, a pie descalzo o con alpargatas, las que parecen mirar con envidia el vestuario de las damas elegantes que caminan delante de ellas. Estas últimas traen sobre sus cabelleras un sombrero, visten falda negra de seda como las medias, una mantilla y zapatos. Miro más adelante y contemplo algunas señoras que se visten a la usanza europea. El sombrero tan tradicional ha dejado su lugar a uno de gran colorido y plumas teñidas del mismo color que éste, o bien usan sombreros con flores artificiales, al tiempo que la mantilla ha sido reemplazada por una vivaz pañoleta de colores que se anuda lo mismo que las mantillas, con una de sus puntas metida bajo el sombrero, la del medio mantenida sobre el pecho y la de más abajo colgando coquetamente por la espalda.

Cerca de esas señoras veo dos especímenes, dispares entre sí. Uno brillaba por el sudor, pues vestía cuello de piel, gorro con forro y gruesas botas, y el otro se envolvía en un traje de pantalones de lino, medias de seda y zapatos. Si no fuera porque hablan el mismo idioma, tan fuerte como vulgarmente, y fuman sus tabacos con gracia nativa, podría pensarse que se está frente a un ruso y un francés que tuvieron la ocurrencia de mostrar en este suelo sus respectivos trajes.

Pero esto no es lo único. También podían notarse las diferencias entre los oficiales, que daban pie para que cada uno tuviera ocasión de mostrar un tipo de traje ideado por su mente. En general resultaban vestidos más adecuados para los paseos callejeros en Bogotá que para llevar a la práctica una campaña por el desierto o los llanos, fuera de que el traje casi nunca va acompañado de sus armas.

Sin desear polemizar, considero que los referidos trajes están recargados de costuras, colores y adornos policromos, para lo cual hacen resaltar demasiado el oro, la plata, las medallas, los botones, etc., en una mezcla tan brillante como ridícula, a lo cual se agregan sus gorros y sombreros de tres puntas con penachos y plumas de excesivo colorido. Nunca vi a estos personajes sin pensar si esta manía de vestirse tan multicolor y brillante pudiera ser considerada como una de las consecuencias del trópico, lugar en donde se manifiesta esta variedad en los animales y las personas.

De este modo puede verse a un dragón y a un húsar sobrecargados de trenzas de plata y botones, mientras que sus largos mamelucos rojos escarlatas ven correr dobles galones dorados hacia las horribles botas con espuelas, bajo un sombrero de tres puntas provisto de recargados penachos. Toda esta chuchería la cubre un largo plumón que el uniformado hace tambalear en el aire.

A su lado es posible que camine un representante de la infantería, que no tiene el gusto en la confección de los trajes del

anteriormente reseñado. Sin embargo su colorido y diseño muestran que por lo menos ha intentado lucir tanto como su compañero.

Ante tamaña diversidad, el gobierno se vio obligado hace algún tiempo a establecer un reglamento más rígido sobre los uniformes del ejército, con el fin de impedir que cada cual se viera de acuerdo con su gusto propio y personal. Esta medida se implantó mientras yo me encontraba en Bogotá, lo que me dio ocasión de escuchar la casi unanimidad de criterios que se mostraban disconformes con ella, y muchas veces fui testigo de debates sobre detalles insignificantes del traje. Los más discrepantes pertenecían a los recién nombrados tenientes. Aquellos que acompañaron al Libertador en la campaña, no discutían.

Bolívar es el personaje más renombrado de Colombia y Suramérica. General y estadista, al que no había tenido ocasión de ver, pues se encontraba en el Perú. Por lo que, momentáneamente, tuve que limitarme a conocer a su hombre más cercano, el vicepresidente Santander, también general, y ante quien llegué por intermedio del ministro mejicano que se encontraba en Bogotá, el señor Torrens, que conocí durante mi estada en esta ciudad.

Para la presentación se acordó un domingo en la mañana, aprovechando las audiencias concedidas por el general. A las once estuvimos en el palacio presidencial, cuyo interior era tan poco pretencioso como su aspecto exterior. Al cruzar una patrulla de húsares que formaba la guardia personal del presidente, se encuentran unas escaleras de piedra que llevan a la galería que se alza en el segundo piso. Un húsar abre las puertas hacia un pequeño recinto, antesala de la que corresponde a las audiencias.

Este es un salón bastante amplio, decorado con muebles de tonos rojos, una alfombra europea, tres lámparas de lágrimas, algunas mesas y ventanas con vidrios. En la parte superior de esta habitación se halla el dormitorio del presidente. Desde ahí descendió el general Santander, vestido muy sobriamente, con tonos rojos y azules.

Es un hombre de gran estatura, que sobresale de la normal altura colombiana. Se encontraba en sus mejores años, con una cara alegre, que le otorgaba un aspecto noble y una categoría mucho más cercana a la de un general europeo que la que se pudiera tener de un vicepresidente suramericano. Aunque no estuvo nunca en Europa, mostraba conocimiento avanzado sobre ella y uno muy profundo sobre nuestro país.

Así fue que al entregarle un retrato de Su Majestad nuestro Rey, empezó a hacerme preguntas concernientes a nuestra capital, Estocolmo, y a nuestro soberano.

Poco a poco fue llegando gente, por lo que nos despedimos y abandonamos la sala de audiencias, en la cual no existía etiqueta estricta, como que incluso varias personas eran presentadas en forma simple y descuidada. El único sirviente que se veía, a excepción de los mal vestidos húsares, era un mulato que calzaba alpargatas, sin medias, y estaba al servicio del general.

La guarnición de Bogotá consiste de dos batallones de infantería y uno de los mencionados Húsares Rojos, dieciséis de los cuales formaban parte de la caballería. Estas tropas son las más descuidadas y poco ejercitadas que hasta ahora conozco en esta nación. La ocasión ideal para ver las tropas mejor presentadas y relucientes era la fiesta del 25 de mayo, que hace recordar los momentos en que cumplían órdenes en los cálidos y enardecidos campos de batalla, durante las marchas forzadas. Era entonces cuando no se podía dejar de recordar sus hazañas, pese a que su figura se viera un tanto empequeñecida en esta gran parada, en la capital de la República.

Con excepción del pequeño escuadrón provisto de bototos, * en donde se colocaban las espuelas, la guarnición no poseía medias ni zapatos; el calzado eran solo alpargatas. Y aunque todos usaban uniformes, era fácil ver que no correspondían a la talla de cada uno. Los sacos largos y rojos, con sus reversos azules y su corte inglés, daban al espectador la posibilidad de suponer

* Calabazas (N. del T.).

que, con toda seguridad, anteriormente esos uniformes habían adornado los cuerpos de un regimiento inglés de mayor estatura para luego ser vendidos a los colombianos de menor cuerpo.

El otro cuerpo de la guarnición mostraba diversidad tanto en la indumentaria como en los grados. La tropa vestía con las tradicionales ropas; los suboficiales llevaban trajes de lino blanco, y los oficiales, amarillos de casimir. Poco antes de dar comienzo a la ceremonia se practicaban ejercicios de mano y ritmo, que mostraban un poco los que el ejército español había legado al colombiano, y luego prácticas con las armas, todos dirigidos por el oficial de mando o por la batuta del tambor mayor. La impresión que daba a la vista era la de un excelente teatro de títeres, donde el movimiento de uno hacía que todos le siguieran.

Me llamó poderosamente la atención un paso que consistía en algo como una arrodillada frente a una procesión religiosa. Toda la fila bajaba sus armas, colocándolas delante, quitaba sus sombreros y descansando en una rodilla esperaba el paso de sus compañeros. Todos estos complicados giros y pasos serían muy hermosos realizados por tropas que no sean estas. Esta guarnición se halla muy por debajo de la de Cartagena, y al hacer una comparación más rígida entre ellas tendría que señalar que el criterio del gobierno parece ser que como la guarnición de la Costa está más a la vista del forastero se hubiera contentado con tratar de mostrar allá lo mejor, descuidando la de la capital. Es como imaginar una obra de teatro en que los personajes centrales están representados por los actores de mejor vestuario y el resto del elenco debe llevar trajes inadecuados, pero que muestren todo lo que el teatro posee en vestimentas.

La fiesta anteriormente mencionada corresponde al Corpus Christi, que la Iglesia Católica celebra con mayor pompa que la misma Navidad. Trataré de hacer —pues parece el sitio apropiado— una descripción de lo que esta fiesta representa.

Ocho días antes de comenzar los festejos oficiales empezaban los preparativos de la celebración. En la plaza —lugar central de la festividad— y en las esquinas de sus calles adyacentes se alzaban altares ricamente adornados, provistos de ruedas para

su desplazamiento, que no eran descubiertos hasta que la fiesta se daba por iniciada. La tarde de la víspera una guerra de fuegos artificiales anunciaba que todo estaba comenzando. Este ejemplo de fanatismo por la pirotecnia duraba un rato prolongado: era un verdadero bombardeo.

La oscuridad de la tarde resultaba un marco apropiado para tal efecto. La multitud se apretaba y casi no podía ser contenida por el espacio existente entre la plaza y las casas de los alrededores. Fácil es imaginar la confusión que se forma cuando un cohete escapado de la guerra pirotécnica pasa por entre tanta gente.

Temprano, en la mañana del día siguiente, se procedió a descubrir los altares. Allí se podía observar la diversidad de cosas brillantes que se encontraban en el interior de los tabernáculos. Sin gusto ni selección, era una mezcla de objetos religiosos y profanos, o masa heterogénea situada una encima de la otra. Así, podía verse al lado de la imagen de la Virgen, lujosamente adornada, un cuadro francés que mostraba a Venus en el baño; un cáliz religioso rodeado de fuentes de plata, jarros, copas doradas y otros objetos profanos, un crucifijo en el centro de espejos y numerosos retratos. Todas las paredes eran un mosaico de tesoros, imágenes de santos y apóstoles, pinturas poco serias, grabados, coronas de rosas, flores, cintas, etc., etc. En pocas palabras, es difícil comprender tanta mezcolanza, donde lo brillante y profano no deja apreciar lo divino y sagrado. Parece como si el objetivo fuera deslumbrar la vista antes que conmemorar una fiesta religiosa.

Por otro lado, los balcones de la plaza están cubiertos de riquezas, telas de colores fuertes, pañoletas, cobijas, etc. Es como un intento por ennoblecer la fiesta. Todo reluce, todo brilla..., pero sin religión.

En un momento previamente acordado todas las iglesias echan a volar las campanas, anunciando que comienza la procesión desde la catedral. Es ahora cuando a los ojos de un protestante el espectáculo adquiere dimensiones inexplicables, aunque la vista de los tabernáculos había sido un buen aviso de esto.

En sus comienzos tenía bastante parecido con nuestras fiestas religiosas, pero el clima y el carácter tropical de la gente hicieron que degenerara en una procesión carnavalesca o, mejor dicho, en una farsa religiosa, cuya idea, nacida en la mente de un sacerdote católico, solamente puede haber sido incubada bajo el sol tropical. La escena más se asemeja al feto de una fantasía sobrada de humor.

La procesión comienza dejando paso a las adornadas carretas en las que van niños disfrazados que representan diferentes personajes históricos y bíblicos, vestidos de jinetes con cascos negros, lanzas y escudos. Se puede distinguir a David y su arpa a cuyo lado está Betsabé. Se ve a José armado de un látigo dorado y espuelas con broche de oro, a quien le siguen dos jinetes que escoltan su paso como una verdadera guardia personal.

Todos los personajes están representados por hijos de las familias más ricas, lo cual lleva a una verdadera demostración de joyas y vestimentas. Se ven diamantes, oro, plata y piedras valiosas. Podría decirse que Ester, en ese momento, tenía un valor de diez mil piastras.

Inmediatamente seguía un aspecto diferente de la fiesta. Una gran cantidad de lagartos, tortugas, tigres, serpientes y caimanes, representados por ciudadanos, que producían un efecto de mal gusto. El ejemplar que más llamaba la atención era una enorme tortuga en cuyo lomo iba sentado un negrito. Causaba sensación entre la gente del pueblo porque efectuaba unas maniobras con su cabeza y cuello, de gran movilidad. Otro favorito era un caimán que se encargaba de morder a todos aquellos que se le acercaban.

Luego seguía un grupo de horribles enmascarados, que hacían un ruido atronador con pitos, tambores y castañuelas y danzaban como si representaran un baile de demonios. Venían equipados con colas largas, cuernos y patas de caballo. Verdaderamente se defendían de la persecución que a sus espaldas les hacía el arcángel Miguel, vestido de seda blanca y grandes alas púrpuras, al tiempo que con una espada repartía golpes al dra-

gón, que era seguido de ocho hombres vestidos de negro. El ángel conseguía arrastrar tras de sí a los diablillos y al dragón, con lo que aprovechaba para abrir paso a los nuevos actores: numerosos niños vestidos de pastores y envueltos en ramas y flores a quienes acompañaban rebaños de ovejas.

Otro grupo importante estaba compuesto por el de los tres Reyes Magos, que avanzaban mirando al cielo con mucha atención en dirección a la estrella, la que era llevada en una larga caña de bambú. La escena era seguida por un cuadro en que venía la Virgen María adornada del modo más reluciente y seguida por el viejo José, con una hacha y su barba que le daba acentuado toque de distinción.

A espaldas de este grupo aparecía la procesión como tal. Una cantidad interminable de sacerdotes, monjes, acólitos, niños de coro, etc., todos portando velas encendidas. Entre ellos una fila de bellas jovencitas, con rosas blancas y vestidos decorados con flores, llevaban sahumeros, canastillos con flores, etc. Les seguía un grupo de muchachos indígenas que bailaban en círculos al derredor de un palo que en su punta tenía una copa de cintas de seda de fuertes colores.

En seguida venían los invitados del Perú, que, como tales, debían también formar parte de la procesión. Eran dos llamas; lindos animales de cabezas erguidas y cuello largo y recto que dificultosamente eran arrastrados por su dueño.

Tras ellos seguía la banda de músicos vestida de soldados romanos y sirviendo de antesala a la presencia del vicepresidente, los ministros y altas personalidades del gobierno, todos muy bien engalanados. La guardia con sus armas terminaba esta parte, tan extensa como extraña.

Al momento en que el arzobispo llega al primer altar el ruido y la música se acallan. La gente se arrodilla mientras un sacerdote lee y ora. Al terminar éste se encienden los fuegos artificiales, situados detrás del altar, con lo que la comitiva

sigue su camino hacia otro lugar de oración. Es así durante varias horas, y una vez que se ha visitado el último de los altares la gente retorna a la plaza.

Lo que sigue ya no tiene relación con lo anteriormente detallado. Se han colocado en la plaza varios postes encebados y en sus extremos superiores penden premios que serán ganados por el que logre llegar a ellos. La fiesta se despide con una de las corridas de toros ya descritas.

Todo el espectáculo torna a ser vivido ocho días más tarde. El teatro vuelve a hacer la representación. Ya se han preparado las decoraciones, cada actor sabe su papel y el espectador tendrá mejor ocasión para observar y criticar la obra puesta en escena. Pero todo me recuerda a aquel crítico que esconde sus verdaderos juicios y se descarga con la sola mención de las escenas más notables.

Todos los días se vive el jolgorio del mercado en la plaza, que en general no se diferencia de los ya conocidos, aunque sobrepasa en tamaño, mercancías y personas a los que había visto. Se dice que en él se venden más de diez mil piastras al día. Entre los personajes que deambulan puede verse el criollo rubicundo, el oscuro mestizo, el indígena amarillento, el mulato oscuro y el negro. Por lo demás, llama la atención encontrar, a solo cuatro grados del Ecuador, manzanas, guindas y fresas silvestres, aunque sus tamaños son menores de los que conocí en mi patria, aparte de que tanto en el sabor como en su aspecto no presentan iguales características.

Si tuviera que dar una justa razón de esta diferencia mencionaría el clima caliente de estas regiones tropicales y, por otro lado, el clima contradictorio que ofrece Bogotá. El problema del calor podría suplirse usando invernaderos; pero esa sería una solución artificial. Ahora, tratándose de un lugar como la sabana de Bogotá que por su ubicación en cuanto a la superficie terrestre debería ser uno de los más calurosos de la tierra, en estricta verdad es un sitio frío y no está en condiciones de tomar el calor del sol que normalmente debiera recibir. Se concluye entonces

que son las diferencias climáticas las que cambian el natural sabor de los productos que se encuentran en distintos puntos del globo.

Cuando observé esos productos me pareció que me encontraba con uno de mis amigos de la infancia. Pero al desaparecer la sorpresa inicial causada por esos rasgos tantas veces soñados, empieza la decepción al comprobarse que nada es igual a como antes y que uno está obligado a reconocer que prefiere y debe relacionarse con los que ha conocido en estos lugares.

Las aceras que salen de la fuente de la plaza se dividen en cuatro triángulos proporcionales, cada uno de los cuales está ocupado por una sección bien específica. En el primero de ellos se ve a los carniceros y sus negocios de carne, grasa, manteca y longanizas. Otro está destinado a la gente del campo y sus productos: arroz, maíz, trigo, cebada, yuca, papas, plátanos, repollos, limones, naranjas, zanahorias, piñas, etc. En estos también se venden lindas flores, entre las que se pueden distinguir rosas y claveles. El tercer espacio está dedicado a la venta de pavos, gallinas, palomas y pájaros de gran colorido. En el cuarto se venden productos manufacturados, distinguiéndose la ropa gruesa de lana y algodón, muy similar a nuestras telas destinadas a la confección de vestidos para las clases más bajas. Aquí es posible encontrar para la venta caballos, mulas y diversos animales que serán sacrificados para el consumo.

El ver esta plaza repleta de personas, productos y animales es un entretenimiento, que alcanza ribetes de mayor agrado si se mira desde las alturas de un balcón. La mejor muestra de Bogotá se puede descubrir desde sus balcones... Allí se nos ofrece la verdadera Colombia.

Si bien es cierto que el comercio bogotano no es demasiado floreciente, tiene a lo menos un tráfico intenso, para lo cual usa el Magdalena y los numerosos arrieros que realizan el transporte de mercaderías desde las bodegas de Honda. Todos sus depósitos pueden verse abarrotados de mercancías inglesas y norteamericanas, aunque ahora se encuentran preferentemente las france-

sas recién llegadas en un champán que les ofrecía un treinta por ciento de descuento por pérdida, en tanto que los comerciantes pedían les fuera declarado un cuarenta por ciento. Esto hace ver que no se puede creer en los precios de las mercaderías europeas, pues en pocos países del mundo son tan caras como en Colombia. Debe contribuir bastante también el hecho de que en otros lugares no se siente tanto la necesidad de tener productos lujosos, sin considerar los problemas del transporte que resultan de traer artículos desde la costa hasta el interior.

Buena prueba de ello es que un sombrero de castor, fino, alcance un precio de un doblón, es decir, dieciséis piastras; un frac, cincuenta piastras; un par de medias, doce; una caja de vino de Burdeos, con doce botellas, quince piastras. Así se podría seguir y seguir. Aun con todo eso no se encuentran comerciantes nativos que tengan una gran riqueza. Los que obtienen mayor provecho son los comerciantes extranjeros, que se asocian generalmente con sus iguales de Cartagena.

La mayor parte de los grandes comerciantes tienen sus tiendas en las calles centrales, y ellas solo poseen como ventanas la propia puerta, por lo que son bastante oscuras y llenas de humo de cigarrillo, el mismo que expulsa el tendero sentado en un estante, con los brazos cruzados. Es la postura de un negligente colombiano que satura de humo su local.

Pues bien, si los viernes ponen una nota agradable con la presencia del mercado, los sábados hay inundación de mendigos recorriendo calles y casas. En su gran mayoría muestran heridas en sus brazos y piernas, o enormes y deformes pies a consecuencia de la elefantiasis. La escena suele ser dura, ya que antes el país no me la había mostrado. A esto también contribuye el clima frío con la ayuda de las instituciones de beneficencia, que son muy malas y burocráticas.

En esta ciudad es posible encontrar pequeños hospitales que dependen de los conventos, entre ellos el más grande e importante es el de los hermanos franciscanos. Además existe un hospital militar, que es el más ordenado, hasta el punto de que para

despachar cualquier receta de medicinas se necesita la autorización de un comisario de control. Tan estricto resulta esto, que si no se encuentra ese funcionario debe esperarse hasta su llegada para que le sean entregadas al paciente a quien fueron formuladas.

El clima de la capital, sin ser insalubre, es uno de los más peligrosos del país, en especial para los extranjeros, y no son pocos los casos que se cuentan de viajeros que acá encontraron el último de sus paseos. El motivo de esto parece ser la brusca interrupción del calor del Magdalena y su cambio por el frío de esta sabana montañosa. Debe advertirse que un cuidado adecuado no está de más en esta tierra, pues el cambio de un clima de treinta y cinco o cuarenta grados por uno de quince o veinte es un riesgo muy grande.

Por ello la enfermedad más común es la fiebre con escalofríos unida a una creciente dificultad para respirar, que, al fin de cuentas, afectará los pulmones. Muchos jovencitos han partido hacia sus tumbas con mayor rapidez de la prevista porque después de haberse salvado de los peligros de las tierras calientes se han descuidado en la sabana bogotana.

Una buena medida de precaución que para el cambio de clima han adoptado los viajeros es la de detenerse un par de jornadas en Guaduas o Villeta, que tienen una temperatura intermedia. Otra es arroparse convenientemente durante el viaje por las cumbres, con ropas de lana, y tomar bebidas que les ayuden a recuperar las fuerzas. Un vaso de vino de madera combinado con quinina resulta lo mejor. Finalmente, dentro de los cuidados debe buscarse la realización y práctica de un ejercicio adecuado, para lo cual las alamedas situadas en las afueras de la ciudad brindan una buena oportunidad.

Uno de los paseos más lindos de Colombia lo tiene Bogotá en la alameda que se encuentra en el camino a Tunja. Ancha, pareja y casi en línea recta, se extiende por casi veinte kilómetros en las afueras de la ciudad. A sus costados se encuentran frondosos y antiquísimos álamos, cuyos troncos se unen por una red impenetrable de arbustos y rosales.

Aunque a los habitantes de la capital no les agrada mucho la excursión —en esto no se comparan al resto del país— sino que limitan sus paseos a la calle real, pueden verse muchos de ellos, los días domingos, desfilar por las delicias de esta alameda. Quienes la frecuentan en mayor número son los jóvenes, que en sus cabalgaduras la recorren a todo trote. Esta costumbre de montar es muy bien vista en Bogotá, ya que la calidad de “mejor señor” no tiene sentido si éste no posee un caballo de montar.

Los caballos, pese a ser pequeños como las jacas noruegas, son fuertes y vivaces, entrenados en un paso común y siempre guiados con riendas cortas. Aquí hay una caballeriza cuya única tarea es adiestrar al animal en el paso de ambladura, lo que se consigue amarrando a las patas pequeñas cuerdas que no le permiten andar de modo normal sino mover las patas en sentido coordinado. Para el caballo se transforma en un paso corriente y pronto puede trotar. Este estilo produce una especie de movimiento hacia los lados, que da un efecto raro pero lindo.

Un caballo ya entrenado tiene un valor que alcanza a las mil piastras, especialmente si es negro, color que es el más apreciado.

Al igual que en su propio vestuario, los jinetes muestran sus gustos en los atuendos del animal. Brillantes monturas y paños escarlatas de bordes dorados o plateados y riendas con decorados brillantes conforman el aspecto que se les da. Las espuelas, generalmente de plata, las portan tanto los grandes señores como los de clase inferior. Resulta divertido ver a los campesinos de edad, calzados con alpargatas, entretenerse en hacer sonar sus grandes espuelas de agradable tintineo como si fuese una protesta a un recluta joven, en su primera llegada al regimiento.

Hacia la izquierda de este paseo se encuentra la “Quinta de Bolívar”, donada por la nación al presidente y único regalo que éste ha recibido por tantos favores hechos en bien de la República. Siguiendo una angosta senda que da vueltas por la orilla oriental de la ciudad, en los cerros, se llega a un jardín cercado

por un muro de tierra y arbustos que rodea la pequeña vivienda. Una cantidad inmensa de rosas silvestres, alelíos y claveles acompañan a cuerdas de fresas. Otro sector está sembrado de césped que muestra inscripciones como: "Viva Bolívar... Boyacá... Carabobo", etc. Los dos últimos nombres corresponden a sitios donde Bolívar alcanzó grandes triunfos militares sobre los españoles.

Una grata vista tiene la construcción erigida en esa pendiente de los cerros, donde se observan las espaldas de Bogotá y una amplia perspectiva de la ciudad y la sabana que se extienden a sus pies, lo mismo que los montes muestran sus alturas y vertientes andinas, aún vírgenes.

La planta inferior de esta construcción es una casa destinada al baño y mantenida con las cristalinas aguas del arroyo cercano. Es este el sitio que el Libertador acostumbra visitar en los pocos momentos en que él se encuentra en Bogotá. Por todo lo detallado no resulta extraño que prefiera esta casita al ya descrito palacio presidencial, en el sector de la plaza principal de la capital.

Bogotá, que antes de la Independencia se llamaba Santa Fe de Bogotá o comúnmente Santa Fe, siempre ha sido una de las ciudades principales de Suramérica.

Fundada en la mitad del siglo XVI, (en 1538), por el español Gonzalo Jiménez de Quesada, pronto aumentó en tamaño e importancia. Poco tiempo medió antes de que fuera nombrada como la capital de Nueva Granada y asiento de los Virreyes.

Mediante la Constitución de 1821 se la declaró capital de la República y centro del Gobierno y del Congreso. Por ello y por ofrecer un punto de partida para la visión general del país, es la ciudad más llamativa e interesante para el forastero.

Como el análisis es rápido e incompleto, dejaré muchas apreciaciones y resultados para el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI

COLOMBIA ANTES DE SU EMANCIPACION

Esta parte de la región sur de América era anteriormente conocida como Venezuela y Nueva Granada, donde se encontraban los primeros territorios conocidos por el Viejo Mundo y que visitó Colón en su tercer viaje a estos lugares. Alrededor de los comienzos del siglo dieciséis es cuando podemos iniciar un mayor reconocimiento de ellos, ya que empieza su conquista y colonización.

En 1536 arriba el español Quesada con setecientos hombres a la Costa colombiana, un trecho antes de alcanzar la boca del Magdalena. Este conquistador viene hasta aquí por las informaciones que tiene de llegar a un territorio rico y poderoso. Sigue la ruta del río y tras increíbles esfuerzos y tormentos, finalmente alcanza al año siguiente, con un ejército diezmado, la sabana de Bogotá, donde se encuentra con los muisca, quienes se distinguen por su avanzada civilización, para esa época, y son reprimidos sin consideraciones.

Tal victoria es asegurada aún más por las tropas de Benalcázar, quien llegó desde Quito, pasó los Andes y el Magdalena para alcanzar esta meta, Bogotá, que debe su nombre al ingenio de uno de los conductores de la tribu muisca.

Gran parte del oeste del país de Nueva Granada fue conquistada a represión abierta. Los intentos no iban a detenerse acá y es así como se inician los proyectos de colonizar las costas y el territorio de Venezuela.

La tarea para los españoles no resultó tan complicada en las otras tierras, ya que su población no presentó gran problema, por lo menos no tanto como sus vecinos. De allí que al gobierno español le resultara fácil entregar esas tierras a una colonia de comerciantes alemanes, quienes a cambio de una gran cantidad de dinero consiguieron ganar la hipoteca de esa nación. Poco a poco el dominio sobre esas tierras se extendió hasta que llegaron a formar dos países diferentes: el Virreinato de Nueva Granada y la Capitanía General de Caracas. Generalmente se la nombraba de este modo; correspondía a Venezuela.

El pueblo nativo era valiente, por eso la ocupación no podía pasar inadvertida y los españoles se dieron a la tarea de reprimir encarnizadamente al país invadido. El derramamiento de la sangre indígena no fue poco. El motivo central era el ansia de la riqueza del oro que traía el conquistador; tanto era así, que consideraba a estos terrenos expropiados como botín de guerra tomado a un enemigo que debía pagar la osadía de sus constantes revueltas. Esto daba rienda libre para todo tipo de tropelías: solo importaba la riqueza que se podía obtener.

Pronto encontraron factible la posibilidad de traer hasta el país esclavos negros africanos, que podían soportar de mejor manera el trato de explotación inhumana que recibían los nativos en el campo y en el trabajo de las minas. De este modo se introduce un elemento nuevo en las costumbres propias del país: el color y la lengua. Es así como puede verse un cuadro escénico con la representación de casi todos los colores de razas, sobre la superficie de este territorio. Se mezclaban las costumbres de América, Europa y Africa bajo un solo gobierno, ley y religión y se daba a conocer un idioma único, el español. Pudiera decirse que los españoles no solamente constituyeron colonias sino conformaron un nuevo Estado con nueva raza.

En otras épocas estas conquistas eran organizadas y dirigidas con una verdadera política colonial, pero el sentido dado por la madre patria era muy diferente y su furia por los habitantes de los lugares conquistados no tiene —con mucha seguri-

dad— pares en la historia. Su única equivalencia podría estar en la Inquisición, fenómeno perteneciente a la misma nación.

El sentido de monopolio y extracción de las riquezas de estos pueblos se hacía sin la menor consideración con los países afectados. Las ganancias eran arrastradas hacia España y jamás se otorgaba algún bienestar a las provincias; solo tenía valor el mantenimiento de esta situación y la dependencia de España, que se basaba en el sometimiento y la ignorancia en que se tenía a las colonias y en su desconocimiento del resto del mundo.

En relación con esa política de monopolios se instauró un comercio exclusivo con la patria de los conquistadores, la cual se reservaba el derecho de proveer a las colonias de mercaderías y productos manufacturados europeos. Es decir, España era un tutor ávido de ganancias y exclusivamente por sus manos debían pasar todas las necesidades del pupilo, sin dejarle a éste la posibilidad ni la responsabilidad; lo que mejor le pareciera, según sus propios intereses. Para ellos era acertado, además, asumir esas posibilidades de sus naciones vecinas, con lo cual se hacían cargo de las jugosas comisiones que les reportaba tal estilo de comercio.

Por otra parte, el dominio español imponía prohibiciones aberrantes, como la de sembrar los productos primarios de esta América, que habrían podido satisfacer algunas necesidades a España. La afición de los criollos por el vino, el aceite, etc., debió postergarse ante esas prohibiciones, que llegaban en muchos casos a impedir el cuidado y provecho de los productos que la misma naturaleza se encargaba de colocar al servicio del hombre. La razón, no cabe duda, era una sola: mantener la costumbre de la dependencia de los colonos hacia la corona.

No deben sorprender entonces algunos claros ejemplos. En Méjico no se permitía el desarrollo de la industria o la agricultura; lo importante era extraer el metal de valor: la plata. En Nueva Granada no eran las minas de plata las que debían explotarse, sino las de oro. Para Cuba se dejaba la siembra de tabaco y solo en las cantidades necesarias para su comercio, pues

los excedentes para el consumo personal no eran permitidos. Otra de las arbitrarias prerrogativas que se reservaba el dominador.

En pocas palabras y más gráficamente, España trataba a sus colonias americanas del mismo modo que un relojero a sus trabajadores. En una gran fábrica existen operarios dedicados a hacer los resortes, otros las cadenas, un tercero fabrica ruedecillas. Así, la cadena sigue sin que nadie llegue a hacer un reloj entero. El dueño se asegura de que no tendrá que sufrir las consecuencias de la dependencia de algún operario y, mucho menos, del maestro mismo.

El problema mayor estaba en conseguir aislar a las colonias del resto del mundo. Los esfuerzos que debían realizarse eran mayúsculos, ya que no se trataba exclusivamente de evitar el crecimiento de unas pocas plantas, sino de erradicar y destruir para las ciencias el avance de una parte del mundo. España pretendía detener la información impidiendo, incluso, que a los territorios conquistados tuvieran ingreso forasteros. El único que podía permitir la entrada a un extraño —léase no español, ni conquistador— era el gobierno. Los viajes solo eran autorizados en determinadas provincias, y que un criollo quisiera viajar al extranjero era punto menos que imposible.

Dentro de la dominación jugaba un papel de protagonista el clero. Este se encargaba de sembrar entre los nativos e indígenas todo lo contrario de lo que era su ministerio. Antes que entregar la luz y el descanso espiritual se dedicaba a dar ignorancia y oscuridad a través de ese poder inquisitorio, en el cual se encontraba entrometida la mano del gobierno. Las acciones o los actos de fe eran muy poco vistos; en ningún caso extendían la educación a la formación científica, a los idiomas, la geografía, y eran muy escasas las enseñanzas de estadística, política, etc.

La consecuencia inmediata de ello era que todos los libros que dedicaban sus páginas a tratar estos temas estaban terminantemente prohibidos. A dichas obras se las consideraba del mismo modo que nosotros a un billete falsificado: nulo.

Otra prohibición absurda era la concerniente a la confección de mapas y anotaciones geográficas. A todo el que fuera sorprendido pasando una nota de tal estilo a los vecinos de su comarca, se le buscaba el modo de que perdiera esos deseos, o podía seguirlo haciendo pero dibujando en las paredes de la cárcel. Y si esto ocurría con algún extranjero, o si, por uno u otro motivo, llegaba este a las costas de la colonia, su suerte estaba decidida. Si no le daban muerte en seguida, era por el miedo al qué dirán de la nación a la que pertenecía; pero nada le escapaba de la suerte de pasar el resto de su vida en la cárcel, pagando la osadía de pisar las santas tierras de la corona española.

Para ello no se consideraban los casos de naufragio, falta de agua o todos aquellos estimados como accidentes, que obligan al marino a buscar una costa o puerto fuera del destinado en la ruta y que le permitieran superar sus problemas. La ley del lugar era una sola, inamovible e inalterable. Todos sabían que era un crimen y un desacato acercarse a estas costas; los hispanos hubieran deseado proteger este mar con una niebla tan gruesa que solo resultara penetrable para sus galeones.

Situado el asunto en tal terreno, las conquistas que efectuaban en el continente no eran muy distintas de las que mantienen los bandidos en sus escondrijos. Ni siquiera había la posibilidad de que un viajero extraviado pudiera retornar con vida a sus tierras para narrar lo visto y vivido.

Fue de este modo como España conservó un dominio y dirección de esta colonia por casi trescientos años, que terminaron con la lucha de la Independencia. Estas situaciones prolongadas aquí por tanto tiempo hacen que uno llegue a extrañarse de que no se hubiera llevado a cabo una revolución con mucha más anticipación. Tal vez la única explicación se encuentre en la lejanía de Europa, por el problema de sus influencias, el pequeño volumen de la población con respecto a la extensión de los territorios, la impresionante cantidad de sacerdotes, cuyos intereses no contemplaban los cambios, el carácter parsimonioso y gentil de los nativos, y por sobre todo, el clima.

Es indudable que el clima caliente y la existencia de tierras tan fértiles desatan en el individuo despreocupación y negligencia que, unidas a la poca necesidad de realizar actividades, llevan a vivir solo del eterno sueño de las cosas nuevas y mejores sin que se levante un dedo por hacerlas realidad.

Frente a tamaño cuadro es innegable que se necesitaba un cambio y la gran debilidad que padecía la corona ayudó a que la situación germinara. Es posible que con mejor dirección España hubiera mantenido su dominio. Para lograr clarificar esto conviene analizar una época de la historia observando el desarrollo de ambos países, desde el descubrimiento del último y la germinación de la primera semilla revolucionaria que fue causa de las raíces independentistas.

Al momento de conquistar a América, España podía mostrarla como el punto culminante de su desarrollo como Estado, de su madurez política. En ese instante era considerada la nación más poderosa de Europa, gracias a su armada y ejército, y el país más rico, por su desarrollo económico. Con raras excepciones de competencia, era también España el país manufacturero de Europa. El desarrollo y grandeza de su economía pueden verse demostrados en el hecho de que fue capaz de afrontar la inmensa construcción colonial del Nuevo Mundo, que a los cincuenta almanaques de iniciada estaba cimentada en sus bases principales.

Su economía le permitió tener durante casi un siglo, como preocupación fundamental, todos sus intereses dedicados a levantar sus grandes ocupaciones: las colonias. Para ello era preciso atender a la recién descubierta América con la exquisitez que sus futuras riquezas le retribuirían.

No era difícil imaginar el gran impulso que significaría para España esta actividad, ya que así como el gobierno real aumentaba en poder y renombre, la proporción de sus valores en la producción de las minas de oro y plata, extraídos del Nuevo Mundo, le prolongarían su autoridad y existencia.

Históricamente no ocurrió ninguno de los objetivos perseguidos. Al pasar un siglo de dominación, España dio al mundo un claro ejemplo de lo que la riqueza puede afectar a un Estado cuando no se comparten los sabores del triunfo en partes iguales.

No se invirtieron bien tantas ganancias, no se estimuló al ritmo necesario la instalación de la industria, los modos de vivir variaron y no dio al conjunto de la población un bienestar que fuera provechoso para la convivencia interna. Todo se usaba para las maquinaciones políticas y las satisfacciones de interés personal.

Las masas trabajadoras veían con poca simpatía a sus compatriotas que regresaban a la patria cargados de riqueza de fácil obtención, a lo que se agregaba el descontento que les producían sus escuálidos ingresos, con lo cual se aumentaban sus ansias de marchar hacia aquellas tierras que tanto bienestar podían traerles y donde tan velozmente se alcanzaba la riqueza.

La debilidad de la corona comenzaba por aquel entonces, especialmente bajo el reinado de Carlos V, ya que movidos los españoles por una insuperable idea de grandeza y una in-exhausta tesorería comenzaron a entremeterse en todos los asuntos políticos de Europa, costearo costosas guerras que empezaron a menguar los tesoros y la población.

Colmando los desaciertos, se dio el golpe de gracia, a la alicaída industria manufacturera española. Felipe III expidió un editcto por el cual dispuso la expulsión de más de un millón de inmigrantes, comerciantes e industriales. De este modo todo el esfuerzo creativo del país quedó en mal pie y España se vio obligada a contratar y comprar las manufacturas en otros países, quedando convertida en un mero agente comercial.

Por sus manos pasaban las riquezas del Nuevo Mundo y con estas pagaba la industria de ufanos competidores, que debían ser mantenidos a todo precio. Incluso su armada, que le había permitido ser el único agente con sus colonias, debió so-

portar la presencia competitiva de otras naciones, tanto más peligrosas cuanto que ahora contaban con el apoyo de las propias colonias.

Por otro lado ya se había iniciado la composición de una clase social propia de las colonias. Los criollos eran producto de la mezcla de pacíficos indígenas, esclavos negros y algunos españoles provenientes de las primeras familias de colonizadores, que entonces eran considerados los habitantes de mayor nobleza del país y tenían la oculta intención de ser mirados de igual modo en su tierra materna, con lo cual no quedaban exentos de los beneficios y cargos otorgados en ésta.

Estos criollos, sin embargo, demostraban recelo frente a la política de su gobierno, pues preveían que solo llevaría a la formación de una clase aristocrática nacional, lo cual constituía una aventura para las pretensiones de su país. Con el transcurso del tiempo se daban cuenta de que perdían las ilusiones de alcanzar reputación y que la lista de los meritorios era lo suficientemente larga para que la "Corte de Madrid" nunca les tomara en cuenta.

Este tipo de relación mellaba a la larga el sueño por sus propias ideas —las de la corona— y como ya la colonia que habían logrado conformar era una verdadera reunión de razas y necesidades, su inserción con el medio era la garantía de su propia existencia. Fue así como cualquier mal trato que recibían despertaba en ellos la idea de la rebelión, convirtiéndose en los mejores defensores de la colonia oprimida. Para esto ayudaban sus mejores conocimientos de la política, y aunque el largo trabajo del clero rendía sus frutos y adormecía los ideales, tenía que llegar el momento en que la situación cambiara. Si bien es verdad que el gobierno podía evitar el ingreso de productos extranjeros, no había razón para que este despotismo simple bastara para dejar fuera del escenario las más finas partículas de luz intelectual y libertaria.

El conocimiento del peso ejercido por España sobre las colonias y sobre la balanza de la política mundial jamás tuvo rea-

les efectos en el criollo, más aún cuando su patria ya no podía sostener el papel de poder excesivo sobre las colonias de la América Latina.

El peso hegemónico de España había comenzado a perder su fuerza debido a la debilidad política e industrial que mostraba y a su dependencia manufacturera de otras naciones. A ello se unió el hecho de que la armada ya no era la poderosa de antaño y las colonias pronto establecieron comercio clandestino con otras naciones, especialmente en la zona del Caribe, que debido a la inteligencia y valentía con que emprendían esas acciones, enfrentándose a los guardacostas españoles, no encontraba parangón en el mundo. Más aún, ya eran capaces de realizar el lucrativo negocio del mercado de esclavos entre Africa y las Antillas.

Por supuesto que para todos estos negocios se contó con la complicidad de los colonos y una unión de tal naturaleza no debía ser muy saludable para sus loables ideales.

España recibió el golpe más duro cuando la guerra entre ella e Inglaterra cortó las comunicaciones con las colonias, al tiempo que la obligó a defender sus puertos y los de las colonias contra los ataques ingleses. La situación no resultó en beneficio de los hispanos, ya que se ofreció a las colonias la ocasión de comprobar la verdadera capacidad de sus fuerzas. Fue así como del conocimiento saltaron al convencimiento y a la necesidad de la unidad para combatir al enemigo común externo. Esa convicción les llevaría a protegerse contra el despotismo interno que les acosaba.

Por supuesto que todas las anotaciones anteriores son de carácter general y, en mayor o menor medida, aplicables a los diversos países sometidos al dominio español y que se liberaron para edificar sus propios gobiernos independientes, sobre las ruinas del poder hispano en América. El asunto es que para el conocimiento más completo del ejemplo que ahora tenemos a la mano, Colombia, seguiremos la evolución en el plano político.

Ya hacia fines del siglo pasado comenzaban los primeros brotes de rebelión, tanto en Venezuela como en Nueva Granada, ocasionados en su gran mayoría por el descontento que provocaban las medidas comerciales y las insoportables tarifas arancelarias impuestas a las colonias. Existía una medida que se distinguía sobre todas, la alcabala, consistente en un derecho, para el gobierno, del cinco por ciento del valor de cada propiedad, que se originaba en la venta de ella y su posterior cambio de dueño.

Pero aún el gobierno era fuerte y lograba sofocar rápidamente tales brotes de insurrección. Con las noticias de la Revolución Francesa empezaron a agitarse en Bogotá las manifestaciones liberales. Ante tal avance estas alcanzaban mayor seriedad. Hacia 1808 la noticia de la prisión de Fernando VII desató toda una reacción de los revolucionarios que proclamaban los derechos del rey por sobre los del designado José Bonaparte. Se colocaban los intereses de España sobre los de Francia, siempre y cuando que ésta reconociera la independencia de sus colonias, lo que se logró pese a la rigidez de las Cortes.

España ya no solo estaba en guerra contra Inglaterra sino también contra Francia, por lo que se planteó la necesidad de la conformación de las Juntas de Gobierno. Al conocerse la prisión de Fernando VII se formó en Caracas un Congreso que entregó la comentada petición a las Cortes.

La respuesta que éstas dieron fue tan extraña como dura y errada: que las colonias debían ser pasivas y en todo seguir el destino de la madre patria, cualquiera que este fuera. Tal respuesta y el descontento generado a raíz del bloqueo de la costa de Caracas, declarado por las Cortes, motivaron sentimientos que llevarían a plantearse la separación definitiva de la tutela hispana. El primer acto de insurrección ocurrió en Caracas en julio de 1810, mediante la proclama a todo el mundo del modo como España recibía la oferta de las colonias, ayuda frente al enemigo común, y la instalación de un gobierno libre y soberano bajo el nombre de Provincias Confederadas de Venezuela.

Por ese entonces hizo su ingreso efectivo a la historia un criollo caraqueño, Francisco Miranda, quien durante bastante tiempo había tratado de servir a su patria. Ya antes de la Revolución Francesa recurrió a la ayuda del gobierno inglés, luego a la de los norteamericanos y los franceses, siempre solicitando apoyo para arrojar el yugo español que oprimía sus tierras.

Inglaterra, al principio, escuchó con atención las peticiones de este luchador, pero después de la firma de la paz con España no siguió haciéndolo, ya que el objetivo de Europa era evitar el ejemplo de la Revolución Francesa e impedir la formación de nuevos países de ese tipo. Los Estados Unidos eludieron el compromiso a través de las disposiciones de su Constitución que impedían el uso de la fuerza a no ser que estuviera en peligro la defensa del país. La Convención Nacional francesa, que tenía mucho interés en sembrar en Sur América el árbol jacobino de la revolución, ofreció a Miranda el mando de una expedición con tal fin, pero éste no acogió el proyecto, pues debió haber sospechado que una revolución a la francesa no beneficiaría a su patria, quedando postergada la empresa hasta una mejor oportunidad.

Con la formación de la Confederación de Provincias, Miranda aprovechó la coyuntura de desplazarse hasta Caracas para dirigir el ejército rebelde en contra de Monteverde, quien se vio obligado a retirarse a Maracaibo. Lamentablemente las fuerzas patriotas tuvieron que soportar el terremoto de 1812, que en el lapso de unos minutos destruyó la mayor parte de Caracas y causó la muerte a dos mil de sus habitantes.

Este drama fue utilizado en contra de los independentistas, y para ello el clero se encargó de hacer una buena comedia, señalando que la causa del desastre era la desobediencia al rey y a la corona. Estas eran palabras dirigidas hacia Monteverde, con las cuales, veladamente, se le daba carta blanca para que marchara sobre Caracas. Los españoles lograron varias victorias, lo que hizo que Miranda tuviera que decidir el retiro de sus tropas.

Estas últimas habían sufrido un grave deterioro con el terremoto; tanto, que uno de los mejores batallones de Miranda

encontró la muerte en el derrumbe de un sitio donde se albergaba. Por ello se vio en la obligación de firmar una capitulación, en la que se hizo constar que nadie sería perseguido por sus ideas y que cualquiera podría abandonar el país si así lo deseara. Por supuesto, los españoles no cumplieron el pacto, basados en su teoría de que no negociaban con los rebeldes, de manera que apresaron a Miranda cuando se disponía a partir a Europa. Lo mantuvieron en La Guaira y posteriormente lo enviaron a Cádiz, donde, en una cárcel, este valiente hombre terminó la actividad de sus días. Sin embargo, dejó el legado y un digno sucesor, Simón Bolívar, coronel del ejército, quien logró escapar hacia Curazao.

Tales acontecimientos, si bien era cierto que aminoraban la suerte de la independencia, no conseguían apagar su llama. Bastó que los sentidos se recuperaran de la catástrofe de la naturaleza para que volviera el ímpetu, aun cuando el territorio seguía ocupado por las tropas invasoras.

En 1813 el general patriota Nariño formó una fuerza en Cumaná, la que estaba en condiciones de enfrentar a las realistas, y con el retorno de Bolívar, a quien le había sido entregado el mando de los ejércitos de Nueva Granada, seguidora del ejemplo de Venezuela, y la marcha de esas tropas desde Cartagena a Mompós se desataron ofensivas contra los españoles. El primer encuentro con éstos ocurrió en Cúcuta, en el cual los patriotas alcanzaron el triunfo y la marcha creció en número y en intenciones. Bolívar se consideró lo suficientemente fuerte como para buscar el encuentro con Monteverde, en Valencia. La victoria lograda obligó al general español a retirar sus tropas y encerrarse en Puerto Cabello. La capital estaba abierta para los patriotas. En agosto de 1813 Bolívar se presentó en Caracas.

La campaña había tenido una duración de casi un año. Las divisiones de los americanos fueron comandadas por Bolívar, Nariño, Páez, Bermúdez y Urdaneta. Las tropas realistas tuvieron como jefes a Monteverde, Morales, Cajegal, Boves y Rosette. La guerra empezó a mostrar sus cambios y después del anterior triunfo patriota comenzaron los avances de los realistas.

En Caracas Bolívar renunció al mando de las tropas que le confiara el congreso de Nueva Granada, pero en enero de 1814 se formó una dirección militar cuyo mando le fue dado a él, lo cual debe comprenderse porque la situación misma determinaba la existencia de tal tipo de gobierno.

La racha triunfal y los logros alcanzados no lograron ser mantenidos durante mucho tiempo, pues Bolívar fue derrotado en dos ocasiones por el general Boves, en La Puerta y Arigüita, y obligado a dejar a Caracas y embarcarse para Cartagena.

Lo espeluznante aparece en esta etapa de la reconquista, en que las crueldades cometidas se repartieron en forma equitativa. El solo mencionarlo hace temblar a la humanidad. La responsabilidad, fuera de toda duda, corresponde a los españoles, que desataron el horror de la guerra. Por lo tanto, esperar que no existieran represalias, era una utopía. Fue así como la contienda resultó una verdadera barbarie digna de las épocas más oscuras y primitivas de la humanidad.

En la lucha no se daban cuartel y los prisioneros que se hacían en cada retirada eran masacrados en el acto o llevados al cuartel general donde se les asesinaba en masa. Parecía que esta guerra quería erradicar del léxico la palabra "prisioneros".

No eran éstos los únicos desafortunados, pues también se extendía a las personas que pensaban de un modo diferente a la de la política imperante en el gobierno. Cuando se reunieron gran cantidad de ellos en las cárceles se emuló a la Revolución Francesa: se les mató.

Entre esas "hazañas" pueden mencionarse la de Monteverde, que ordenó matar al Coronel Briceño junto con siete oficiales de Bolívar, y la masacre que hicieron las tropas realistas en Barinas. Bolívar encontró una buena manera de vengarse y ordenó el fusilamiento de los prisioneros que se mantenían en Caracas y La Guaira; de este modo fueron ejecutados más de ochocientos infelices españoles.

Después de la ocupación de Puerto Bellota, lugar donde Monteverde debió defenderse, se implantó la práctica, aceptada

por ambos bandos, de colocar a sus respectivos prisioneros en los primeros lugares de combate: así, recibían el fuego granado de las balas de sus propios compañeros. Eran los conejillos de indias de la táctica enemiga.

Después de todos estos acontecimientos Nueva Granada se vio afectada por escisiones. Hacia 1808 se habían formado diferentes Juntas Regionales que empezaron a disputar entre sí. La discusión central se refería al tipo de gobierno que debían acoger; para unos era el federal, para otros el central. El desacuerdo casi les lleva a una guerra interna entre el sector del congreso de Nueva Granada que funcionaba en Tunja y el del sur o Junta de Cundinamarca, cuyas sesiones se celebraban en Bogotá, de donde en 1810 fue expulsado el último virrey español.

La posibilidad de continuar la guerra resultaba así tan irrisoria como incomprensible. La decisión, afortunadamente, fue alterada debido a que los españoles entraban desde el Perú y los sectores en discordia tuvieron que colocarse a las órdenes del gobierno central hasta cuando quedara en claro cuál sería el tipo de gobierno que más les favorecía y se lograra la destrucción del enemigo, los realistas.

El joven criollo Antonio Nariño, uno de los más grandes genios político-militares que haya formado la revolución de Suramérica, recibió el mando de las tropas de la coalición y durante un año no solo resistió a los españoles sino que les causó duros reveses, expulsándolos de la provincia de Popayán; pero sufrió una grave derrota en Pasto, región montañosa, y fue tomado prisionero.

Por esta época regresó Bolívar, tras la derrota de Arigüita, usando nuevamente la vía de Cartagena. A su llegada a Tunja el congreso de Nueva Granada le confirió el mando de las tropas, por segunda vez, ahora para reprimir a la Junta de Cundinamarca, con la cual subsistían los desacuerdos. Derrotó al General Alvarez, disolvió esa Junta y unió los ejércitos bajo la perspectiva de expulsar de Santa Marta a los realistas, que fue la decisión y responsabilidad que recibiera del Congreso.

A tal fin se dirigió, con cerca de tres mil hombres, sin armas y casi sin municiones, hasta Cartagena, en donde no recibió apoyo de su gobernador Castillo, quien no quiso entregarle los pertrechos necesarios, por ser éste oriundo de Caracas, así que Bolívar no pudo hacer nada.

Este último pensaba hacer uso de las atribuciones que le otorgara el Congreso, cuando hizo su aparición el General Morillo. Este traía una fuerza muy superior, con lo que puso fin a todas las desavenencias de los patriotas. Bolívar se vio obligado a dejar el país y escapar a Jamaica, no sin antes entregar el mando de las tropas a Castillo para que este procediera a la defensa de Cartagena.

El nuevo general español era enviado por Fernando VII, quien, como consecuencia del triunfo aliado, logró en 1814 quedar en libertad y volver a sentarse en el trono. Tenía puestas sus esperanzas en que bastaría una Constitución en la que otorgara a las colonias iguales derechos que a los españoles. Pero la realidad era que solo quería hacerles alimentar ilusiones, ya que, en estricta verdad, no tenía intención de aplicar esta norma sino que, por el contrario, se dedicó a obtener la sumisión incondicional de los colonos. Esto parecía un premio a la lealtad demostrada durante el cautiverio del rey. Fernando VII les regalaba un decreto que prometía el olvido de todo lo ocurrido en su tiempo de ausencia, y noblemente ofrecía a los patriotas que se colocaran las cadenas que a fuerza de tanta lucha se estaban quitando. Al ver que la respuesta no era la esperada, decidió usar otros métodos. De ahí el envío de Morillo al frente de diez mil hombres. Así haría valer sus derecho al otro lado del océano.

Cartagena resistió heroicamente durante cuatro meses, pero finalmente tuvo que rendirse. El avance del general triunfador siguió por Nueva Granada, sin que existiera fuerza capaz de resistirle. La huella de la furia de este español era fácil de seguir; para ello solo bastaba recorrer los rastros de la destrucción que indicaban su paso.

Cada criollo conocido por alguna habilidad o por sus conocimientos fue perseguido y fusilado al instante. El propio gene-

ral se jactaba en sus informes al rey de que no dejaría, en toda la Nueva Granada, un solo sospechoso con vida y acompañaba la promesa de actuar según el espíritu de los españoles conquistadores.

La guerra que llevaba adelante España era tan cruel y sanguinaria que resultaba comparable a la desatada por los turcos en Grecia. Morillo no necesitaba ser musulmán para emular a Ibrahim Pachá.

Pero Bolívar no estaba inactivo en las Antillas. Después de lograr escapar al ansia de un asesino a sueldo de los españoles, recibió en Santo Domingo el apoyo de Boyer, presidente de esa nación, y pasó luego a Curazao, donde encontró a Brion, quien le entregó dinero y una pequeña escuadra. Reunió después una cantidad importante de emigrados, en la isla Margarita, que le fuera arrebatada a los españoles por un jefe patriota de apellido Arismendi. Reclutó a más gente y se dirigió hacia la costa venezolana, tocando tierra firme en Cumaná. De nuevo encontró problemas y al ser atacado por Morales, se vio obligado a embarcarse en dirección a las islas.

Bolívar permaneció un tiempo en Santo Domingo. Allí consiguió nuevas fuerzas y retornó a su tierra por tercera vez. Llevaba el propósito de no abandonarla mientras existiera un solo invasor en ella. Tuvo una corta estada en Barcelona; atravesó los llanos entre la Costa y el río Orinoco y ocupó a Angostura, la ciudad más importante del sector y capital de la provincia española de Guayana. Allí estableció el nuevo gobierno, en espera de que condiciones más favorables le permitieran trasladarlo al punto central de la futura república.

Al ocupar esta ciudad quedó en condiciones de abrir una ruta utilizando las aguas del Orinoco, que le pondría en comunicación con Europa y especialmente con Inglaterra. Esto tuvo una vital importancia, pues comenzó a recibir gran cantidad de refuerzos, tanto de oficiales como de soldados y utensilios. Pronto, para evitar las especulaciones se inició el envío de patriotas.

Parecía que la planta de la libertad estaba echando sus raíces en Venezuela. Pero la verdad era que Morillo continuaba haciendo estragos en Nueva Granada, aunque muy pronto le llamaría la atención la serie de triunfos que Bolívar y sus tropas alcanzaban. Entonces se decidió a actuar. Dejó hombres en Cartagena, Santa Marta y Bogotá, en la última de las cuales se instaló nuevamente un Virrey, Sámano; marchó hacia Caracas, y tras reunirse con un refuerzo español de mil seiscientos nuevos hombres, partió a atacar a Bolívar.

Se encontraron a comienzos de 1817. Entre estos generales se desarrolló un estilo de guerra complicado y destructor. Durante dieciocho meses el transcurso de las batallas fue cambiante.

Finalmente las tropas patriotas se cansaron de este verdadero sacrificio de vidas y decidieron una marcha, hasta ese entonces considerada imposible de efectuar. Se trataba de atravesar la cordillera del este, que separa a Venezuela de Nueva Granada, y caer sorpresivamente sobre las tropas españolas que allí se encontraban, para continuar abriéndose paso hacia la capital.

Con tal idea en la cabeza, Bolívar dejó que Morillo se encargara de los movimientos de Páez, el general patriota, quien serviría de distracción al hispano, mientras que el grueso de las fuerzas marchaba con Bolívar lejos de ese escenario. Este se unió con Santander en Tame y después de trasmontar la cordillera cortaron la senda al otro lado de la provincia de Tunja.

Tras un recorrido de dos meses y con unas tropas muy cansadas, llegaron éstas al pie de los cerros y empezaron su ascensión, la que se veía entorpecida por las lluvias constantes que aumentaban los torrentes. Las aguas por donde debían pasar en varias ocasiones arrastraron a soldados y mulas.

El tiempo se confabulaba contra las intenciones libertarias, causaba daño a las armas y las municiones; la lluvia y la nieve impedían a los hombres dar reposo a sus cansados cuerpos. No encontraban el reparador fuego que les permitiera cocinar sus

alimentos ni secar sus ropas. Pero la llama seguía alta y un ejército fogueado en duras pruebas —aunque bastante diezmando— alcanzó la cumbre, gozando de la inolvidable vista que las aguas del Gallinazo le ofrecían a los pies de las alturas, allá en Tunja. Este fue el lugar que permitió descansar a un agotado ejército que marchaba en dirección a Bogotá. Dos días bastaron para que la marcha prosiguiera.

Las tropas no alcanzaron a avanzar mucho cuando se encontraron con las fuerzas del Virrey, avisadas de la increíble marcha que aquellas realizaran en las alturas andinas. El 25 de julio fue sobrepasada la vanguardia que dirigía el coronel Barreiro, en Vargas, y con fuerza incontenible siguieron hasta Boyacá.

Los patriotas, bajo las órdenes de Bolívar, obtuvieron, el 7 de agosto, una de las victorias más grandes y decisivas. Casi todo el ejército español cayó en la batalla o fue tomado prisionero. Ningún realista con armas se interpuso en el camino del ejército victorioso hasta Bogotá. Entonces, con excepción de Cartagena y Santa Marta, no quedaban fuerzas realistas en el territorio de Nueva Granada.

En los encuentros reseñados así como en las batallas libradas en las playas del Orinoco, las tropas patriotas estuvieron reforzadas por un cuerpo de ingleses que, bajo el nombre de Batallón de Albión, ayudó en gran medida al triunfo. Bolívar estaba tan contento con sus cualidades que después de Boyacá les distinguió con grados de generales y honró a todo el batallón con la Orden de los Libertadores, la más grande muestra de honor en el país. Por lo demás, fue un cuerpo que se ganó el respeto de todos, que se inició con la travesía de la cordillera, donde bregó como uno más sin desfallecer. Poco después tendrían de nuevo la oportunidad de mostrar sus virtudes y complacer a Bolívar. Al año siguiente ellos fueron quienes iniciaron la batalla de Carabobo, en la cual perdieron la mitad de sus fuerzas, contando entre estas a su valiente jefe el Coronel Ferrier.

En 1820 se preparó una expedición para liberar a la ciudad y provincia de Santa Marta. Con este fin se envió un destaca-

mento que se uniría al recién llegado cuerpo del coronel Montilla, quien estaba en Sabanilla. Luego se les juntó el almirante Brion, procediendo a instalarse en Barranquilla. Dos batallones se colocaron bajo el mando del coronel Carreño, los mismos que poco antes habían aniquilado al cuerpo español enviado desde Ciénaga. Una rara escuadra, compuesta de pequeñas embarcaciones equipadas con un cañón de calibre menor, se envió por el archipiélago de Cuatro Bocas, realizándose un ataque conjunto por mar y tierra. Santa Marta, tomada sorprendentemente y con mucha fuerza, se rindió.

Esto permitió a los patriotas alcanzar una posición fija en la costa, además de abrirles las compuertas de una excelente comunicación con las islas del Caribe.

En 1820 se firmó un armisticio entre Bolívar y Morillo, tras el cual el general español se marchó a su tierra dejando el mando de las tropas a Latorre y Morales. El Libertador consideró que ese pacto no le favorecía y lo rompió, disponiéndose luego a librar la batalla definitiva: la de Carabobo, en la que los realistas, si bien mayores en número, sufrieron una derrota estruendosa. Los sobrevivientes casi no alcanzaron a encerrarse en Puerto Cabello, ciudad que era la única que España mantenía en todo el territorio. Los patriotas en seguida ocuparon la zona.

En octubre del mismo año fue tomada Cartagena, operación en la cual cupo papel importante al coronel Padilla, quien con sus pequeños cañones seguía cooperando al éxito de los patriotas.

Era así como las fuerzas hispanas solo ocupaban a Puerto Cabello, en toda la extensión comprendida entre el límite de Méjico y la boca del río Orinoco. Pero aún mantenían sus pies firmes en el Perú, por lo que Bolívar envió un destacamento para reforzar al general Sucre, quien allí conseguía algunos éxitos.

La batalla de Pichincha, en 1822, dio a los patriotas — hoy llamados colombianos — el temible dominio sobre todo el territorio que se cobijaba bajo el nombre de Nueva Granada.

Morales, con la ayuda de algunos refuerzos, consiguió iniciar una nueva ofensiva. Para ello se afirmó en Puerto Rico y

Cuba y desembarcando con cerca de quinientos hombres logró, ayudado por la inexperiencia del encargado militar, tomar la ciudad y su fortaleza. Con esto alcanzó una posición que le permitía marchar a Caracas, Bogotá y Santa Marta. Morales no demostró mayor interés en abandonar sus posiciones, no en vano era el militar más capaz de España y el enemigo más peligroso de Colombia. Durante un año mantuvo la situación y habría seguido mayor tiempo si hubiera recibido apoyo de su patria y aprovechado la ausencia de Bolívar que se encontraba luchando en el Perú.

Nuevamente los laureles históricos le fueron favorables al intrépido y sagaz coronel Padilla, quien, con una reducida escuadra de pequeños barcos de guerra y sus ya famosos cañones de pequeño calibre, logró vencer a la flotilla de Morales, consistente en treinta embarcaciones de pequeño calado.

En este combate naval los colombianos se colocaron a la altura de sus mayores éxitos. Padilla destruyó la flota española y Morales viose obligado a capitular en Maracaibo, con la sola condición de que le dejaran libre, se embarcara a España y jamás volviera a servir en contra de Colombia.

Con esto se comprobó la importancia vital que Puerto Cabello tenía para los españoles y la seguridad colombiana, por lo que se decidió ocupar esa fortaleza. El asalto tuvo tal fuerza que el 10 de noviembre de 1823 capituló la ciudadela de la guarnición, perdiendo así los españoles el último punto de apoyo que les quedaba en este país. Habían pasado trece años de feroz, sangrienta y heroica lucha libertaria.

CAPITULO XVII

LA REPUBLICA DE COLOMBIA

Como ya se ha mencionado, en el año de 1811 Venezuela adoptó una Constitución que, debido a la misma guerra, no tuvo mayor valor, como ocurrió con la toma de la capital, cuyo gobierno consistió en una especie de dictadura, de la que se hizo cargo Bolívar. Poco a poco las Juntas se expandieron por toda la Nueva Granada y en cada una de ellas dictaban constituciones especiales, a las que las unía un punto común: la independencia de España y una forma republicana de gobierno.

Al notar los patriotas, por el año 1821, que tenían en su poder el control de casi la totalidad de Nueva Granada y Venezuela, decidieron reunirse en Cúcuta —ciudad limítrofe de ambos territorios— y otorgarse una ley fundamental, el 12 de julio del año mencionado. Así ambos estados, Nueva Granada y Venezuela, se unieron en una sola, indivisible y soberana república, la República de Colombia, con capital en Bogotá. Esta mientras se erigiera una con el nombre de su primer presidente: Ciudad Bolívar.

Este mismo congreso tuvo a su cargo la elaboración de la nueva Constitución, que fue proclamada como oficial el 20 de agosto del mismo año. Dicha Constitución parecía tener como modelo la de los Estados Unidos de Norteamérica, con todas las similitudes que es posible encontrar y permitir entre un gobierno federal y uno de carácter central. De cualquier forma aparecían inmediatamente las diferencias, especialmente en lo relativo al modo de elegir los representantes de la Nación.

Los norteamericanos designan, ellos mismos, a sus representantes al Congreso. El pueblo de Colombia debía hacerlo a través de las elecciones, nombrando electores. Este mecanismo era el señalado por la Constitución. El mal radicaba en que luego estos mismos escogían a los representantes, ya que no se consideraba al pueblo con la capacidad suficiente para elegirlos.

Con una medida como esta se obtenía como resultado poner a la voluntad popular bajo un cuerpo de tutores, lo que rompía la comunidad que debía existir entre ellas y creaba dependencia. Es decir, más parecía estarse formando un estado de tipo representativo, pues los elegidos debían rendir sus cuentas a ese cuerpo de tutores.

Estos electores eran nombrados en proporción de uno por cada cuatro mil ciudadanos; su período tenía una extensión de cuatro años; con grandes derechos para elegir representantes y senadores, además del Vice-Presidente y el Presidente. No deja de inquietar el hecho de que tal institución pudiera estar alterando el pensamiento y espíritu democrático establecido en la Constitución, llevándolo a un campo aristocrático no contemplado, o bien, a una deformación del régimen republicano, donde obtuvieran ganancias las oligarquías. Al observar estas desviaciones se llega a la conclusión de que durante bastante tiempo las diversas clases y colectividades no contarán con amplias libertades políticas.

Con el fin de facilitar el respeto y aplicación de las leyes y para el fomento y control de las elecciones, la república se encuentra dividida en doce departamentos, los que, a su vez, se subdividen en provincias, cantones y parroquias.

La dirección de cada departamento (que corresponden a nuestras provincias) está confiada a un intendente, el que es nombrado por el Presidente, pero para su aprobación se necesita la sanción del Congreso. En virtud de la ley fundamental, el poder de que goza abarca solamente la administración jurídica del departamento. En casos de excepción —como la guerra— o cuando el Presidente lo estime preciso para la seguridad nacio-

nal, puede otorgar a dicho funcionario el mando militar. Para que esta excepción pueda ser cumplida, el intendente debe poseer el rango de general. Actualmente en muchos casos el intendente es un general de la República. Los decretos destinados a las gobernaciones, pasan por sus manos, ya que los gobernadores están subordinados a su mando.

Suele suceder que ambos cargos están ocupados por militares. En tal situación se les hace asesorar o asistir. En el rango inmediatamente inferior a los gobernadores se encuentran los dirigentes de los cantones que, bajo el nombre de juez-político, son a quienes corresponde juzgar en los actos jurídicos y policíacos. Les siguen los alcaldes (muy parecidos a nuestros fiscales o comisarios distritales), que en número de dos están a cargo de la parroquia.

El sueldo de los alcaldes —quienes son nombrados por el cantón— y el de los jueces políticos, es el honor de servir. Es decir, no cobran remuneración alguna. Por otro lado, el sueldo de un gobernador está en relación directa con el tamaño del territorio bajo su control; puede calcularse en unas tres mil piastras. Un intendente dobla esa suma en sus ingresos.

Cada departamento elige cuatro senadores. Las provincias designan un representante por cada treinta mil habitantes.

El modo de elegir estos representantes es el siguiente. El último domingo de julio, cada cuatro años, se reúne a todos los ciudadanos de las parroquias, con derecho a voz y voto. Para obtener tal derecho se requiere ser colombiano, casado, de veintiún años de edad y que sepa leer y escribir. Por un artículo de la Constitución se ha suspendido esta exigencia hasta el año de 1840, puesto que de cumplirse ella, muchos ciudadanos no tendrían el derecho de voto.

Además el votante debe ser dueño de una propiedad por valor mínimo de cien piastras o ejercer el comercio o un oficio de artesano. Quienes reúnan tales características designan a los electores del cantón, en proporción de uno por cada cuatro mil habitantes. Si la población del cantón no alcanza a reunir ese número, mantiene el derecho de elegir un representante elector.

Para llegar a ser elegido como tal, se requiere tener derecho a voto, saber leer y escribir, tener veinticinco años cumplidos, vivir en alguna de las parroquias del cantón, tener una propiedad fija cuyo valor sea de quinientas piastras, o bien tener un ingreso anual de trescientas piastras. En caso de no cumplir con estos requisitos se puede optar a uno de esos cargos si se es investigador científico o se tiene un grado de tal calidad.

Al llegar el primer día de octubre, cada cuatro años, los electores se reúnen en la capital de la provincia y al constituirse el quórum de dos tercios de sus miembros se procede a las elecciones de rigor. La jornada comienza con la designación del Presidente de la República. Le sigue la del Vice-Presidente, para pasar luego a la de los senadores para el departamento, y finalmente los representantes de la provincia.

El Congreso consta de cuarenta y ocho senadores y cerca de cien representantes, los que, de acuerdo con la Constitución, deben reunirse en Bogotá el 2 de enero de cada año. El período de sesiones se prolonga por noventa días, pero si en ese lapso no han sido agotados los temas por estudiar —lo más normal en estos casos— aquel se extiende durante treinta días más. En todo este tiempo los miembros del Congreso reciben nueve piastras para gastos de estada y media piastra por cada cinco kilómetros de distancia de su provincia. Con esto se pretende entregarles una cuota que les permita subvenir a sus gastos. En general se tiene la impresión de que tales recursos son mínimos y que con el dinero entregado para los gastos de hospedaje, etc., se ayuda a los del traslado, ya que con esa cantidad no alcanzan a ninguna parte.

El salario que percibe el Presidente es de treinta mil piastras anuales, y el del Vice-Presidente de dieciocho mil piastras anuales, las que pueden verse aumentadas en seis mil más, en caso de ausencia del Presidente, cuando entra a representar al Ejecutivo. El gabinete consta de seis secretarios de Estado, que actualmente son: Asuntos Exteriores, señor Revenga; del Interior: I. Restrepo; Finanzas: Castillo; Justicia: F. Restrepo.

Encargado del Ejército: General Soublette; y para la Armada: Almirante Clementi. Cada uno de ellos recibe un salario de seis mil piastras anuales.

La Suprema Corte de Justicia está compuesta por cinco delegados, cuya elección proviene de la propuesta que el Presidente hace a la Cámara de Representantes, mediante el envío de una lista compuesta por quince candidatos. La Cámara elige a diez; sigue su curso el trámite en el Senado, y de esta instancia sale una lista de cinco personas, que, en definitiva, son las elegidas. Aparte de cumplir con los requisitos estipulados para los electores, los miembros de la Corte deben tener treinta años de edad y ser juristas. Su salario alcanza anualmente a las cuatro mil piastras y permanecen ejerciendo esas funciones mientras cuentan con la confianza del gobierno. Este tribunal tramita los juicios de última instancia que han llegado hasta él para su fallo definitivo. Hay también tribunales en las provincias, cuyos miembros son designados por el Poder Ejecutivo previa proposición que hace la Corte Suprema de Justicia. Tales funcionarios gozan de un sueldo de tres mil piastras anuales.

Cuando se van uniendo tantos valores, además de los funcionarios de aduana, correos, etc., nos encontramos con que los gastos de la Administración son demasiado elevados. Esto sin mencionar los altos ingresos que deben destinarse al ejército y a la armada, máxime si al tiempo sus miembros ocupan altos puestos en la burocracia estatal.

Hasta el momento Colombia cuenta con veintiseis mil hombres de infantería, cinco mil de caballería y dos mil de artillería. La constitución otorga facultad de modificar estas fuerzas en la medida de las necesidades del país, lo que lleva a suponer que deberán pronto disminuir en parte importante.

Los salarios señalados durante la guerra (cuando eran entregados y recibidos) tenían el siguiente orden: un coronel obtenía doscientas piastras mensuales; un subteniente, treinta piastras y un soldado diez piastras. El Congreso actual ha rebajado esas cantidades, y así un coronel percibe ciento treinta piastras mensuales, en tanto que el soldado seis piastras.

En 1825 el ejército costaba a la administración pública cerca de tres millones de piastras. Otra medida tomada es la de hacer más selectivo el reclutamiento, ya que las nuevas necesidades no exigen la conscripción masiva obligatoria. Hoy todos los colombianos, entre dieciocho y treinta años, están en un grado de conscripción donde la quinta parte de sus miembros es reemplazada por sorteo. Mediante este sistema el máximo período de obligación militar puede alcanzar cinco años, pero siempre queda la posibilidad de colocar otro nombre en reemplazo.

Además existe una milicia formada por toda la población masculina del país, entre los dieciseis y los cuarenta años, pero esta fuerza aún no está organizada. En la actualidad continuar con los reclutamientos no es tan necesario, más aún cuando se observan los batallones que regresan de la campaña del Perú. El verlos nos hace decir que Colombia tiene un ejército más que suficiente para defenderse de la invasión española.

Sin embargo, cuando se pasa revista a la situación de la armada, el cuadro cambia en muchos aspectos. Grandes han sido los esfuerzos por llevarla a un sitio de respeto, pero no se han obtenido los resultados ansiados. En octubre de 1826 la armada estaba compuesta por tres fragatas, cuatro corbetas, algunos bergantines y unos pocos cañones de bajo calibre. Una de esas corbetas y varias embarcaciones menores se encuentran varadas en la costa del Pacífico.

Esta fuerza podría tener grados de desarrollo si estuviera bien equipada y ejercitada su tripulación. Al no ocurrir esto salta el interrogante de por qué el gobierno insiste en mantenerla, si en verdad jamás, podrá estar a la altura que sus costas requieren. De todas maneras no puede culparse al gobierno de no tratar de conseguir logros.

Recientemente se ha fundado en Cartagena la Escuela de Cadetes Navales de donde egresaron los dos primeros oficiales, en 1825. Fuera de esto, el último congreso dictó una ley mediante la cual todos los colombianos, entre catorce y cuarenta años de edad, que viajen por mar o ríos, como medio de trabajo, tienen la posibilidad de ser miembros de la tripulación de un barco de guerra.

En verdad la primera medida mencionada puede contribuir bastante al mejoramiento de la calidad de los oficiales, pero la última no asegura tal avance, ya que no contempla un problema de calidad sino solo el aspecto cuantitativo. No se necesita discutir mucho para convenir en que un bogador de río no reemplaza a un marinero experimentado. Es como establecer semejanza directa entre un pájaro vadeando los pantanos con un ave acuática deslizándose en el mar. En cuanto a los gastos, el Ministro de Marina estimó necesaria la suma de cuatro millones de piastras, para el período de 1826, con lo que atenderá a gastos de alimentación y mejoramiento.

Del cuadro expuesto se desprenden los apuros por los que debe pasar la caja fiscal, más aún si a todo se le suman los préstamos e intereses contraídos en el extranjero.

Cuando la colonia inició la guerra contra los españoles, los medios de que disponían los patriotas eran bastante escuálidos, y pese a que los gastos de una guerra en Suramérica son menores comparados con los de un conflicto en Europa, se hacía necesario tener dinero o créditos para la compra de armas y municiones. Por lo tanto debían recurrir a la mano extranjera.

Por supuesto que nadie quería arriesgar por el solo hecho romántico de la libertad de un pueblo o cosa por el estilo. Todos querían obtener ganancias, la guerra les ofrecía una inversión. Especuladores de tal calibre se podían conseguir en Inglaterra o en las Antillas. Los precios eran altos, los intereses subidos y las condiciones, en general, una verdadera carga, casi imposible de resistir.

Cuando la República comenzaba apenas a sacudirse de la pesadilla de la guerra, empezaron a tomarse medidas para la cancelación de las deudas contraídas. Con este fin se obtuvieron préstamos en Inglaterra, entre los años 1822 y 24, por un monto cercano a los treinta y cuatro millones de piastras, con interés anual del seis por ciento y plazo de pago de treinta años, en cuotas semestrales. Además de esta deuda se encontraban los sueldos atrasados que el gobierno adeudaba a sus veteranos de la guerra.

La nación, entre sus ingresos más importantes, cuenta con los de la aduana, el monopolio del tabaco, las contribuciones directas, la sal, el papel sellado, las minas de oro y plata y el correo. Todos aportan en ese estricto orden, pero al momento no son suficientes para cubrir los gastos estatales. Según un plan trazado por el Ministro de Finanzas, se confía aumentar esos aportes en tal medida que el país podrá cancelar puntualmente sus deudas de interés en un plazo de seis meses. Actualmente se ha dedicado a cancelar sus deudas internas.

Ahora se está a la espera del pago que adeuda el Perú a Colombia por los servicios de guerra, lo cual hace presagiar que las finanzas del país tendrán un incremento aliviador y que a un plazo no muy largo podrá Colombia sacar sus finanzas del punto bajo donde se han mantenido por largo período.

Indudablemente que para la economía de un país es de gran importancia el comercio con el exterior. Colombia cuenta con recursos estupendos como para mantener un comercio de exportación de mucho valor. Las tierras de Suramérica no solo son aptas para producir mercancías tropicales, sino que, a la vez, en sus regiones montañosas se pueden dar la mayoría de los productos de clima templado. Tampoco deben dejarse de lado los aportes que hacen los metales preciosos como el oro y la plata, aunque también se encuentran minerales como el hierro, cobre, plomo, etc., además de sal y carbón de piedra. En el momento y por algún tiempo más, el valor del oro y la plata motivarán el desprecio por estos últimos. El estudiar esta amplitud de posibilidades es lo que hace decir que este país, con una industrialización adecuada y el aumento de población, será capaz de satisfacer sus necesidades sin requerir de la ayuda extranjera; incluso podrá desarrollar una política amplia de exportaciones. Pero debido a la urgencia de la situación presente, me dedicaré a enumerar y comentar los productos que actualmente tiene Colombia.

Sin lugar a duda el lugar primero entre ellos le corresponde al cacao, que se cosecha en buenas cantidades y en excelente calidad. Este producto, con la excepción de Guatemala, solo se

encuentra en estas tierras, por lo que se presta para su exportación. Este árbol de pequeño tamaño necesita tierras bajas y calientes, con la sombreada protección de árboles de mayor tamaño. Tal característica hace de las provincias bajas de Colombia el paraje ideal para su producción. Las tierras donde se está dando se encuentran en la costa de Venezuela, en los alrededores del lago de Maracaibo y en ambas orillas de los ríos Magdalena y Orinoco.

Aunque este árbol no da sus productos hasta los ocho o nueve años, representa con largueza un negocio, ya que otorga tres cosechas al año, en un lapso de vida de veinte a treinta años. Necesita tan pocas atenciones que se considera que basta un hombre para el cuidado de mil árboles. La cosecha de un año alcanza a unas veinticinco fanegas de granos de cacao y cada uno de ellos tiene un valor de veinticinco piastras. Es difícil dar datos de la exportación durante la guerra, pero antes de la revolución de la Independencia Venezuela obtuvo un ingreso por las ventas de este producto por valor de tres y medio millones de piastras.

La inseguridad provocada por la guerra anglo-española hizo que las exportaciones de cacao no se mantuvieran normalmente, lo que trajo la consiguiente merma en sus cosechas, con lo cual se propiciaron las condiciones para la siembra de cafetos, ya que estos se mantienen por mucho mayor tiempo y sus frutos se pueden almacenar en depósitos hasta que los precios resulten convenientes para su venta. Los venezolanos son quienes más auge e importancia le han dado al café. Ahora comenzó éste a cobrar fuerza en las provincias de Nueva Granada, cuyas tierras se prestan para su cultivo ya que necesita menos calor y humedad que el cacao. En 1812 Venezuela exportó cuatro millones de libras de granos de café. Por el aumento alcanzado puede decirse que actualmente forma el artículo de exportación de mayor importancia para Colombia.

En tiempos pretéritos el índigo ocupaba un puesto importante en las exportaciones del país, pero su producción ha disminuído considerablemente. El valor, encarecido por los costos

de transporte, contratación de personal y sus cuidados, llevó a que cayera en tal decadencia que aún no se ha repuesto. Tales razones hicieron que los europeos miraran hacia el producto que ofrecían las Indias Orientales. Si bien se reconoce que el índigo de estas tierras es más fino y de tonos más brillantes, se observa que no se mantiene tanto tiempo como el de las Indias. Pero no debe desconocerse que el sueldo de un obrero en éstas es incomparablemente más bajo que uno de Suramérica, lo cual permite abaratar los costos y entrar con mejor pie a la competencia en el mercado. Desde estas tierras, poco antes de la guerra, se exportó casi un millón de libras, avaluadas en cerca de trescientas mil piastras.

Otro producto que se encuentra en las provincias bajas es el algodón. La caída de su precio en el mercado europeo ha reducido considerablemente su producción actual, máxime si se considera que no puede entrar en competencia con el algodón de los Estados Unidos, considerado de mejor calidad. En Cartagena se llegó a pagar entre veinte y treinta piastras por cien libras, pero ahora no ofrecen más que ocho, e incluso seis piastras, lo cual hace que el interés se desplace hacia la siembra de otros productos más rentables. Una causa que no puede dejar de mencionarse y ha tenido incidencia directa en la calidad del algodón es el descuido de las tierras y la mala limpieza que se hace de la cosecha. Para la preparación del terreno se limitan a cortar los bosques y a quemar lo que de ellos queda. Sin arar, se hace la siembra de granos de maíz en hileras distanciadas a diez pies. Cuando las semillas han brotado, se procede a la siembra del algodón, el que crece protegido por las matas de maíz. Cuando el algodón ha alcanzado fuerza suficiente, se corta el maíz; hecho lo cual el producto futuro no tendrá ningún otro cuidado.

La limpieza de lo recolectado queda a cargo de las mujeres, quienes con palos, lo trillan en el suelo. En Norteamérica los campos algodoneiros se preparan cada año y la cosecha se limpia con máquinas, que sí logran liberar a la flor de sus semillas. Al analizar ambos métodos salta a la vista cuál es el de mayor co-

rrección y, por supuesto, que si los colombianos decidieran ser tan cuidadosos como sus competidores pronto recobrarían el prestigio en el mercado mundial.

De los productos que Colombia posee, el tabaco es el que menos aporta a la economía interna, ya que el gobierno lo ha monopolizado a tal grado que no es un artículo de exportación. El es el único vendedor de tabaco en el territorio y toda la producción que se obtiene es almacenada en las bodegas que para ello destina. Ningún otro colombiano distinto de los agentes designados puede dedicarse a la siembra de tabaco. Los "matriculados" establecen acuerdos con el gobierno, en los que se fijan con anticipación los precios y se establece el compromiso de entregar toda la cosecha. En seguida dividen el tabaco en rollos de una libra de peso cada uno y en esta forma se envía a los estancos de tabaco, donde se vende. Estos depósitos de venta se encuentran a lo largo del país.

El pueblo tiene que abonar un precio mucho más elevado que el pagado por el gobierno. Así es como éste cancela entre doce y quince piastras por las cien libras y las vende a cincuenta y hasta a sesenta piastras. En los comienzos de la república y como despreciando los monopolios hispanos, se quiso liberar al Estado de la fiscalización del tabaco, pero resultó ser una medida precipitada y ante la urgencia de contar con ingresos estables para las arcas, se decidió mantenerla. El tabaco otorga dos millones de piastras al tesoro.

Desde cualquier perspectiva queda flotando la idea de que, tal vez, cuando el Estado no necesite tan urgentemente los ingresos, debe abandonar su tutela y control monopolista y promover una cosecha general, lo que permitirá tener otro producto de exportación capaz de competir con Cuba y Virginia, y al mismo tiempo evitar el contrabando que se hace con el tabaco cubano, que resulta mucho más barato que el vendido por el gobierno.

Para Europa, los árboles de bellos colores que se producen en América son un producto apetecido. En el Nuevo Mundo no existe otro lugar que los produzca en mayor abundancia que

Colombia. Entre esas especies se encuentran el bresilje y el Arbol de Nicaragua, de los cuales se ha exportado gran cantidad, especialmente desde los puertos de Nueva Granada. El último de los mencionados se encuentra en abundancia en Riohacha, Santa Marta y Ocaña. Su único costo está en cortarlo y transportarlo.

El transporte de ellos se hace a lomo de burros hasta llegar a alguna ciudad de tránsito fluvial expedito y así se llevan hasta las ciudades con puertos marítimos, desde donde zarpan con destino a Europa. Son manifiestas las probabilidades de que junto a la ampliación de las comunicaciones internas del país aumente esta rama de la producción.

Al desarrollar esa posibilidad, ampliación de caminos y mejoramiento de los elementos de transporte aparecerá otra buena perspectiva económica por la calidad de las maderas, tan aptas para la construcción de embarcaciones como para la creación artística. Una inmensa cantidad de cedros, ceibas, etc., árboles tan hermosos como resistentes, se pudren en los bosques y senderos impenetrables debido a la falta de medios de transporte. A ello debe atribuirse que esta fuente de riqueza no haya aportado todavía nada a las arcas estatales.

En este inmenso abanico de riqueza, Colombia tiene dos productos que, por el momento, solo explota para satisfacer necesidades de la población interna, pero que a corto plazo se pueden transformar en importantes mercancías de exportación: el azúcar y el arroz.

El azúcar se cultiva en tierras que no están a más de seiscientos metros sobre el nivel del mar. Los lugares donde, hoy en día, más se le encuentra son Cartagena, Mompós, Santa Marta, Mariquita y Barinas. Los molinos donde se le procesaba fueron destruidos durante la guerra y no han sido restaurados en su totalidad. En ellos se hierve la panela junto con un azúcar amarillento y sucio que en el interior del país se cotiza mejor que el blanco y refinado. Este solo existe en la Costa, pues llega de contrabando desde las Antillas.

En lo que se refiere al arroz, producto de gran consumo entre la población, es posible, sin mayores esfuerzos, llegar a convertirlo en un importante artículo de exportación. Las zonas cercanas al río Sinú, al sur de Cartagena, muestran grandes plantaciones de este cereal. Se comenta bastante que las razones de que el azúcar no sea tan rico y bien cosechado como el de otros países, radican en las mismas señaladas para el algodón.

Entre los productos que este país ofrece para la exportación no pueden dejar de mencionarse sus caballos y vacunos, que abundan en enormes rebaños y manadas en las extensas praderas ubicadas en la parte noroeste del territorio, entre el Orinoco, la Cordillera Oriental y la Costa.

Cuando llegaron los españoles esas tierras húmedas estaban cubiertas de bosques y pastizales cuya altura alcanzaba el tamaño de un hombre y habitadas por tigres y caimanes. Los equinos y vacunos que ellos trajeron ayudaron a cambiar el paisaje y se han multiplicado considerablemente. Hoy es muy difícil saber la cantidad exacta de ellos.

Durante la época anterior a la guerra independentista se embarcaron desde los puertos venezolanos hacia las Antillas, anualmente, cerca de ciento ochenta mil pieles y grandes cantidades de carne de res salada y en tasajos que en esas tierras eran usadas como alimento para los esclavos. Considerando que existía medio millón de cabezas, el número puede haberse ampliado. Por otra parte, se exportaban caballos y mulas de los que se supone que existían unos doscientos mil de los primeros y cien mil de las segundas.

Las cantidades existentes no son, en modo alguno, las que debiera haber, ya que múltiples razones llevaron a que se mataran animales y entorpeciera su aumento natural.

En el transcurso de las batallas se solía sacrificar a los animales para alimentar a los soldados. En muchos casos dos hombres daban muerte a un buey para solo comerse su lengua y dejar el resto para el banquete de gallinazos y otras aves de rapiña. Del mismo modo se usaban los caballos para marchas for-

zadas, y casi no alcanzaban a desmontarse cuando aquellos caían muertos de agotamiento. Entonces se les dejaba abandonados y se proseguía el viaje con las nuevas cabalgaduras que se conseguían. De manera que la cantidad de estas bestias disminuyó bastante por las razones anotadas pero su capacidad de reproducción encuentra buen eco en las condiciones climáticas tan benignas para ello.

Como hemos visto, Colombia debe mucho a Venezuela en su producción vegetal y animal, pero tratándose de minerales hay que trasladarse a la parte oeste, es decir, a Nueva Granada, esa región cruzada por los Andes, y en este examen nos limitaremos a mencionar los productos preciosos, que son los que se destinan a la exportación. Esta es la razón de que se les ponga tanta atención, a diferencia del descuido en que se tienen los minerales menos preciosos, que ya mencionamos.

El oro ha sido uno de los principales productos de Colombia y se encuentra, en mayor o menor cantidad, en todos los parajes montañosos, especialmente en las provincias de Antioquia, Chocó, Popayán y Pamplona. En cuanto a la proporción de la superficie, se considera al Chocó la zona aurífera más rica del mundo. Por lo que hace a la calidad, Pamplona, con su oro de veintitrés kilates, ocupa las preferencias. Por último, Antioquia es la más rentable, ya que entrega en solo un par de años más de un millón de piastras.

El laboreo de este mineral ya fue descrito. Ahora corresponde señalar que en los tiempos de la ocupación española el rendimiento anual de estas minas alcanzaba a más de tres millones de piastras, cálculo que está tomado de la parte que fue tasada y pasó por la vigilancia gubernamental. Por supuesto que se escapa a ésta toda la cantidad extraída con fines de lucro personal, al mismo tiempo que no se tiene control sobre la estafa que se hace con el polvo de oro. Ambos elementos reunidos aumentan la producción anual en otro medio millón de piastras.

Por motivos como la reducción del trabajo esclavista y otros, la extracción del mineral ha decaído notablemente. Tanto,

que según cálculos del ministro de Finanzas, las sumas ingresadas al Tesoro, por este concepto, apenas bordean el medio millón.

En cuanto a la plata, aunque se encuentra en muchos lugares del cordón montañoso, hasta ahora nunca ha podido igualar su cantidad a la del metal dorado; de allí que su valor sea comparativamente menor. Las más conocidas minas de plata se encuentran situadas en Pamplona, Mariquita y Chocó. El trabajo ha sido tan mal ejecutado, que antes de la revolución produjeron apenas diez mil piastras al año, cifra que hoy está rebajada a menos de la mitad. Tal vez en un futuro cercano puedan dar mayores rendimientos, ya que en su mayor parte son trabajadas por los ingleses.

El suelo colombiano tiene un tercer metal precioso, que resulta valioso no por sus cantidades sino por su escasez en el resto del mundo. Se trata del platino. Acompañando al oro se le encuentra en el Chocó, entre la Cordillera Occidental y el Océano Pacífico. Dar un dato acerca de los montos de extracción, es complicado, más todavía cuando las mayores cantidades son embarcadas hacia Jamaica, que paga este metal a un precio superior al de acá, que solo da ocho piastras por libra. Por supuesto que mientras el gobierno no aumente su precio de compra seguirá escapándosele el grueso de la producción y extracción del platino.

En cuanto a la población colombiana, se calculaba en cerca de cuatro millones, pero una vez acabada la guerra se piensa que no alcanza a más de los dos millones y medio.

De todas maneras, no se tiene una información detallada y certera sobre el tema porque además no se ha realizado ningún censo de población desde la época de los españoles. Daremos algunos datos generales, redondeando las cifras de los departamentos (doce en total) y una lista de la división política del país en sus ya mencionados departamentos y sus treinta y ocho provincias.

- 1 — Maturín, con las Provincias de Cumaná, Barcelona y Margarita. Capital: Cumaná. Total de habitantes: ciento veintinueve mil.
- 2 — Venezuela, con las Provincias de Caracas y Carabobo. Capital: Caracas. Total de habitantes trescientos setenta mil.
- 3 — Orinoco, con sus Provincias de Barinas, Apure y Guyana. Capital: Barinas. Total de habitantes: ciento ochenta mil.
- 4 — Zulia, con las Provincias de Maracaibo, Coro, Mérida y Trujillo. Capital: Maracaibo. Total de habitantes: ciento sesenta y tres mil.
- 5 — Boyacá, y las Provincias de Tunja, Socorro, Pamplona y Casanare. Capital: Tunja. Total de habitantes: cuatrocientos cuarenta y cuatro mil.
- 6 — Cundinamarca y sus Provincias de Bogotá, Antioquia, Mariquita y Neiva. Capital: Bogotá. Total de habitantes: trescientos setenta y un mil.
- 7 — Magdalena, con las Provincias de Cartagena, Santa Marta, Mompós y Riohacha. Capital: Cartagena. Total de habitantes: doscientos cuarenta y nueve mil.
- 8 — Cauca y las Provincias de Popayán, Chocó, Pasto y Buenaventura. Capital: Popayán. Total de habitantes: ciento noventa y dos mil.
- 9 — Istmo, con las Provincias de Panamá y Veragua. Capital: Panamá. Total de habitantes: ochenta mil.
- 10 — Ecuador y sus Provincias de Pichincha, Imbabura y Chimborazo. Capital: Quito. Total de habitantes: ciento noventa mil.
- 11 — Asuay, con sus Provincias de Cuenca, Loja y Juan de Bracamoro. Capital: Cuenca. Total de habitantes: doscientos diez mil.
- 12 — Guayaquil y sus Provincias de Guayaquil y Manabí. Capital: Guayaquil. Total de habitantes: ciento cincuenta mil.

De todos los departamentos mencionados, los cuatro primeros corresponden a la antigua patria general, Caracas o Venezuela. Los restantes pertenecían al Virreinato de Nueva Granada. Este volvió a ser dividido, formándose la Audiencia de Nueva Granada, integrada por las cinco provincias intermedias y la Audiencia de Quito, compuesta por las tres últimas provincias citadas.

Tras este cálculo, la población total de la República bordea los dos millones setecientos veintiocho mil habitantes, con un territorio tal que la densidad de población alcanza a unos cinco kilómetros por cada persona, lo que hace de Colombia, entre los poco poblados países del trópico, uno de los que cuenta con población menos numerosa.

CAPITULO XVIII

LOS HABITANTES Y LA POBLACION DE COLOMBIA

El origen de la población colombiana tiene tres raíces diversas: América, Africa y Europa. Los antepasados se remontan a las épocas de los indígenas, negros y españoles. Hoy en día no se puede hacer una clasificación tan rígida y esquemática.

La mezcla de estas razas ha provocado tal dispersión de tonos y uniones, que se hace imposible en muchas oportunidades señalar a cuál raza pertenece, o cuál es el origen. Más parece un hermoso arco iris, que ha visto la luz a través del tiempo y las generaciones.

Con todo, la mezcla ha llegado a casi todos los sectores pero no evita que algunos de éstos aún guarden su pureza y tradición. Seguir el desarrollo de todas las uniones es interesante, pero complicado de analizar en sus diferentes y numerosas ramificaciones. Por el momento nos conformaremos con mencionar el primer grado de las herencias con base en las razas auténticamente criollas, la unión de indígenas y negros: es decir, mestizos, mulatos y zambos.

Los criollos, denominados popularmente blancos, son hijos de padres europeos o de antepasados de ese nivel. Si su color se ha logrado mantener, serán motivo de envidia; pero si sus tonos se oscurecen un tanto, serán catalogados como mestizos.

Los mestizos son descendientes de padres de raza blanca y madres de piel oscura. Para el caso de la madre no se diferencia si es indígena o mulata. Por tanto, los productos de esa unión

tienen una piel algo amarilla o castaño claro. Sus cabellos son crespos; la cara tiene ciertos rasgos europeos. Son altos, en especial cuando la madre es mulata.

Siguiendo en este orden, los mulatos, o hijos de blanco y negra, con su cabello corto y crespo, su tono de piel castaño oscuro y un hermoso conjunto de rasgos faciales africanos y europeos, unido a su elevada estatura, determinan una presentación que es difícil de superar en lo que respecta a belleza.

El verdadero dueño del país es el nativo, que se distingue por una menor estatura, piel bronceada, cara ancha, poca frente y cejas unidas. El cabello es negro y liso y su raíz comienza casi junto al terminar la nariz.

Otra especie es la formada por los zambos, descendientes de la unión entre mulato y negra, o viceversa; se diferencian del negro solo porque su piel es un tanto más clara y su cabello menos crespo.

Por último aparece el africano, fácilmente reconocible debido a su intenso color negro. Un cuerpo ágil y fuerte, cara redonda y labios gruesos, nariz chata y unos ojos anchos y grandes adornan toda su presencia. La cabeza muestra un corto y encrespado cabello.

He mencionado las razas en el orden de consideración general. Los extremos son el blanco y el negro, y sus intermedios se encuentran en la medida de mayor o menor proporción de europeo, africano o nativo. Esa es la sangre que fluye por las venas de estos individuos. Es como una exposición de telas, que van subiendo de precio mientras más se aclara el color, o en la medida en que aumenta su finura y abolengo.

Se considera que los blancos forman el quince por ciento de la población. Los indígenas, un tercio de ella, y los negros las dos quintas partes. Las demás razas se reparten el porcentaje restante.

La clase superior está representada en los criollos, lo que considero justo pues con la sola excepción de unos cuantos mula-

tos y mestizos, son los únicos que pueden mostrar un nivel de formación y conocimiento sobre la patria y su gobierno. Culturalmente y en cierto sentido son los que deben ser llamados colombianos. Ellos hicieron despertar el sentimiento libertario y dirigieron la revolución. Las demás clases solo participaron obedeciendo ciegamente, como soldados. En estos momentos, manejan casi exclusivamente el gobierno. Los generales Páez y Padilla son excepciones. Fuera de ellos no conozco otro que ocupe un cargo importante civil ni militar, como intendente, general, gobernador, senador o representante. Ninguno de ellos desempeña un alto puesto en el clero y mucho menos se conoce a alguno que sea científico o literato de renombre.

La riqueza también les excluye, pues no tienen propiedades importantes. En una palabra, los poderosos, informados y ricos de la población son los "blancos". Ellos forman la aristocracia natural del país, y son, en suma, los exponentes dignos de ser presentados ante la historia.

Los mestizos son la raza de la clase que sigue después de los blancos. En muchos casos se les encuentra de alcaldes, administradores de correos e incluso de jueces políticos. Forman la suboficialidad del ejército y la mayoría de los rangos subalternos. A su estrato pertenecen pequeños comerciantes y ocupan los puestos de escribientes en la administración pública. No tienen el mismo prestigio que los criollos, lo cual no les excluye de alcanzar reputación y cierta cuota de poder. Siempre les queda la esperanza de seguir escalando. Por su actuación, se dice que forman el puente entre las capas altas y bajas de la población.

Entre las clases postergadas se considera al mulato como el más noble y el indígena le mira con la certeza de saber que por las venas de quien tiene delante corre sangre europea. Se le encuentra en la industria mostrando una capacidad para el trabajo mayor que la de cualquier otro de distinta condición.

En su gran mayoría son artesanos, marineros y cultivadores de plantaciones. Los timoneles de los champanes y los dueños de bares pertenecen a esa categoría. Durante la guerra hubo

muchos que, gracias a sus actos de valentía y arrojo, alcanzaron altos grados militares. Los ejemplos más brillantes corresponden a Padilla y Páez. Potencialmente son un sector en ebullición y ascenso. Su rebeldía es posible que haga rebajar las diferencias entre los distintos tonos de la piel humana. En cuanto a todas las diferencias que pueden manifestarse, estas no se hallan contempladas en la Constitución, sino que corresponden al libre juego de opiniones.

El carácter tranquilo y pasivo del nativo le continuará manteniendo como el sector postergado y más descontento en su propia patria. Se le ve de preferencia en los pueblos apartados y en las estancias a orillas de los ríos y caminos, cultivando la tierra que no le exige demasiado trabajo. Cumplió un papel importante en el transcurso de la guerra y aunque no se le considera tan valiente como el zambo o el negro, combatió con altivez demostrando capacidad para soportar fatigas y privaciones de todo tipo. Con un arma al hombro y algunos bananos, se le veía llenar todas sus necesidades a través de las marchas forzadas, atravesando los bosques impenetrables o las pampas ardientes del país. La mayor parte del ejército venía de sus filas. Se distinguen los nativos por su fidelidad y disciplina. En general, son silenciosos, dignos de confianza y bastante sobrios.

De un color oscuro más intenso, mayor fortaleza y madurez que el indígena es el zambo, quien reúne cualidades combinadas del negro y el nativo. Tiene el carácter propio de los bogadores y son la rama de la sociedad más indomable. Son marineros, prácticos, pescadores, soldados u obreros, pero suelen ser y son la especie más remolona y desobediente. Generalmente se les ve dando vueltas por las calles.

Cerrando la descripción vienen los negros. En el lugar en que se encuentren estarán ocupando el puesto inferior. Aún se les considera esclavos; son un sector muy marginado y no se les ve deambular libremente por las calles sino realizando ocupaciones en el interior de las casas, donde desempeñan labores de mozo o cocinero. En las plantaciones de grandes extensiones son

los trabajadores más sacrificados. Una buena cantidad de ellos ha logrado su libertad gracias a sus servicios como soldados o a través de otros medios. Pese a muchos factores en contra, se puede decir que la tierra que mejor les trata es Colombia.

El Gobierno ha fijado algunos procedimientos para casos de herencia y testamentos. En los carnavales de Navidad es posible comprar la libertad de muchos de ellos, y las consideraciones mayores son hacia aquellos más laboriosos y honestos. Además se les permite ingresar al ejército tras cierto tiempo y una vez que se han cumplido las exigencias y se ha fijado el precio, se recompensa al dueño con los medios de manumisión que señala la ley.

Con la sola excepción de algunas tribus salvajes (indios bravos) que habitan en los cerros nevados de Santa Marta, la Costa y al sur del Orinoco, y de algunos sectores en Pasto y el Chocó (que no están bajo el control del gobierno), todo el espacioso territorio y sus habitantes profesan la misma religión y hablan el mismo idioma.

Se ha declarado a la religión católica, apostólica y romana como la única del Estado, y aunque no se persigue a nadie que profese una diferente, no se permite practicarla en lugares públicos. Esto se entiende como una parte del poderío que los sacerdotes hispanos han alcanzado. Por supuesto que esto aparece como inconsecuente en una Constitución de corte republicano. Solo tienen tolerancia restringida los ingleses, a los que, según el último tratado celebrado con Colombia, se les otorga autorización para reunirse en sus residencias privadas y realizar sus ritos y ceremonias según sus propias costumbres.

Un botón de muestra de la influencia que tienen los sacerdotes en el pueblo y sus feligreses, y de la profunda molestia que estos han demostrado por tal autorización, es el hecho recientemente ocurrido y que, a no ser por la atinada actitud del gobierno, pudo haber desatado consecuencias imprevisibles.

Por la tarde del 15 de junio, la mayor parte de las provincias fue conmovida por un fuerte sismo; la ciudad más afectada

fue Bogotá, donde varias construcciones se vinieron al suelo e incluso la catedral sufrió los embates del movimiento telúrico. Pese a la intensidad de éste, las pérdidas de vidas fueron escasas.

Los sacerdotes ya no tenían en sus manos la argumentación esgrimida en Caracas, pero aprovecharon este fenómeno natural para desahogar sus propósitos de intolerancia. Ya no podían decir que era un castigo divino por el alzamiento contra el rey, pero declararon que era un aviso del cielo, dirigido al gobierno y al pueblo, para que no se permitiera tanta "herejía". La primera consecuencia de esto fue la reunión de las gentes en las afueras de las casas de los extranjeros; afortunadamente el gobierno evitó que los desmanes fueran mayores y no permitió que la Iglesia siguiera exhortando a los fanáticos. De todas formas los ingleses y norteamericanos residentes no se consideraban seguros, por lo que decidieron andar en grupos y siempre armados. Afortunadamente la tempestad pasó y todo el escándalo acabó por reducirse a las cabezas que habían iniciado el conflicto.

Si en un país pueden ocurrir acontecimientos como el reseñado, y en el mismo sitio de residencia del gobierno, la capital, es porque la información no puede ser de las mejores y porque exceptuando a algunos criollos educados y muy al día en los acontecimientos, se respira un desconocimiento casi infantil de los asuntos religiosos y de los demás temas de la situación mundial. Esto se aumenta con el analfabetismo existente en la población.

Para las amplias masas solo se conocen tres religiones: "cristianos", "paganos" y "judíos". El primer nombre se lo dan a sí mismos; con el segundo denominan a las tribus de indios salvajes, y con el tercero honran a todos los forasteros que no profesan la fe cristiana.

En ese mismo esquema solo conocen tres tipos de nacionalidades: "colombianos libres", "pendejos españoles" y "amigos ingleses". Los términos "extranjero" e "inglés" son empleados como sinónimos. En esas acepciones se incluye a los norteamericanos, pues estos y los ingleses son considerados los mismos, más aún si con ese criterio ven la independencia norteamericana.

La razón de tanta ignorancia es imputable a los españoles. No puede decirse que se deba a falta de interés por conocer la situación del mundo. Las personas que saben leer muestran extraordinario gusto y placer por la lectura, pero no tienen los sistemas que actualicen sus conocimientos. Por ello manifiestan mucho interés en escuchar las opiniones de un extranjero, el que siente gran complacencia de tener un auditorio inquieto e interesado, a la vez que se sorprende por la agilidad e inteligencia de las preguntas a que le someten. El diálogo es una forma de aprendizaje para ellos.

Todo cambio en ese aspecto que se realice acá va en directa mejoría de la situación, cultura y apreciación de las capas postergadas del país, ya que los criollos forman una verdadera selección. Estos ciudadanos tienen una extraordinaria facilidad para aprender y comprender.

El clima es un elemento que ayuda a permitir que las aptitudes de aprendizaje sean mejor aprovechadas. En las provincias de clima templado es donde mejor se desarrolla la libertad del espíritu. Es en esos sitios donde han aprovechado los jóvenes para educarse, formando la reserva necesaria para dar más lustre y brillo a la construcción y definitiva instalación de la naciente República.

Las bases iniciales de esta elevación están en algo que cobra mucha importancia en estos casos, a saber, el orgullo nacional. Esta cualidad es la que otorga las herramientas para alimentar un sentido patrio más amplio, en especial cuando se trata de conformar una república.

Con ese sentimiento miran su libertad, la Constitución, sus héroes, sus fuerzas armadas, etc. Para sus adentros consideran que no existe nación cuyas libertades y Constitución puedan compararse con la "República de Colombia", y para desacreditar a otros ofrecen el ejemplo de los países que son regidos por un rey, frente a cuya mención siempre le consideran como una deshonra.

En muchas ocasiones resulta cómico observar cómo siempre tratan de mostrar esta actitud. Es así como se cuidan de escribir las palabras rey, reino, etc., en minúsculas, lo que contrasta con las de Presidente, República, etc., que llevan grandes caracteres. De este modo ejercen su pequeña venganza frente al odiado mandato que ejercieron los españoles.

Así para quien dude que el general Páez es el más capacitado de los generales de caballería o que el almirante Padilla es el mejor del mundo, será tomado como un forastero envidioso o ignorante. Cuando el asunto cobra dimensiones absurdas es al mencionar a Bolívar. Tratar de comparar a Napoleón o a Washington con el Gran Libertador es verdaderamente un crimen de lesa majestad. Así es que cuidado con aquel que se atreva a colocarles por sobre Bolívar.

Sin pretender hacer comparaciones entre estos tres grandes y con la debida venia y el profundo respeto por su memoria, es indudable que a todos debemos dar las gracias por su grandeza. Es un grave problema tratar de colocar al primer presidente de Colombia junto al de los Estados Unidos, o a quien expulsó las tropas españolas de América del Sur al lado del que derrotó a todos los ejércitos de Europa.

Nada de esto se ha dicho para querer rebajar el enorme valor del Gran Libertador de América. Solo que al tratar de enaltecer la figura de Bolívar no se puede pretender oscurecer a todo el mundo, a todos los que han dado brillo a la humanidad a través de los tiempos. Sabido es que toda exageración necesariamente causa una reacción, que más que un paralelo equitativo causa mucho daño a la figura de otros que también han dado su aporte a la edificación de la historia.

Para mí eso es lo que ha ocurrido con Bolívar. Sin ser un Washington en la Cámara o un Napoleón en el campo de batalla, sus servicios han sido los mayores que puedan prestarse en aras de la patria, y observado dentro de las perspectivas del tiempo, será a no dudarlo uno de los hombres más grandes de la historia.

Simón Bolívar, proveniente de una de las más ricas familias y de mejor reputación de Caracas, nació en 1780. Mediante autorización del régimen español, terminó su formación en Madrid, concluida la cual se dedicó a recorrer Europa. Cuando cumplió los veintitrés años de edad retornó a su patria. En su espíritu habían germinado ya las ideas liberales y se sintió indignado por la condición humillante en que tenían a su pueblo.

Cuando Miranda inicia su carrera en pos de la libertad, Bolívar se le presenta y le hace saber su modo de pensar. Se incorpora a la causa y entrega a esta, de modo brillante, el resto de su vida. Entusiastamente lucha por la liberación de los esclavos, sacrificando en esa empresa toda la fortuna de su padre. A la muerte de Miranda las esperanzas de los patriotas venezolanos son depositadas en Bolívar, que se ve investido de un poder casi ilimitado. Desde ese instante hasta la toma del juramento mantiene, por lo menos de facto, esa autoridad. La ha ejercido con verdadera audacia e inteligencia. Nunca ha tenido intereses egoístas.

Y aunque en la larga lucha emprendida muchos dudaban llegar a feliz término, él nunca desechó las perspectivas del triunfo. Debe considerarse que gracias a su indomable persistencia y empuje se obtuvo la victoria final. Para lograr entender la verdadera dimensión de su trabajo debe enmarcarse dentro de las condiciones que debió soportar y sortear: la gente con la que compartió y las tierras en las cuales se desarrolló.

Bolívar, al principio, debió rodearse de colaboradores que bien pudieron haberle traicionado. La posibilidad de evitar perder ese terreno estaba en poseer una fortaleza a toda prueba y un carácter que permitiera la toma de decisiones rápidas. Además se necesitaba una dirección que llegara a unificar las pasiones y a todos los combatientes.

En ocasiones era necesario una adecuada asistencia personal a los luchadores, ya fuera para alentarles o evitar la indisciplina entre las filas, tan desperdigadas en el extenso territorio. Las dificultades que las pampas y montañas ofrecían al

ejército obligaban a que el comando tuviera que compartirlo con sus soldados. Todos los sacrificios debían repartirse. Se necesitaba no solo energía física para soportar los esfuerzos. Era más importante la fuerza moral, la creencia en lo que se estaba haciendo. Estos fueron algunos de los motivos que llevaron a que muchos de sus ayudantes resultaran incapaces de soportarlo.

Bolívar no tuvo mayor formación militar, pero la reemplazó con un ardiente fervor por las actividades que asumió como su profesión. Tal dedicación le llevó a adquirir grandes conocimientos tácticos que mucho le sirvieron para las batallas en las que tomó parte activa. De allí que en una primera experiencia el ejército independentista sufriera muchas derrotas, lo cual puede imputarse a la poca habilidad y nula experiencia de sus capitanes, que estaban en desventaja con relación a los oficiales enemigos. Los últimos siete años, bajo el mando de Bolívar, los colombianos jamás perdieron una batalla; la autoridad de Bolívar había crecido y él había adquirido importantes conocimientos.

Hasta el momento presente ha tenido más oportunidades de demostrar su genio militar que el talento y brillo político, cuestión que no parece importarle demasiado. Por lo demás, todos los intentos que ha realizado por avanzar y mostrarse en ese plano no le han aportado progresos significativos.

Bolívar no tiene más de cuarenta y cinco años, pero se ve bastante más viejo; la explicación es la vida que ha tenido que llevar. Su figura es más bien pequeña y delgada, aunque sus extremidades son bien proporcionadas. Es dueño de una fuerza y agilidad poco comunes. Su cara es alargada y está adornada con unos ojos oscuros, llenos de vigor y penetrantes y una nariz grande y curva. Su pelo es liso y negro, al igual que sus bigotes y patillas. La piel está curtida por los vientos. En general reina en todo su aspecto una seriedad segura y de grandeza, mezclada con algo de meditación. Su figura, cuando se encuentra rodeado por amigos, resalta por su bondad y viva alegría.

En ocasiones como esas se le ve desenvuelto, conversador y anecdótico. Le gusta bailar y además lo hace bien; suele ser muy

galante con las damas, las que, de cualquier forma, no muestran demasiadas reservas ante el Libertador. Hace ya tiempo, antes de que regresara de Europa, falleció su esposa, española. Así es que hoy día es viudo y no tiene hijos.

Además de francés e italiano, habla algo de inglés, idioma que aprendió durante la guerra gracias a la ayuda de un subalterno y un médico de cabecera de esa nacionalidad. Lleva una vida muy medida. Come poco, no bebe licores fuertes y consume muy poco vino. Raras veces se le ve fumar. Duerme poco. Le encanta ser el primero en levantarse y el último en acostarse.

Entre sus fallas se puede señalar el humor demasiado cambiante, que muchas veces le lleva a excesos que llegan a herir a sus interlocutores. Tras recuperarse, suele apenarse y pedir disculpas a quien haya sido ofendido por sus arrebatos. Tiene demasiada debilidad por el sexo débil, lo que podría llevarle a acabar sus días de modo trágico.

Al igual que el resto de sus compatriotas, muestra inclinación por el brillo de sus vestimentas. En una primera época cayó en situaciones ridículas; tanto es así, que en los comienzos de la guerra constantemente llevaba varias mulas cargadas con una enorme cantidad de vestuario lujoso. Pero su visión le permitió enmendar ese error, lo que ayudó bastante a las relaciones con sus oficiales y su ejército.

A poco de la Batalla de Boyacá, una vez situados en Bogotá, Bolívar brindó una gran fiesta a las familias más distinguidas, juntamente con sus oficiales. En ella le ocurrió una anécdota simpática y humana.

Cuando ya casi se servía la cena, se presentó ante él un coronel británico, quien al hacer los cumplidos de rigor recibió de Bolívar la siguiente pregunta: "Usted es mi mejor coronel; ¿cómo es posible que tenga la camisa tan sucia en una cena de tanta esplendidez?". El coronel respondió que lo lamentaba mucho pero que no tenía otra camisa. El Libertador se sonrió y ordenó a su mayordomo que le entregara una camisa a su oficial. El mayordomo dudó y miró avergonzado a Bolívar. Al notar éste

tal duda, se molestó y preguntó por qué no se hacía lo que él ordenaba. El sirviente ya no pudo evitar dar una respuesta y balbuceó: "Su excelencia no tiene más que dos camisas: la que lleva puesta y la que está en el lavado".

Esta respuesta desató la risa de Bolívar, en la que participó el resto de la compañía que tenía enfrente, de modo que dirigiéndose al coronel le anotó: "Los españoles huyeron tan de prisa, que tuve que anticipar mi llegada y me vi precisado a dejar mi equipaje en custodia".

Gracias a su extraordinaria habilidad, energía desplegada y entrega completa sin egoísmos, Bolívar es dueño de la popularidad en el país, de modo que jamás ha existido jefe o persona que haya contado con un afecto como el que su pueblo le ofrece. Esta popularidad ha hecho que algunos generales le miren con ojos de envidia, pero la mayoría de sus subalternos y funcionarios le expresan su fidelidad y lealtad junto con la admiración por sus extraordinarias cualidades. En lo que respecta a sus soldados y a las amplias masas del pueblo, no se podría decir que lo quieran, sino que debe agregarse que lo idolatran.

Ninguno de los generales ni civiles que le acompañaron en la revolución llega a ocupar verdaderamente el segundo lugar. Todo está sujeto a la influencia del Libertador por el cariño que se le profesa, de manera que él solo está a la cabeza de Colombia y de su gobierno. La influencia que tiene sobre la Nación le hace ajustarse a la frase célebre de Luis XIV: "El Estado soy Yo". Además, no es posible dejar de considerar que Bolívar es capaz de encarnar todo lo que hacia el futuro pueda hacerse. En ese sentido se comenta que podría organizar la nación liberada como una Monarquía, República, Dictadura, o lo que a Bolívar le agrade.

En la actualidad, la forma que adquiera el gobierno central es la piedra de toque y causa de disputas para los colombianos. Por otro lado no puede desconocerse la profunda antipatía existente entre los habitantes de Venezuela y Nueva Granada, que data de muy antiguos tiempos y tiene raíces políticas y geográficas.

En lo que concierne a los aspectos políticos, deben explicarse a través de las actuaciones erradas y egoístas de los españoles, que perseguían la enemistad y aislamiento de las provincias. Con respecto a los problemas físicos y geográficos, se fundan en una base natural, que tiene su expresión en las costumbres y modos de cada país. Venezuela posee un territorio compuesto de pampas ardientes, y Nueva Granada en su gran mayoría está rodeada por frías cordilleras, lo cual hace que en muchas regiones se alcance un clima templado.

Volvemos a notar cómo el clima influye en el hombre. Por eso se nota en los venezolanos mayor brío y ansias de trabajo; lo que en los nuevagranadinos se transforma en orgullo arrogante, valentía a toda prueba, mejor comprensión y conocimientos. Así, se acusan mutuamente de lentitud y artimañas, y de temerarios y explosivos.

En general puede decirse que los rasgos que caracterizan al colombiano son su orgullo y lentitud. El orgullo es herencia de los españoles, y la lentitud y pereza una consecuencia natural de sus actuales constituciones y desvíos. A todo unen una gota de prudencia y cuidado para evitar ser sorprendidos. El que una emoción les llegue a conturbar es asunto de sorpresa, pues parecen ser inmovibles. Para algunos forasteros esto no es más que frialdad sentimental.

Llegan a exagerar en el orden que ponen en sus negocios y en su manera de conducirse, y demuestran una debilidad rayana en lo absurdo hacia los juegos de azar. Tanto es así, que el mismo personaje que se asoleó fuertemente por la mañana para regatear medio real en alguna compra, por la noche suele tirar sus dolones con ligereza y frialdad.

Alcanzan una sobriedad que puede ponerse como ejemplo para otras naciones. Jamás se les ve bebidos en exceso y todo el que alguna vez haya recibido el apelativo de "borracho" se quedará así para siempre y no podrá separarse de él, perdiendo su prestigio y el respeto de sus compatriotas.

En la vida social son alegres y nunca dejan morir las conversaciones. Por el contrario, las mantienen y alimentan con una serie de hipérbolos acompañadas de gestos, que a veces resultan verdaderas declamaciones. De cualquier manera no puede dejarse de lado que muchas de esas charlas son verdaderas pláticas hiladas o, como dicen acá, "pura paja".

Demasiado corteses para creer en su honestidad, llevan al forastero a la duda respecto de su amistad, especialmente si esta se refiere a asuntos de negocios, ya que siempre prometen un grado de actividad y movimiento que sobrepasan sus aptitudes y capacidades normales. El extranjero tiene que ser cuidadoso en sus apreciaciones. Así aprenderá que los conceptos cambian y que el calor o entusiasmo que muestran los colombianos para una atenta prestación de servicios se transforma en excusas vacías y total inactividad.

Para terminar. Esta esquemática pintura de rasgos y caracteres de los habitantes de Colombia no resulta válida para el resto de los países, ya que las descripciones restringidas son siempre inseguras e incompletas, y por mucho que uno trate de penetrar y fijar sus detalles, siempre incurre en la posibilidad de caer en egoísmos y parcialidades al generalizar o pretender dar definiciones de temas poco precisos y en muchos aspectos diferentes, como es el caso del carácter de un pueblo, y especialmente cuando los grados de civilización y organización sobrepasan la condición desordenada y bruta de una tribu de indios salvajes.

Lo que se ha tratado de esbozar es el cuadro de la mezcla de distintas razas, colores y climas, con las características y variaciones tan propias de la población colombiana.

CAPITULO XIX

VISITANDO EL SALTO DE TEQUENDAMA

A poco más de doscientos kilómetros al suroeste de Bogotá se encuentra uno de los más fascinantes, naturales y grandes miradores del mundo. Se trata del Salto de Tequendama, formado con las aguas del río Bogotá, que nace en un extremo del noroeste de la Sabana de Bogotá y que corre por toda ésta recorriendo pequeños torrentes hasta alcanzar, en este punto, la reunión de todos ellos y deslizarse por una cascada, para continuar su camino hacia el río Magdalena.

El tiempo de lluvias que actualmente tenía que soportar no era el más apropiado para realizar visitas; pero mi pronta salida de la capital no me permitía elegir otro día.

Fue así como el 29 de mayo monté en dirección al pueblo de Soacha. Mi amigo el doctor Hoyos no pudo acompañarme, ya que no podía perder sus conferencias del colegio, y ningún forastero quiso ir conmigo pues preferían esperar la temporada seca para hacer un viaje de tal especie. Por esto me vi obligado a hacerme acompañar solamente por un muchacho indígena. Su padre era el dueño de las dos cabalgaduras que nos llevaban a todo galope por la sabana lodosa y embarrada.

Pese a que el clima era agradable y el sol se mostraba en el espacio que dejaban las nubes, que se habían presentado amenazadoras durante la mañana, nos apuramos para llegar al pueblo antes que el sol alcanzara su ocaso. Además, deseábamos es-

tar en él antes de que nos fuéramos a quedar sin habitación. Soacha es un pueblo ubicado a ciento veinte kilómetros de Bogotá.

El campo y el paisaje que se extendían a ambos costados del camino eran de las mismas características y monotonía que el tramo ya descrito entre Facatativá y Bogotá. Estaba compuesto por interminables pastizales y campos de cereales, en cuyos intermedios se encontraban pueblos y casas solitarias rodeadas por sauces y levemente sombreadas de árboles frutales.

A nuestras espaldas se quedó la capital, cuyas iglesias y conventos sobresalían frente a los picos montañosos iluminados por los rayos del sol crepuscular. A la izquierda se extendía la sabana pareja y visible, interrumpida por las formaciones montañosas de la cordillera, las que, cada vez más al sur, terminaban por absorberla completamente. Observando hacia la derecha, la sabana se extendía casi ilimitadamente yendo a unirse a un lejano cerro gris cuyas lomas oscuras se alzan como un muro protector que la envuelve por el este y norte, en donde se puede descubrir la uniformidad del río Bogotá que flota hacia la derecha del sendero y tras grandes vueltas y rodeos busca una salida por entre los cerros, como sospechando lo complicado que puede resultarle conseguir una salida a través del terrible salto.

Cuando ya se veía la caída del astro rey y con bastante suciedad en nuestras ropas y en el cuerpo, entramos al pequeño poblado de Soacha, donde mi compañero encontró albergue en la casa de una señora anciana de gran simpatía, que respondía al nombre de Josefina y era conocida anfitriona de todos los visitantes. Desde luego se enteró del motivo de mi viaje hasta allá, encargándose de presentarme como "un inglés que desea ver el Salto", ya que, de no ser colombiano, a todos se les denomina como ingleses, puesto que es una característica de los visitantes.

Ya se me había informado antes que no tenía sentido pretender sacarla de su error, pues el auditorio quedaría tan ignorante como de costumbre, aunque agregara que mi nacionalidad

era la sueca. La señora parecía manejar la opinión que los demás eran capaces de tener. Cuando ella decía que yo deseaba ver el Salto y que era inglés, procedí a anotarle que lo primero era cierto pero que no era inglés. Ella creyó corregirlo al decir: "Entonces debe ser un francés", lo cual causó buena impresión entre quienes la escuchaban, pues demostró conocer más de una nacionalidad.

La sorpresa que casi la llevó a la desesperación fue cuando observé: "Tampoco señora". Tras pensar un instante, se repuso del choque inicial para replicar con una expresión triunfante: "Pues señor, usted viene de los Estados Unidos". El recibir por segunda vez un "tampoco, señora", la dejó absolutamente sorprendida y luego de colocar su tabaco en las orejas me consultó en un tono extrañado: "Pero, ¿de dónde viene usted entonces?".

Indudablemente tenía que consolar a la señora, ya que no podía comprender que sus conocimientos geográficos no tuvieran en consideración algún sitio distinto de Suramérica, España, Inglaterra o Norteamérica, que eran todos los sitios que ella había oído mencionar. Como fuera el asunto, no perdí el tiempo gastando energías para convencer a mis oyentes de lo que era Suecia. Lo que me impresionó fue que no cometieran el mismo error que tuve ocasión de escuchar en una conversación en Francia, donde una persona que se jactaba de tener mucha cultura, ser muy viajada y pertenecer a las gentes de bien, informaba haber estado en la capital de Suecia "acompañando a la división del general Mortier, hasta Stralsound".

Cuando la mañana llegó, nosotros ya estábamos levantados. Luego de bebernos una taza de chocolate, montamos a caballo con la intención de llegar al Tequendama a buena hora, para evitar alguna posible sorpresa con el tiempo. Este era hermoso y el sol apareció sobre un horizonte casi despoblado de nubes, pero tal aspecto cambió en el transcurso de las horas matinales y se cubrió el cielo de algunas pesadas e inquietantes.

En las interminables praderas se extendían los pastizales que alimentaban a caballos y otras especies de animales. Sobre

un camino indefinido discurría el río Bogotá. A las seis y media estábamos frente a un paso de bambúes, donde las aguas se ensanchan y tranquilizan. Después de hacer el río un gran rodeo gira hacia la izquierda siguiendo la línea de la montaña y no vuelve a verse sino cuando llega al Tequendama. Allá reaparece en un estado absolutamente distinto.

Al atravesar el puente se observa una gran hacienda llamada Canoas, ubicada a treinta kilómetros de Soacha y a sesenta del Salto. En este punto el sendero comienza a subir las largas laderas de pastos situadas entre la Sabana de Bogotá y la cordillera del suroeste. A cada paso la vista se ampliaba, de modo que pronto se ofreció como un mapa ante los ojos del viajero.

Desde este punto se observaba la capital con los oscuros cerros a sus espaldas, los pueblos cercanos a Soacha, casas abandonadas y ranchos campestres y el Bogotá dando sus vueltas de fantasía por las praderas. Finalmente se presentaban varios lagos menores y unos cuantos riachuelos que se unían a dicho río.

La visión seguía penetrando hasta reposar en los cerros situados en las alturas superiores, donde se cubrían de bosques, y la vista, antes ilimitada, se encerraba por las rocas de menor altura completamente pobladas de arboledas elevadas y espesas, entre las que se veían valles angostos con el verdor de los pastos y el riego de riachuelos cristalinos que aprovechaban la oportunidad para dar vida a una que otra estancia pequeña y solitaria, oculta del camino sucio y difícil, más soportable por la visión que de él podía obtenerse.

Cuando ya habíamos recorrido por este trayecto durante media hora la ruta comenzó a descender, hasta que alcanzó tramos intransitables y estrechos. A toda esta incomodidad se unían las dificultades que presentaban las gruesas y espesas ramas y la gran cantidad de arbustos. Por fin estuvimos en un sitio plano donde mi acompañante me informó que tendríamos que dejar los caballos y amarrarlos. La senda, en pendiente, indicaba que no podían ser utilizados en el tramo restante que nos separaba de la catarata.

Al tiempo de apearnos empecé a escuchar el estruendo de la caída de las aguas en el Salto, del que no me había percatado antes porque lo acallaba el ruido de las patas de los caballos unido al chapoteo que salía del sendero repleto de agua y mugre y por las ramas que se iban quebrando a nuestro paso. Amarramos las bestias a cuyo fin elegimos un árbol, e iniciamos el ascenso para en seguida tomar la ruta que caía abruptamente sobre un terreno sucio y resbaloso, que mostraba sus escarpados y salientes repletos de agua de lluvia como coqueteando con el salto cercano.

Y aunque este aún no era visible, se podía percibir, tanto más si se escuchaba su caída nítidamente. El aire comenzó a llenarse de vapor de agua, que ascendía para luego caer en finas y heladas lloviznas. Ambas cosas, ruido y lluvia, aumentaban a cada vuelta o recodo, como si la naturaleza —asustada de mostrar el Salto, que podía ofrecer un efecto demasiado fuerte para los sentidos— quisiera mediante otras manifestaciones minimizar la sorpresa involuntaria que causa siempre una escena de tal carácter.

Impacientes por llegar al mirador que la naturaleza prometía a cada paso, y ciertamente algo mareados por el estruendo de las aguas y la lluvia que caía, apuramos la marcha. Corrimos, zigzagueamos por entre las curvas y hojas que casi cubrían el sendero y luego de doblar una pronunciada abertura de éste se nos apareció en todo su esplendor el bello Tequendama.

Describir una emoción de tal magnitud es algo imposible para un espectador. La presente era una magnífica oportunidad para los que se dedican a describir sus impresiones sobre los paisajes.

Se podría empezar con un: "Vista extasiante...", "Paraliza los sentidos...", "Es imposible decir lo hermoso que es...", etc., y continuar con: "Gran angustia mezclada con sorpresa...", "sitio extraordinariamente rico...", "la visión desata una tormenta de sentimientos...". Los elogios e impresiones seguirían en ese tono. Para acabar con el bosquejo se diría:

“El lápiz resulta demasiado débil...”, “lo que se ofrece es imposible de describir...”, “se requiere que uno vea con sus propios ojos esta imagen para saber lo bella que es...”, etc.

Personalmente no tengo deseos de caer en ello para luego tener que confesar que la descripción no es completa y se necesita que el viajero llegue hasta aquí para poder tener el cuadro de este lugar. Y si cabe la honradez en quien describe, con toda seguridad quedará conforme con sus exclamaciones, tan llenas de patetismo y semejantes a la confesión de los pecados. Creo que resulta ingenuo hacer tanto dramatismo para en seguida señalar que es mejor visitarlo personalmente, y sería fácil caer en la descortesía, en especial después de un viaje tan duro y prolongado.

Vamos a elegir otro método. Antes de pretender que el lector prepare sus cosas para tal viaje, consideraremos que ya está aquí y al lado nuestro. Nos cogeremos con mi guía de las manos, para colocarnos, arriesgadamente, al borde del abismo mareante que tiene esta increíble catarata.

Envueltos en ventisca y llovizna y abrumados por el ruido de algo semejante a los truenos nos encontramos sobre una roca de granito, a escasos metros de la masa de agua que cae a nuestra derecha. El agua pasa a velocidad vertiginosa y desciende hacia las profundidades para luego desaparecer completamente de la vista. A ambos lados aparecen desde las entrañas de la tierra inmensas rocas que van a depositar sus puntas en la confusión de los árboles, conformando una armonía que realza la grandeza de toda la escena.

En medio de dos de esos árboles, en la planicie de la roca, se sitúa el espectador, quien para lograr gozar plenamente de estas visiones se ase con una mano de un árbol y con la otra coge a sus acompañantes y empieza a inclinarse para poder seguir con su vista admirada a las moles de agua que, con un terrible ruido, deslizan sus cuerpos hacia las eternas profundidades, confundi-

das con los vapores que salen desde el fondo para venir a cubrir todo con una niebla semejante al caos, lo que impide que la visión pueda llegar plenamente hasta el fondo.

Alcanzar y mantener la concentración ante una escena de tal naturaleza, es casi un imposible. La unidad de los pensamientos se ve arrastrada, para desaparecer en una conjunción de vapores, ruido y oscuridad.

Otra cuestión difícil, una vez que se ha tomado el aliento suficiente para ello, es levantar la vista, recorrer con ella el espectáculo del Salto y moverla por todo el escenario hasta dejarla detenida en el punto destinado a la observación del espectador, hasta donde ha sido llevado como en éxtasis, que es el estado en que se ha encontrado durante todo el tiempo de permanencia frente a tamaña belleza. Es en estos momentos cuando se hace necesario cambiar de posición para retomar fuerzas y poder observar todo con mayor tranquilidad.

El Salto de Tequendama es uno de los más grandes del mundo en cuanto se refiere a su volumen de agua, y casi con seguridad es también uno de los que arrojan su caudal desde mayor altura. Poco antes de depositarlo en el Salto, el río Bogotá tiene casi ciento cincuenta metros de ancho, los que se estrechan al pasar por entre las paredes rocosas, reduciéndose a unos ochenta metros.

Así comprimido recorre una distancia de quince metros hasta llegar al escarpado, donde forma una masa de casi veintiocho metros de ancho por diez de profundidad, cayendo sobre un espacio de ¡casi doscientos metros!

La fricción que deben soportar las partículas de agua es tan fuerte, que gran parte se transforma en vapor neblinoso que asciende y origina la lluvia que constantemente moja los parajes de las cercanías. Esto, por supuesto, lleva a que grandes cantidades de agua pierdan su estructura original para convertirse en vapor, lo cual se realiza, esencialmente, en la parte superior del Salto. Los cambios provocados al chocar de las aguas en el fondo son mucho menores.

Para dar una pincelada de la fuerza y distancia que el agua recorre, basta decir que desde estas alturas se hizo el intento de arrojar un toro vivo, y al llegar al final de su recorrido solo se encontraron trozos de huesos molidos. Ello muestra que este es el mejor precipicio que uno puede encontrar y que es difícil hallar una manera más eficaz de aniquilarse instantáneamente. Solo basta comprar un pasaje para el Salto de Tequendama.

Por instantes muy cortos, los suficientes para deslizar los ojos hasta el hermoso valle de árboles y arbustos que visten de verde el paisaje, el sol dio el calor y brillo de sus rayos. El río Bogotá, angosto y en calma, daba sus vueltas como aprovechando para descansar después de la violenta caída. El Salto había ganado en hermosura. Los rayos le penetraban formando una serie de pequeños arcoiris, que le quitaban la tristeza y melancolía que antes mostraba.

El momento no duró mucho, puesto que una inmensa nube cubrió al astro, envolviéndolo en una extensa pesadumbre. Di una mirada de despedida a la inolvidable escena y después de separarme de su encanto caminé pensativamente detrás del guía, en dirección al sendero que nos trajera hasta este lugar.

Medio año más tarde tuve la oportunidad de contemplar el mundialmente conocido Niágara. Reconoceré que mis sentimientos al observarlo no fueron de la misma fuerza de los que me causara el Tequendama. Las Cataratas del Niágara podrán ser consideradas la obra más grandiosa de la naturaleza, como homenaje a su mole de agua, semejante a olas de mar que golpean tras deslizarse por sus acantilados y chocar en una plataforma que acalla el estrépito de sus propios truenos. Ese paisaje es como el ideal de la naturaleza, expresado en su máxima furia salvaje y convulsiva. Pero para mí eso era el Tequendama. El ver a esas moles chocar contra las paredes rocosas coloca al ser humano en una situación de sorpresa, admiración y temor.

El Niágara se puede comparar con una hermosa e impresionante ópera. El Tequendama se asemeja a una tragedia violenta, capaz de alterar los nervios al más templado. El primero

es la entretención excitante y agradable; el otro produce temor y, a la larga, cansancio. Uno podría estarse el día completo gozando del paisaje del Niágara, pero no soportaría más de una hora en compañía del Salto de Tequendama.

Soñando con todo lo visto, emprendí el retorno a Bogotá. Cuando mi acompañante me pidió la impresión acerca del Salto, le respondí con una rima, ideada durante el camino, lo que demostraba la riqueza y facilidad que posee el idioma castellano para hacer versos y resaltar lo bello de su sonoridad. Además con ella la pregunta quedaba plenamente contestada:

*Por mis sentidos siempre ha sido gustoso
sentir lo que la Naturaleza tiene de maravilloso;
pero el sentimiento no sé cómo se llama
con que yo estaba admirando el Tequendama.*

CAPITULO XX

VIAJE DE VUELTA A LA COSTA

Tras muchas complicaciones y pérdidas de tiempo logramos arrendar dos mulas con las que hicimos el viaje que nos alejó de Bogotá. Fue así como lo iniciamos el 2 de junio por la mañana, en compañía de mi viejo amigo el senador Tallferro. Mi amigo volvía a su lugar de residencia, Panamá, tras haber terminado el período de sesiones ordinarias del Congreso. Otro amigo, el señor Pardo, no nos pudo acompañar pues fue nombrado miembro de la comisión que se encargaría de terminar los asuntos que no lograron ser tratados en el período ordinario.

En el día alcanzamos a recorrer algo así como cien kilómetros y poco antes de la caída del sol decidimos aprovechar la presencia de unas casas solitarias que encontramos para pasar la noche. La cantidad de pulgas que nos acompañó nos hizo prometer que no volveríamos a realizar la experiencia.

Temprano, estuvimos de nuevo en el camino. La mañana era muy agradable: el sol brillaba con nitidez, el aire nos entregaba todo su frescor y las gotas de lluvia caídas durante la noche brillaban en el pasto. Todo lo que nos rodeaba semejaba una mañana de septiembre en Suecia. Esta fuga en el pensamiento siempre lleva a la añoranza del hogar, que se acompaña de las características reflexiones que se le agolpan al viajero cuando se apresta a dejar lugares que, tal vez, nunca volverá a contemplar. Pese a lo corto de la estada y a la superficialidad de las relaciones, siempre queda el sabor de que algo se realizó.

Dejar atrás esto es como cerrar lentamente una puerta. Las cosas desaparecen, como por gotas, hasta que se llega a su desaparición total. En ese instante la puerta se cierra con llave, dejando afuera al viajero. El sitio conocido ha quedado atrás. Es posible que vuelva a abrirse, ya que siempre el destino entrega la llave y la variabilidad de sus caprichos es imprevisible. Pero en este caso las probabilidades son nulas y no se vivirá ese capricho.

Al recordar la estada en el lugar que se abandona se hace la comparación con aquellos en que se ha estado anteriormente y se trata de suponer cómo serán los nuevos paisajes que se recorrerán. Tampoco quedan fuera las relaciones y amistades hechas. Con todo, uno no desea comparar la vida con un caleidoscopio. Esta marcha es como un terremoto que ha alterado totalmente el orden del rompecabezas. Caben las posibilidades de que una nueva sacudida coloque todo en orden y las piezas queden puestas según la disposición original. Esto sería una casualidad demasiado extraña.

Así, con estos pensamientos, vamos avanzando. Ya es el momento de terminarlos. La extensa Sabana de Bogotá nos espera delante.

Cuando eran las nueve, la cima de un cerro nos recordó que habíamos llegado a Facatativá. Descansamos un momento, para proseguir un viaje que mi compañero se encargaba de hacer verdaderamente interesante con sus narraciones acerca del Gobierno y del Congreso. Continuamente volvía sobre un tema que le causaba verdadera aversión: los largos y complicados viajes que tenían que efectuar los congresistas. Yo le daba la razón, ya que durante cuatro años debía realizar una travesía de ida y vuelta entre Panamá y Bogotá, distantes, aproximadamente, seis mil kilómetros. Es decir, anualmente recorría doce mil kilómetros.

En este momento se dirigía a Honda; de allí abordaría un champán que le llevaría por el Magdalena a Barrancas. Luego proseguiría a caballo a Cartagena, desde donde volvería a em-

barcarse, en un velero, hasta Puerto Bello. De este punto se transportaría en canoa por el río Chagre, y a Panamá llegaría en mula. Si a este viaje se le agregan las variaciones climáticas, el mal estado de los caminos, los peligrosos ríos y lo prolongado del recorrido (no menos de tres meses), no se puede negar que un funcionario de gobierno tiene un viaje más aburrido y complicado que los nuestros, aunque para ello eligiera hacerlo en los meses de octubre o septiembre.

Contra todos nuestros pronósticos, no llegamos a Villeta ese día. Una casa solitaria nos suministró albergue y un mundo de cucarachas, las que no lograron impedir nuestro descanso.

El viaje lo reanudamos después de las ocho de la mañana, bajo un persistente calor. Al cabo de dos horas llegamos a Villeta, donde teníamos que hacer cambio de mulas. Como era domingo, debimos aguardar hasta el otro día, demora esta que no nos ayudó mucho, pues con las lluvias el camino se me parecía uno de los más intransitables que haya conocido en Colombia.

En su trecho casi total la ruta estaba rodeada de cerros, los que se encontraban tan resbaladizos que las pobres bestias necesitaban hacer esfuerzos supremos para vencer tantas dificultades. Lo que las ayudaba eran su increíble fuerza y habilidad. Se puede afirmar que un hombre a pié no sería capaz de hacer el mismo esfuerzo y vencerlo. Tratar de pasar por este lodazal constituía un martirio, ya que era difícil mantener el equilibrio. Con muchos problemas logramos alcanzar un sitio más elevado. Desde él se veían muchas curvas y para llegar hasta lugares un tanto seguros era preciso hacer verdaderas piruetas, y por supuesto, al llegar hasta una altura se comprobaba lo rendido que uno quedaba.

Una vez recuperadas las fuerzas se inicia el descenso, menos forzado y lento, lo que resulta mucho más grato. Desde luego los animales no podían desarrollar velocidad, por lo que este viaje de bajada parecía que estuviera haciéndose en trineo. Si el equipaje llega a voltearse, solo será culpa del jinete, ya que éste debe permanecer lo más quieto posible. Cuando se llega al

fondo de esa bajada uno se encuentra con un profundo canal donde se han acumulado el lodo y el barro, que las cantidades de agua que contiene transforman en una papilla fangosa. El lugar era paso forzoso para la bestia, la que, debido a la profundidad existente, no sabe si debe nadar o solamente vadear. El asunto es que moverse entre esa masa no es cosa que resulte muy agradable. El animal se transforma, por las circunstancias, en un anfibio.

Al mirarla desde arriba, la mula no presenta demasiadas diferencias con una mosca laboriosa que se desenvuelve dentro de una espesa crema. La cabeza, parte de sus espaldas y la cola que arrastra son lo único visible y que recuerda su color natural. El resto del cuerpo está cubierto bajo un nivel de agua y lodo que nada deja imaginar ni definir. Por supuesto que el jinete vive la misma sensación, lo que lleva a que uno no se dé cuenta de la dimensión de la odisea que vive. El color de las ropas y las orejas es cuestión de adivinanza.

En estas condiciones llegamos a Guaduas y nos alojamos en la casa del hospitalario coronel Acosta. A las once del nuevo día reemprendimos la marcha. El sol matinal nos ayudaba a hacer menos dificultoso el camino. En las horas de la tarde, desde la cima del cerro Sargento, contemplamos el Magdalena y sus orillas. En una de ellas —Bodeguita— arrendamos una canoa y luego de saludar al viejo Magdalena empezamos a deslizarnos río abajo, con la esperanza de no encontrar una ruta como la anterior. A lo lejos veíamos a los guías y a las mulas trepar por el difícil sendero. Al desembarcar, nos dirigimos a Pesquería y llegamos por la tarde a la Bodega de Santa Fe, donde esperamos un champán que nos permitiera trasladarnos por el Magdalena hacia un punto más abajo.

Por la mañana fuimos a observar el puerto, dirigiendo nuestra vista hacia la bodega de enfrente donde se encontraba un champán. Mi compañero de viaje estaba sumido en un letargo colombiano (para cuya superación se conoce un remedio llamado hamaca), por lo que tuve que encargarme de acordar lo del pasaje. Al hacer el trato fui informado de que la nave estaba espe-

rando a un senador con su familia, quien debía de encontrarse en camino. Averiguando más en la ciudad, supe que tal senador estaba enfermo, por lo que aún continuaban esperándolo.

Al informar de esto a mi acompañante, me observó que, por fin, tendríamos transporte seguro hasta Barrancas y que solamente debíamos aguardar la llegada del senador, cuyo nombre, con mucha pena, no recuerdo. Este señor, según mi compañero, era buen amigo suyo. Por el momento yo le conocía como "el senador enfermo".

Al día siguiente por la mañana me dirigí hacia Honda con el fin de saber si nuestro esperado senador había llegado. Para mi alegría me señalaron el lugar donde se hospedaba. Pregunté por él y me indicaron el segundo piso, donde un hombre de mediana edad, pálido, descansaba y fumaba, en su hamaca. Por supuesto que antes de tratar mis asuntos fue necesario hacer los saludos acostumbrados, además de agregar una que otra pregunta amable acerca del camino, el calor, etc. El caballero lo recibió todo con mucha complacencia, e hizo en seguida una descripción de las dificultades y de sus propios padeceres, en especial de aquellos que provenían de su pecho.

Ya me encontraba algo acostumbrado a estos detalles un tanto raros en un primer encuentro con un forastero, pero consideré que era un deseo del viejo sentirse animado a narrar sus peripecias y conversarme. Como deseaba caerle simpático, adornaba la charla con un apoyo a sus gemidos, lanzando de vez en cuando una que otra exclamación, a la vez que efectuaba preguntas cortas, lo cual le daba una animación mayor a la conversación. La confianza llegaba rápidamente, tanto que pronto me solicitó que le tomara el pulso. Como no viera problema en ello, le aseguré —sin engaños ni charlatanerías— que su pulso era excelente. Por lo demás, así me lo había indicado la fuerza de sus golpes.

Todo lo anterior había convencido al viejo senador de una cosa que yo no preveía en mi visita, a saber: la enorme confianza que en estas tierras se tenía en las experiencias de un europeo.

De allí que él me señalara que en vista de esa confianza, debía ayudarle. Esa era la razón de la gran cantidad de consultas que me lanzaba, suponiendo que tenía yo respuesta y alivio a todas ellas. Por supuesto que le aseguré sentirme adulado y que trataría de ayudarle.

Fue así como comencé a recalcarle lo bien que le haría la brisa marina de Cartagena, a diferencia del clima frío de Bogotá; que no debería comer frutos ácidos ni fumar. No terminaba de decir esto cuando el habano que tenía entre sus labios salió volando, ventana afuera. Todo iba bien, pero el problema apareció cuando el senador llevó mi papel de médico hasta pedirme una receta de drogas. En ese momento me vi obligado a explicarle, con una sonrisa en los labios, que yo no era ningún médico. Al escuchar esta confesión, se puso totalmente fuera de sí y sin esperar mis disculpas comenzó con una larga conferencia sobre el papel que los forasteros jóvenes desempeñaban al burlarse de la gente de edad y enferma, a la que le tomaban el pulso sin ser médicos, daban consejos sin saber nada de medicina, etc. Yo no podía negar mi sorpresa ante el histerismo del senador, pero de cualquier forma deseaba esperar el desenlace de todo ello, por lo cual me quedé, sin interrumpirlo.

El final llegó al tiempo con el mensaje de mi amigo, quien enviaba la solicitud de poder acompañarlo, con un forastero, en su viaje río abajo. Este me pareció el instante de dar explicaciones y al señalar que aquel forastero mencionado era yo, le dije que provenía de un país donde las personas sin ser licenciadas en facultades médicas podían tomar el pulso y dar consejos comunes para enfermedades comunes. No surtieron efecto mis aclaraciones y mi interlocutor siguió tan furioso como antes, al tiempo que decía al mensajero que mi amigo tendría un lugar en la nave, pero no así ningún forastero.

Al ver una descortesía tan abierta, me sentí ofendido, cogí mi sombrero y me levanté. Al hacerlo le pregunté si había leído a Gil Blas. La pregunta le sorprendió y así lo manifestó en su respuesta. Al instante le aseguré que la próxima vez que un co-

lombiano me solicitara tomarle el pulso, le recetaría algo semejante a lo indicado por el médico-personaje de esa obra, es decir, solo sangrías y agua caliente.

Al bajar las escaleras me encontré con el médico, a quien representé tan inconscientemente, y tras felicitarle por su enfermo me despedí de él, seguro de que se trataba de uno tan ignorante como aquel doctor de Mompós, y de que solo recetaría yerbas, ante la imposibilidad de prescribirle remedios de la farmacia.

Ese día supe que se estaba en espera de una embarcación y que ésta, luego de lo vivido, me ofrecería mejor morada y seguridad que la del viejo senador, quien dejó en mí una sensación desagradable y ridícula.

Bajo este embrujo sentimental narré a mi compañero de ruta lo acontecido con el senador, al tiempo que me despedía de él, ya que había decidido junto con unos ingleses realizar un viaje hasta Mariquita en espera de la embarcación. Mariquita, ciudad ubicada a ciento veinte kilómetros, me pondría en comunicación con unos extranjeros conocidos que laboraban en las minas de plata allí existentes.

Al atardecer del día ocho y tras recorrer extensos prados con pastizales que llegaban a la altura de un hombre, llegamos a Mariquita, que está protegida por una saliente de la orilla derecha del río Gualí y se encuentra al pie de la cordillera que la separa de las provincias de Antioquia y Popayán.

Acá se encontraba una de las minas más grandes que poseen los capitales ingleses: la "Colombian Mining Association". Tiene un enorme establecimiento y labora las cercanas minas de plata de Santa Ana y La Manta. En este lugar se encontraban unos cuarenta y ocho obreros europeos y se esperaban sesenta más. Ya se había localizado la veta, por lo que esperaban comenzar pronto la explotación. La pregunta que saltaba inmediatamente era si estas minas serían colocadas en la misma situación de las de oro, más aún si estas tendrían transporte libre desde Londres

hasta las bodegas de Honda. Por supuesto que podían sacar con suma facilidad todo desde acá. Por lo demás solo se encontraban a cuatro horas de camino de las bodegas.

Después de dos días de agradable permanencia, durante los cuales los ingleses aprovecharon la compañía de las damas residentes para entretenerse con juegos familiares colombianos, muy semejantes a los nuestros de Navidad, viajé a Honda en compañía del Coronel Young, inglés, quien recientemente fue nombrado gobernador de Imbabura, zona situada abajo del Ecuador y de la Costa del Pacífico. Hacia allá se dirigía, debiendo avanzar por el río y luego por mar, desde Cartagena y Panamá. Esta era la ruta más fácil. Por lo tanto, esperaba también el "stimbote". Al segundo día supimos que éste se encontraba en la Bodega de Conejo, hacia donde embarcamos en la mañana del día 12, en una pequeña canoa, y tras cuatro horas de camino llegamos allá. Cuando averiguamos acerca de su salida tuvimos la desagradable sorpresa de que no lo haría hasta que no llegaran unos pasajeros que venían en camino desde Bogotá. De esta manera tendríamos ocho días para conocer más de cerca este verdadero fénix, el río Magdalena.

Por un contrato que duraba veinte años, un rico comerciante alemán residente, de nombre Elbers, tenía la exclusividad de navegar comercialmente, en "stimbotes", por el Magdalena. Existía en aquel una condición que, sin embargo, no cumplía Elbers: la de mantener tantas embarcaciones como fueran necesarias para el transporte de los pasajeros. El primer viaje se realizó en 1825. Un año más tarde solo alcanzaba a su tercer viaje, para lo cual daba como razones principales las partes tan escasas en que este río tiene suficiente profundidad y los constantes cambios de sus bancos de arena..

El "General Santander", construido el citado año para el primer viaje de los "stimbotes", soporta una carga que le lleva a una profundidad de seis pies y tiene cincuenta caballos de fuerza. Es un barco americano, muy bien construido, con su máquina de vapor que trabaja liviana y uniformemente y desarrolla una velocidad bastante apreciable contra la corriente. Está

bien equipado para el transporte de pasajeros, pero tiene la gran falla de ser demasiado bajo, lo cual hace que sufra muchos contratiempos, pues se queda varado por los continuos choques con los bancos de arena.

Cuando abordamos, notamos que aún quedaban algunos pasajeros que no lograban conseguir mulas para proseguir viaje hasta Bogotá. Entre ellos se encontraba el almirante Clementi, quien después de la expedición a Cuba terminó en el mismo punto de donde saliera, es decir, Cartagena. Ahora había recibido el nombramiento de Ministro de Marina, por lo que viajaba hasta la capital para hacerse cargo de su puesto. Como siempre, se le veía cortés y conversador y aprovechó la oportunidad para darme los saludos que me enviaran unos amigos que partieron en barcos suecos.

Por fin llegaron los tan esperados pasajeros, entre quienes se encontraba el Ministro de los Estados Unidos, de apellido Anderson. El cónsul inglés en Maracaibo, Southerland, y el señor Martín y su señora. Este último era representante por Cartagena y hermano de nuestro comisionado allá. Con todos ellos hacíamos un grupo bastante numeroso los que esperábamos con impaciencia la salida que estaba fijada para el día siguiente, en definitiva resultó ser para el sábado venidero.

Durante el tiempo de espera ocurrieron dos acontecimientos poco comunes, lo que equivale a decir típicos del país. Uno fue la vista de un enorme caimán que nadaba cerca del navío mientras en su hocico llevaba el cadáver de una negra; y el otro, que al día siguiente, por la tarde, se sintió un temblor mucho más intenso que el comentado en Bogotá. En el barco los movimientos alcanzaron hasta cierta sensación agradable.

Finalmente el domingo 18 de junio, por la mañana, dejamos a Conejo e iniciamos el viaje río abajo, a una velocidad que variaba entre los setenta y ochenta kilómetros por hora. De estos, casi unos treinta eran debidos a la intensidad de la corriente.

Resultaba un grato placer este viaje. En un buen barco y con una excelente compañía nos deslizábamos por el río, ya tan conocido. Al momento saltaban los recuerdos de aquellos días en

que hice el viaje en canoas miserables acompañado de dos bogadores semisalvajes. Nació un sentimiento grato para todos, incluso los extranjeros, quienes eran, en definitiva, los que más gozaban con el paisaje. Era la recompensa a los sacrificios realizados, a los medios de transporte soportados y a todos los esfuerzos que se hicieron.

Qué contraste era observar el paisaje del Magdalena, que me recordaba lo bien que idealiza la suprema grandeza de las zonas calientes, en su máximo salvajismo y natural simplicidad, aquí, desde la cubierta de este hermoso navío, que volaba como emblema del avance industrial y estético y con una muestra del desarrollo logrado en las zonas templadas.

Esto no era lo único que parecía extraño y fascinante. Lo era ver los caimanes, asustados, salir de los bancos de arena debido a la acción de las olas que formaba la proa del barco. Lo era el escuchar a los tripulantes de un champán luchar contra la corriente y notar cómo sus gritos eran acallados por las ruedas que, uniformemente, chapoteaban sobre el agua. Lo era el ver a los negros dar órdenes traducidas al inglés. Lo era el oír darlas a un marino blanco, que me recordaba a los prácticos negros. Ahora se sentía la calma del río alterada por la velocidad de la nave, la cual, al cortar el aire, transforma éste en una brisa refrescante.

Porque resulta extraño observar los fulminantes rayos solares, a los cuales se opone una carpa levantada en el centro de la cubierta mientras se sirve la mesa al estilo europeo, y que traen el recuerdo de una orilla, en un banco de arena, donde se ve algún resto de las comidas que uno se sirvió allí. Nuevamente aparecen los recuerdos cuando, bajo la carpa, uno se mueve y parece estar recordando los palos que alguna vez sujetaron el mosquitero, en una noche en que no se logró conciliar el sueño. En pocas palabras: este viaje por el río resultaba extraño, puesto que no lograba uno imaginar que se estuviera viajando por el mismo Magdalena, aquel que se identificara como la máxima concentración de dificultades y fatiga.

Pero la grata velada no podía durar demasiado. De ser así el Magdalena perdería totalmente su reputación. Este paisaje ya se encargaría de demostrar que no renuncia a ella tan fácilmente. Nadie podrá pasar tan libre y despreocupadamente sin antes ser castigado por su despotismo. Muy pronto nos demostró por qué nadie puede disputar su fuerza decisiva.

Temprano, por la tarde, tocamos fondo en un banco de arena. Quedamos tan adheridos que solo logramos salir dos días después. Allí estuvimos expuestos al calor, los mosquitos, etc. En esos momentos uno verificaba que no había comprado un pasaje que le librara de esas incomodidades, llegando a envidiar a los bogadores que flotaban corriente abajo en un mísero champán.

Apenas el día 20 por la tarde logramos salir del estancamiento. De ahí en adelante vino lo peor. No pasamos un día sin tocar fondo; fue solo el 25 de junio cuando llegamos a San Pablo, casi sin provisiones, por lo que se hicieron grandes compras de reabastecimiento de pollos, cerdos y huevos.

Acá se había celebrado la fiesta de San Juan, de acuerdo con las costumbres del país. En nuestro banco de arena se vivió un día de absoluta inactividad. El sol golpeaba tan intensamente que deseábamos hubiese llegado a un punto menos alto que en el que se encontraba. Por las noches abundaban los mosquitos, la lluvia y los truenos, lo cual no evitaba que el cielo perdiera algo de lo sublime que es contemplarle desde una hamaca, escuchando los intensos estallidos que parecían concentrarse en las orillas plenas de bosques que bordean el río, yendo a caer muy cerca del barco. La fuerza era tal que parecía pretender sacar a éste del encallamiento en que se encontraba. En el fondo era una suerte que tales rayos no fueran a depositarse sobre el solitario barco, lo que no hubiera resultado una sorpresa.

El calor durante el día era verdaderamente insoportable, en especial cuando se calentaban las máquinas de vapor. En el viaje por el río el termómetro llegaba a marcar los cuarenta y cinco grados de temperatura, en la popa. Por supuesto que esto no hacía muy agradable la permanencia en el barco, y cuando ya

soportábamos tres días en el banco de arena se notaba lo desagradable que resultaba, más aún si a ello se unía la escasez de víveres.

El capitán de la nave, un joven y hábil norteamericano que anteriormente llevó este navío por el río Hudson, comentaba con tristeza: "La diferencia entre el Hudson y el Magdalena la hace el diablo" Ya le resultaba difícil distraer a sus pasajeros, procurando mantener las relaciones para evitar el rompimiento entre ellos. Para mí representaba al comerciante en bancarrota tratando de obtener un acuerdo de consenso. Afortunadamente ellos en forma unánime reconocieron que el capitán no tenía culpa alguna, pues todo se debía a las malas maniobras del práctico, a lo demasiado bajo que era el barco y a la poca profundidad de las aguas del río. Con esto se le dio total apoyo al capitán. Entre sus esfuerzos contempló la posibilidad de devolver el costo del pasaje entre Mompós y Barranca, así como la de transportar a los pasajeros mediante el apoyo de canoas. Fue así como se envió un bote hasta Puerto Ocaña con la intención de arrendar las canoas necesarias, además de colocar un vigía para que ningún champán pasara sin ponerse al habla con la nave.

Por la tarde pasó un champán en el que subieron los demás pasajeros colombianos que no habían logrado alcanzar nuestro barco y casi todo nuestro cupo. Solo nos quedamos el capitán, dos norteamericanos, dos ingleses y yo. Todos decidimos que seguíamos en el barco y esperábamos a los botes que salieran hacia Puerto Ocaña.

Esa mañana bajamos a tierra y cazamos tres pequeños faisanes, con los que tuvimos carne asada para la cena. Lo que sí debimos soportar fue la escasez de bebidas, ya que el agua del Magdalena —producto del intenso calor— no es apta para beberse, además de resultar poco saludable. La sed llegaba a tal punto que un inglés ofrecía cinco piastras a quien encontrara una botella de ron, con la que celebrarían el sábado nocturno. La noche

del sábado es festejada por los oficiales en barcos ingleses y norteamericanos, y en ella son habituales la buena compañía y las copas llenas.

Más tarde un marinero se acercó con media botella de ese licor, que tenía para satisfacer su placer, pero ahora la ofrecía vender por dos piastras, las que le fueron pagadas con gusto. Esa noche, inesperadamente, nuestro alegre amigo nos invitó a la mesa que preparó con cigarros, agua, vasos y la media botella de licor en la mano, al tiempo que exclamaba triunfalmente: "Acérquense, señores. Acá hay un trago para nuestra noche de sábado. Vamos a brindar por nuestro viejo, querido y caprichoso Magdalena". (En inglés en el original).

Al segundo día por la tarde apareció de vuelta el bote en compañía de una piragua muy pequeña, en la que, aparte de sus dos bogadores, solo podía entrar un pasajero con sus efectos personales. Nadie quiso tomarla, por lo que la cogí con mucho entusiasmo, máxime siendo muy inseguro que volviera a pasar otra.

A la mañana siguiente dejamos, con los bogadores, el barco en que estuve durante tres semanas. En ese tiempo pasamos desde Conejo hasta la altura de Morales, lo que no hablaba bien de su rapidez. Siempre habrá que recalcar que un barco de tres a cuatro pies de calado es bastante apto para deslizarse por el Magdalena, más aún si no se encuentran caídas ni remolinos que dificulten la marcha. Además de que la poca profundidad del río no molestará, con lo que un barco de tales características puede sortear sin mayores complicaciones los bancos de arena.

Ahora me encontraba en otra embarcación. Si la anterior era demasiado grande, la actual era una de las más pequeñas que yo había visto jamás. No alcanzaba a medir un tercio del largo de un hombre, su ancho no tenía el de un adulto, y una persona obesa habría tenido muchas complicaciones para ingresar a ella. Todo su largo estaba ocupado por mis dos maletas y mi propia persona, quedando apenas un vacío insignificante en sus extremos, uno de los cuales ocupaba un bogador sentado. La posición que este tomaba en la piragua ayudaba a que se aumen-

tara la velocidad. Algo que llamaba la atención era su pelo largo, que no nos acompañaba dentro de la piragua sino que parecía que nos escoltara de remolque.

Una pequeña carpa nos protegía del sol; su construcción, a base de palos y hojas verdes de plátano, aumentaba la inestabilidad de la canoa, que se balanceaba a cada movimiento, lo que me inquietaba muchísimo, en especial cuando el nivel del agua chocaba con el borde mismo. De este modo viajamos todo el día. Almorzamos en Regidos, llegando esa noche a San Pedro, donde obtuvimos hospedaje.

En este sitio fui testigo de la audacia de los caimanes. Ese día dos indígenas en una canoa se fueron a pescar; estaban con las redes tendidas cuando un caimán saltó sobre estas y le mordió una pierna a uno de los pescadores. Un rápido golpe de remo de su compañero habría evitado un mal mayor, pero el hombre estaba herido de gravedad.

En la nueva jornada pasamos por Tamalameque, Peñón y Banco. Hacia la tarde quedó atrás Chioya. Una lluvia nos impidió entrar a tierra en una estancia situada algo más arriba de Guama. El 5 de julio llegamos a Mompós. En el trayecto de cien kilómetros nos habíamos demorado casi cinco semanas.

Otro imprevisto atrasó nuestra estada en Mompós. En este lapso ocurrió algo que puede agregarse como información para la historia del clero colombiano y su fanatismo. Un comerciante norteamericano, Galt, enfermó durante algún tiempo y estaba muy débil. Hallándose así decidió visitar a un amigo. En la calle se encontró con una procesión religiosa que llevaba sus sacramentos escoltados por una guardia de soldados. Al pasar frente al comerciante éste se quitó su sombrero, reverentemente, pero en ese instante se le acercó un sacerdote y le dijo que debía también arrodillarse. Por supuesto que recibió la respuesta de que no podía hacerlo, ni lo quería, por no ser él católico y estar muy debilitado por su enfermedad, por lo que si se arrodillaba no tendría fuerzas para levantarse.

El sacerdote ordenó entonces a un soldado que lo obligara con la culata de su arma. Este le dio una serie de golpes hasta que el comerciante cayó de rodillas. Insatisfecho aún, el sacerdote le dijo que debía dejar caer ambas rodillas, lo cual consiguió cuando el soldado volvió a golpearle, quedando rendido, tanto de vergüenza como de debilidad. La procesión siguió y allí quedó tirado el comerciante, quien fue ayudado por algunos, quizás menos religiosos pero más justos.

El asunto fue llevado hasta el Embajador norteamericano en Bogotá, quien debió haber exigido una explicación por parte del Gobierno, ya que este se vio obligado a despedir al párroco, que se hacía el ofendido.

El 24 de julio se celebró en Mompós la festividad de Santiago, en la que se hacían competencias a caballo por sus largas calles. Estas consisten en que dos jinetes se toman por la cintura y en esa posición se lanzan a la carrera. No deben soltarse, ni caerse de las cabalgaduras; el que cae, debe soportar las ruidosas risotadas de la concurrencia. Quienes más se divierten son los de baja condición social.

El 1º de agosto me reuní con el señor Travers, mi anfitrión, y nos fuimos hasta el pueblo de San Sebastián a una cacería de pájaros, por los valles pantanosos entre el Magdalena y el lago Zapatosa, donde los cisnes, especialmente los de cuello negro, en grandes cantidades nadaban de un lado a otro. La caza debía hacerse a caballo, ya que los terrenos no podían vadearse, pero el problema estaba en que los caballos no lograban sujetarse lo suficientemente bien para moverse con libertad, pues se hundían en el blando terreno.

La caza era un poco simple porque de un solo tiro caían varios cisnes, los que colgábamos en la montura. Cuando cada uno tuvo una buena cantidad de ellos, comenzamos a devolvernos muertos de hambre y de cansancio. Pronto nuestros trofeos de caza nos ayudaron a sentirnos satisfechos.

El 16 de agosto, en compañía del señor Hauswolff, dejaba a Mompós. Ahora tenía una canoa grande y cómoda. Un toldo, un

timonel, dos bogadores y un sirviente. Es decir, todas las comodidades que se pueden desear para un viaje hasta Santa Marta. El trayecto se hacía lo más grato. Por lo demás, era la última etapa del viaje.

La temporada seca que acababa de iniciarse nos mostraba un cielo limpio y la brisa refrescaba por las tardes. Durante las noches la luna se elevaba con brillantez y al llegar a su punto más alto eclipsaba a todas las estrellas. Todo se contemplaba con gozo y placer. El río era como mirar un espejo por donde se deslizaba la tranquila canoa. Furtivamente se pasaban los bancos de arena y sus orillas. Esto era como una silente devoción de medianoche a la madre naturaleza. La solemnidad de una noche de luna tropical solo se puede comprender en una cálida de agosto. Era como si se hubiese puesto un mantel brillante subiendo lentamente a su trono. Una vez allá la luna ilumina todo el escenario. El brillo es fantástico, no molesta a la vista.

Durante una noche de luna como esta es cuando el forastero siente lo hermoso y agradable del clima tropical. Sentados en el techo de palmas de la canoa disfrutamos de esos atractivos. Se respiraba un aire agradable y tranquilo que se combinaba con el exquisito olor de los árboles en flor. La vista se perdía entre la suavidad del globo de plata de la luna y el enorme espejo que repartía los brillantes destellos. Un caimán se encargaba de perturbar la tranquilidad del río. El silencio se interrumpía por el sordo aullido de algún tigre lejano que se perdía en las lejanías. Uno que otro zumbido de un insecto o los vuelos meteóricos de una mosca terminaban de susurrar a las personas que no están gozando solas de la increíble función del universo: el maravilloso espectáculo de una noche de luna.

Con todos estos elementos el viaje resultó tan rápido como grato. Así, sin pisar tierra, pasamos el día 17 por Plato y Tenerife; el 18 Barranca, Cerro y Punta Gorda y el 19 llegamos a Barranquilla. Allí nos quedamos hasta el otro día para ingresar —tras abandonar las aguas del Magdalena— en el archipiélago Cuatro Bocas. El 21 llegamos a Pueblo Viejo.

En este sitio dejamos nuestra canoa para tomar un bongo que nos llevó por la costa hasta Santa Marta. La nueva embarcación, ya antes descrita, con sus velas y timón presentaba mayor atractivo. Así salimos al encuentro del vivo mar y sus olas. La vista, tanto a la izquierda como a la derecha, se encontraba limitada por los escarpados de rocas, producto de las últimas prolongaciones de la Sierra Nevada, desde cuyas alturas bajaba un viento fresco que llenaba nuestras velas, dándole impulso al velero para deslizarse por encima de las espumantes olas. Pasamos la última saliente de la costa muy cerca de Gaira. Pronto teníamos a nuestros pies la Bahía de Santa Marta.

El 11 de septiembre anclaba en el puerto la corbeta inglesa "Arlequín", a cargo del capitán Elliot. Cuando el 14 prosiguió su viaje, gracias a la buena voluntad de su capitán nos encontramos a bordo.

En ese momento aparecieron las intensas e interminables reflexiones y observaciones, las mismas que es tan necesario se haga el viajero cuando se encuentra alejándose de la costa colombiana. Todo empieza a languidecer: la nave, las embarcaciones sobre el Magdalena. Ahora, sobre un buque de guerra, se siente trasladado a otro mundo, donde todo le parece que toma otros aspectos. Todas las reflexiones iban mucho más allá que los límites colombianos (los que no se extendían en el mar por más de diez kilómetros, según la Constitución).

Todas estas consideraciones decidí reservarlas para otra ocasión. Por ahora diré que el 18 de septiembre llegamos a Cartagena, bastante impresionados por la excelente recepción, cortesía y amistad que se nos brindó en este estupendo viaje. Mis agradecimientos son tanto para el capitán Elliot como para todos sus oficiales.

Finalmente, el 8 de octubre me despedí de mis dos compatriotas, el Conde Adelcreutz y el señor Hauswolff, y cargado de saludos para Suecia me embarqué en el bergantín inglés "Countess of Chichester", que estaba bajo el mando del Teniente James.

Los pasajeros éramos de diferentes nacionalidades. Esa noche el barco salió a las afueras de Bocachica. Por la mañana temprano nos hacíamos a la mar.

El clima era bueno, el mar tranquilo cruzaba de un lado a otro y era mecido por un suave vientecillo proveniente de tierra, que moría antes de alcanzar del todo las velas, que impotentes colgaban en los mástiles. Poco a poco comenzó a cobrar mayor fuerza hasta convertirse en una firme brisa del este, bajo la cual sorteamos los cabos de Punta Canoa y Punta Galera. La costa se alejaba cada vez más. El aumento de la fuerza en el viento nos indicaba que pronto la perderíamos totalmente de vista, al tiempo que nos decía que aprovecharíamos para dar nuestras últimas ojeadas a la tierra que atrás se quedaba.

Cuando uno ha estado por cierto tiempo en las tierras que se van perdiendo, dirige sus miradas con sentimientos muy diversos y además tiene vivo el recuerdo de algo que tal vez no vuelva a ver. Allí es donde radican las diferencias con el marinerero que normalmente se despide de un puerto o de la costa donde ha permanecido corto tiempo y que siempre tendrá la posibilidad de ver de nuevo. Sus viajes rápidos le impiden quedarse el tiempo suficiente que le permita conocer la naturaleza del país, el verdadero carácter de sus habitantes y sus diversos modos de vida. En definitiva, no llega a conocer el país, ya que la mayor parte de las ciudades marítimas no muestran con certeza los aspectos de la vida en el interior, y muchas veces presentan un toque familiar que hace que el marinerero se imagine todo el resto sin ninguna variación, lo cual le hace sentirse como en su casa.

Creo que no es igual esa impresión si decide ingresar al interior, alejándose del mar, que siempre une y alinea todo lo que pueda verse. Además nunca mostrará las características diferentes del país, las mismas que se amplían a medida que se va ingresando por el territorio. Cada opinión que con esta experiencia se tome diferirá notablemente de las que él se habría formado en una larga o corta temporada en la costa o en el puerto.

Si antes yo pensaba lo mismo, debía reconocer que si mi permanencia en Colombia la hubiera limitado a las ciudades de Cartagena y Santa Marta, al abandonarla tendría opiniones tan torcidas como injustas sobre ella y sus habitantes, porque no creo que exista un lugar más diferente entre sus provincias cordilleranas y las costeñas, en toda esta zona.

Era ese interés el que me hacía observar esa nación tan bella, con una naturaleza tan rica y variada. Un país así solo es posible encontrarlo en una región situada más abajo del Ecuador, con sus altas montañas y la riqueza de sus grandes ríos, que completan el esqueleto quebrado de un territorio como el colombiano, en ese sentido sin parangón en el mundo.

El viento de la tarde era más fresco. Al pasar frente al alto de Sabanilla pudimos contemplar los borrosos picos de la Sierra Nevada de Santa Marta, que cada vez se hundían más por la popa. Por la tarde el viento alisio nos empujaba con fuerza. En ese momento comenzó el espectáculo que tanto agrada al marinerero, aquel en que puede forzar su nave para obtener altas velocidades y al mismo tiempo gozar de las escenas de una vida para él llena de cambios. Tal experiencia no es tan grata para el pasajero común. En estos momentos se vivía una de ellas. El sol se mostraba rojo y claro, bajo un horizonte limpio de nubes. No se veía tierra, solo una parte del blanco pico nevado de la Sierra que aparecía por la popa. El curso ya estaba puesto hacia Jamaica y las velas hinchadas por el viento se balanceaban sobre un mar muy excitado.

El barco rompía las olas que, en su furia, escupían por sobre las barandas. Las velas menores estaban recogidas y los marineros prestos para acortar los juanetes, esperando tan solo el pito del contra maestre con la orden. El timonel informaba que se iba a ciento diez kilómetros de las correderas. El capitán lanzaba preguntas tratando de ordenar los juanetes según la dirección del viento.

Algunos pasajeros se encontraban reunidos en la popa, asidos de las barandas para no perder el equilibrio y dedicando

sus atenciones al ocaso que, allá a sotavento, enviaba sus últimos encendidos rayos sobre la cima de la Sierra Nevada.

En el barco reinaba un profundo silencio, que se interrumpía por la acción de la proa al introducirse en las aguas, murmurando entre los aparejos. Todos en una tensa espera. De pronto en el reloj sonaron las seis y el sol se ocultó en el mar púrpura.

Un último rayo hacía equilibrio sobre el nevado pico... Una voz gritaba: "Adiós Colombia", al tiempo que desaparecía la única y postrera punta visible de Suramérica...

— F I N —

Ediciones del
Banco de la República
Talleres Gráficos
Bogotá, Colombia
1981